

AVENTURAS

DE UN

CENTAURO

DE LA

AMÉRICA MERIDIONAL.

La même fermeté dans le cœur des mortels,
Forme les grands héros et les grands criminels.

[VOLTAIRE.]



JOSÉ JOAQUÍN DE VEDIA.



BUENOS AIRES.

Imprenta del ORDEN, Moreno 47.

1868.

Esta obra es propiedad de Santiago R. Pilotto, y nadie, sin su consentimiento,
podrá reimprimirla.

AVENTURAS

DE UN CENTAURO

DE LA
,
AMÉRICA MERIDIONAL.

PRELIMINAR.

En un punto de la costa acariciada y fecundizada por el caudaloso *Plata*, que mas allá sirve de límite occidental al irascible Atlántico, desde la cual empiezan á estenderse las plácidas praderas que alimentan rebaños mil, explotada mina de riquezas siempre renacientes bajo el hermoso sol á que los Incas rindieron culto—praderas que forman parte de la República, que bautizada con la sangre de los héroes de la Independencia, recibió el nombre de *Provincias Unidas del Rio de la Plata*, limitada al occidente por la encumbrada barrera de los Andes, se señala un distrito con el nombre de *pago de la Magdalena*, en el cual se hallan enclavadas las *islas del Tordillo*.

Desde las mas remotas épocas de la existencia colonial de esta parte de la América, el tipo perfecto del gaucho belicoso,

aventurero ó independiente partió de ese distrito, á poetizar con las variadas peripecias de su vida nómade, las leyendas pintorescas del linde de la pampa.

Término medio entre la índole agreste del hombre de la naturaleza y los primeros refinamientos del fluido civilizador, el capricho de su voluntad era su ley y la norma de sus procedimientos. Su caballo de lijereza fantástica, su elemento de acción—sus armas eran su lazo y la triple boleadora, que lanzada por diestra y fuerte mano, hendiendo los aires, iba á larga distancia á asegurarle su caza ó su venganza, y como complemento, á la espalda, cruzando la faja que ceñía el chiripá á su flexible cintura, el *flamenco*, accesorio indispensable de su equipo.

En general—con alteraciones mas ó menos sensibles en pró de lo heróico ó de lo criminal, la índole característica del gaucho americano, tenia ese sello de independencia en la idea y de ardimiento viril, y solo asi se comprende que en la época de la emancipacion, y puede decirse, espontáneamente, se organizacen aquellos regimientos, ante cuyo empuje, los obstáculos no eran mas que un prelude glorioso de la victoria. El dominador de los Andes asi lo dijo y el desenlace de la contienda lo confirmó.

No obstante que hemos dicho, fué *espontáneo* el pronunciamiento de los habitantes de la campaña en toda la América Española, en favor de las nuevas ideas que de la revolucion brotaron, hubo sin embargo alguna que otra escepcion—y mas tarde cuando las pasiones engendraron la discordia, y trataron de explotar los instintos bélicos del paisanage, esas escepciones fueron tomando cuerpo, y de ellas vamos á presentar un ejemplo, reuniendo los incidentes de la vida de un gaucho modelo que la tradicion puso en nuestra noticia.

Como no es una obra de imaginacion la que emprendemos, no citaremos fechas, mas ó menos misteriosas, segun el entender de algunos romancistas; no citaremos fechas, porque la tradicion no las conservó y porque no imaginándolas, en nada disminuirá el interés histórico de nuestra narracion. Tam-

co entraremos en descripciones locales que las llanuras uniformes de las campañas de Buenos Aires y Santa-Fé, teatro de las correrías de nuestro héroe, harían azás incípidas y desprovistas de la poesía descriptiva de los países occidentales. Seremos puramente narradores de algunas de las travesuras de un gaucho, poniendo en juego todos sus recursos para escapar á la acción social que no teniendo en cuenta sus inclinaciones excepcionales, pretendía sojuzgarle para hacerle servir á sus vistas civilizadoras, que él no podía comprender ni apreciar, puesto que iban envueltas en el torbellino de las revoluciones... . . .

El Gaucho Irene.

I.

Era en 1820. Las sociedades Americanas se hallaban agitadas por convulsiones terribles—convulsiones que son á la infancia de las sociedades, lo que es el movimiento al desarrollo físico de los seres. La voz del bronce, órgano estridente de las batallas, se hacia oír por intérvarlos intermitentes en la ciudad cuya planta fué bendecida en 11 de Junio de 1580, recibiendo el mirífico nombre de *ciudad de la Santísima Trinidad*, sustituido despues por otro nombre simbólico debido á la salubridad de los aires que acariciaron á sus primeros pobladores.

En uno de los dias de ese año tempestuoso y á la puerta de los escasos ranchos que poblaban las *islas del Tordillo* en el *pago de la Magdalena*, se detenia un gigante jóven, de activo continente, despejada frente, si bien de mirada dulce y al parecer indiferente. Su caballo era zaino, tuzado de cogotillo, de orejas movibles, agujereadas y airosamente enlazadas por estrecha cinta de seda punzó, gordo, que segun la espresion vulgar, podia rasgarse con la uña, elegante, que podria servir de modelo á un escultor, de pelo corto, unido, anillado y luciente como la seda cuando ha pasado por el último procedimiento, que un inteligente artefacto precedió, para hacer resaltar su mérito.

El jóven echó pié á tierra—con el dedo índice de su mano derecha hizo deslizar el barbijo que sujetaba su sombrero gacho, que sacó, y haciendo un ademan con la cabeza para echar atrás su lujosa rizada cabellera negra, pronunció con acento firme, á la vez que melancólico, la frase sacramental del hijo de las praderas en presencia de su madre: *La bendicion mi madre.*

Dios te haga bueno, hijo—contestó una anciana de rostro atezado, que de pié en el dintel de la puerta de su humilde habitacion, presenciaba la llegada del jóven, sin mas emocion visible que la de alguna lágrima brillante que surcaba lentamente su mejilla.

Toda la familia rodeó y acarició al recién venido, que correspondió á sus manifestaciones, aunque con fisonomia, animada por una sonrisa de carácter dudoso. Cuando hubo dado algunos momentos á esas efusiones de la vida íntima, se dirigió á su madre diciéndole:

La *leva* me anda buscando, señora. Con su permiso voy á tomar el azulejo y me voy á ausentar otra vez, por algun tiempo—yo no quiero servir.

—Haces bien, hijo—dispon de lo que haga falta y que la Virgen te acompañe.

Sacándose en seguida un relicario del cuello, precioso talisman consagrado por la fé, lo dió á su hijo, añadiendo:

—Este, te ha de preservar de todo riesgo y te ha de hacer volver pronto, sano y salvó—rézale tus oraciones.

Mientras el jóven Irene tomaba mate, tuvo una larga consulta con su madre de bajo del secular ombú que daba sombra al palenque. Recuerdos de pasados tiempos—sinsabores presentes—esperanzas futuras, cifradas en la intervencion divina, fueron pasados en revista por la anciana luego que hubo escuchado á su hijo, y al fin le dijo:

—No te demores mas, quién sabe, pueden haberte *rastreado*.

Irene se dirigió al corral, tomó un caballo azulejo acostumbrado á marchar *apareado* con el zaino. Se despidió de todos, —invocó nuevamente la bendicion materna, y partió con frente serena y espíritu contrariado, dejando desconsuelo y lágrimas trás sí.

Los presentimientos de la madre fueron confirmados algunas horas mas tarde. Una partida de *leva* se *descolgó* en el *puerto* en busca de Irene.

—El pájaro voló, dijo la anciana al sargento reclutador, y muchas ganas le han de tener vds., y muchos resuellos sus caballos para que puedan alcanzarlo—y si lo lograsen, yo les aconsejo por caridad cristiana que no se le acerquen mucho

porque es mas fiero de cerca que de lejos, y yó, su madre, le he hecho jurar, que ya que no puede servir á su familia, no servirá tampoco á los malvados que quieren arrebatarme lo que mis entrañas engendraron y mis pechos alimentaron, para hacerle matar en peleas con otros paisanos, que en nada nos ofendieron y que como él, fueron arrancados de sus trabajos para adiestrarlos á degollarse reciprocamente.

Esto diciendo la buena mujer dejaba correr sus lágrimas libremente.

—Señora, contestó el sargento algo conmovido, nosotros somos mandados. Vd. nos vas á permitir registrar la casa.

Despues que se practicó el registro, los hombres de la partida montaron á caballo y partieron, no sin que alguno de sus individuos cambiase señas de inteligencia con la familia, y en cuanto se perdieron de vista, montó tambien á caballo uno de los hermanos menores de Irene, y salió á escape en direccion opuesta.

En las altas horas de la siguiente noche, los hombres de la partida reclutadora reposaban de sus fatigas en un galpon de la hacienda de un tal Yedros. Irene prevenido por su hermanito del rumbo que llevaban, los habia seguido por el rastró, y cuando llegó á la hacienda despues de hacer las observaciones que la prudencia y la táctica del matrero le prescriben, viendo que hasta los perros dormian confiados, desató cautelosamente los caballos del palenque, los acollaró de dos en dos y los sacó despacito campo afuera. Luego volvió, dirigiéndose al galpon, que sabia estaba destinado en la hacienda para alojar las partidas celadoras del distrito en sus cruzeros y otros huéspedes, llamó á la puerta y gritó con fuerza:

—Sargento de la leva, aquí está el gaucho Irene. Un ruido confuso de armas se sintió en el interior del rancho; Irene se retiró un poco, y añadió:

—Señores, es inútil que se incomoden—están á pié—los caballos los llevo para el *Tundil*, á donde me dirijo desde luego y se los negociaré al Cacique *Catriel*, para pagarme de los daños y perjuicios que las policías de campaña me originan. Guerra por guerra; no me parece que tengan Vds. nada que decir.

Con lo que saque de los caballos haré viaje para el Norte de la provincia, donde pueden avisar á la autoridades, que me hagan buscar dentro de diez dias. A Dios caballeros, pasen buenas noches.

Recien entónces, se abrió la puerta del galpon y algunos disparos de carabina iluminaron fugazmente las sombras de la noche. Se puede afirmar, sin riesgo de equivocarse, que los mas de esos disparos no le fueron dirigidos. Los reclutadores, gauchos como Irene, desempeñaban su comision por la forma y á mas no poder. Todos ellos, con escepcion del Sargento quizás admiraban y celebraban interiormente la audacia del jóven, prometiéndose favorecerla, siempre que estubiese en su mano.

Que Irene no fué perseguido, es cosa casi inútil de indicar. Siguió pues, tranquilamente su derrotero, rumbo á los campos de cuya superficie se desprende la sierra, llamada por los aborígenes del *Tandil*, perteneciente á los últimos ramales meridionales de la cadena de montañas, que divide la América del Sud en toda su longitud, en cuyas inmediaciones se hallaban plantadas las tolderías de las tribus de indios pampas sometidas á los caciques Catriel y Cachul, padres de los actuales del mismo nombre. Esas tribus eran mucho mas numerosas en la época á que nos referimos, que en el dia, pues su fuerza de *armas llevar* no bajaba de dos mil guerreros, que siempre en pié de guerra, solo hacian concesiones á la civilizacion, á título de vencedores y como retribucion de las contribuciones que exigian para satisfacer sus instintos salvajes, ó lisongear su altivo y receloso orgullo. Hoy sus guerreros hábiles, no pasan de ochocientos, exigen *mucho mas* y conceden *mucho menos*.

Irene negoció allí sus caballos, adquiridos por el derecho de conquista, en pequeña escala, es cierto, pero mucho mas heróico que la conquista de Méjico, pequeña y naciente república, que el imperio francés procura sofocar bajo sus cuarenta millones de habitantes.

Irene negoció allí sus caballos haciendo al mismo tiempo una especie de alianza, de amistad y buena inteligencia con los caciques. Luego se dirigió á la parte de la campaña donde se

construyó el fortín designado con el nombre de *Guardia del Monte*, límite en aquel entonces de los establecimientos de ganadería al S. O. de Buenos Aires, y á unas veinte y cinco ó treinta leguas de esta ciudad.

Vibraba el bronce sagrado anunciando la hora de ánimas á los fieles, partiendo su tañido melancólico de la humilde capilla del naciente, pueblito del *Monte*, cuando Irene montado en su azulejo, llevando del diestro al zaino entraba en las primeras calles formadas por los sangüeados, justito diez días después de su salida de la casa materna.

Echó pié á tierra al exterior del palenque, que palenque y trinchera era, á la puerta de una pulpería. Maneó su caballo encillado sobre los nudos de la patas tranceras, al otro le dejó suelto, se deslizó por debajo del palenque, y entró en el rancho pulpería, haciendo la intención de tocarse el ala del sombrero y dando las buenas noches, mas por hábito de buena crianza, que por que se sintiese dispuesto á acatar á los presentes.

A los gauchos que ocupaban la pulpería, los unos jugando al *paro*, los otros *departiendo* sobre caballos y sus marcas, que eran diseñadas en la pared del rancho con la punta de los facones, otros *payando* á competencia al rasguear de la guitarra—á todos ellos, les bastó un exámen rápido, que hubiera escapado al observador mas fino, para juzgar al forastero y ese juicio, facultad, absorción intelectual que habria podido pasar por *segunda vista*, como la de los adivinos escoceses de que nos dá noticia el espiritual romancista Water Scot en sus novelas, calculadas para dar una idea de algunas fases de la historia á sus semi-salvajes y leales compatriotas—ese juicio de los gauchos, repetimos, los predispuso á volver el saludo con deferencia.

Por intuición conoció Irene el efecto que su presencia habia producido, pero sin eso, dueño de sí mismo y creyéndose siempre en su terreno, zapateó un instante con naturalidad y desenfado, dirigiéndose al mismo tiempo al *gaucho-político* que se hallaba atrincherado tras el mostrador, precaucionalmente sobrepuerto de una fuerte reja de gruesos listones de madera.

—Pulpero, le dijo: el gaucho Irene tiene apetito, pagando lo que sea, no habrá por eso recovecos; alguna cosa así... como para darle que hacer á las carretillas.

—Hay pan, queso y miel si es de su gusto.

—De mi gusto es, amigo pulpero, comer lo que se presente, esperando otra cosa mejor; con que así, *hágase á venir*, que mi facon está ganoso de cortar. . . . aun que sea queso.

Al timbre que fué pronunciada esta frase, una imperceptible conmocion se comunicó á los auditores de este diálogo, que observaban sin desatender sus diversas ocupaciones, y es fama que hubo alguno, que *escarseó*, diciendo para sí:

— ¡ Este es pájaro !

El pulpero puso pan y queso sobre el mostrador, y miel en una taza no muy limpia. Luego recostándose para aproximar su cabeza á la de Irene le dijo *quedito*:

—Ninguna necesidad habia que V. dijese su nombre. El hombre que estaba sentado ahí, dijo señalando un poyo de terron que al exterior de la puerta habia, se levantó cuando lo oyó y se fué; es de la policía y *para mayor abundamiento* un pícaro de *loma y playa*. *Esté sobre aviso, ahorita* no mas lo van á prender porque ya vino la *requisitoria* del Juez de Paz de la Magdalena.

Irene no pareció prestar atencion á esta observacion alarmante del oficioso pulpero, celoso de la honra y crédito de su casa. Brindó á los presente, indicando los comestibles con la punta del facon y despues de esta civilidad consagrada por la costumbre, que probablemente tuvo su origen en la caridad, hizo la señal de la cruz, consagrada tambien por la costumbre, pero de origen mucho menos noble, por mas que Napoleon Bonaparte, segun se dice, no pudo desprenderse de ella en toda su vida al bostezar, como costumbre Corza, que era, para impedir al diablo que penetrase en el cuerpo por la boca abierta. Luego despues, se puso á comer con la mayor flema, su queso mojado en miel, sin descuidarse sin embargo, de echar una ojeada á los dos lados de la calle.

Su colacion hecha, *armó* un cigarrillo diciendo al pulpero:

—Bien decia Vd. amigo, ahí vienen los hombres. Tome, páguese lo que le debo, guárdeme el resto para otra ocasion, deme un fueguito de *Uupa* y cuente con la amistad de Irene, porque si Vd. no me hubiese prevenido, me hubieran agarrado

EL CENTAURO.



Tres enemigos dejó fuera de combate.

sin perros. Caballeros, añadió dirigiéndose á los otros paisanos, yo creo que me vienen á *prender*, y cuento con que ninguno de Vds. se meterá en la *danza* [1]

Voy á dar á esos policianos la medida de mi brazo y mi *flamenco* y si viene con ellos el que fué con el cuento, voy á arreglarlo á mi manera para que no pueda perjudicar en adelante á otros forasteros que como yo *caigan* por el *pago*.

Dicho esto, salió fuera del palenque, desmaneo su caballo, recostándose despues en su anca. Ocho hombres le formaron semi-circulo en la calle, armados unos de sables mohosos y de carabinas destartaladas otros.

—Dése á preso y entregue las armas, gritó el gefe de la partida, tenemos orden de *prenderle* y mas cuenta le tiene no hacer resistencia.

—Eso es lo que vamos á ver, contestó el valiente jóven, desvainando su daga con la derecha y resbalando con la izquierda el cojinillo; puesto en guardia, esperó la acometida.

La actitud del jóven anunciaba que la sangre iba á correr, y mas de uno de los aprensos hubieran deseado estar lejos de allí. Su gefe temió por sí, y... es permitido creer que por su gente. Despues de algunos consejos al rebelde, exagerándole la inutilidad de su resistencia, consejos que fueron despreciados, mandó á hacer fuego á sus carabineros. Tres ó cuatro detonaciones graneadas se sintieron, pero Irene que se habia alejado de su caballo por temor de que se lo hirieran, no pestañeo siquiera al chasquido de las balas y se lanzó con la agilidad de una fiera, á quien se semejava por la velocidad y desembarazo de sus movimientos, como por los fatídicos fulgores que partian de sus pupilas chispeantes.

En un abrir y cerrar de ojos, segun la espresion de una señora anciana que accidentalmente presenció la lucha, tres enemigos dejó fuera de combate, entre ellos, el que fué con el parte de la presencia de Irene en la pulperia; los demas, con su caudillo al frente, *volsaron la anca* y pusieron los piés en polvorosa.

El leon se quedó solo agitando su melena. Luego instantá-

(1) Toda palabra sub-rayada pertenece al estilo del paisanage.

neameuse se serenó ; refregó su *flamenco* en la tierra y lo repasó en la cola de su caballo, envainándole en seguida lentamente.

—Es triste cosa, dijo con acento melancólico, sí, es triste cosa, pero es fuerza que aprendan á conocer, que Irene no es una bestia que se pueda *arrendar* á fantasía. Vamos caballeros, dijo dirigiéndose á los paisanos de la pulperia que habian observado impassibles los menores incidentes de la lucha, aqui hay dos hombres heridos que necesitan ser atendidos; en cuanto al otro, le envié un viaje de despedida, porque le conocí por el espía, y á mas queria dejarme á pié saltando en mi caballo ; ese ya no necesita mas que del sepulturero, y es una suerte para él, por que si viviera, tendria gusto en *rematarle* ; no transijo con los chismosos, el chismoso y el traidor son *aparceros*; éste, muriendo en esta ocasion, habrá hecho un servicio á los que quieran aprovechar de la leccion. En descargo de mi conciencia, digo, que es al único que no siento haber *desagrado*.

Despues, mientras cambiaba algunas frases de simpatía con los otros gauchos, que le felicitaban en términos técnicos de admirable concision y energía, pues habian reconocido su maestro, arregló la montura de su caballo, pidió al pulpero un atado de cigarrillos, montó con la agilidad de un acróbata, picó ligeramente con la espuela los hijares del azulejo y partió al paso saludando con el ademan y la palabra.

Aunque no relatamos sino de oidas, podemos asegurar sin embargo que no hay nada de exagerado en lo que acabamos de relatar, pues el año de 1820 ó á principio de 1830, hemos presenciado en ese mismo pueblo del *Monte* un incidente de esa naturaleza en que un solo hombre puso en conflicto á las fuerzas públicas, tal es el prestigio que ejerce en el espíritu del paisanage americano el heroismo llevado hasta la exaltacion. Hombres pensadores, que contraes vuestras grandes facultades á la investigacion y realizacion de utopias políticas, ved lo que se podria hacer con una raza de hombres que sienten en su ser moral el gérmen de todo lo que puede enaltecer á la humanidad, si fuesen bien dirigidas sus tendencias !

La même fermenté dans le cœur des mortels,
Forme les grands héros et les grands criminels;
Qui du crime á la terre á donné les exemples
S'il eut aimé la gloire, eut mérité des temples
Catilina, lui-même, a tant d'horreurs instruit
Eut été Scipion, si je l'avais conduit.

Tales son los versos que Voltaire, el mónstruo de la sabiduria, como se le llamaba en su época, pone en boca de Ciceron, el mónstruo de la elocuencia, á estar al juicio de los latinos, en su tragedia de *Catilina ó Roma salvada*.

Pero es permitido introducir citas y digresiones morales en una narracion de aventuras cuando estas no pecan por difusas?

—Si? —Nos daremos por advertidos y sin abusar, usaremos de la concesion siempre que el *estro* lleve la luz á las tinieblas de nuestra mente.

Decíamos que Irene se separó del teatro de sus hazañas que la sociedad condena en su accion colectiva, pero que aplaza su juicio, en su accion individual y marchando al paso de su caballo cruzó la plaza del pueblo; con el instinto y la facultad nictálope del gaucho, hizo dar un rodeo á su caballo deteniéndole en el punto por donde entró pocas horas antes. Algunos instantes permaneció inmóvil cual una estatua ecuestre; la pupila dilatada, el oido alerta, pero solo se oian allí, los suspiros de las auras, los ladridos de los perros en lontananza y el *tascar* de la *coscoja* de su freno, que la lengua del caballo hacia rodar sobre su eje,—mecanismo por el cual el gaucho siente al caballo cuando no le tiene á la vista.

Luego que nuestro héroe hubo adquirido la seguridad de que por aquel punto todo estaba perfectamente tranquilo, juzgando con acierto que los sabuesos de la policia habian sido desorientados por su estrategia y seguian una pista falsa, hizo salvar al caballo una ancha y profunda zanja que protejia á un espeso bosque de durazneros, que habia observado á su paso en la tarde anterior, entapizado al pié, por mullida alfombra de granillo, y cuyas ramas se encorvaban hasta la tierra cargadas de abundantes y pintados frutos.

—Toda es conveniencia aquí, pensó Irene echando pié á tierra en lo mas profundo del bosque; para mi, ricos duraznos, abrigo y cama tendida con colgaduras de verdura; para mis caballos. . . . estoy seguro de que en esta corta noche de verano, despues de la jornada que han hecho en el dia, posesionados de un gramillal como este, en el cual, van á ejercitar sus carretillas con deleite, no hay temor que piensen mucho en la *querencia*. Sin embargo, no hay que fiarse, porque el diablo siempre vela.

En mi situacion, mas cuenta me hace *contarles las costillas que los pasos* á los parejeros y para dormir á gusto, empiezo por manear y cruzar al azulejo; el zaino no se ha de ir solo, aunque le venga la *viaraza*, porque es mas leal, de lo que fué jamas hombre alguno.

Hechas estas reflexiones mentalmente, las hizo prácticas y asegurando al azulejo, solo le quitó el freno, contentándose con aflojarle la cincha, luego despues arrolló el cojinillo para formarse una almohada, eligió á tientas algunos de los mas hermosos duraznos, que se comió sin tomarse el trabajo de mondarlos—pronunció á media voz sus oraciones; se estendió voluptuosamente sobre el lecho cuasi elástico con que alma naturaleza le brindaba y se entregó al sueño con la calma del varon fuerte que supo poner á raya los terrores fantásticos que suelen turbar la imaginacion de los creyentes.

Cuando á la mañana del siguiente dia, el sol recorrió el cortinaje de púrpura y oro de su lecho, mostrando las maravillas de su esplendor al hemisferio de Colon, y que las plácidas praderas argentinas, palpitaban de placer al calor fecundante de sus rayos, Irene, llevando su caballo al paso, mientras el otro refrescaba sus fauces con el rocío que brillantaba al rico y tupido cespéd, aspiraba con delicias las frescas y perfumadas emanaciones de que á esa hora se halla impregnado siempre el hálito de las pampas.

No teniendo por el momento mas pensamiento que el *vaguardar* á despecho de todas las policias de su tránsito. Confiado en la fortaleza de su ánimo, cuya potencia era exaltada por su juventud confiada. Confiando en la ligereza de sus parejeros, capaz de desafiar las iras del pampero, para los casos apremiantes. Estraviadas sus creencias religiosas hasta el extremo de contar la proteccion de la *Santisima Virgen* y de las *benditas ánimas del purgatorio*, sublimes concepciones de la cándida fé de todo *creyente*, en todas épocas, en toda religion, con diversas designaciones, de quienes estaba seguro por la intervencion de su buena y santa madre que sabia las invocaba á su intencion, el jóven solo trataba de contemplar á sus caballos, para encontrarlos dispuestos el dia que llegase á necesitar de sus esfuerzos.

Tales eran sus pensamientos, mezclados con los gratos y melan-

cólicos recuerdos del hogar doméstico, forzosamente abandonado por la violencia de las circunstancias, cuando llamaron su atención diversos puntos que se destacaban en el horizonte sobre el vapor oscilante de la tierra.

No necesitó de un grande esfuerzo de observacion, para conocer lo que era, asi es que exclamó sonriendo con amargura :

—Hélos ahí, los agentes subalternos de los mandones, enviados por otros agentes de mas elevada esfera, empeñados en hacerme figurar como un gran criminal á un pobre gaucho inofensivo, siempre que se observen en él, los respetos debidos al hombre libre, asi como él se siente dominado por respeto entusiasta, por todo lo que es bueno, noble y grande, como la ley protectora del órden social, calculada sobre la ley coercitiva del desórden !

Hélos ahí, pobres paisanos, azuzados contra otro paisano, como pudiesen hacerlo con perros de presa, destinados á desalojar y dar caza al tigre que hace estragos en la hacienda ! Ahí vienen estrechando el cerco dentro del cual creen haberme cojido, cual pudiesen hacerlo con el avestruz ó el venado ! Incautos, á quienes la leccion de ayer no ha dado la medida de lo que puede Irene, teniendo á su servicio dos parejeros, un facon, veinte y cinco años de edad, el sentimiento de sus derechos y un pecho invulnerable á toda vil invasion de temor ! Fiera peligrosa, á quienes les convendria mas no irritar, procurando domesticarla, haciéndole partícipe de los goces de la libertad ! De la libertad ! repitió con vehemencia, cuyo prestigio ellos se esfuerzan en destruir, sustituyendo á su espíritu civilizador, amparados con su égida, el desenfreno de la mas escandalosa licencia—esplotando todos los elementos de disolucion—haciendo combustibles para calcinar á la patria en inmenso auto de fé !

Un momento suspendió su arranque patriótico. La proximidad de la lucha que se aprestaba á sostener, imprimió á su mirada ese destello fulminante que sirve de paladion al valiente, fascinando á su contrario y á su acento, el timbre vibrante y dominador, por la exaltacion de las ideas en sus nobles vuelos.

Por último, la reflexion arrancó un suspiro prolongado á su pecho generoso. La nube que velaba su frente se disipó y una

lágrima ardiente se deslizó por su mejilla bronceada, yendo á aumentar el caudal de tantas otras, que cayendo sobre las páginas de nuestra historia, amenazaron deslustrarla, si la mano inteligente de los elejidos, no hubiese aplicado oportunamente el espíritu de la idea, para borrar sus huellas.

—No, exclamó el bravo, no, Irene no quiere verter sangre inocente cuando puede evitarlo—bastante tiene con la que se vió forzado á verter ayer, para poner de manifiesto su valor, como salvaguardia para el porvenir; porque si me hubiese mostrado pasilánime, hoy seria un objeto de desprecio para mis valientes paisanos—los gauchos, no simpatizan con los cobardes! Hoy, sus pruebas están hechas y el dolor á sangre cristiana les causa nauseas.

—Si entre esos hombres que se vienen acercando, añadió despues de guardar silencio un instante, estuviesen los causantes de tantos males como aquejan á los pobres habitantes de la campaña, no le desagradaria al prófugo Irene, verlos llegar al alcance de su acero; pero ellos se guardan muy bien de asistir á estas infames volteadas, no por delicadeza de conciencia, sino por cobardía de corazon. Nó, ellos no vienen—se valen de mis incautos é ignorantes paisanos, que no conocen su fuerza y obedecen sin exámen, creyendo servir á la patria cuando la hieren de muerte!

El cerco á que aludia Irene en su monólogo sentimental, se estrechaba ya de tal manera, que los mas cercanos de los hombres que le formaban, solo se hallaban ya á un tiro de carabina.

Pero Irene se equivocaba, al decir que los gauchos obedecian sin exámen. Todo ese paisanaje reunido por intimacion de la autoridad local para *traquearle*, sacrificaba por la forma á la obediencia pasiva, pero los mas de ellos, sino todos, venian con el *ánimo hecho*, de hacer lo posible para dar escape al valiente que en nada les habia ofendido y cuyo crédito reposaba ya en la garantía de su ardimiento, que la voz de la fama habia ensalzado en todos los ángulos del departamento y mas allá.

Cuando hemos dicho que los gauchos que cercaban á Irene venian á darle escape, no nos referimos á ese solo caso; siempre que se trata de un hombre arrojado, en circunstancias idénticas,

proceden del mismo modo, aunque los procederés de tal hombre no sean muy limpios; pero *su buen sentido* les dice, que el mal no debe cargarse en cuenta al individuo, porque el origen—el germen de ese mal, se halla en mas alta esfera. Nos comprendéis lectores?

Insistimos. Proceden del mismo modo los gauchos americanos. Siempre que se trata de un hombre en cuyo pecho se anida un corazon impávido, sea cual fuere la raza á que pertenezca el tal hombre. El valor y la desgracia, son títulos para ellos, dignos del respeto mas profundo, de la mas acendrada simpatía.

Es de todo punto falso que las tendencias del paisanage hácia el mal, provoquen medidas coercitivas de la autoridad; sin embargo, se ha dicho, y aun se ha escrito por algun miserable. En las campañas americanas jamás hubo asesinatos perpetrados por americanos. Los comisarios pagadores salen de las capitales con los asistentes necesarios á su servicio personal y llevando millones en las balijas, se internan en los desiertos—no tenemos noticia de un solo ejemplo en que hayan sido atacados. En Italia cuando un asesino es conducido al patíbulo por la accion de la ley, la conmiseracion del pueblo se despierta y se manifiesta por estas palabras; *¡poverino, amazzato un huomo!* En las campañas americanas á un asesino lo perseguirán, ni mas ni menos que á un perro rabioso, pero cuando en lucha leal un valiente mata á otro, entonces la conmiseracion se manifiesta á favor del vencedor por esta espresion: *¡ha tenido una desgracia!* Espresion profundamente filosófica que hemos oido mas de una vez y que por sí sola, acredita la nobleza de los instintos de la raza.

Irene resuelto á huir, pero á huir como dicen que huye el leon de los cazadores que lo acosan, se dejó encerrar cuasi, dentro del cerco, y cuando le pareció, lanzó su caballo recto al abra mas inmediata—veinte ó mas disparos de carabina acompañados de algazara estrepitosa, turbaron el silencio del desierto, pero ningun proyectil dió en el blanco, por la sencilla razon de que no habia sido dirigido á él, y el mismo resultado dieron los muchos pares de hóleadoras que se cruzaron en el aire ó barrieron las altas yerbas pasando á corta distancia del fugti-

vo, que tendido sobre el cuello de su *colico bridon*, semejaba una fantástica vision impulsada por sobre natural huracan.

La valla de hombres fué salvada por los paregeros apareados, pues el que iba suelto, como si su inteligencia instintiva le hubiese advertido del peligro, se habia agrupado con el otro, de tal manera, que parecian formar un todo indivisible.

En pos de ellos—para salvar las apariencias en presencia del gefe, se lanzaron los traqueadores—aquello era una corriente de ginetes vertiginosa, *como almas que lleva el diablo*; pero la ligereza de los paregeros no admitia competencia—pronto pusieron á su diestro conductor fuera de todo riesgo y obedeciendo dóciles á una insinuacion práctica se sentaron sobre sus garrones y tomaron el aire de trote.

Un incidente curioso que viene en apoyo de nuestra asercion sobre las disposiciones favorables de los gauchos hácia Irene, por lo cual no lo pasaremos por alto, tuvo lugar en lo mas caloroso de la persecucion: el gaucho que mas se le habia aproximado le gritó:

—En mi casa lo espero esta noche amigo Irene—*indilgue* en el *pago* lo de Santos Paez, no está lejos de aquí.

° Irene hizo una cruz en el aire con el cabo del rebenque, dando vuelta al mismo tiempo la cabeza. El signo simbólico de la redencion fué imitado por el que se habia anunciado con el nombre de Santos Paez y la *aparceria* se estableció entre el perseguidor y el perseguido—entre el matrero en rebelion abierta con las autoridades locales, y el vecino laborioso que, por entonces, les rendia equívoco acatamiento.

Algunos momentos despues, la batida habia cesado completamente, por órden del gefe convecido de la inutilidad de su empeño en vïsta de la superiodidad de los caballos de Irene y quizás tambien persuadido de la mala predisposicion de su gente.

Observada por Irene la quietud del grupo de sus perseguidores, echó pié á tierra, mudó de caballo y despues los dejó pastar á ambos tranquilamente, teniendo del maneador al ensillado.—Tendió el cojinillo en el suelo y se sentó—sacó del *tirador* la *chuspa* de alon de avetruz y de ella el *yesquero* de cola de peludo retorcida, provisto de su correspondiente y esca

la piedra de chispa tomada entre los guijarros de la sierra del Tandil, y el eslabon, fraccion de antigua lima desgastada por el tiempo y el trabajo. . . . lo demás. . . . ya lo sabeis ¡oh americanos del pasado tiempo! tiempo venturoso en que los negros vendian masitas de pajuelas por las calles de nuestras ciudades endomingados para asistir despues á los candombes; alegres, graciosas y ruidosas reuniones africanas, á que afluan de espectadores americanos por centenas, y vosotros jóvenes, representantes de la nueva generacion, destinados á gozar de los beneficios de la libertad si teneis virtudes para ello, tambien debeis saberlo por tradicion. Obtuvo fuego con esós sencillos útiles, reemplazados ventajosamente por los fósforos y otros refinamientos del progreso, de que confesamos sin humildad, debeis tener conocimiento muy mas aventajado que el nuestro.

Obtuvo fuego digimos—encendió en él su cigarrillo y mientras fumaba, observaba y reflexionaba. Un escuadron—cincuenta hombres, pensaba, arrancados á sus faenas para perseguirme á mí, por que no quiero servir al diablo—por que no quiero persuadirme que las cuestiones personales ó de círculos que se debatan allá en la ciudad capital para apoderarse de la direccion de los negocios, sean como ellos dicen, cuestiones de interés vital para la gloria y la prosperidad de la República.—Un dia vendrá en que el pais sentirá los tristes resultados de esas luchas insensatas, provocadas por absurdos pensamientos de hacer propiedad de tal ó cual círculo las altas regiones del poder—Imbéciles! que no comprenden lo irrealizable del proyecto ante la marcha progresiva de la idea!

—Quieren dominar—es toda la aspiracion de esos patriotas esclarecidos,—dominar y de ahí vienen que no piensan en organizar, sí por ventura, son de fuerza para eso. No piensan en organizar nó, sino en esplotar la ignoracia de las masas, para hacerlas servir á sus intereses personales, transformando así, en caos informe, lo que debia resplandecer por el espíritu creador de la revolucion!

—Quién gobierna hoy?—El diablo me lleve si yo lo sé, ni lo sabe tampoco ninguno de los hombres de mi condicion que en su accion colectiva representan la fuerza—el todo—la soberanía.—Quién gobierna hoy?—nadie lo sabe—y si acaso por aca-

so, un *nombre* cruza por las masas, nadie sabe á que título es gobernado por el hombre que tal nombre lleva. Por ventura somos imbeciles? Nó, somos ignorantes—ahí está el busilis de la cosa—y bien, mientras el pueblo soberano sea ignorante, no se han de ver efectos resplandecientes de su soberania—la libertad será un mal, como hasta aquí, y la dominacion se encargará *por humanidd*, de tomarnos bajo su tutela—El primer deber de un gobierno, es ilustrar á su pueblo—y haciéndolo, eleva un momento permanente de su gloria.

En tanto que estas ideas cruzaban fugaces por la privilegiada mente de nuestro héroe, procurando justificarse á sí mismo, observó que el grupo formado por sus perseguidores, se desprendia un ginete y partia á escape, cubriéndose con los accidentes del terreno, indudablemente á esparcir la noticia de su marcha en una direccion que le suponian.

—Han calculado mal, se dijo, yo voy en otra direccion á buscar donde acallar las exigentes observaciones de mi estómago, porque la naturaleza física no pierde sus derechos, por mas que el espíritu pase por el crisol de las contrariedades.

Hécha esta última reflexion arrancada por la mas urgente de las necesidades naturales en un gancho de veinte y cinco años, se puso en pié y arregló la montura de su caballo—montó y siguió despacio hasta el rumbo que llevaba el que él suponía que era un chasque á su intencion.

—Estos hombres pierden su tiempo, dijo evaporándose para llevar á su espíritu la alegria que le era propia. Si pierden su tiempo—mientras no me hagan caer, en alguna celada ó levanten la campaña en masa contra mí, no conseguiran ponerme la mano encima.... despues de muerto, porque vivo, es mas difícil.

Al trote de su caballo y á menos de una hora de marcha, perdió de vista á la partida, quedando solamente al alcance de la vista de águila del hijo del desierto, dos puntos, algo velados por las exalaciones de la tierra, que hacian contraste con la uniformidad de esmeralda de las praderas.

—Aquellos son bomberos, dijo en voz alta, pero *les voy á dar el cambio* y uniendo la accion á la palabra, lanzó su caballo al gran galope hasta que hubo desaparecido todo objeto sospecho-

so, entonces dando un rodeo, volvió sobre sus pasos, sin precipitar ni contener el vuelo de su *pingo traga legua*.

Una hora proximamente, siguió á ese aire y luego haciendo sentar al pingo sobre el anca, se descolgó al mismo tiempo—le *resbaló* el recado dejándole cubierto el lomo con las gergas para que no se *pasmasé*; precaucion indispensable, á todo el que quiere conservar ó considerar al noble animal que le ha hecho atravesar cómoda y prontamente los espacios. Le quitó el freno para que comiese un poco, y mientras tanto, fumó él su cigarrillo para engañar al estómago, ignorando sin duda, que el tal remedio, produce un efecto contrario al que se desea.

Cuando le pareció oportuno, mudó caballo y siguió en la direccion que habia adoptado, no sin *bombear* los horizontes, en los cuales no descubrió objeto que despertase sus recelos.

—Ahora el campo es mio, dijo, y me arrimaré á la primera poblacion que *divise*, con tal que no se desvie mucho de mi derrotero.

Al escribir esto, se nos presenta la reflexion, de que estos apuntes semi-históricos muy bien pudieran pasar el Atlántico—tantos malos libros le han pasado en sentido inverso!—muy bien pudieran *ser mecidos por las agus del Atlántico*, segun la expresion de un americano que en temprana edad salió á la superficie del hervidero social, y caer en manos de algunos de esos hombres que todo lo quieren leer y que tanto abundan en la populosa Europa, que pensará ese tal, de los destinos de un pais, en el cual uno de sus habitantes conducido por veloz corcel, corre los espacios en busca de una habitacion humana donde echar pié á tierra, y descansar?—Fuego de Dios! esclamará, es necesario poblar ese pais con la exhuberancia de la Europa y anticiparse á poblarlo por el derecho de la propiedad, antes de verlo poblado por el derecho de conquista. Nosotros aseguramos, que ese tal, consultado sobre el caso, aconsejaria, la inmigracion en grande escala, sistemada, regularizada y de todas nacionalidades, dando siempre la preferencia á la madre patria y en poco tiempo, se veria transformada en centro de actividad y de riqueza, la fisonomia inerte de los desiertos.

Hace seis mil años que la civilizacion corre dando la vuelta al mundo y ensanchando su esfera, Americanos. Nuestra era

empieza—corramos fervientes á allanarle la senda por que debe transitar, porque de seguro, viene á colocar entre nosotros los americanos, su trono resplandeciente. Para alcanzar á ese porvenir, no habrá sacrificios que arrostrar, sino goces que conquistar. Todo se reduce hacer prácticas las prescripciones que el *principio del bien* envuelve en sí: culto á la razon!—humanidad!—fraternidad!

Pero, nos hemos desviado mucho de nuestro propósito y volvemos á él:

En los tiempos á que nos referimos, la hospitalidad no era considerada precisamente como una virtud entre los habitantes de lo que un dia fué la América española. Muy especialmente en los campos, era un hábito una satisfaccion, una bendicion de Dios el poderla practicar. De otra manera: Sin que tuviesen la conciencia de practicar una virtud, practicaban la hospitalidad en todas las Sub-divisiones de la América, en sujecion á preceptos divinos del mas grato, satisfactorio cumplimiento—Solo el agazajo estaba sujeto á las alteraciones impuestas por el carácter ó las circunstancias eventuales de los individuos ó familias que la practicaban. Todavía hoy en dia se conservan algunos restos de esas costumbres patriarcales, en el seno de algunas familias, que por tradicion, las practicaron siempre religiosamente, á pesar de las decepciones con que tienen que chocar, pero, al paso que la cosa vá, es de temer que no tarde mucho en desaparecer esos últimos restos. La civilizacion es una gran cosa—fuerza es convenir en ello, vive Dios! Sí, es una gran cosa, pero no es hospitalaria, á no ser que su interes se halle fuertemente exitado—Acaso será esta una blasfemia lanzada contra la aurora de la civilizacion que vino envolviendo en sus esplendores á la libertad? *Verde retro Satanás!*

No, es la civilizacion—en que pensábamos? Acaso la aurora de la civilizacion ha irriadiado sus destellos sobre nuestras campañas? Sabeis lo que ha sofocado las costumbres de la raza campecina de origen español?—La inmigracion—Os sorprendéis?—Vamos á esplicarnos. No es, esa inmigracion por la cual abogamos no ha mucho—es, la inmigracion espontánea,

que en su gran mayoría se compone de las inmundicias que encierran las cloacas europeas. No lo creéis? Observad y estudiad.

Irene llegó por fin á la entrada del zangeado que parapetaba una poblacion de confortable apariencia, como lo es, el menor *tabuco* extraviado en el desierto, para todo viajero que se siente apremiado por la necesidad del alimento. Los perros de la hacienda salieron á recibirle formándole semi-círculo y dándole un concierto de ladridos, unos graves, sonoros, alarmantes, otros atiplados; pero, Irene no se preocupó del caso acostumbrado como estaba, á esas demostraciones hóstiles de la raza canina.

—*Ave Maria purísima* : pronunció en voz alta—Ya sabéis que es consagrada por la costumbre esa frase de arribada y la contestacion que le sirve de pendiente, no se hizo esperar:

—*Sin pecado concebida*—apeese si gusta señor—muchacho espántale los perros al hombre—que condenados perros, levantan una grita que no se entiende la gente. Pase adelante Señor!

Irene obedeció á estas indicaciones, con la precision de un veterano á la voz de su oficial—echó pié á tierra, manegó su caballo y entró con el sombrero en la mano y media sonrisa en el lábio.

—Pase para acá señor, añadió la dueña de casa que le observaba de pié, un poco adentro de la puerta de la cocina, que en las casas pobres sirve de sala de recibo. Sírvase sentarse si gusta, señor.

Irene se sentó en una de las cabezas de vaca que circuian el hogar, blanqueadas por el tiempo, lijeramente teñidas por el humo, bruñidas por el roce.

—Que anda campeando señor—ó vá de viage.

—Voy pasando señora y me *allegué* para dejar pasar un poco el Sol, contando con el favor de Vd. y del dueño de casa.

—Ha hecho muy bien—pobre, tome un matecito que *mi hombre ahorita* no mas *ha de caer*---anda por el campo, campeando unos animalitos.

Como si esta hubiese sido una evocacion, se presentó el dueño de casa en la puerta, con cierto aire de reserva que no escluía la cortesía. De lejos no mas; habia sido advertido de la

presencia de un forastero en su casa, por los caballos y se habia apresurado á regresar.

Era un hombre como de treinta años, de formas hérculeas y bronceada faz, de rasgos fuertemente pronunciados. Despues de cambear las civilidades de costumbre con el forastero, el instinto del gaucho se manifestó en él. Su fisonomia se despejó y dijo con no estudiada franqueza.

—Paisano gaucho, Vd. está en la casa de Bruno el campeador—es lo mismo que decirle que está en su casa. Esta muger es mi patrona y conózcala por su servidora de. . . . medio cuerpo arriba, añadió soltando una estrepitosa carcajada.

—Oh! velay el zonzo—siempre está con sus bromas. No le haga caso señor, que es loco éste y bromista, que no hay con que darle.

Esto diciendo la buena muger alcanzaba mate á Irene y miraba á su marido, con ojos, cuya espresion desmentia sus palabras.

En su calidad de gaucho forastero, el héroe de nuestra historia fué agazajado con la plenitud de las facultades de sus huéspedes; facultades equivalentes á las necesidades de uno y otro y por consiguiente omnipotentes para hacer enmudecer los malos instintos.

Cuando hubieron *mateado* largo y *churrasqueado* en razon directa y platicado á competencia, de *volteadas*, *manadas entabladas*, *parejeros*, *carreras y jugadas*, con su accesorio indispensable de *cuestiones y trenzadas*, con celebrados rasgos de destreza y sangre fria y *voleadas de anca* vergonzosas. Cuando todo eso se hubo analizado y discutido, en ese dialecto de entre cortadas frases, de admirable concision y energia, por la palabra, el ademan y el acento, mezclados con chuscadas inagotables y adornado el todo, con los atributos de una poesia indefinible, nuestros hombres se estimaban en lo que valian, en tanto que la muger, sin dejar de atender á sus *tragines*, silenciosa y al parecer, indiferente, escuchaba y admiraba las pintorezcas descripciones que se desprendian del lábio de los interlocutores, cautivando voluptuosamente su atencion. Los niños tambien permanecian quietos, la mirada fija, el oido alerta y en su inmovilidad, representaban á lo vivo, imágenes de pensamientos

encarnados en la infancia; y pensamientos eran, iluminándose con las lecciones de su educacion primaria. Educacion para la cual no se precisa ni de libros, ni de preceptos de atencion. En ese procedimiento inconsciente, reside la educacion moral del gaucho. Ahí aprende á apreciar ó despreciar. A rendir culto en su mente á los nobles rasgos y á estigmatizar los malos. Por un procedimiento idéntico, adquiere la educacion intelectual que forma al buen ó mal ciudadano. Entónces, los preceptores residen en la esfera administrativa, de donde parten las emanaciones materializadas que llevan á lo lejos—allá—al límite extremo de las fronteras el respeto á la autoridad que da lustre á las instituciones, ó el desprestigio de aquello que los aja y escarnece. Entónces, los padres del niño gaucho, asumen el papel de *monitores*, del mismo modo que antes, el de maestro; sin tener conciencia de ello. Aviso á los gobernantes, que por acaso, no pensaron jamas en esas miserias.

Aunque creemos haber dicho ya, algo semejante á lo que vamos á escribir en este momento, no importa, nos repetimos. Se repiten los grandes maestros! Se repiten los mandones arbitrarios, sin que la esperiencia del final de sus pro-antecesores los arredre!

El espíritu de observacion entre los pobladores de las soledades de nuestros campos de raza antigua, es tanto mas sagaz y profundo, cuanto mas encubierto es, por impenetrable carátula de indiferencia. En este sentido, la lucidez de sus impresiones, una vez manifestadas, se parecen á revelacion misteriosa, que los mas astutos suelen hacer valer como el resultado de combinaciones sobre-naturales—de ahí, los adivinos y mas frecuentemente aun, las adivinas, que desempeñan tambien el arte de curar por medio de prácticas supersticiosas, auxiliadas por el conocimiento y aplicacion intelijente, de las propiedades de los simples.

Como resultado de esa observacion intelectual, nuestros amigos, como hemos dicho, quedaron vivamente *pagados* uno de otro y luego, siguiendo el impulso suave y exitante de sus predisposiciones recíprocas, entraron en el terreno de las confianzas, en el cual es peligroso aventurarse, ni aun, despues de

profundas, científicas observaciones, en las rejiones sociales beneficiadas por la civilizacion. . . . *vade retro!*

Deciamos. . . . no es ese el tiempo, gramaticalmente hablando. Decimos que Irene hizo sus confiancias á Bruno, poniéndolo al corriente de su situacion, poco lisonjera y un tanto peligrosa, á pesar de no imponer zozobras á su valiente y confiado espíritu. Bruno despues de oirle con atencion profunda, le alargó su ancha y tosca mano, y exclamó con efusion é inequívoca lealtad:

—Amigo, así como se lo dije *no hace un rato*, le repito; Vd. está en su casa y Bruno el campeador no tiene dos palabras como tampoco dos caras para sus amigos. . . . Dispense que le ataje su palabra honrada, no me diga nada, porque lo que Vd. quiere decirme, ya yo me lo sé. En lo que yo y mi familia pueda serle útil, cuente con ello. Mire amigo, ponga atencion á mis palabras que salen del corazón. Vd. está en su casa, soy suyo en cuerpo y alma. . . . mientras Vd. ande peregrinando y despues. . . . allá lo veremos. Nada se me dá, del gesto que haga la señora *Justicia*. Cuando mi buena razon me lo dice, no ando mirando atras, ni encojiéndome de hombros, para prestarle el continjente de mi persona y de mi pobreza á la autoridad del partido, pero en los casos como el presente, amigo Irene, ya yo sé á que atenerme, no vé que el indio Bruno ha corrido tanto! Si gusta hacer noche, lleve su montura para adentro; allá hay un catre que siempre está pronto para los amigos, y mi patrona le vá á acomodar una cama. Por lo que hace á los parejeros, ya sabe, no tiene que incomodarse por eso, este muchacho los va á cuidar mejor. . . . que si fueran suyos.

—No es por despreciar su ofrecimiento y la buena voluntad con que me lo hace—y. . . . hacerme de rogar. . . . es cosa que ni por Dios entra en *mis dominios*, pero tengo á pechos, corresponder con confianza, á la invitacion de Santos Paez, que como le he dicho, me habló hoy en la corrida que me dieron los policianos, entre los cuales iba él, *punteando*, como si fuese el mas interesado en echarme el *piel*. Alguna cosa me dice, que me espera, y no lo quiero engañar en su esperanza. Otra cosa, amigo, que tal vez se halla presentado ya á su penetracion; sino voy, pueden preocuparse de que he tenido miedo y es un

precedente ese, que no quiero autorizar, ni por indolencia, ni por una pusilánimidad indigna de un gaucha americano.

—Y tiene razon amigo . . . Sí . . . cuerpo de Cristo! Siempre tiene razon; yo, Bruno el campeador, respondo con mi cabeza de la lealtad de Santos Paez; como tambien respondería de la de todo gaucha á quien se le diese una prueba tal de confianza y no hay mucho mérito en eso, amigo, por que todos saben, que si algun renegado hiciese traicion á ella, ese, podia contarse por condenado, pues el gauchage le huiría como á la peste—eso es, cuando no lo desollasen para hacer manecas con el cuero y darle la carne á los *chimangos*. No, por el rabo del diablo! En el pecho de un gaucha no cabe tamaña felonía. Santos Paez es un gaucha como Dios manda: un cristiano! (mejorando lo presente.) Allá va bien, amigo Irene, tanto por la comodida de su persona, que Dios guarde, como por sus caballos. Tiene un potrero bien cerrado con muchísimo pastizal. El año pasado lo labró y sembró una huerta allí—lo cual mi patrona y yo, le estuvimos ayudando y vino que fué una bendicion y le produjo buenos pesares, amen de otras conveniencias de que nosotros tambien participamos y todo el pobrerio, porque aquella es una familia que no sabe comer un pan, sin alcanzar un pedazo al que lo ha menester. Este año sembró la huerta campo afuera y dejó crecer el pasto en el potrero y si la huerta estuvo linda, el pastizal, no digo nada. Se pierde un cristiano entre el cebadilla y la gramilla que parece un colchon cuando uno pisa—yo suelo aprovecharla cuando ando campeando por esos lados y nunca dejo de traerme un buen costal en las ancas del mancarron; pero no para él, para mi reserva, que es el *entrepelao* que ha de haber visto atado á sogas en las afueritas de la zanga.

Aquí llegaba Bruno con su inagotable charla, cuando le interrumpió su mujer diciendo:

—Señor, Dios de los cielos! pero este Bruno cuando empieza, no tiene cuando acabar.

Bruno se encogió é hizo una mueca de inimitable truanería, contestando á su mujer:

—No sois vos la que teneis que quejarte de eso, Juana, decí la verdad.

—Valiente el zafao ! No le haga caso Señor Irene, ya le he dicho—Vd. debe estar cansado de tantas correrías, vaya para adentro y recuestese á *sestear* un rato; ya le he arreglado una camita. Despues se levanta fresco ; se lava ; toma mate y luego se irá cuando le parezca, que aquí nadie lo apura—vaya despache, pronto, á dormir—vea si se quiere insubordinar tambien, con eso le pego un palo.

—Eh ! ya se enojó la patrona—andemos derechos, derechos, amigo Irene, por que cuando se enoja, es mas mala que siete vívoras juntas—voto al chapiro ! No, dice bien mi china. Si amigo ; cuando ella toma la palabra, que es siempre que yo me descuido . . . No te ofendan mi palabras dichoso caracalá !—Como le iba diciendo : cuando mi patrona toma la palabra, no es mas que para decir cosas buenas. Dios tenga en su Santa gloria al alma bendita que la engendró ! Eh ! ya está contenta Juana—no la vé amigo Irene ? Se *pirria* por una zalamería de su viejo. Ahora—manos á la obra—á dormir, que la patrona manda en su casa. Despues de *sestear*—lo que piense retirarse—vamos, que lo quiero acompañar hasta ponerlo en la senda que lo lleva derechito hasta la rancheria del amigo Santos Paez, donde hay mujерerio y mozas que dan calor.

Los amigos de algunas horas que parecian conocerse de larga data, como sucede de siempre en las afecciones de las almas sencillas, que se dejan llevar por las inspiraciones de su naturaleza, sin andarse con estudios preliminares ofensivos á la dignidad humana y apesar de eso, por mas que nos cueste decirlo, indispensables en la vida social, á todo el que no quiera estrellar y martirizar su conciencia, contra las decepciones—estudios que, no deben ser superficiales, sino profundos y mas aún, de los reclamados por la investigacion de los arcanos de la mas abstracta de las ciencias—y aun con eso ! . . . Los amigos de algunas horas deciamos, se fueron á dormir la siesta, no sin haber recomendado Bruno á su hijo mayor, guapó y fuerte niño de doce años, en quien tenia entera confianza, la vijilancia del campo, por si se acercaba alguna gente sospechosa, y agregando despues :

—Y los paregeros Luis ! ojo al cristo ! no sea que el diablo los aconseje mal y vayan á puntear para la querencia y tenga-

mos que andar en trabajos. Si te llega á *picar* el sueño, dale la contra y hacete *picar* por un alacran y veras como se te quita. . . .

—Andá no mas, charlatan, interrumpió su mujer—vea el gaucha balandron, que parece que comiera lengua siempre.

A este apóstrofe, dicho con una gracia de acentuacion imposible de reproducirse, á no ser con la facultad de imitacion de los órganos de un loro del Paraguay—facultad de imitacion, que parece ser genuina á aquella temperatura. Al apóstrofe de Juana, repetimos, Bruno agarró al trote y riéndose locamente, hasta el dormitorio, tumbándose en la cama y quedándose dormido casi sin transicion—Irene le imitó. . . . que mejor cosa podia hacer ?

Sus dos horas, dice el cuento [que la historia tambien se puede contar] sus dos horas y pico le *pegaron al ojo* los gauchos. Bruno roncando, como se nos ocurre que hálo de hacer la tierra en el dia de la Ira. Si la comparacion no es peregrina ó *vice-versa*, si es peregrina, hablando irónicamente—cárguesele en cuenta al mal efecto que nos causan los ronquidos del hombre bien constituido, que á nuestro juicio, harian huir de espanto al Dios de la armonía. No obstante, á pesar del imperio que *Morfeo* ejerce sobre el robusto gaucha, embrion de Titan, éi fué el primero que se descolgó de la cama, lanzando el grito de uzanza en aquellos tiempos de glorias, mezcladas de turbulencia y miserias: ¡ Viva la Patria ! Amigo Irene, si se siente con ánimo, *ponga los huesos de punta* y vamos á armarle pleito á Juana y á *rastrear* el mate que ya tengo la garganta seca.

Irene se levantó, cambiando *las buenas tardes* y ambos enderezaron á la tina que estaba al lado del pozo-manantial, llena y bordeando de agua limpia. Allí, hicieron copiosas abluciones, refrescando con satisfaccion el tabernáculo de la inteligencia, cuyas gradaciones son tan infinitas, como los matices del prisma. Practicada la operacion hidráulica cada uno de nuestros *magni animi virus*, sacó del bolsillo del tirador un pedazo de peine cuya cuchilla conservaba todavia, el apéndice de algunos dientes y con ademanes *asaz* violentos y desgraciados, que probaban la impericia y el ningun aprecio que ambos hacian de las faenas del tocador, medio se *arreglaron* sus leontinas cabelleras, dignas

de figurar entre las constelaciones y en pos uno de otro, enderezaron á la cocina, enjugándose Irene al paso con uno de los ángulos de su *chiripá* de paño punzó, sobrepuesto del calzoncillo de ancho cribo y fleco airoso, que semi-cubria las lloronas, encabrestadas ó elegante bota de potro con delantal blanco y bigoterías de otro color.

Entrar—acomodarse en sus asientos que en otro tiempo fueron altivas y amenazadoras cervices coronadas de arboladura imponente y animadas por ojos sanguinolentos—cambiar las frases de oportunidad con la patrona, no sin que Bruno le descargarse á quema ropa algunas flechas de su carcax, siempre repuesto por *Sileno* y entrar en ejercicio el mate, todo pasó en menos tiempo, del que empleó nuestra pluma en escribirlo, guiada por nuestra mano, dirigida por nuestra mente, preocupada por recuerdos de otros tiempos.

—No le ha hecho cosquillas la policia á mi huésped mientras se estaba?—preguntó la señora.

—No señora, desde la cama lo ví á su niño mayorcito que se subia al *mangrullo* (vigia, construida generalmente en la cumbre del Ombú) y dije para mí barbijo: el diablo mismo no se pondria al alcance del ojo de aquel lince, sin que él lo pispase—bien aiga el muchacho de buena voluntad. Dios lo conserve! y esto diciendo señora, me dí vuelta para la pared y me quedé dormido. Como se llama su chico señora?

—Es tocayo de su padre, contestó Bruno; mi china le puso Bruno, porque quiere que todo le recuerde á su *adorado tormento*.

—Venga para acá amiguito, dijo Irene dirigiéndose al chico que recostado á la puerta y al exterior de la cocina, estaba con un pié cruzado sobre el otro—venga que le voy á hacer un regalo para recompensarlo de su fatiga.

—Oh! no me lo eche á perder señor, dijo la patrona—no ve que así se enseña á ser interesado.

—Esto no es interes señora, dispenseme. Tome amiguito este par de botones para que le ponga á su tirador, con eso se acuerda de su amigo Irene. Los gané días pasados, jugando á la taba con unos *calandrias* que me quisieron trampear y tuve que marcar á uno—cosa poca, en la nariz. *Salvo sea la parte.*

El muchacho consultó con la vista la voluntad de su padre y recibió los dos pesos fuertes que Irene le ofrecía.

—Vah, le dijo su padre, quejáte de la suerte—ya te aviaste, ahora vas á andar cogotudo que no vas á querer que ni una mosca se te pare en el tirador Bruno, vayase mi cachorrito para el Ombú y no me pierda de vista lo paregeros y los demas que le encargué. Y el mate Juana? yo creo que con el barullo de la conversacion me estas haciendo puente.

—No ha deser cierto—el tragon—no se adonde le cabe tanto. Tomá! te quejais de harto.

—Jamás lo estaré de mi Juana, ni ella de su Bruno tampoco.

—Vea pues, si es alabancioso. No se adonde tenia yo los ojos. . . .

—En tu Bruno, Juana, en tu Bruno; te acordais debajo de aquella ramada cuantas cosas me decias? créamelo, amigo Irene yo salia de allí, con la cabeza perdida y el corazon, quien sabe donde. Entonces era yo muchacho y todito me lo hacia creer esta con sus zalamerias. En cuanto yo llegaba, Bruno por aquí—Bruno por allí—no quiere pitar un cigarro—quiere que se lo encienda y todito era mi amigo, por mandarme un beso con el cigarro encendido. El diablo son las mujeres! me hizo perder los estribos.

—Mentís embrollon—vos eras el que no dabas; la ida por la venida.

—Es cierto hermanito—cristo mio que calentura! Esta me habia hecho alguna brujeria. Entonces estaba yo conchabado en el partido de Lobos, en un puesto de un tal Cascallares, gaucho noble si los hubo y patriota sin competencia y de allí me largaba todas las noches con la guitarra é iba á descolgarme debajo de la ramada consabida—allí punteaba la guitarra y me lanzaba desposito á media voz. Te acordás Juana?

Dame la mano paloma para subir á tu nido,
Que me han dicho que estás sola y quiero vivir contigo.

Todo eso no podía venir á parar en cosa buena y asi mismo sucedió. No importa—si se ofreciera, volvia á empezar otra vez y vos que dices Juana?

—No quiero decirte—vá—tomá mate y haber si te estas callado.

Entre el paisanaje americano que contribuyó esforzado á constituir la República de las Provincias Unidas del Rio de la Plata. ¡Gloria á la América cuando esa constitucion violada, sea redimida y declarada inalienable, por Congreso augusto y Soberano, convocado por sufragio unísono y espontáneo—gloria á la América! Entre el paisanaje americano, la costumbre ha hecho del mate amargo ó cimarron, como indistintamente le llaman cuando no es confeccionado con azúcar, una necesidad que frecuentemente adquiere el carácter de naturaleza, pues se enferman cuando no pueden satisfacerla, muy especialmente los ancianos y sin embargo, es tal el imperio que ejercen sobre sus pasiones, que fuera de su casa, en ningun caso manifiestan esa necesidad ó goce tan exigente y si les brindan con el mate, lo toman aparentemente con tal indiferencia, que parece lo aceptasen por civilidad ó condescendencia. Esa misma energía de voluntad silenciosa, se observa en ellos en todo género de privaciones—en todo género de contrariedades y sufrimientos físicos ó morales. Agregaremos aquí, aunque parezca fuera de lugar—defecto en que á cada rasgo de pluma incurrimos por falta de método de que nos reconocemos incapaces; lo que va á imprimir una originalidad tal, á nuestras aventuras (advertid que hemos dado el título de *Aventuras* á nuestra narracion) lo que va á imprimir una originalidad á nuestras aventuras, que pudieran muy bien merecer la aceptacion á que aspiramos, en gracia de ella. Agregaremos aquí aunque parezca fuera de lugar, que la docilidad de carácter que se observa en el paisanaje que es nuestro tema, y que ha dado lugar á falsos comentarios que alguna vez hemos oido, es un misterio que se explica por la religion á la familia—al hogar doméstico—por simpatía á determinadas personas que generalmente se prevalieron de esa ventaja, abusando de ella sin conciencia, contrayéndolas á innobles miras y perdiéndolas por forzosa consecuencia, cuando pudieron haberlos ampliado y consolidado, si las hubiesen contraído á sustentar las libertades públicas y la gloria de la Patria—y por último, por el sentimiento del deber segun ellos lo entienden en su educacion descuidada.

Satisfecha la necesidad del mate—necesidad que nos proporcionó la ocasión de escribir el largo y variado párrafo que antecede, Irene se levantó, dió las gracias y manifestó la intención de retirarse.

—Voy á ensillar, dijo dirigiéndose á Bruno y si Vd. persiste en su empeño de acompañarme hasta la senda, marcharemos antes que sea demasiado tarde. El sol se va á poner y es hora de hacer la descubierta—quien sabe—puede haber malévolos en el campo.

—Es cierto. El hombre prevenido. . . . complete el refrán—y en las prevenciones, entran las precauciones—vamos á arreglar los pingos.

Toda la coquetería del gaucho, consiste en su aseo personal y en hacer resaltar las condiciones que adornen á su caballo—asi, al acto de enjaezarle, prestan tanta atención, por humildes que sean las *carchas* destinadas al efecto, como la que prestan las damas de alto coturno y también las de modesta estirpe, al consultar á la *luna de Venécia* sobre el modo más ventajoso de poner en esmalte sus atractivos, para estraviar el juicio del sabio y dominar al valiente—pérfidas que ellas son! Y también como ellas el gaucho—hablamos del gaucho modelo—del gaucho *tipo*—si hay defectillos que encubrir, la atención de que hablamos, adquiere proporciones de admirable profundidad: de resultados vertiginosos en ellas—de inteligente arreglo de los jaeces y accesorios con que el gaucho se complace en engalanar á su caballo; sin olvidarse de peinar y trenzar la cola—de alisar y emparejar el tuse—de escalonar con las tijeras el pelo de las orejas para agradecerles y ostentar su movilidad y su finura.

Terminada la operación, Irene dijo á la señora, que de pié á corta distancia estaba:

—A Dios señora—las *justicias* que parecen haberme tomado *entre ojo*, me hicieron perder el rumbo esta mañana, pero yo creo que por la intervención de la Santísima Virgen, mi caballo marchó por la senda que conduce á su casa y tengo fé en que ella pagará mi deuda, si la suerte no me permite hacerlo por mí mismo.

—No me hable de deudas señor. Sépase llegar otra vez por su sola voluntad, para corresponder á las buenas intencio-

nes de la Santísima Virgen. Si es buen campeador como *mi hombre*, el rumbo no se le ha de olvidar y los perros ya lo conocen y sino, vea como le están haciendo fiestas, diciéndole á su manera, que ellos tambien son sus amigos—con esto le digo todo.

Bruno se encogió—se echó el sombrero sobre un ojo guiñando con el otro y dijo con sorna y gracia :

—Es lo mismo que yo decia—el amigo Irene se lleva mi corazon y el de mi patrona tambien—con mil de á caballo ! pues la hemos hecho bonito y lucido queda el triste Bruno—pero bien le está, quien le manda andar brindando su prenda—vamonos amigo no sea que la taba nos heche. . . . A Dios Juana acordate de la ramada aquella y rezale á tu Bruno, que va con el corazon lo mismo que un chicharron.

Juana por toda contestacion le tiró á su marido con un pedazo de sedimento seco y á su amago, Bruno acodilló el pingo ; se tendió y partió, encabritándole en seguida y haciéndole girar sobre sus garrones, cual una figura ecuestre movida por oculta presion de instantáneo efecto. El diestro ginete despues de hacer esta prueba de equitacion que ponía de manifesto la superioridad de rienda de su caballo, lanzó un formidable alarido de guerra y luego gritó á su muger :

—Juana, préndele un alfiler á las enaguas para que vuelva pronto tu Bruno.

Bruno decia esto por chuscada, pero en la época aquella, la mas crasa supersticion, atribuía al acto indicado, virtudes de un disparete peregrino. Hay poesia tambien en la supersticion quien lo creyera ! Sabemos quien señores—un escritor moderno—es lo mismo que decir : contemporáneo—ese tal. Está exitada vuestra curiosidad lectores exigentes ? es deber nuestro satisfacerla—no dejaros *penar*, consagrados como estamos á amenizar este momento de ocio que dedicais á nuestra lectura. No sin interes no, lo decimos, puesto que aspiramos á merecer vuestro sufragio.

Ya debeis conocerlo lectores ilustrados, al escritor con cuyo nombre vamos á engalanar nuestras pájinas y si no le conoceis, quizas por que lo bueno es modesto, procuradlo. No encontrareis, no, no, redundancia de pomposas voces en su estilo—ni

disertaciones sin punto final—ni insípidas moralejas que nada dicen—ni crónicas escandalosas—ni paradojas retumbantes propias para dejar con la boca abierta á los palurdos—pero si encontrareis en el conjunto, culto-homenaje de adoracion á la razon—fluidez y armonía en los detalles—profundidad en las ideas—poesía en las imágenes—dicho y escrito todo, con la sencillez de estilo de un labriego.

Mas de uno de nuestros lectores ha dicho ya para su *redingot* este es Antonio de Trueba—si tal ha sucedido con vos lector, habeis adivinado—si, Antonio de Trueba no ha escrito *Los miserables*, cuya aparicion, se ha pretendido que formó época en el mundo literario, tal vez por su volúmen de estravagancias—pero arrojamos el guante á la palestra y sostenemos que un solo artículo suyo...por ejemplo, uno titulado: *Lo que es poesia*, encierra mas filosofía—mas filantropía—mas moral y sin disputa, mas poesia que toda la voluminosa obra del ilustre Victor Hugo.

Sí, lectores es Antonio de Trueba á quien aludiamos algo mas arriba. Ese modesto escritor, sabrá encontrar *poesia* en toda la-creacion entera; lo mismo en las imperfecciones que nuestra ignorancia supone—imperfecciones en la creacion! Anatema!—lo mismo en las imperfecciones, que en la sublime majestad de sus infinitas perfecciones.

Nuestros amigos emprendieron la cruzada para lo de Santos Paez platicando de las cosas del dia que no permitian á un hombre honrado, atender á su familia contrayéndose á sus tareas. Aqui Bruno se habia transformado—sus palabras razonables, su acento grave y su mímica reflexiva le hacian parecer otro hombre que el chusco Bruno el campeador que conocimos en la cocina de su casa.

Cuando hubieron galopado como dos horas, sin observar en el campo, indicio alguno alarmante, Bruno sugetó su caballo y dijo:

—Amigo, lo acompañaria con gusto hasta las casas, pero temo entretenerme mucho—Santos Paez es *por demas*—cuando lo agarra á uno ya no lo quiere soltar. Como Vd. sabe mi patrona está sola con las criaturas y...el diablo no duerme. No tiene come errar—vea, de aqui se alcanza á divisar el Ombú de

la poblacion como una nubecita, en la caida de aquella loma. La noche se le va á cerrar pero no le dé cuidado—cuando el gaucho le ha brindado con su casa, si no hay peligro ninguno él le ha de poner alguna luz para que no se estravíe y para que sepa que puede llegar con confianza. Si no hay luz no se arri-me porque ha de haber emboscada. Eh! vengan esos cinco y cuidado con la *viuda* (*) no se le siente en la anca al azulejo *escarceador*. Rézele nomàs á la Virgen del Rosario que es la devocion de mi patrona.

—Amigo Bruno, si la *viuda* es linda, ni el azulejo ha de es-trañar la carga, ni el gaucho Irene ha de desdeñar su compañia.

Un apretón de manos, sello leal que garantiza amistad reci-proca y una estrepitosa carcajada, arrancada por las últimas palabras de ambos cuyo alcance era completado por el ademán y el acento, á los cuales estaba vinculado su salero, terminaron la primera entrevista del gaucho Irene con Bruno el campeador, que se habia puesto á su servicio, como el decia, en *cuerpo y alma* porque lo consideraba en desgracia. Este es uno de los caractéres que resaltan en la índole del paisanaje americano; aser-cion, que vamos á apoyar contando un episodio perteneciente á los vastos anales de la guerra de partido en que nos vimos en-vueltos nosotros los americanos, obedeciendo á ignotas influen-cias, con rigurosa exactitud.

Tres décadas hace poco menos que ceñiamos el sable al servicio de esa hermosa porcion de la América que se halla situada á la Banda Oriental del Uruguay y el Plata. En uno de esos conflictos de la vida militar que se pueden designar como la exageracion de las contrariedades humanas—huíamos—vive Dios, es cosa fuerte! Sí, huíamos perseguidos de cerca por un enemigo á quien hubieramos querido, no vencer, sino estrechar la mano—eran americanos! Pasamos el Yí, en el paso de Po-lanco con el caballo baleado y sangrando é incapaz de seguir mas adelante. Nos llegamos á la casa de un tal Santa Marta—uno de esos gauchos cuyo temple de alma dignifica la humani-dad entera—vernós—comprender nuestra situacion—precipi-tarse hácia un hermoso caballo, rosado de pelo que tenia atado

(*) Personage fantástico de las leyendas de los campos.

á sogá—traerlo al patio de su casa,—traspasar la montura de nuestro caballo al lomo del suyo, freno y todo, con la destreza de un prestidigitador—ponernos la rienda en la mano decirnos *monte señor* y agregar luego que hubimos montado: “Ahora *golpees en la boca*, todo pasó en tan corto tiempo como era necesario para escapar á hombres que nos perseguian á quinientas varas de distancia á todo lo que daban sus caballos.

Cuando salimos de allí, montados en un caballo fresco y que no le cedía en ligereza ni á los parejeros de Irene, ni al Bucéfalo de Alejandro el grande, ni al caballo blanco de Laffayette; el enemigo solo estaba á un tiro de carabina, pues á pesar de eso, Santa Marta se quedó con los brazos cruzados parado en el patio de su casa, espuesto á ser muerto á achazos por su noble y valiente accion. Pues sabeis lectores lo que sucedió según supimos mas tarde? el oficial gaucho que nos perseguia, lo abrazó felicitándolo por su rasgo y diciéndole que se enorgulleceria si queria contarlo en el número de sus amigos. Luego dijo á sus soldados: que le levantaria la tapa de los sesos al que hiciese el menor mal en aquella casa. Sentimos no conservar en la memoria, el nombre de este oficial.

Tales cosas no necesitan recomendarse, pasamos al largo y . . . viva la América!

El héroe de nuestras aventuras, solo ya en el campo, puso su caballo al trote determinado á no acercarse á la hacienda hasta ya entrada la noche y las nueve de ella serian, cuando vió, con no poca satisfacion, destacarse en el fondo oscuro del espacio, una luz semejante á un fuego fátuo.

Vamos, dijo elevando su espíritu á la altura de la idea, veo bien que la hora de las tribulaciones no ha llegado todavía para Irene, puesto que encuentra amigos por todas partes en un pago donde no era conocido. El talisman de mi buena madre, entrará por algo en esto? Desearia que asi fuese, pero hay momentos en mi espíritu que rechazan como absurda tal suposicion.

De esta manera la luz se hacia en el alma privilegiada del jóven insinuándose en ella, por medio de la duda de inspiracion, comunicada á la inocencia, por no sabemos que soplo misterioso.

Precipitó la marcha del azulejo y llegó á la hacienda con la misma confianza que lo hiciera en la casa de su padre. Su noble corazon no concibiendo la infamia de una traicion allí, era influenciado por el espíritu de bondad, que vela en el hogar del hombre hourado.

El espíritu de bondad á que aludimos, como velando en el hogar de Santos Paez, se habia manifestado ya al espíritu de Irene, por las palabras de Bruno á la intencion de aquel—por el silencio de los perros de la hacienda, que la imprevisión personificada habia notado y que habian sido encerrados para que sus ladridos no avisasen á lo lejos, de la llegada de un forastero; precaucion cuyo alcance no esplicamos porque suponemos al lector tan penetrante, como lo fué Irene en la ocasion—y por último, por esa confianza indefinible que sentimos, cuando no presentimos un peligro—cuando no presentimos un peligro de muerte, al que nos acercamos y sucumbimos, en él, es que vamos conducidos por la mano del destino. A veces tambien hemos observado, al abrirse la palestra del combate, que algunos individuos han presentado el acto final de su vida, que habrian podido evitar sin desdoro, si eso fuera posible—pero no, no es posible—estamos seguros de ello—han marchado de frente—la mano del destino es poderosa—no hay medio de escapar á su presion.

Todo hombre de corazon valiente—tenemos la satisfaccion de pertenecer á ese número y lo decimos, con la franqueza de un Vedia americano de origen vizcaino—por lo demas, viven muchos hombres en cuya presencia hemos hecho nuestras pruebas. Declinamos en la vida la época de las ilusiones, si acaso hubo ilusiones en nuestra vida, está muy lejos ya y no puede haber jactancia en nuestra revelacion. Si lo hemos dicho, ha sido unicamente para constituirnos en autoridad. Proseguimos. Todo hombre de corazon valiente, sabe cuan exacto es, lo que acabamos de aceverar y tambien sabe, que cuando la hora no ha llegado, la muerte es imposible aunque estemos en sus garras. Preguntad á un gaucho americano y os contestará en su dialecto poético :

A la muerte no le temo, aunque la encuentre en la calle,

Sin la voluntad de Dios, la muerte no mata á nadie.

Irene tenia el instinto de todo esto y marchaba de frente y cuando entró en la esfera luminosa formada por la fogata que le habia servido de faro, el hombre que la alimentaba gritó acercándose:

—Pié á tierra, paisano gaucha —ya lo habia divisado de lejos y estaba seguro que era Vd. por su yunta de pingos seguidores. Pié á tierra, repitió con acento suave, pero no por eso menos penetrante: Vd. debe ser hombre de bien, puesto que ha confiado en la lealtad de Santos Paez y Santos Paez ha contraído una deuda que se considerará feliz siempre que pueda pagar los intereses.

Irene le sacudió la mano fuertemente, diciéndole:

—No se apresure mucho amigo, á reconocerse deudor mio, pues voy á saldar la cuenta con dos palabras. A la vista de su casa, me he separado de Bruno el campeador en cuya casa he pasado el dia.

—En casa del amigo Bruno . . . ? y quien le mete á ese bala-dron andar acreditando casas ajenas . . . *malaya* el cristiano entremetido . . . yo habria querido que Vd. hubiese venido, sin haber oido *ausencias* mias, de la *boca de olas* de Bruno. Pero no le hace, por eso no hemos de dejar de entendernos, como cristianos americanos que somos y gauchos por *encima de todo*. Si este Bruno ! . . . y por que no vino ese *liendre* ? lo hubieramos hecho pagar hasta la madrugada, por que es . . . *como toda la vida*. No le hace—otro dia será y lo perdono en gracia de cristiano que es, y buen muchacho si los hubo—*mejorando lo presente*.

Estos dos hombres reunidos incidentalmente por circunstancias propias para sembrar la zizaña en su espíritu, entraron en la casa, ligados ya por una amistad que no debia desmentirse en el transcurso de su vida; sobreviviendo en Santos Paez hasta mucho mas allá de la tumba sangrienta de Irene y estinguéndose solo, con la disolucion de los elementos de su ser.

Si la familia no hubiese estado prevenida ya, en favor del forastero en desgracia, cuyas *mentas* habian sido realizadas con los colores prismáticos de la imaginacion, cuando es influenciada por el ángel protector de la juventud y del valor, su rasgo de

confianza, por si solo, le habria conquistado sus simpatías; asi fué que le recibieron, no como á un estraño á quien se desea manifestar aprecio, sino como lo hubieran hecho con un hijo de la casa de regreso despues de larga y aventurada ausencia, y su presencia, improvisó como una especie de fiesta de familia con demostraciones preventivas de una naturalidad tal, que hubiese sido difícil á la madre y hermanas de Irene, imprimirles mayor expansion.

Santos Paez . . . no teniendo nada que agregar á lo que oimos, decir á Bruno en su locuaz dialecto, lo repetimos: era *por demas* estremado en sus afecciones—asi, es, que durante tres dias no permitió á su huésped ensillar sus parejeros que se solozaban en el potrero; encadenándolo por todos los medios permitidos y aun por algunos un *si es, no es* violentos.

A las observaciones que éste le hacia, manifestándole inquietud de que podia alterarse la paz de su interior, si la policia llegaba á sospechar su presencia allí, Santos Paez contestaba.

—Esas son alucinaciones de Vd.—no piense en eso—estoy acreditado con el juez de paz, que si le fuesen con el chisme, desde luego decia que no podia ser. Pero, no hay temor de que nadie nos haga traicion. Los gauchos que vienen aquí, son hombres todos de pró y saben que Vd. no es ningun malévolo—yo salgo de *fiador* por todos y no hablemos mas del asunto.

Sobre este tema ya habian discutido varias veces. Siempre con la misma conclusion. Irene se resignaba sin poder desechar de sí el escozor de que podia suceder que su permanencia allí trascendiese, fuese fatal á su nuevo amigo y pusiese en conflicto á toda esa exelente familia que tantas atenciones le prodigaba, sin mas esperanza de premio, que la satisfaccion de hacer el bien.

Atormentado con esta idea, el jóven de alma buena en su esencia; no pudiendo resistir á sus aprehenciones, declaró á su amigo, en la noche del tercer dia, que en la madrugada siguiente marcharia.

—Santos Paez quiso protestar contra la resolucion, alegando, no sabemos que razones de pié de banco, tan contrarias á la

razon, como la razon de la sin razon, pero el jóven lo hizo enmudecer diciéndole :

—Ni una palabra mas, amigo, con la intencion de retenerme ó voy hacer el juramento por esta cruz que llevo al pecho en que mi caballo, no levantará jamas el polvo de su trillado. No me creeria hombre, sino estuviese convencido que yá está bueno y demasiado para la primera vez. Sí, bastantes atenciones me han prodigado yá, para que olvide la senda que aquí conduce, ni el recuerdo agradecido de los dias que aquí pasé, en toda mi peregrinacion por la vida, por muy lejos que estuviese la parada.

—Por cristo ! á toda esa tirada . . . el diablo me lleve, si sé que responder. El sábio Salomon se rascaria la oreja en vano—corriente—estamos arreglados—voy á hacer traer los paregeros para que pasen la noche debajo de la ramada—les damos un *pienso* de afrecho y otro á la madrugadita y luego se irá *cantando bajito*. Y téngame en cuenta esta condescendencia, *que no es de uso en mis estilos*. Sino fuera por la cosa del *juramento*, otro gallo le cantára.

Al rielar el alba del siguiente dia se diseñó á una legua de la poblacion de Santos Paez en el fondo pálido del crepúsculo la yunta de paregeros y el ginete, que horquetado en el zaino al trote los llevaba, dirigiendo su marcha hácia un rumbo sobre las costas del *Salado* límite extremo en 1820, de toda poblacion permanente.

Irene habia discutido en la noche anterior con Santos Paez, la conveniencia de eclipsarse por algun tiempo y por consejo de éste, habia resuelto estudiar, es una suposicion que hacemos—la magestad de la historia nada pierde revistiéndose con los atractivos de la poesia. Por consejo de Santos Paez. Irene habia resuelto estudiar la topografia del territorio en el cual se han labrado un cauce caprichoso, por sus giros, manga y profundidad variable, las vertientes originarias del rio en esperanza, por la intervencion del arte, en concurrencia con la naturaleza, que inteligente y previsora, le allanó allí los obstáculos con trabajos preliminares de gigantescas proporciones, al cual el sabor de sus aguas que ruedan sobre un lecho de fango

ó tosca en casi toda su estencion dió el nombre, significativo de *Salado*.

El punto á que se dirijia Irene, era elegido por péritos. Se podria afirmar sin temor de equivocarse que nadie iria á buscarlo allá, suponiendo que dieran con el rastro, si acaso rastro dejaban los parejeros á su paso, capaz de hacer traicion al peregrino.

Alguna imaginacion asustadiza de esas imaginaciones que martirizan la existencia viendo un abismo en cada paso de su tránsito, informada del proyecto de Irene, le habia objetado que era evitar á *Scila* y precipitarse en la voragine de *Curibdis* en razon de que esos campos eran frecuentados por indios *malones*, de no muy ejemplares costumbres; pero esas consideraciones, si se hubiesen presentado al consejo tenido entre los dos amigos, no habrian dado otro resultado, mas que el de afirmar al valiente y arrojado jóven en su resolucion.

Un *maturrango*—un *estrangis* cualquiera, *bistegue*, *carcaman* ó *gringo*, habria preguntado:

—Si es un desierto aquel, como iba á subsistir allí?

El narrador de las aventuras, presente, le habria contestado:

—¡ *Nécio!* prestadnos atencion:—De los flancos gredosos que encajonan las aguas amargas del Salado, se desprenden hilos sin cuentos de limpidas, estomacales y deliciosas aguas manantiales que se recogen en *cachimbas* artificiales ó naturales, en las cuales apagan su sed, amen del cristiano, el infiel y otros seres de que daremos cuenta, preciosas variedades del género de las ocas que se deslizan jugueteando en graciosas evoluciones, sumergiéndose y reapareciendo á la superficie del rio, como impulsadas por mágicos resortes.

Quereis apóderaros de un par de esas aves acuáticas para aprovecharos de su carne apetitosa y succulenta? Nada mas sencillo; para ello, no nesecitais de los arreos del cazador del progreso, con cuyo auxilio matariais, pero matarais muchas mas, de las que pudierais necesitar, espantando las demas. Nó, nada de carnicerías, nada de comunicar el terror, á la inocente índole de esos pobladores del aire y de las aguas. Estamos en el verano y á la márjen del Salado, desnudaos—no temais

ultrajar á la naturaleza,—no hay ultraje posible, para alma-naturaleza, porque en su insondable esfera, no se practica nada que su ley proscriba. Ya estais? tomad unas hojas de achira y construiois con ellas un bonete de forma caprichosa á vuestra idea, y de capacidad suficiente para cubrir vuestra cabeza hasta los hombros, ocultando vuestra cara con agujeros convenientes para la vista. Al exterior de las hojas de achira que forman el bonete, prendedle tambien algunas hebras nudosas de esa gramilla que en los bordes de las cachimbas crece y que gustan picar las diversas especies de ánades que á ellas concurren á apagar su sed. Ahora que el bonete ya está pronto, cubrios con él y entrad en el cauce del rio con cautela, para no alar-mar las bandadas que sirven de corola á su rizada superficie—ocultad vuestro cuerpo bajo las aguas y marchad hacia ellas dejando flotar vuestra cabeza guarnecida de follage cual desprendido camalote que la leve corriente arrastra. Si haceis la operacion con tino pronto vereis vuestro bonete circuido por la turba traviesa, juguetona, que acude á desojar los gajos de gramilla. El momento es propicio, elejid los que gusteis—tomadlos por sus patas nadaderas y hacedlos sumejir sin ruido. Ya habeis hecho vuestra presa? retiraois con las mismas precauciones que vinisteis. Cuando salgais á tierra, las incautas avecillas seguirán sus juegos, haciendo borbolar el agua con sus anchos picos en forma de espátula.

Cuando os hayais aburrido de ese manjar^o que es esquisito, con solo azarlo á fuego lento; si sois amante del pezcado, arrojad vuestro anzuelo á las profundidades del rio provisto de carnada conveniente—si no teneis aparejo, no os preocupeis por eso—algunas crines de la cola de vuestro caballo, trenzadas é ingeridas, os proporcionarán un hilo suficientemente fuerte para el caso—en uno de sus extremos empatillareis un palito cualquiera en forma de un ganchito, en el cual colocareis la carnada ó sebo, asegurándolo con una hebra de cerda. Ya está?—arrojad el anzuelo improvisado por vuestra humilde industria, á las profundidades del rio—atad el otro extremo del hilo en alguna de las brosas de la márjen, montad á caballo y vamos á explorar un poco la campiña esa, que se estiende á nuestra vista

con el horizonte por límite á derecho é izquierda de las márgenes del río.

Admiremos esas praderas dilatadas, tan silenciosas hoy, (1820) por que todavía no cruzó por ellas el carro del progreso. Ved cual fulguran sobre el esmalte de verdura, los vapores que embalsaman el ambiente—solo incienso digno de la magestad de la creacion—emanaciones que aspiradas, robustecen la materia, fortalecen el espíritu y comunican lucidez á las ideas. Ved aquel fantástico remolino de plumage que semeja un hervidero de vapores. Sabéis lo que es?—una numerosa bandada de aveztruces, que á su manera, manifiestan su alegría y gratitud, por los infinitos beneficios con que alma-naturaleza les brindó.

Dirijid vuestra vista hácia la izquierda, notais aquella faja blanquecina que desdice del fondo esmeralda del paisaje—y muchos puntos diseminados de idéntico matiz? Son rebaños de venados que no por necesidad sino por hábito, despuntan la espiga nutritiva de la cebadilla, cuyos granos contiene una harina eburnea y dulce.

Lanzado vuestro palafren á los puntos mas despojados de verdura y dejadle la rienda floja para que su inteligente instinto os haga pasar sin riesgo por entre las madrigueras de viscachas, del género de los roedores, que construyendo sus viviendas hacen el tránsito peligroso para el inesperto. Ya lo veis—y veis tambien pulular por doquier, *Peludos* y *Mulitas* y *Piches* y *Matacos*, variedades del género de los crustascos, designadas por esos hombres indígenas—y veis tambien *Martinetas* y *Perdices*, abundantes al extremo, de no poderse avanzar un paso sin inquietar á muchas. Pues todas esas aves y cuadrúpedos, sin contar otras de menor cuantía—son de fácil caza para el gaucho y de alimento tan sano y apreciable, que no se desdeña en las mas delicadas mesas.

Pero estamos fatigados; regresemos á reconocer el aparejo que en el río tendimos y tomar mate en seguida. Mirad, está tirante—retirad con precaucion. Es una hermosa anguila, vive Dios! A su vista los ojos de un gastrónomo irradiarían de sensualismo.

—Ya lo veis, no falta que comer en el desierto, y cuando todos esos abundantísimos recursos, no bastasen á satisfacer las exigencias gastronómicas de Irene, jóven rozagante de juventud y de salud y de espíritu aventurero, debemos creer, que él habria sabido proporcionarse otros, como por ejemplo, el que se presenta á nuestra mente en este instante y vamos á poner de manifiesto, por medio de la palabra escrita :

Nuestro amigo, de corazon valiente y noble—nos complace. mos en repetirlo—no debia ser—y no era, podemos afirmarlo—aficionado al *escalpelo* de cabezas humanas para ostentar sus cabelleras como trofeos, segun la usanza primitiva de los *pieles rojas* del Mississipi de que nos trasmitió noticia Fenimore Cooper en sus novelas ; pero como á esos *pieles rojas* y á tantos otros que seria tarea larga enumerar, no le desagradaba cuando la ocasion se presentaba, manifestar pruebas fehacientes de su valor ; y de cierto, procuraria proporcionárselas, aunque no fuera mas que para alimentar la necesidad de movimiento de su activa organizacion, y distraer la monotonía de su vida insólida. Arbitrando medios—y aun sin eso, vadearia el río ó le pasaria á nado, si el vado no le habia por allí—recorreria la márgen opuesta—damos por sentado que la márgen antepuesta habia sido recorrida ya, sin éxito para su objeto. Recorreria la márgen opuesta, en busca de la huella trillada por el leon de los pajonales, cuando despues de sus sangrientos festines, dejaba su guarida para venir á desalterar sus fauces en las frescas aguas manantial de la cachimba. Seguiria sin indecision, esa huella, por el laberinto de sus sinuosidades—un indicio inequívoco le anunciaría la proximidad de la fiera, que quizás se aprestaria ya para el combate. . . . los parejeros se habrian detenido lanzando bufidos alarmantes—el cuello erguido en arrogante actitud—la oreja enhiesta—las ventanas de la nariz dilatadas—la mirada profunda como queriendo penetrar la espesura de la *maciega* que oculta al enemigo, cuyas emanaciones husmean ya y en manotadas impacientes, surcando la espesura con sus cascos.

El bravo echará pié á tierra y asegurará sus corceles, animándolos con el acento tan simpático á su oido. Desatará de

su cintura la *sabunilla* que á guisa de banda lleva—pedazo de tela destinada primitivamente al repunte de la hacienda, dándole al viento para hacer mas pronunciada la intencion y transformada despues alternativamente, en prenda de coquetería ó en arna defensiva y ofensiva, pues se la sueltan á la cara al enemigo—hombre ó toro—para encubrir un *viaje* ó una estrategia instantánea de la lucha; sirviendo tambien con frecuencia, para vendar los ojos al *bagual* que procuran dominar. Echará á huir el terrible *flamenco*, sacudiendo despues el brazo, como para desentumecerlo y darles elasticidad y proseguirá impávido por la huella conductora, que al regreso debe reemplazar en el desierto de las pampas, al hilo que *Ariadna* dió á *Teseo* vencedor del *Mino-tauro*, para poder salir del laberinto que la mitologia colocó en *Creta* una de las islas del archipiélago griego.

Antes de proseguir la aventura, para amenizar la narracion de las *aventuras*, por el derecho que todo escritor se abroga de escribir lo que al *majin* le ocurra, vamos á esplicar la alegoria mitológica á que aludimos en el último inciso del párrafo anterior. Sino acertamos, atribuidlo á malos datos, que las investigaciones filosóficas segun la historia antigua, nos transmitieron.

El laberinto es un símbolo de la política tortuosa del rey *Minos* ó de su ministro *Taurus* cuyos dos nombres asociados, sirvieron y sirven, para designar al monstruo *hombre-toro* que le habitaba (*Mino-Taurus*) emblema de la fuerza y de la inteligencia, poder balanceado, ó vencido, por el génio de la guerra, encarnado en un héroe, cuyo nombre fué *Teseo* inspirado por el amor personificado en *Ariadna*. Esto dicho, por las razones que antes hemos espuesto y tambien—nos hacemos un mérito de ello—para la inteligencia de todo el que no guste engolfarse en investigaciones oscuras de ningun provecho en su solucion, proseguimos la aventura que dió lugar á la esplicacion de esa alegoría.

Hemos imaginado á Irene marchando por la senda que á la guarida del leon conducia. Es posible que veinte pasos mas adelante del punto en que le dejamos, la enorme cabeza de la fiera se deje ver por entre alguno de los claros del jaral, mos-

trando sus formidables quijadas, guarnecidas de agudos, cortantes y esmaltados dientes, mas blancos y fuertes que el marfil—de sus ojos fijos, delirantes de furor y de sorpresa, se desprenderán fatídicos resplandores, imposibles de arrostrar sin pecho impávido—de las cavidades de su ancho pecho partirá un rujido sordo y prolongado, cual producido por el rayo eléctrico que cruza en lontananza los espacios Pero el héroe estará al frente y sus pupilas dominadoras despedirán fúlgidos destellos y oh prodigio de potencia humana ! la fiera bajará sus parpados—plegará sus miembros lentamente tendiéndose sobre el vientre y dándose vuelta en seguida sobre sus lomos. Este es el momento prescripto por las reglas de los atrevidos cazadores de esta especie de la raza felina. El jóven deberá lanzarse—y se lanzará, con la agilidad que dá la fuerza y la juventud, sobre su presa, sumergiéndole el acero tras del codillo. Si hubiese errado el golpe la víctima habria sido el vencedor Pero nó, un espantoso rujido de agonía se ha hecho oír, haciendo estremecer las auras del desierto, y á su éco, los parejeros advertidos por el instinto, celebrarán la victoria de su dueño escarceando airosos, lanzando estrepitosos relinchos y revolviéndose sobre si mismos en evoluciones que algo espresan Perdonadnos otra vez, lectores indulgentes americanos nos dejamos arrastrar por el deseo de materializar nuestras propias impresiones, cuando en otro tiempo divagabamos mezclados á un escuadron de caballería ligera, por la vasta estencion de las praderas, en observacion de las tribus aborígenes. En esa esperiencia adquirida, reside la verdad de nuestras descripciones. Ahora volvemos á ocuparnos seriamente del héroe de las *aventuras*.

Llegó sin obstáculo al punto de la costa del *Salado* que Santos Paez le habia indicado, mas ó menos Este—Oeste—es cuestion de lugar—recorrió la costa y eligió el mas ventajoso sitio para vivaquear. Echó pié á tierra inmediato á un manatial donde dió de beber á sus caballos, por primera diligencia, soltándolos en seguida con la precaucion habitual de trabar el uno, por si les venia el mal pensamiento de rumbear para lá Magdalena, haciéndole negra traicion. Luego se proporcionó

una sombra con las jergas de su montura y algunas ramas de chilca y duraznillo—luego se puso á sus anchas, desembarazándose de sus ropas exteriores—luego se sentó á la sombra de su tolda y reconoció unas maletas rellenas que la señora de Santos Paez ató, ella misma, á los tientos de su lomillo. En ella se encontró cuanto razonablemente pudiera desear en su situacion; como caldera, mate, bombilla, yerba, una bejiga henchida de tabaco picado con el papel correspondiente cortado en hojas apropósito para armar los cigarrillos—ademas, algunas mudas de ropa limpia y otros objetos, entre los cuales, no dejaremos de decir que figuraban dos quesos gordos á estilo criollo y media docena de tortas que por su olor, habrian reavivado el apetito entre las descarnadas costillas de un esqueleto. Tambien Santos Paez le habia hecho poner entre caronas una manta de carne con cuya sola vista un mudo, habria presentado el fenómeno sorprendente, de adquirir la facultad de hablar por espontaneidad—patológicamente hablando—para esclamar arrobado: ¡ Que hermosura! quedándose mudo en seguida, en éstasis involuntario.

Alguno de nuestros lectores—vos por ejemplo, os habeis encontrado alguna vez en situacion semejante, á la en que se encontraba el héroe de las *aventuras*, en el momento que vamos describiendo, descripcion que suspendimos, para haceros esta pregunta?—Pues el narrador, si puede aseguraros, que la tal situacion no carece de atractivos, con tal que no pase de ciertos límites de tiempo—cuando el hombre se encuentra—hablamos del hombre intelectual—frente á frente con la naturaleza, lejos del hervidero de las pasiones, no cruza una idea por su mente—una sola, cuyas tendencias no sean dignas de su esencia; que no lo impulse por presion suave pero irresistible, á rendir culto homenaje de adoracion á la creacion universal! Desde allí, se ve la sociedad con los ojos de la imaginacion, que son presbistas de largo alcance y veis cual pugna, la humanidad entera, dócil á la voz de sus apóstoles, por perfeccionar su raza, en homenaje digno de la magestad del universo!—veis á las pasiones, obra de los individuos, arremolinándose en el Maestral de las imperfecciones sociales, sofocadas gradualmente

bajo el pujante esfuerzo que los nobles instintos imprimen á las masas !

Cuando el hombre se encuentra—hablamos del hombre animal—en las condiciones de Irene, goces frívolos pero no despreciables, comunican á su cuerpo una satisfaccion infinita, que predispone hácia el bien, al espíritu que en él se anida.

Algo de ese bien estar material de que debeis tener, siquiera una fugaz idea, debió influir en el ánimo de Irene, puesto que, reconocidas sus provisiones, se restregó las manos, como quizas hariais vos lector, el dia de una especulacion mercantil que os prometiesen seguro y feliz éxito—ó el dia que un acontecimiento político, viniese á dar cumplida satisfaccion á vuestras aspiraciones personales, aunque el tal suceso, llevase la desolacion y la ruina al seno de un sin número de familias—ó bien—haremos esta última comparacion, para disipar la triste impresion (si por ventura sois impresionable) que la anterior ha debido arrojarlo en vuestro espíritu—ó bien el dia, la hora ó el momento, en que despues de terribles aprehensiones, vuestro ser, reciba la conmocion inefable, deliciosa, comunicada por el timbre misterioso, de un *sí*, del objeto material de vuestro culto.

Irene, reconocidas las provisiones de la maleta, que preventiva y bienhechora, la muger de Santos Paez habia provisto, pensó en aprovecharlas. Juntó algunas *charamuscas* e hizo fuego—ya sabeis que no le faltaban los avios al efecto—antiguo estilo, de efecto superior, puesto que de fuego proveian, al peregrino que de fuego carecía. Hizo fuego y á su esfera, arriómo llena de agua la caldera. Sobre unas brasitas tendió un *churrasco* y sea dicho, sin ofensa de intencion, que el tal churrasco, en caso necesario, habria bastado para cuatro. Luego que el agua de la caldera, estuvo caliente lo bastante, para *no quemar la yerba*, sebé mate y *pelo á pelo*, tomóle con satisfaccion creciente, hasta que ya los *paraguayos sobrenadaron* y en seguida *churrasqueó*, tomando á dedo y trinchando con los dientes—hurrah! La boca se nos hace agua, es cosa suculenta vive Dios!

Hemos de dedicar algunas líneas mas, al suculento *churrasco*,

siquiera por gratitud de los goces que tantas veces nos proporcionó—asunto frívolo, material es cierto, pero no lo es menos, que de esas puerilidades depende, la conservacion y perpetuacion de los seres. Ya veis que la filosofía se desprende, de la naturaleza hasta en sus mas humildes detalles, de donde se deduce que no hay que despreciar nada, de lo que pasa en su esfera, cuyos horizontes no alcanzamos á divisar. Pero volvamos al churrasco. No creais que exageramos, lectores de benévola atencion, esa preparacion de la carne, que sin duda fué primitiva reemplazante, de la carne cruda, que el hombre en su estado natural comia,—hace mejor efecto, al paladar y al estómago, que los mas esquisitos manjares del refinamiento culinario, con que se cubren las régias mesas, que jimen oprimidas bajo el peso de magnífica vajilla. Sabemos que entre nuestros lectores, hay algunos con cuyo asentimiento contamos; que hoy en dia, solo nosotros habremos traído á su mente, el recuerdo del churrasco, pero que volvérán á él, tan luego como el bélico clarín, les haga empuñar la adarga y ceñir la abrazadera. Concluimos sobre esta materia—quereis que concluyamos con valentia. ¿Por dó quier que transite el hombre libre, encuentra goces, si llama á sí, las facultades con que la libertad le invite—porque la libertad comunica el estoicismo y con estoicismo, cuando las exigencias de la materia no se pueden satisfacer, se la condena al silencio—y todo está dicho.

Alguno de nuestros lectores, se preguntará: que tiene que ver todo este charlatanismo con las aventuras—pero no lo veis? escribimos *aventuras*. Por otra parte, nos autorizamos con los ejemplos de los grandes maestros y á vos lector, que quizá habeis elojado entusiasta, sin comprenderla, la obra clásica de *Los Miserables*, os preguntamos: que tiene que ver con *ellas*, la descripcion de la batalla de Waterloo terminada tan pobremente y con tan poco respeto á la magestad del asunto—á la dignidad humana y aun á la filosofía, que en la ciencia es, el esclarecimiento de la verdad? Honor al génio es, iluminarse con sus destellos, es decir, imitar sus procedimientos y nosotros, tenemos por génio al ilustre proscrito por sus convicciones, no obstante que le soltemos algun chaguarazo á sus produc-

ciones literarias, á fuer de Americanos y magüer que americanos somos. Atacar á Victor Hugo ¡ un gigante! un coloso—Pardiez! y que mérito habria, en medir sus fuerzas con un lili-putiano; por ejemplo; con un compilador de crónicas escandalosas? Punto en boca—respetamos á la Francia—no es la patria de Voltaire y de Rousseau? No estalló allí el volcan de la revolucion, cuyo cráter esplendoroso iluminó el hemisferio de Colon?

Ved á donde nos condujo el churrasco que saboreab a Irene. Basta por el momento y volvamos á ocuparnos de él.

Satisfechas sus necesidades de absorcion, limpió el acero, que tan pronto cortaba carne humana, como adelgazaba un *tiento de lonja de vagonal*, como servia al oficio gastronómico en que le hemos visto figurar. Dió de beber nuevamente á sus caballos. Aseguró á uno de ellos á la estaca é intermediacion de su toldo, á riesgo de que se la arrebatase envuelta en el maneador y se acostó á la sombra de ella, despues de tender sus caronas y demas. Luego se durmió. Bah! Juventud—salud—plenitud—desprecio del peligro—todo eso junto, jamás dió otro resultado en el desierto, cuando la costumbre lo reclama—no decimos, la naturaleza, porque, lo que es esa, es algo mas exigente que la costumbre y se puede combatir—pero escapar á su dominio. . . . Sentimos no ser latinos para terminar la frase con una locucion, al gusto de la erudicion.

No malas pesadillas, no, sino imágenes risueñas, acariciaron el sueño del *Centauero*, que despertó todo un hombre al declinar el sol hácia su ocaso.

Tomó el maneador de la estaca y llamó á sí, á su caballo, imprimiéndole suave violencia. El generoso corcel obedeció y vino, haciendo oír ese rumor nasal, que no tiene nombre en español, por falta de atrevimiento en los escritores que no aprenden de los franceses, mas que el modo de vestir—vino pues, *gorgear-do* su satisfaccion interior, á la vista de su dueño.

El gaucho saltó *en pelo*, sin hacer uso del freno, é hizo la descubierta, describiendo un círculo á galope, de sus tres leguas de diámetro. Tranquilo por ese lado, único punto vulnerable del espíritu del matrero, no habiendo visto nada de que pudiese

alamarse—ni cristianos, ni *malones* en el vasto horizonte, dominado por su vista, capaz de filiar á un hombre á una distancia increíble regresó á su hogar de circunstancias y tomó sus disposiciones para pasar la noche lo mas comodamente posible—y la pasó en efecto, sin que nada alterase su quietud, ni la quietud de sus caballos, que á falta de perro, le habrian avisado de todo incidente extraño y aun sin eso, tenia centinelas apostados, que en caso necesario le habrian lanzado el grito de ¡ alarma! De todo saca provecho la experiencia y en el caso presente, á falta de *centinelas hombres*, presta atencion al éco de *centinelas teru-teros*.

Asi pasó algunos dias cazando en los alrededores, ya patos y pezcado en el *Salado* por los medios indicados mas arriba, ya *venaditos mamones* en las praderas, ó bien *charaboncitos*, ó bien *piches, maticos ó mulitas*, y por variedad de gusto una que otra *martineta* mareada al revolver de su caballo y muerta con el cabo del rebenque. De huevos no hay que decir: nidada de avestruces encontró, que habria bastado, por si sola, para mantener todo un dia y algo mas, á una escuadra de soldados, que por acaso la exigencia del servicio, hubiese conducido por allí.

Pero llegó el límite del tiempo, á que ya hicimos alusion y el instinto social se despertó en el gaicho y la lucha entre la voluntad y el hastío empezó á turbar la calma de su espíritu.

El recuerdo de su madre, sus hermanas y hermanitos y tambien de sus amigos y todos esos atractivos que el hogar doméstico presenta á la imaginacion ausente—cada una de esas causas considerada aisladamente y todas ellas reuniendo su influencia, en poderosa accion colectiva de imperio irresistible; empezaron á entristecerle diariamente, hasta que llegó á serle insoportable su aislamiento y resolvió visitar sus pagos, con desprecio absoluto de todos los peligros que en ellos pudieran esperarle.

Tomada esa resolucion y deseando llevar una prenda de su estancia en el desierto, proyectó y realizó la expedicion de caza del leon de los pajonales, que no ha mucho describimos como parto de nuestra imaginacion.

Nó, no fué una invencion nuestra, sinó un episodio de la vida, consignado en las tradiciones cuyos recuerdos compila-

mos bajo el título de:—*Aventuras de un Centauro de la América Meridional*; título que elegimos, sencillamente lo diremos, para despertar la curiosidad entre los americanos á quienes dedicamos nuestra obra, sin pretensiones, puesto que solo aquí lo decimos y no en pomposa dedicatoria colocada en pos del título.

Seguimos pues la narracion de ese episodio, antes de ponernos en marcha intelectual, siguiendo á nuestro héroe en su escursion de retorno, al pago de la *Magdalena*, en el cual ya lo dijimos, se hallan enclavadas las *Islas del Tordillo*.

Suspendimos la narracion de la arriesgada empresa en el momento en que el leon lanzaba un rugido de agonía y que los inteligentes parejeros victoreaban á la manera de su altiva y dócil raza. Luego que cesaron las terribles convulsiones que los alientos vitales imprimieron á la fiera, Irene la midió y tenía diez palmos de su no muy chica mano, desde la frente hasta el nacimiento de la cola, cuya longitud era de muy cerca de tres pies.

La res felina fué desollada con la prolijidad de los paisanos en esa operacion, cuando es su ánimo no tajar el cuero. A la extraccion de la piel, siguió la de los mejores asados de la res, y piel y asados fueron colocados sobre el anca del caballo de faena en ese día, emprendiendo en seguida, la marcha de regreso.

Parésenos haber dicho cuando atrevidamente nos lanzamos á hacer la relacion descriptiva de las especies pobladoras de las praderas limítrofes del *Salado* y tambien de las que por la superficie y en las profundidades de sus aguas se deslizaban, que, dado el caso, que Irene llegase á hastiarse del alimento que tantas y tan variadas especies podian proporcionarle, ya sabria él procurarse otros recursos y sin que fuese el hastío, lo que á ello le condujo, á ello proveyó, con la caza, del rey de las praderas, cuando el hombre no transita por ellas.

Irene debia saber á que atenerse, cuando sacó los asados de la fiera en vida, víctima de su arrojo y pujante brazo—y á fú que no es de estrañar, puesto que tenía relaciones con indígenas, señores naturales de la América, que debian conocer de larga data, que aliciente de su gula encubria la piel del leon.

Luego que hubo estaqueado el cuero, que destinaba para tender á los pies de la poltrona, en que su buena madre acostumbraba sentarse en el invierno.—Irene era un gaucho, que tenia á su madre presente, en todos los actos de su vida y en sus ideas relijiosas, la consideraba como la imájen de la divinidad en la tierra, ó su mediadora en sus relaciones con la divinidad. Tal relijion hácia la madre, haria absolver de toda acusacion, como imposible de haberla merecido, á todo el que fuese juzgado en el tribunal de la razon. Sentimos decir esto, con tan pobre motivo pero mucho mas sentimos, no haberlo dicho yá, con un motivo cualquiera. De esa relijion—profundícase bien la idea—de esa relijion, parten todos los bienes á que la sociedad puede aspirar. No teniendo el mérito, de ser los primeros, en haber sentado este principio, nos hacemos un deber y un honor en repetirlo, añadiendo : que en las escuelas de primeras letras, la primer frase que debe enseñarse á deletrear á los niños, es esta : *El primer deber del ciudadano, es rendir culto á su madre, de amor y de ternura.* Si esto se consigue, por fuerza, la Patria tiene que gloriarse de ello.

Luego que el cuero del leon, ó si quereis palabra mas culta, la piel, estuvo estendida y prolijamente estaqueada, para que se secase al sol, Irene hizo fuego y colocó al calor de su llama, un soberbio asado de su carne, arreglado de la manera, que es de uso entre campechanos, sin olvidarse de hacer lo mismo con la caldera de agua para el mate, que es *de cajon* que el gaucho no olvida, mientras la vejiga de la yerba, tiene en el fondo algun polvito.

Ahora, mientras Irene toma mate vamos á procurar dar al lector, cuya paciencia ponemos á prueba á cada instante, una idea de lo que es la carne del leon de los pajonales de las pampas. Será cosa que estará dicha en cuatro plumadas y de una veracidad, que será garantida, por todo el que la tal carne haya gustado.

Figuráosla, blanca, tierna, jugosa y arinosa como la de una pechuga de martineta preparada con todos los condimentos prescriptos por el arte y como esa pechuga asi condimentada, no cediéndole en nada, á los mas apetitosos refinamientos culi-

narios y tendreis una idea aproximada de lo que es la carne del animal en cuestion—de una fiera ; *habráse visto!* Sin mas preparacion ni método que salarla ligeramente y azarla á fuego lento á la llama del hogar—así es, que no debeis de estrañar si os decimos, que Irene se regaló *de lo lindo*, prometiéndose que no seria la última vez. Pobres leones! sino fuera tan difícil y peligrosa la conquista de su carne!

Practicadas ya las diversas diligencias indispensables á la vida material, la vista intelectual de Irene se dirijió hácia el hogar doméstico con intensa lucidez. En el fondo del cuadro místico creado por su imaginacion, vió á su madre, objeto de su culto, de hinojos ante una imájen de la Inmaculada Virgen Santísima, alumbrada por dos velas de cera benditas—las manos plegadas sobre el pecho en la humilde actitud del suplicante—la cabeza inclinada y el labio balbuciente. Un momento, todas las facultades del jóven se concentraron á la contemplacion de esa idea y luego exclamó:

—Sí, buena y amorosa madre mia: allá voy—imploras á la virgen para que tu hijo escape á sus peligros y regrese pronto y con bien? Tu plegaria dictada por la fé ha sido atendida ya, puesto que he merecido una proteccion manifiesta de ignota intervencion y que he sentido tambien, el deseo irresistible de abrazarte. Si, voy allá—antes que el sol haya recorrido tres veces su carrera, tu hijo te pedirá tu santa, bienhechora bendicion, que predispone siempre su alma á la esperanza!

Despues de esta invocacion religiosa al espíritu de su madre, preparó todas sus cosas, para ponerse en camino en la alborada del siguiente dia y hecha la descubierta, se acostó y se durmió en sueño plácido y fortificante, con el firmamento por cortinaje de su lecho. Le quereis mas rico?

La luna que en menguante estaba, debia salir segun el cálculo de Irene, á eso de las dos de la mañana y salió en efecto, es que alguna vez dejó de obedecer á la ley que le prescribió su derrotero? Alumbrado por ella, va en camino, paso de marcha, el peregrino; rebozando todo su ser de gozes inefables, que no comprenderá jamás, el que á la luz de la luna, no haya recorrido las praderas Argentinas—vá montado en el zaino se-

guido del azulejo, que cual si hubiese presentido la vuelta á la querencia, corria alegremente por el campo, encabritándose, dando bufidos, aspirando el aire con deleite por sus dilatadas y sensuales narices y regresando luego, á aparecerse á su compañero, haciendo corvetas y graciosos ademanes de cabeza.

Sin descuidar las precauciones dictadas por la prudencia, pero con ánimo esforzado, el matrero hizo su peligrosa cruzada sin inconveniente y al cerrar la noche del tercer día, entró en el patio formado por el zangado al derredor de la habitacion de su familia.

Renunciamos á describir la escena que se siguió á la presencia inesperada del jóven—otras plumas mas diestras, dirigidas por fecundísimas imaginaciones lo han hecho ya, en situaciones idénticas—por lo demas, lo consideramos inútil; cual mas, cual menos de nuestros inteligentes lectores, se formará una idea exacta ó aproximada, segun la mas ó menos potencia absorbente de sus facultades.

Diremos solamente—el escritor es preciso que diga algo, aunque ese *algo* no diga nada al pensamiento, ese es el modo ó método que observan los clásicos romancistas para escribir obras voluminosas—los escritores americanos no; produccion de alguno de ellos conocemos. . . . *La Novia del hereje*, por ejemplo, que hubiera presentado argumento á un *Dumas*, para escribir una biblioteca, pero el distinguido americano, se limitó á comunicar su inspiracion, en un admirable poema por la precision de su estilo y la belleza de sus imágenes.

Diremos solamente que la alegría y la zozobra se combatian en el ánimo de los habitantes de la hacienda. La madre, muy especialmente, mujer en quien las demostraciones exteriores no revelaban las emociones de su alma, que por eso mismo eran mas profundas y dominantes, estuvo notablementé agitada durante los dias que tuvo á su hijo á su lado.

El temor de que fuese *olfateada* por los sabuesos de la Policía, la presencia del jóven allí y fuese sorprendido, acibaraba cruelmente su satisfaccion. Tomó providencias para que los dos caballos permaneciesen constantemente encerrados en un cuarto y uno de ellos ensillado presenciando ella misma, la dis-

tribucion que se les hacia de afrecho y maiz; no descuidando que el agua del cubo les fuese renovada, y en su gratitud á los conductores de su hijo habria querido tenderles cama con colchones, almohaças y accesorios. Enviaba con insistencia á sus hijos menores á asechar la actitud de los agentes de la Policía del distrito y se hacia referir los menores incidentes, sobre los cuales hacia comentarios imposibles. El ladrido de un perro, el relincho de un caballo, el canto de los gallos, el grito del *chahá* que planaba en los espacios ó vivaqueaba á orillas de las lagunas y los charcos, y mas que todo eso aun el *claquear* de los *teru-teros*, alarmaba su solicitud. Gozaba muriendo, por decirlo así, en la sociedad de su hijo querido.

Este, para animarla, le decia en tono jocoso y de seguridad perfecta:

—Madre, no tenga cuidado, son muy flojos y si vienen, han de venir metiendo bulla para avisarme y darme lugar á escapar, corriéndome luego por detras como si quisieran alcanzarme y sentando sus caballos cuando lo van á lograr, no por que sea posible alcanzar á los parejeros corriendo á todo lo que pueden dar, sino porque en esas gauchadas los llevo siempre sobre el freno. Los gauchos se echan á perder, madre, cuando entran al servicio de la Policía; ya los espermenté, por allá por la *Guardia del Monte* y nadita me costó, *atracarles las lloronas*. Vea madre, V. puede estar cierta que este relicario que me dió cuando me ausenté y al cual le rezo una oracion todas las noches como V. me lo recomendó—éste relicario, le digo, señora, debe ser de mucha virtud, pues estoy cierto, que á él le debo el que los malos me tengan miedo, ó no sepan *tenderse á tiempo*. Los buenos no, madre—esos, ya le he contado, lejos de perseguirme, me han hecho todo el bien que han podido, no dejándome nada que desear, ta vez por inspiracion de la Santísima Virgen—V. que es tan piadosa—tan caritativa para los pobres y tan buena para todos, debe saber algo de eso. El Dios bendito debe amar á su madre inmaculada, como yo la amo y la respeto á V. y mejor que eso aun, y no debe rehusarle nada—no es cierto eso?

La buena señora, sobre esa materia, no admitia dudas y se

apresuraba á disiparlas siempre que se presentaban, citando en apoyo de sus argumentos, no pocos milagros realizados por la intervencion de la Vírgen, con tanto aplomo como si hubiese tenido revelaciones misteriosas, que en la disposicion relijiosa de su espíritu, nada de extraño tendria que su imaginacion le hubiese hecho entrever.

Irene, á pesar que no sentia en sí, una vocacion muy pronunciada hácia las creencias, en los prodigios que tuvieron su origen en la ortodoxia; conociendo lá piedad de su madre y sus ideas exageradas sobre la intervencion de los santos en los accidentes de la vida, le hacia esas reflexiones, autorizadas y santas por la intencion y su efecto moral caía como un bálsamo saludable en el corazon de la exelente anciana y calmaba sus alarmas que desgraciadamente; un incidente cualquiera volvia á despertar.

De esta martirizante exitacion de ánimo de la buena señora resultó, que cuando Irené se hizo nuevamente al campo, aunque derramó muchas lágrimas, de ese manantial intermitente de las madres, de que sus hijos no siempre conservan memoria por mas que en todas las contrariedades de su vida, brote siempre, como si su depósito rebozase—aunque derramó muchas lágrimas repetimos, gozó sin embargo por la relijion del recuerdo y por que le parecia—no se engañaba—que á su hijo á caballo, era casi locura quererle poner la mano encima.

Ya tenemos pues, otra vez á los parejeros en el campo, siguiendo la direccion que la voluntad ó el capricho de su dueño les indicaba. Nosotros no seguiremos paso á paso en pos de sus caballos, pues á mas de ser empeño fatigoso y enfadoso por demas, seguir á un matrero en sus correrias dia á dia, tenemos otras razones, que dependen de la irregularidad de las tradiciones, á cuyas faltas no podemos ocurrir con trabajos de imaginacion, porque intentándolo, á no oponerse á ello la insuficiencia de la nuestra—seria falsear la historia del héroe de las *aventuras*; y si nos permitimos suposiciones de mero adorno, sin las cuales no sabriamos como espedirnos, no nos permitiremos introducir incidentes en cuyo fondo no repose la verdad de las tradiciones, pues á ellas nos referimos.

Nos limitamos pues, á decir en globo que Irene vagabundó largos años, por los distritos de *Chascomus*, *Navarro*, *Guardia del Monte*, *Lobos*, *Pergamino*, *San Nicolas* y otros departamentos de la campaña de Buenos Aires, haciéndose por temporadas al desierto ó pasando á la provincia limítrofe de *Santa Fé*, cuando le convenia eclipsarse por algun tiempo para escapar á requisiciones demasiado serias. A pesar de verse siempre traqueado, visitó con frecuencia á su familia y á sus amigos íntimos como Bruno el campeador y Santos Paez, en cuya hacienda solia dejar sus parejeros, provistó de otros tan buenos facilitados por su amigo que no perdía ocasion de acreditarle su amistad. Algunas veces tambien, se reunia con ellos para escursiones lejanas, que tenian casi siempre por objeto, asistir á carreras de nombrada ó reuniones de jugadas en la época de las ciegas.

Segun la tradicion—casi es inútil repetirlo, pues ya hemos dicho varias veces que á ella nos referimos. Segun la tradicion, en esas correrias prestigiosas para el gauchó, derrotó ó engañó mas de una vez á las partidas de Policía—les arrebató los caballos del servicio, yéndose en seguida á las sierras á negociárselos á su amigo Catriel, con quien siempre mantuvo buenas y leales relaciones, pues es fama que en cierta ocasion, el Cacique le salvó de una celada que la Policía le armó, en circunstancias de hallarse él, en las tolderias.

Por último, siempre *campeando por sus respetos*, se hizo de una reputacion fabulosa, con caracteres sensibles de aprecio y consideracion por parte del vecindario, á cuyas propiedades no se permitia llegar jamás sin respeto y de temor supersticioso por parte de las partidas reclutadoras, de quienes se burlaba impunemente y cuyos individuos empezaban á persuadirse que tenia pacto hecho con *Mandinga*.

Como es consiguiente, este género de vida, era juzgado por muy criminal, por los funcionarios transitorios de aquellas épocas tumultuosas y sin preocuparse del orijen de esa epopeya individual, habian dado orden á sus agentes de matarle en la ocasion oportuna sino se le podia tomar vivo.

La orden era fácil de dar, pero de difícil ejecucion, porque, como hemos dicho, la supersticion habia empezado á rodearlo

del prestigio de invulnerable ó *retobado* como vulgarmente se decía; susurrando también, que tenía á su servicio agentes invisibles que le avisaban de todo peligro y en la ocasión, también le comunicaban la facultad de invisibilidad propia de los espíritus. Esta creencia, tuvo su origen en cierta circunstancia, que fué cercado un rancho, donde se tenía la casi seguridad de que Irene se hallaba, encontrándole vacío, con no poca sorpresa y algo de espanto de los sitiadores, entre los cuales se hallaba uno que aseguraba haberle visto y que, inocente ó travieso—nos inclinamos á creer esto último—hacia mil demostraciones de terror, huyendo el cuerpo y persignándose como si algún *trasgo* lo pellizcase.

La esplicacion de todo esto está, en que el jóven tenía amigos por todas partes, hasta entre los agentes mismos de la Policía y esos amigos, como se comprende fácilmente, pertenecian al número de los mas zagaces y animosos de los gauchos, que sentian afinidad de sentimientos de independencia con él y probablemente uno de estos, era el que pretendia haberle visto en el rancho de que acabamos de hablar.

Todo esto, agregado á que Irene, como ya lo hemos dicho, por carácter ó por sistema, no se permitia ningun desman contra las personas ni las propiedades de los vecinos de la campaña—al respeto que su valor inspiraba y al aprecio que se conquistaba su honradez y buena crianza. Todo esto, repetimos, lo protegía contra las asechanzas, de que hubiera sido víctima infaliblemente, sino le hubiesen escudado tales condiciones.

Digámoslo una vez por todas: al *Centauro de la América Meridional*, solo le faltó el *Centauro* mitológico *Quiron* para que, como á los grandes héroes fabulosos de la Grecia, hubiese dado impulso á sus disposiciones heróicas, hácia las rejiones del orden social, sublimadas por la gloria. Tenia en sí, las condiciones del génio, comprimidas por falta de direccion inteligente y como tal, ejercia predominio y misteriosa influencia, por dó quier que su voluntad lanzaba su caballo.

Nuestro pincel—y sin que nosotros lo digamos, ya se deja ver, por el cuadro. Nuestro pincel no ha sido mojado en la paleta de *Apeles* ó *Rafael*, porque si así hubiera sido, un solo

rasgo habria bastado para dar á conocer al maestro. Nosotros no, tenemos que pasar y repasar, para dar, siquiera una débil idea del asunto. Y bien—que remedio? mojaremos otra vez y daremos otra pincelada á riesgo de aumentar la confusion de los colores que á la óptica del pensamiento ya fatigan.

Terminamos pues, para que se comprenda sin esfuerzo, cómo pudieron correr los años sin que la accion de la justicia ó de la violencia alcanzase á Irene, diciendo que los indiferentes se hallaban muy poco dispuestos á hacerle traicion, ni intervenir en lo mas mínimo en sus asuntos, á no ser en el sentido de hacerle bien, por temor, que su formidabile reputacion justificaba.

Para un hombre como Irene, gaucho y arqui-gaucho, dotado del espíritu aventurero é independiente, ingénito de su raza, que en él era llevado hasta la exageracion; ese género de vida le proporcionaba goces infinitos de irresistible atraccion. Así sucedió que lo que al principio fué impuesto por la necesidad, luego se hizo costumbre y mas tarde, tomó el carácter de naturaleza, pues le veremos emprender el camino del desierto en época que nada le obligaba á ello y solo por dar alimento á su pasion, exitada por otra pasion mas conforme las altas miras del espíritu inmortal de la creacion—verdad que no iba solo y que en igualdad de circunstancias, nosotros compiladores, sino fuera por nuestro medio siglo y algo mas—y aun con eso—es muy posible que hubiesemos encontrado, el paraiso en el desierto. Ya juzgareis, lectores compatriotas (aquí asumimos el carácter de cosmopolita) luego que os hagamos una siniestra relacion, de esa excursion misteriosa al desierto, á la que Irene no fué solo.

El amor—con esta palabra, indiscretamente escrita á contra-tiempo, casi hemos revelado—casi!—no casi, sino que revelamos, el misterio de que nos pretendiamos rodear. Lectores conocemos, que en cuanto escribió nuestra pluma, algo mas arriba: *verdad que no iba solo*, ya se posesionaron de la situacion—es fuerte cosa! Nuestros lectores debieran ser meopes de inteligencia, así el interés de la narracion se sostendria, hasta la esplacion mazorrall, definitiva de los incidentes—pero á mas de su larga vista, chocan con nuestra falta de arte—vive Dios! es cosa fuerte!

El arte! májica causa, de májicos efectos! A donde conduce el arte? Arte en las infinitas combinaciones del génio—Filosofía—Instituciones—Lejislacion—Ejecucion—Suma total: civilizacion—por do quier resplandece *el arte!*

Sur les vords fortunés de l'antique Idalié,
Liex où finit l'Europe et commence l'Asie,
S'élève un vieux palais, respecté par le temps;
La nature en posa ses premiers fondements
Et l'art ornant depuis sa simple architecture
Par ses travaux hardis, surpassa la nature.

Esto no pasa de una bella fijura poética de Francisco Maria Aronet de Voltaire, pues él sabia, que el arte y el artista—la causa y el efecto, residen en la naturaleza, que proporcionó los materiales y comunicó el soplo de la inteligencia que debia darles aplicacion.

El prurito de las citas y de las reflexiones, nos arrastró:

Chassez le naturel, il revient an galop.

El amor vino á su tiempo, con sus magnéticos efluvios á añadir un encanto indefinido á esa vida escepcional que el gaucho Irene hacia y su felicidad fué perfecta, si hay perfeccion en la felicidad, *del mejor de los mundos posibles.*

Honni soít qui mal y pense!

II.

Musas! esclama el poeta en su entusiasmo, cantad.....

El númen inmortal de Homero, pidiendo inspiraciones á las hermanas del Dios de la luz, para cantar los titánicos combates de una lucha que duró una década y terminó con la destrucción de la antigua *Ilion*, se hallaba autorizado por la majestad del asunto—pero que nosotros imitemos su procedimiento, pobres narradores de aventuras que somos....hum!....Nó, nó, nada de invocaciones.

Cuando el jóven sintió inundado su ser moral por el fluido misterioso cuyo gérmen depositó allí alma-naturaleza, todo le vió á su derredor por entre un prisma color de rosa.

El amor, como se comprende y se trata en los grandes centros de civilizacion, no tiene punto de comparacion con el amor, desnudo de empalagosas afinidades, de los pobladores de las praderas designadas con el nombre de *paisanage*.

Dos jóvenes destinados el uno para el otro. Tenemos la creencia, falsa ó no, que hay leyes fijas que así lo determinan, á cuya accion no pueden escapar las combinaciones humanas, pues las uniones convencionales, no engendran el amor tal cual le concebimos, tal cual le esperimentó Irene y su predestinada—con la muerte por término. Dos jóvenes destinados el uno para

el otro, se encuentran en su tránsito por la vida—se comunican el rayo eléctrico que despierta la simpatía recíproca y . . . todo está dicho . . . y la unión se sigue. Unión santa, puesto que es la obediencia á la ley natural, sin violación alguna de las prescripciones sociales, de que en el aduar del gaucho, se tiene muy imperfecta idea, porque hasta hoy, si la palabra de la autoridad penetró en él, solo fué para imponerle deberes opuestos á la dignidad humana.

Seria falsa toda suposición que por acaso pudiera hacerse, de que la moral indispensable para las relaciones, *racionales y de digno efecto*, en la vida íntima, haya de resentirse por esa sencillez de procedimiento.

Todo se hace—conviene que recordemos que nuestra narración abraza una década de tiempo que arrancó de 1820 y terminaron en 1830; parécenos únicamente que hemos recorrido la mitad de ese espacio. Todo se hace bajo los auspicios de la Santísima Virgen madre del crucificado y de las ánimas benditas del purgatorio. La imagen de la inmaculada y la del hijo de su vientre bendito, se vé en el interior del rancho por humilde que sea, ya pegada á la pared, ya colocada sobre la mesa ó cómoda si la hay. A las ánimas se les rinde misterioso culto, en todos los rincones de la casa—en el hueco del ombú—en las encrucijadas de las sendas ó caminos—en la casillita ó nicho formado con despojos de animales muertos, sobre el mismo sitio donde un cristiano exhaló la vida. Aquí no hay hipocrecia, hay fé, inocente y cándida y bajo tales auspicios, la paz del hogar se halla garantida.

Sí, la unión de las familias es perfecta. En su seno son prácticas las mas tiernas afecciones, las virtudes mas excelsas y la mas acrisolada fé sin creerse por ello meritorias. Podríamos hoy mismo (1864) presentar un ejemplo sino fuese demasiado humilde y pór humilde, demasiado ignorado, que podría servir de modelo á . . . ¡Silencio!—*Vade retro Satanás!*

En nuestros centros de población, donde las conveniencias sociales prescriben otros procedimientos, revestidos de fórmulas mas ó menos ridículas, entre las cuales algunas degeneran en sacrilegas (esto es nombrar las cosas por su nombre) sino se

observasen esos procedimientos, la desmoralizacion seria el resultado y consecuencia inmediata de ese resultado, la desorganizacion social. . . . Ya se ha visto !

Pero entre las familias diseminadas en la vasta estencion de los campos de Sud-América, que hemos tenido ocasion de recorrer y observar, la esperiencia nos ha demostrado que la falta de la sancion espiritual en la union de los sexos, por la intervencion de un sacerdote, quizás indigno de ese sacerdocio, como muy frecuentemente sucede, para baldon de la religion y del Estado, no escluye, ni la armonía, ni el cumplimiento de los deberes domésticos, ni ninguno de los deberes para con la Patria, que si tiene algo que sufrir, es debido á causas de muy distinto carácter, entre las cuales ya hemos señalado algunas y hemos de volver sobre la materia, siempre que la ocasion se nos presente, convencidos como estamos, que se vá á hacer resplandecer el espíritu de la revolucion en la planteacion de útiles, protectoras instituciones. Los trabajos preparatorios están hechos yá y la América entera, vá á prestar su concurso á los perseverantes artistas que han dado impulso á la máquina.

Hemos dado esta explicacion, con la conciencia de no haber falseado la verdad, como lo sabe todo el que haya observado filosóficamente el interior de esas familias á que nuestra narracion se refiere y volvemos á ella.

Cuentan las noticias que la tradicion nos trasmitió, que en una de las correrias de nuestro héroe, cruzaba el partido del *Bragado* y excitado sin saber por qué, hacia dos balances á su arrogante zaino, resonando á su impulso las rodajas de sus *nazarenas* de luciente plata, cruzada la sabanilla al brazo, suelta la rizada cabellera al viento, cual se nos figura *Atila* invadiendo la clásica Italia al frente de sus afamadas hordas; fija la vista de su pensamiento en las murallas de la altiva Roma, la ciudad imperial, que aspiraba á someter al imperio de su voluntad salvaje.

El acaso ó la intencion (la tradicion no salva la duda) lo llevaron á pasar rozando la poblacion del Juez de Paz ó Comisario del distrito. Estamos muy inclinados á creer y aun afirmarlo á nuestros lectores—que en su condescendencia no titu-

bearan en aceptar nuestra opinion, como la que mas se aproxima á la verdad—que fué la intencion, la que llevó al moderno caballero de aventuras á pasar rozando la poblacion del Juez de Paz ó Comisario del *partido del Bragado*, porque se complacia con frecuencia, en acercarse á las guaridas de los *Argos* que le tenian puesto encima el ojo del pensamiento, mas aun por agravio personal, provocado por sus burladas tentativas de echarle la garra, que por que tuviesen á pechos sus agravios á la justicia, á quien nunca pensó ofender. Algo parecido á esto que acabamos de indicar suele verse, en las diversas gerarquías del cuerpo social, que pasa inapercibido, aun de los mismos que así ultrajan la moralidad del deber; es por eso que lo advertimos, para que se observen, los que quieran combatir las tentaciones del diablo—por que habeis de saber lectores, que aunque generalmente se cree, que éste personage se retiró á su palacio infernal, luego que consideró su intervencion inmediata innecesaria, puesto que las cosas marchaban á medida de sus deseos; es incierta la tal creencia, siempre dirige las operaciones de la turba que á sus inspiraciones obedece.

Dejemos al réprobo, que quien sabe, no está dirijiendo nuestra pluma, cuando nos hemos metido *sin ton, ni son*, á señalar irregularidades con observaciones que pudieran ir á herir á alguno, cual proyectil lanzado por diestro y certero cazador. Si hemos dicho eso, ha sido únicamente, por caridad cristiana, que siempre nos induce á abogar por los mal aventurados y por último:

Si algun majadero se resiente,
Que remedio señores—que reviente!

Cerca é inmediato á un colosal ombú de enorme y algo trunca cada copa, á efecto de las iras del pampero, subordinado ajente de los tiempos; á cuya sombra refrescante debieron tomar mate muchas generaciones y que en los momentos que describimos, cubria una cancha, destinada sin duda alguna, al juego de la taba y á zapatear el fándanguillo, el gauchagé de la hacienda y vecindario, que á entablar demandas al juez venia.

Cerca é inmediato de ese colosal ombú, atalaya del desierto, que vegeta allí, mirando siempre á las regiones del ecuador, dó

reside el gérmen de su estirpe, Irene vió algo, que le hizo sujetar el pingo con violencia bastante, para hacerle sentar sobre sus garrones y describir un surco en la cancha, que su sombra protejia.

Que es lo que vió que así lo influenció, vamos á decirlo en tan pocas palabras como nos lo permita el asunto, que debe de ser grave, puesto que á Irene intrigó.

No grave, sino graciosa y esbelta jóven, de formas aventajadas casi enteramente cubiertas de sueltas, larguísimas guedejas, negras y lucientes como el ébano, suaves y ondeantes como la seda; cuadro, de cuyo fondo se destacaba en ademan sublime, un bellissimo sonrosado rostro, cual corresponde á la Virgen, que fué largo tiempo acariciada por las auras alternativamente plácidas y tibias ó heladas y violentas, pero siempre perfumadas que se desprenden de la vasta estencion de los desiertos—dos ojos en aquel rostro brillaban bajo dos arcos de azabache airosamente diseñados por el dedo meñique del amor—de las profundidades de sus fascinadoras pupilas, partia, todo lo bello, cariñoso y adorable: *que el alma humana pueda concebir . . .* fué lo que vió!

El *Centauro* la contempló en silencio. La jóven combatió la mirada un instante—un solo instante! y luego bajó la vista lentamente, dominada por el magnetismo que se desprendia irresistible de la ardiente pupila del entusiasmado jóven. Su rostró se iluminó con vivisimos colores y palpitante de emociion, todo su ser se conmovió al timbre varonil de Irene que rompió el silencio como hablando consigo mismo y con claro acento se espresaba así:

—Venturoso mil veces yo, si esta hermosa niña quisiera llegar á ser la soberana de mi vida—en mis ensueños, una vision pasó, vision cuyos atributos veo encarnados aquí!

Guardó silencio un momento y luego añadió dominando la exaltacion de su acento:

—Niña preciosa, por su madre ó su memoria déle un poco de agua al forastero que ofrecida por su mano la recibirá como sacada del manantial de la esperanza.

La jóven titubeó un instante y luego partió desolada en direccion á la cocina de la hacienda donde entró.

Poco le faltó á Irene, acostumbrado á dejarse llevar por los arranques que su potente voluntad le imprimía, para ceder al imperio de su alucinacion—precipitar su caballo y arrebatara la niña, cuando la vió correr con una ligereza, que solo se podia comparar á la que el paganismo atribuía á Diana Cazadora, con la cabellera flotante, el vestido algo recogido, dejando al descubierto un pié de *insolentes* proporciones, que á penas sí se dignaba rozar la tierra sobre que dejaba levisima impresion.

La siguió con la vista hasta que en la cocina entró y se sintió fuertemente contrariado viendo salir de ella un chico con un jarro de agua en la mano que con tímido ademán le alcanzó, teniendo en la mano izquierda su sombrero desfondado. Tentado estuvo el mimado jóven de no beber á pesar de la sed, que deveras le apremiaba. Al fin, sin quitar el ojo de la puerta por donde desapareció la encarnacion de su vision, tomó el jarro y bebió.

—Esta agua es fresca y dulce dijo, pero mucho más me lo hubiera parecido y mas virtudes le hubiera atribuido, si *ella* me la hubiese presentado.

Luego dirigiendo su vista al chico, le observó un momento estudiando su fisonomía. El exámen fué favorable á la criatura, puesto que la confidencia se siguió.

—Es su hermanita esa niña amiguito?

—Clara? No señor, es una huérfana.

—Clara se llama y es huérfana? Vd. quiere que seamos *aparceros*? Sí, no es verdad? Vd. ha de ser un buen amigo y nada ha de perder conmigo. Tome su jarro amiguito y este *duro* para Vd.

El muchacho algo azorado, recibió el peso fuerte y manifestó intencion de retirarse, pero Irene le detuvo no queriendo perder la ocasion de enviar un mensaje á Clara. Se tendió sobre el cuello de su caballo y le tomó la mano diciéndole en voz baja:

—Oigame bien lo que le voy á encargar. Dígamele á Clara en secreto, que cuando ella quiera, dejará de ser huérfana, porque la madre del forastero será su madre. Que esta noche quiero hablarla á solas—que si ella consiente, me les ponga una vela á las ánimas benditas, aquí, en este hueco del ombú, que

me servirá de señal y esperaré á que ella venga. Y mire amiguito—si la veo á Clara esta noche, le voy á regalar á Vd. un petizo *pangaré*, *escarceador* y orqueta de las dos orejas, gordo como una bola y ligero como el pampero. Tambien le voy á dar un tirador bordado con seda de colores, con dos pares de botones de á peso duro y una hilera de reales de cordoncillo. Ahora dígame: me hará el servicio que le pido?

—Bueno señor, dijo el muchacho, no poco encañilado con las ofertas y que á fuer de embrion de gaucho, ya estaba repasando mentalmente, las condiciones del petizo pangaré—el brillo de la plata y los matices prestigiosos del bordado del tirador.

—Bueno señor, repitió con el ojo, grande abierto, como queriendo penetrar el misterio de un enigma.

—De veras?

—Se lo juro por esta cruz, insistió el muchacho, cruzando los dedos índices y besando la cruz que con ellos formó.

—Entónceś, no tenemos mas que conversar. Vd. ha jurado y yo tambien le juro cumplir con mi compromiso—quedamos convenidos—pero tenga cuidado que las gentes de la casa, no tomen conocimiento de nuestro negocio, porque todo se lo llevará el diablo.

—Pierda cuidado—yo mismo la acompañaré á Clara, si quiere venir.

—Eso es—á Dios y cuente con un amigo, si me sirve.

Irene, seguro yá, de haber interesado al chico con sus ofertas y haberlo comprometido con su juramento, que por nada de este mundo se atreveria á violar; [de 1820 á 1830] observando que era objeto de la atencion de mas de una docena de personas, entre las cuales, nada de extraño tendria que hubiese algunas que ya le hubiesen adivinado ó conocido comprendió que no era prudente detenerse mas y se alejó despacio, no sin volverse con frecuencia hasta que vió la cabeza encantadora de su Clara, que venciendo su timidez le lanzaba la mirada de despedida. El chico á quien encargára la comision que entre los *inmortales* del paganismo, era una de las atribuciones de *Mercurio* que por eso, sin duda alguna, mereció ser colocado entre las

constelaciones celestes, magüer que el amor y el *Caducéo*, simbolo de la paz y la prudencia que constituia otro de sus atributos, no se acuerden muy bien entre sí. El chico decimos, estaba al lado de Clara y á juzgar por sus acciones, desempeñaba su rol y aunque los ojos de la niña estaban fijos en el forastero que se alejaba, su oido recogia las palabras que el lábio del chico pronunciaba. La negociacion material marchaba, no hay que decir, pues fuerza era ponerse de acuerdo—por lo demas, el espíritu de los jóvenes, estaba ya en comunicacion misteriosa y de intimidad perfecta.

Qué dice la juventud del procedimiento? le encuentra, algo, así, como traído por los cabellos, por su espontaneidad? Disparate! la juventud se adhiere siempre á la opinion de todo el que procura divinizar al amor y esa fé—esa creencia, recomendada su era—la era de la juventud—la era de la belleza fisica, reflejando la belleza moral, á la cual sigue la era de la reflexion, ante cuya aproximacion, el amor toma su vuelo, renunciando á su imperio, no sin dejar en él rastros luminosos de su antigua dominacion de recuerdos inmortales.

Qué dice la juventud del procedimiento que hemos procurado bosquejar—hay algo de violento en él? Peregrina es la insistencia! Pues no hay cosa mas natural, que amar y aun adorar, á la hermosa, que nos supo cautivar—al apuesto caballero, que nos supo fascinar! Gravada en mi pecho está, la imagen de lo que adoro y su timbre suave ó sonoro, vibrando en mi oido está—de celestial armonia, mi ser se inundó en un dia—un solo instante bastó. . . . que fué lo que mi ser sintió—no puedo explicarlo yo!

Cuando Irene ya no vió á la hija de las praderas con los ojos del cuerpo, la vió con creciente exaltacion, con los ojos presbitas de la imaginacion y para matizar sus pensares, desplegó su voz cantando con la entonacion de los *payadores* americanos los versos del boyero adivino muy usados en su época, que empiezan con ésta cuarteta—

Yo soy hombre conocido
Por el boyero adivino,
Duermo cuando tengo sueño
Y me someto al destino.

Y terminan con esta otra :

Ya se acabaron los versos
De este boyero adivino,
Si esta noche no me muero
Mañana amanezco vivo.

Los versos del boyero adivino eran largos—no podemos decir si se conserva la costumbre de cantarlos en las reuniones del paisanage—eran largos, porque no eran sino improvisaciones del *payador* y sabido es, cuan fecundo *estro* tenian los *payadores* americanos ; cada cuarteta iba intercalada de silvidos y voces, propias del *tropero* que conduce hacienda, lo cual, con el acompañamiento rasqueado de la guitarra y golpes en la caja imitando el chasquido del *arreador*, producía un maravilloso efecto entre los gauchos, que manifestaban su entusiasmo, con ruidosas, enérgicas exclamaciones de que no se puede formar idea, sinó presenciando la escena. A veces el *payador* introducía una cuarteta que encerraba una alusion mordaz dirigida á algunos de los presentes, que le tenia con *sangre en el ojo*—alusion que por encapotada que fué, era infaliblemente *cazada al vuelo*, por la sagaz penetracion del aludido, que preparaba su pecho para contestar de una manera mas directa, *payando* tambien á competencia. En los incidentes de esta pugna *concertada*, el *gauchage* formaba corro, con una gravedad que prezagaba un desenlace sangriento—desenlace que no dejaba de realizarse, sin que ninguno de los espectadores procurase impedirlo, sino despues que la sangre corriese, pero apenas ésta enrogecía las ropas de uno de ellos, entónces sí, se precipitaban todos á impedir que el combate continuase ; elojando á uno y otro sobre su destreza y buena vista y diciéndoles que *suspendiesen para otro dia*. Sucedia tambien, de tarde en tarde, que todo el *gauchage* tomaba parte en la cuestion, por haber *empinado demasiado el codo*—entónces . . . ay ! del que tuviese la vista turbia. En estos casos, si habia mujeres en la casa ; mas valientes que los hombres, se precipitaban entre los desnudos aceros y con admirable energia, desarmaban á los contendentes. Propias mujeres, de tales hombres !

Los versos del boyero adivino terminaron en el lábio del jó-

ven, antes de que, como él lo esperaba, terminase el día artificial—día que su imaginación graduaba de interminable. Entre tanta tontería como ya vamos escribiendo, ved como se presenta en esmalte ésta última, á la imaginación práctica del lector—práctica decimos, pues sabe ya á que atenerse, por lo que hace á la longitud de tales días, en que cada segundo le arrancó un movimiento de impaciencia y en que mirando al sol, estuvo por hacerle un mimo de disgusto, creyendo que contenía la marcha de sus fogosos caballos, únicamente por el placer de contrariarle.

La paciencia. . . y. . . preciso es decirlo, no era la paciencia la virtud sobresaliente en el carácter de Irene. Su paciencia pues, fué puesta á prueba, hasta que ese globo aurífero, que una feliz inspiración designó con el nombre de *luminar universal*, se hundió en el occidente yendo á comunicar la luz y el calor de sus rayos á las regiones de los antípodas. Que poema ese del universo! escrito en geroglíficos audaces, diseminados, al parecer sin método, en los espacios infinitos, ostentando una armonía cadenciosa que no se desmiente al través de los tiempos! Habéis pensado alguna vez en eso lectores? Habéis calculado el alcance de vuestra inteligencia, con relación al alcance de la inteligencia, que fijó las leyes del universo físico? Pero, bah! razonamos metafísica? Nosotros profanos, pretendemos acaso, penetrar esos arcanos? *Risum teneatis!*

Cuando el crepúsculo hubo reemplazado al sol que ya no se robaba, codicioso enamorado del universo entero, la frescura y el perfume de las auras argentinas, entónces y solo entónces, el pecho espacioso del hechizado jóven se dilató—aspiró profundamente y lanzó un suspiro de amor y de esperanza. La mano que acariciaba la rienda, le imprimió un movimiento imperceptible que hizo volver grupa al zaino, con la espontaneidad de la brújula que una curiosidad infantil desvió del polo de su atracción.

—Ella será mía! exclamó el ardoroso jóven lanzando su caballo al gran galope. Mi adoración á mi santa madre—mi cariño á mis hermanas y hermanitos—mi amistad apasionada por Bruno y Santos Paez, no bastan á llenar las exigencias de mi alma. Necesita otro alimento—necesita el amor de Clara.

Sentirla voluptuosa á la grupa de mi caballo, descansando sobre mi hombre su mano cariñosa y haciendo que su lábio murmurante, haga llegar á mi oído con su aliento perfumado, amorosas, celestiales melodías!

Esa seguridad espresada por las palabras de Irene, tenia su orjén en uno de esos presentimientos del alma, justificados por el acontecimiento. No se equivocaba el feliz matrero nó, Clara le pertenecia yá, como él, pertenecia á Clara. Como esas miradas dulces, terciopeladas, tímidas á pesar de su incandescencia, que entre sí cambiaron, pudieron ejercer tal predominio que conquistaron la posesion recíproca del objeto que las cautivó? Es que alma-naturaleza en sus procedimientos, para asegurar el cumplimiento de las prescripciones de su ley, se sirve de agentes impalpables, que funcionando sobre el espíritu, depositan en él el núcleo fecundante de la materia. Pero no nos engolfemos demasiado en ese piélagó insondable donde naufragaron todos los intrépidos exploradores que en él se aventuraron. Luego, á que fin martirizar el pensamiento en esas investigaciones que la razon nos dice, que no han de ser coronadas sino por el convencimiento de nuestra impotencia? La naturaleza dotó al hombre con el bello atributo de la razon, que debe advertirle lo que está fuera del alcance de su inteligencia. La ciencia no se acobarda por eso y explora siempre—pero la ciencia no es la razon—la ciencia cuando quiere ultrapasar los límites marcados á la inteligencia humana, es la demencia, ó bien sea, el estravío, el vértigo de la razon. Nosotros, narradores, no queremos subyugar á la ciencia, pero sí aspiramos á ejercer dominio sobre la razon. . . . Entiendes Fabio? . . .

En una época de muy tristes recuerdos, nos encontrabamos muy *descorazonados* y una varonil mujer nos dijo un dia: *No se aflija señor, V. coma y beba y el que venga atrás, que arrée*; muchas veces hemos pensado en ese arranque generoso de una inteligencia inculta y hemos admirado la profundidad de la idea así espresada. En esa frase se encierra todo un sistema filosófico. Gozar de la vida lo mas que se pueda y hollar las contrariedades que no pertenezcan á las afecciones del alma.

A eso se preparaba Irene sin sentir en sí, una chispa de flo-

sofia, que él se hubiera apresurado á apagar, si la tal chispa le hubiese dejado entrever la posibilidad de no poseer á Clara. Esto le parecia tan imposible, que no se le habia presentado al espíritu donde habria sido acogida como una aberracion—como algo, contrario al sentido comun.

Se adelantaba pues, mas confiado á medida que se aproximaba y si hubiese tenido nociones de astrologia y como en los remotos tiempos, hubiese consultado las conjunciones, para sacar horóscopos prósperos ó adversos á su intencion, su ansiedad, si acaso ansiedad alarmante le hubiera preocupado, se habria desvanecido al aproximarse á la hacienda dó moraba la felicidad en perspectiva, representada con los atributos de una mujer rozagante de juventud y de belleza. Y decimos esto, porque en esos momentos, el ojo de Venus acariciaba al amante peregrino, bajo la forma de la estrella vespertina que brillaba hácia el Oriente.

Luego despues, si acaso pérvida la duda, martirizaba su creencia, habria sido completamente espulsada, por el débil resplandor que la luz vacilante de una vela, puesta en el hueco del ombú al amor bajo la proteccion de las ánimas benditas, derramaba en las sombras, no muy densas, de la noche.

Si, Clara, la huérfana de las praderas, cuyos ojos, mas poderosos que la accion ejecutiva de los funcionarios públicos, habian esclavizado al *Centauro* con un fugaz destello. Clara, la pobrecita, desheredada, por un capricho del destino, de todo cuanto puede hacer amar á la vida y que habia sabido conquistarle en un momento, preparado tambien por otro capricho del destino, para proporcionarle goces casi sobre-humanos, que balanceasen sus pasadas amarguras. Clara, la hermosa perla extravaiada en el desierto; esperando con fé al feliz mortal que diese en ella para recogerla y adornar diligente, la corona de flores destinada por el Amor Dios, á los que culto homenaje le rindieron. Clara, la bella é interesante criatura, perteneciente á ese misterioso cónclave de las húrís americanas, que ostentan en su elegante y delicada mano, el cetro de la gracia y la hermosura y en la pupila encantadora de sus ojos, promesas mil de todas las felicidades que la encarnacion de la voluptuosi-

dad pudiera imaginar en la alucinacion de sus ensueños. Clara por fin, nuestra heroína—la que vá á popularizar las *aventuras*, imprimiéndoles el encanto irresistible del amor, sin el cual la naturaleza entera languideceria y moriria por fin de nostalgia. Clara, habia dado cumplimiento á la indicacion de su dueño, transmitida por el mensajero de amor—y la luz habia sido puesta por su mano en el hueco del ombú, bajo la proteccion de las ánimas benditas, á quienes su piedad recomendaba la seguridad del querido de su alma. Faro misterioso que debia herir la vista del forastero, substituyendo en su pecho, la seguridad á la esperanza—esa vista poderosa que á la vez ardiente y suplicante habia comunicado á su pecho de vírgen, un fluido desconocido, embriagador é indefinible.

Ella no estaba allí—velaba la inquieta jóven por otro lado. Rumores alarmantes, habian comunicado á su espíritu terribles desconfianzas. Por conversaciones de las gentes de la hacienda, sabia quien era el forastero y no se necesitaba tanto, para llevar hasta la exaltacion su solicitud amorosa. Ese apuesto y arrogante jóven que con tanto encarecimiento le habia manifestado su deseo de darle una familia—de poseerla á ella, la desgraciada jóven, era el gaucho Irene? Ese era el campeador, cuyas hazañas é inaudita fortuna, revestidas con los atributos de lo maravilloso, habian ocupado sus pensamientos?

Desde que la niña hubo adquirido este conocimiento, sus decisiones se fijaron y sus temores inocentes tomaron proporciones imposibles, figurándose que amenazaban á Irene peligros inevitables. Desde que este pensamiento se presentó á su exaltada imaginacion, se transformó, de niña incauta en sagaz y activo agente, dispuesto á desbaratar toda trama que pudiera urdirse contra la libertad del jóven.

Algo habia que justificase sus temores en la actitud y medidas de los hombres de la partida celadora al servicio del funcionario público que residia allí, pero no pasaban de prevenciones, tomadas sobre inducciones. Nada se sospechaba de las preguntas en que Clara figuraba. El mensajero se habia manifestado digno de conducir las intrigas amorosas del mismo *Jupiter tonante* cuando se dignaba deponer el rayo en el ara del

amor. La inocencia! como no se ha de simpatizar con ella, viéndola ponerse al servicio, cautelosa y diligente, de la naturaleza creadora?

Cuando Clara se convenció á medias, que no era objeto de las sospechas que ella imaginaba, con paso furtivo y tímido, cual el de una cervatilla cuyo oído cree haber percibido algun indicio de peligro, se deslizó hasta el ombú, en cuyo hueco, colocó la vela encendiéndola despues con los *avios* de que provista iba. Luego regresó palpitante de emoción, á las habitaciones de la hacienda, para permanecer en acecho.

He ahí, por que Clara no estaba allí, cuando el peregrino de amor llegó, pero la vela encendida estaba y echó pié á tierra y esperó.

Clara no venia. Un largo rato atribuyó Irene esta tardanza á quehaceres de interior; pero cuando los gallos le anunciaron por sus cantos, que la hora de media noche habia pasado—cuando la vela de las ánimas se estinguió—cuando su imaginacion sobre-exitada, empezó á estraviar su juicio con imágenes fantásticas, sombrías, resultado de argumentos febricantes, entónces la índole altanera del gaucho americano se manifestó en él con arranques propios de una fiera y empezó á formar proyectos insensatos de llevar todo á sangre y fuego, si el ídolo de su alma no venia.

Pero súbitamente recorrió todo su ser moral un estremecimiento cual pudiera el cuerpo experimentar, al contacto eléctrico de la pila de Volta. Que es lo que dió origen á esa sensacion indefinida, que hace ver al alma la luz en las tinieblas, con todos los matices prismáticos del iris? La encantadora se dirigia al ombú, testigo mudo y al parecer indiferente de tantas agonías coronadas de alegrías.

Su paso era furtivo, subrepticio, y en las sombras de la noche, atenuadas por el resplandor de los átomos brillantes que la mano del Creador sembró en el firmamento, en las sombras de la noche, marchando así la encantadora, se presentó á la vista de su entusiasmado amante aerea, misteriosa como una sílfide.

—Creo que Vd. ha sido sentido, dijo al llegar, con acento turbado por inesplicable terror. Si Vd. quiere de mi, vamos—va

EL CENTAURO.



H. STEIN DEL.

* SANTIAGO R. PILOTTO EDITOR.

LITO. PIEDAD 133.

Siento que hay peligro.—añadió con agitacion—Vamos pronto.

mos sin tardanza—yo no le conozco á Vd. pero es preciso que le siga—tengo fé en la proteccion de la Santísima Virgen y de las ánimas benditas. Siento que hay peligro, añadió con agitacion creciente—vamos pronto.

Irene sin contestar levantó á la jóven como hubiera podido hacerlo con un tierno niño y la colocó suavemente sobre el anca rolliza del caballo cubierta por el poncho—montó á su vez y partió al paso.

Ya era tiempo... el presentimiento de Clara era fundado... la alarma tenia en movimiento á los hombres de la partida celadora que sin saber como, habian sido advertidos de la presencia del matrero y habian avisado al comisario de su entrevista con Clara. Este, no creyendo en la fuga de la niña, tomaba sus medidas para sorprenderlos; asegurando así, segun su modo de ver, la prision de Irene. Pero no era esa la intencion del destino y los preparativos fueron justamente la salvacion del jóven, pues sin la esperanza de tomarlo vivo y desarmado, es posible que lo hubieran volteado de un balazo. Aquí, como en todos los demas casos, no se desmentia la proteccion misteriosa que la supersticion revistió con formas sobre naturales, como si pudiese haber algo fuera de la naturaleza. No faltó entre los policianos alguno que dijo, y otro que ratificó, la frase consagrada para el caso:

—Es romperse la cabeza en valde—ese hombre tiene pacto con *Mandinga* y dicen que estudió en la *Salamanca* de Santiago.

Vamos á dar la esplicacion aquí, del misterio que encierran estas últimas palabras, pues es ciencia vulgar que todavia subsiste entre los hijos de la provincia de *Santiago del Estero*, que transmigran á la campaña de Buenos Aires, en busca de *jornales pecuniarios* á cambio de trabajo; porque es fama que en su pais, ni trabajo ni jornales hallan—lo primero, por que la naturaleza allí trabaja por ellos—lo segundo, por que el carromato de la industria, no ha sido todavia llevado allá por el riel, surcado por el vapor, y el explorado *Bermejo*, permanece todavia en su estado natural.

Cuentan—hemos oido el cuento—que en cierto parage, hay

un pozo de profundidad insondable habitado por los espíritus infernales, del cual en ciertas horas de la noche parten ruidos inesplicables, ya de terrificantes clamoreos, entre el estridor de pavorosas, satánicas carcajadas—ya de eólicas armonías, que ejercen sobre-humanas influencias. Todo hombre de corazón impávido, que quiera descender allí, no tiene mas que evocar al espíritu de las tinieblas que tiene su corte allí y firmar con su sangre un pacto, por el cual se obliga á renunciar á todo derecho sobre su alma, cuando esta deje de animar su cuerpo—item mas, se obliga á renegar del Dios de sus creencias y en lugar de pías oraciones solo impías sacrílegas blasfemias dirigirle, esto—se obliga—firmando con su sangre el pacto y recibiendo en cambio inauditas, diabólicas virtudes; entre las cuales citaré nos: la de poderse transformar en toda especie de seres existentes en América, desde el toro ó el tigre hasta el *tucutucu* ó el minero entre los cuadrúpedos—desde el cóndor ó el águila, hasta el colibrí ó el picaflor entre las aves—desde la monstruosa lampalagua hasta la salamandria ó lagartija entre los reptiles—y entre los insectos desde la deforme oruga que suele criarse entre los chañares de la provincia de Córdoba, hasta el impalpable y transparente pecesillo de cuya piel se escapa el alado impertinente y sanguinario mosquito. Citaremos tambien, la no menos sorprendente facultad, de comunicar á la materia de su composicion, la invisibilidad de los espíritus.

Tal es, lo que las leyendas del vulgo nécio, afirman, sobre las maravillas del pozo ó insondable cima, que en la provincia de Santiago se supone existe con el nombre de *la Salamanca*, sin duda por alusion á la célebre y nunca bien ponderada universidad á que en tiempos remotos acudia, la estudiantina de española estirpe. Si cuando el poeta Florentino escribió su célebre poema: *El infierno*, hubiese conocido las tradiciones del pozo de Santiago, no habria dejado de inmortalizar el pozo y la leyenda, aplicando á su entrada, con preferencia al mismo Crater del Etna ó el Vesubio, la sentencia que colocó á la puerta de las regiones infernales: *Làs ciate ogni speranza, voi ch' entrate!*

El Juez de Paz ó Comisario, que no participaba de las creencias de sus subordinados, quizás por que no comprendia nada,

fuera de la esfera en que el patán se agita, pues la inclinación á lo maravilloso solo pertenece á las imaginaciones ardientes, capaces de cultura indefinida. El Juez de Paz ó Comisario repetimos hizo montar en pelo á sus satélites, montando él mismo—y en alas de una pasión innoble y no á impulsos de la conciencia del deber, partió en persecución de los interesantes fugitivos, á quienes hubiera querido dar caza para saciar en él una ruín venganza y en la otra una pasión brutal, que noble y tenazmente, de largo tiempo atrás, se viera desdeñada.

Al rumor que la persecución movía, Irene dió impulso á su caballo, internándose en las sombras protectoras del reposo de los seres y también de fugitivos y de amores clandestinos, cuando ya le daban caza.

—Vamos á ser cogidos, dijo Clara con angustia y Vd. está perdido!

—No Clara, contestó el jóven, con seguridad—solo un momento necesitamos para ponernos fuera de su alcance y sino lo consiguiéramos. . . cortó la frase por la reflexión de que iba á asustar á su querida sin necesidad; pero instintivamente llevó la mano á la empuñadera de su daga y un relámpago se desprendió de sus pupilas.

En otra ocasión, yendo solo; se habría complacido en desafiar la zaña de sus perseguidores, pues conocía su superioridad y la superioridad de su caballo, que por sí sola, asegura la victoria de uno contra cuatro, cosa que no ignoraba el inmortal Cervantes de Saavedra, cuando hacia rodeo en la arena del combate, al héroe de sus inimitables *aventuras*, igualmente que á su escualido y triste rocinante. En cuanto á las carabinas, la experiencia le había enseñado á despreciar su efecto, propio solamente, segun su opinión manifestada con palabras y con hechos, para espantar los pájaros y hacer ocultar la cabeza á las vizcachas pisonas, dentro de sus vizcacheras. La tal arma de fuego—hablamos de la carabina—la consideraba como instrumento inútil y mas que inútil, perjudicial, en manos de un guerrero de caballería, pues solo servía para entorpecer sus movimientos. Así lo dijo muchas veces, á los organizadores de cuerpos de caballería, con quienes el acaso ó su espíritu aventurero, le propor-

cionó la ocasion de palabrear. Es fama que no le hicieron caso, porque carecia de posicion social requisito indispensable, para rodear de prestigio á la razon. Cuando la luz parte de abajo, ofusca á los pigmeos y vá á inundar con sus destellos, la frente de los génios.

Apesar de este juicio de Irene sobre la carabina puesta en manos del paisanage, reunido en cuerpo de caballería que con solo sus facones harian prodigios si supieran dirigirlos y comunicarlles el espíritu indispensable para mover las masas y conducir las á la ejecucion de un plan sangriento, preludio de una victoria. Apesar del juicio de Irene justificado por tantas gauchadas, sin recibir un razguño de bala, bien que no se las habian escaseado, su solicitud amorosa le hizo temer que una bala alcanzase á herir á su Clara, que sentada á la grupa estaba, sirviendo de broquel á su cuerpo.

Al presentarse esta idea á su mente, la sangre fermentó en sus venas y afluyó á su corazon de leon. Sus ojos se enrojecieron y un vértigo los ofuscó. Acababa de entrever fugaz como una centella, con la vista del pensamiento la terrible venganza que de ello tomaria. Pero huyó ante el espectáculo que el pensamiento le presentó. Pero huyó, ante el horror que el peligro de su Clara le causó, él que tantos peligros personales arrostró.

La tomó con un brazo por la cintura y la pasó adelante y la encadenó á su pecho y picó ligeramente los hijares del noble bruto que montaba, con la rodaja de la espuela y el noble bruto dió un balance y partió como un meteoro, salvando los obstáculos que se interponian á su paso y dejando en las tinieblas, el molde de su estructura.

En ese momento, algunas detonaciones se sintieron, en pos de fugaces resplandores—la interesante pareja, sintió el chasquido de las balas, que á corta distancia cruzan, rompiendo con violencia el aire—chasquido sin consonante que inunda de terror el corazon de los cobardes. Pero nada—las balas de carabina no hieren sino por accidente, lo mismo á la luz del medio-dia que á las sombras de la noche. En la situacion de los fugitivos, los accidentès no son de esa especie, porque contra ellos los abro-

quela un Dios niño—el Dios del amor es un niño y los Dioses y los niños tienen un mismo talisman para evitar el contacto de las balas de carabina—la travesura.

Cinco minutos bastaron para que el azulejo salva-espacios pusiera á los venturosos amantes fuera del alcance y aun de la vista de los perseguidores.

La aurora rielaba en el Oriente—una de esas mágicas auroras de que es preciso gozar en las praderas para poder comprender á que punto la naturaleza es hermosa—es sublime—es encantadora—es bienhechora. El aire se halla impregnado de tal aroma de felicidad que los dolores mas intensos, ceden y se aplacan á su influencia divina. El espíritu adquiere allí, prodigiosas facultades y percibe melodías celestiales, que en misterioso concierto, entonan himnos de adoracion á la Creacion . . . Somos débiles! y no hay prodigio de concepcion que pueda describir una de esas auroras, rielando sus esplendores sobre la naturaleza poética de los desiertos argentinos!

Irene detuvo su caballo y se deslizó á tierra con su niña en los brazos—luego, se apartó algo de ella, contemplándola arrobado en éstasis profundo. Las fuertes emociones de la noche—el momento—la influencia de la aurora, imprimian al hermoso rostro de la jóven, una espresion sublime. Irene la estrechó contra su pecho delirante, pero ella ruborosa y tímida, no correspondió al abrazo. Se dejó acariciar sin resistencia, murmurando con terciopelada voz: He creído morirme!

Irene desenlazó sus brazos—irguió su altiva y noble frente y elevó su espíritu para dar gracias á la creacion entera. En ese momento sublime, de exaltacion amorosa—sintiéndose fuerte como *Atlas* y como él, creyéndose bastante á sustentar el mundo, tenia la fisonomia de un semi-Dios. Clara le miró. . . le miró y cayó de rodillas, perdida, palpitante y tendiéndole sus brazos suplicantes. . . Irene se precipitó en ellos. . . Estaban solos los jóvenes que así se amaban, con la naturaleza poética y voluptuosa del desierto, que sonreía al rielar de la aurora en el Oriente.!

Nos atrevemos á sostener que ese momento en que los jóvenes se encontraron solos, en las condiciones que hemos señalado, no

puede razonablemente graduarse de miserable seducción ó corrupción y que su solo recuerdo—prueba inequívoca de que se halla justificado por sancion misteriosa de efecto moral predominante—y que su solo recuerdo ejerce mas influencia y predominio en la vida de los hombres, no iniciados en los misterios de la organizacion social, que todos los votos exagerados que se les pueda exigir al pié de los altares tantas y tantas veces profanados por el perjurio.

Si las consecuencias de esa union impuesta por la naturaleza que . . . vive Dios! es sublime en sus inspiraciones de ese género, no corresponden á la santidad del acto, atribuidlo al diablo que con diabólica insistencia, interviene en las cosas de la vida humana . . . No poco se burla él y el mandinga, de las sanciones sociales! *Vade retro!*

Hemos lanzado el anatema habitual para excitar al diablo, que con diabólica insistencia perturbaba nuestra mente y á su influencia irresistible, el diablo estalló y su ridícula y terrificante cubierta—inclusos rabo y cuernos—se evaporó y su espíritu voló á intrigar á otros que como nosotros, no conozcan el talisman prepotente para estirparlo.

Hecho eso, tomamos el hisopo y le empapamos en aguas aromáticas y rociamos nuestras páginas á guisa de asperciones, para comunicarles perfumes que destruyan la mala impresion que las emanaciones sulfúreas de mandinga, debieron dejar en ellas. De que tratamos? de alhagar ó irritar los sentidos que benévola atencion presten, á nuestras divagaciones? Perdonadnos lectores y sobre todo, lectoras: esta digresion que vamos escribiendo, es un residuo de nuestra turbacion pasada—ya volvemos.

Como nos gusta la espresion, que de algun otro escritor espiritual nos apropiamos, repetiremos: que la aurora rielaba en el Oriente, anunciando la magestuosa ascencion del ástro aurífero, cuando nuestros amantes, en brazos uno de otro, se decian cosas, que los apasionados saben y de que los inocentes tienen la intuicion. Hay desheredados tambien; profanos que no comprenden esas sublimes abstracciones del amor, pero para esos no escribimos, seguros como estamos, de que arrojarian nuestro

libro, tan luego como percibiesen el espíritu que de sus páginas se desprende. De aquellos para quienes escribimos, estamos seguros de ser comprendidos, como lo estamos de ser interpretados, cual conviene á la moralidad del pensamiento que nuestra pluma guía—mas si alguno de nuestros lectores, formase extraviado juicio, le recordariamos el lema de las armas de Inglaterra, que á éste segundo cuadro de las aventuras, sirve de epígrafe.

No por que se hubiese agotado el repertorio de voces de esa susurrante poesía, de inefables armonias, para el oido voluptuoso de los enamorados, la suspendieron momentáneamente, no. Nó por que hubiesen dejado de ser arrullados por las alitas diáfanas, tornasoladas y rutilantes con un globulillo prismático en el centro, con que el amor se complace en acariciar á los amores, suspendieron sus amores nó ; sinó por que era imposible detenerse allí, cuando la luz despejaba las sombras arrollándolas al occidente, que á su aproximacion se aletargaba, á proporcion que el hemisferio de Colon se dispersaba, influido por la sideracion del astro de la luz. Esa es una de las faces del equilibrio admirable sobre que reposa la armonia universal—todo se halla encadenado y las diferencias desaparecen ante la comparacion : si el hombre es un átomo con relacion al Sol—el Sol lo es mas aun con relacion al espacio.

Obedeciendo al imperio de las circunstancias—comparado con este despotismo, el despotismo político . . . es nada. Irene preparó uno de sus caballos que un buen rato hacia que pastaban, con pasion de muy distinto carácter de la que dominaba á su señor—pero como ella, necesaria, indispensable para la conservacion y reproduccion de los seres, como toda necesidad impuesta por la ley natural, cuyo despotismo, no admite comparacion ; como tampoco la admite, su justicia ni su beneficencia.

Alguno de nuestros lectores dirá : Pardiez ! la naturaleza, causa fastidio yá : cuente las aventuras, lo demás, que se nos dá ? Es cierto, reconocemos la justicia con que se nos hace esa observacion mental, que, ese nuestro flaco os arrancó ; pero, qué remedio ? Somos adoradores fervientes de alma naturaleza, á

pesar, de que, pródiga en sus beneficios como es, tan avara en sus dones, para con nos se mostró. Le rendimos culto pues, y no perdemos ocasion de mañifestárselo y si por esa razon, un crítico nos motejara, al canto contestariamos con la siguiente quintilla :

Tu crítica majadera
De *las cosas* que escribí
Pedancio, poco me altera ;
Mas pesadumbre tuviera
Si te gustáran á tí.

La redonda anca del inteligente y veloz paregero, desapareció bajo un asiento muelle y cómodo, en el que Irene colocó amorosamente á su querida y emprendió la marcha rumbo al partido del *Monte* por el linde del desierto.

No se crea por eso, que el *Centauero Argentino* en sus cruceos incesantes, huyese la vista de los hombres como el bandido que cree ver por todas partes la espada de la justicia pronta á descargar sobre él en proteccion del órden público—nada de eso. Teniendo el instinto de sus deberes para con la Sociedad á que no creía haber facultado, se sentia tambien con derechos naturales y no reconocia autoridad alguna, que pudiese violar estos, ni recargar aquellos. Sabia, que entre el gauchage, estas eran las ideas dominantes y no temia que prestasen una concurrencia muy decidida á los funcionarios públicos, pocos respetados en su época, cuando él lo era hasta la exageracion y si esto no bastase para su seguridad, contaba por auxiliares :

Songes, devins, sorciers, fantomes imposteurs,

Prodiges, noirs sprits et magiques terrens.

Por todo esto pues y por otras cosas que ya hemos indicado pasaba libremente, las mas veces, por entre las poblaciones, cuyos moradores le conocian de lejos, por la yunta de caballos apareadores que habitualmente le servian de medios de locomocion.

Por sí acaso no hemos hecho antes la observacion—tenemos la memoria débil, la mayor parte de su fuerza la perdimos, en el camino que recorrimos de 1811 acá. El ojo de los habitantes de la campaña—observacion que hacemos, por sí acaso antes

no la hicimos. El ojo de los gauchos, cuando una vez se ha reposado sobre *el cuero de un caballo*—así decían ellos—no olvida jamás los menores accidentes de su pelo, como tampoco olvida las proporciones de su estructura—tal y mas profunda aun, es la mirada picarezca de las bellas, pues por fugaz visual que lance, absorbe los mas frivolos detalles del traje de su enemiga, sus adornos y si los hubiere, sus postizos, simulados ú ostensibles y ay! de la que hubiese incurrido en el menor descuido. Esto esplica, como conocian de lejos al gaucho Irene en sus incasantes correrias de rancho en rancho y de tapera en galpon.

Para volver á tomar el hilo de nuestra narracion, repetiremos que Irene siguió el linde del desierto por solicitud hácia su Clara, á quien queria evitar todo encuentro desagradable.

En tanto que la cruzada hacia la jóven pasaba en revista su pasada vida, lo poco salpicada de amarguras y de élla, hacia relacion circunstanciada á su querido; diciéndole por conclusion, que todos sus pesares habian sido olvidados yá, ante la felicidad suprema de que se sentia inundada.

Tales, ó equivalentes—que este paralelo sirva de norma al lector en lo sucesivo para esplicarle las dudas que pudiesen presentarse al escepticismo de su espíritu teniendo presente siempre el lenguaje que Chataubriand pone en boca de los *Natches y Delawares*. Tales ó equivalentes eran las plabras que traian pendiente la atencion de Irene de los rosados lábios de su Clara, á quien, sentado á mujeriegas, tenia enlazada con sus brazos, como pudiera hacerlo una madre cariñosa, —todas las madres lo son—con el niño á quien en su regazo acariciase.

Cuando Irene supo por algunas palabras que la jóven timidamente pronunció, para justificarse del abandono con que se habia entregado á él, huyendo al parecer como una ingrata de la casa en que habia pasado su infancia. Cuando Irene supo decimos, que clase de lucha habia tenido que sostener, para resistir á monstruosas pretensiones, sufrió terriblemente—un momento hubo en que una nube de sangre, veló su vista é iba á fulminar un juramento de venganza, cuando la niña adivinó su intencion le tapó la boca con su mano, diciéndole:

—Eso haria Vd. y la sangre caeria sobre la conciencia de la huérfana. Quiere Vd. hacerme arrepentir de haberle seguido. Es Vd. libre de hacerlo—mataria Vd. á un miserable es cierto? pero ese miserable, es un hombre revestido con un carácter público y á mas de eso, tiene su familia—sí, tiene su muger—tiene sus hijos—querria Vd. dejar á estos huérfanos, al mismo tiempo que me promete á mí una familia? No comprende Vd. que seria entrar yo en ella, bajo muy malos auspicios?

—Dices bien querida mia, sí, dices bien; no hablemos mas de eso por que me hace mal. Mira Clara yo te amaba solamente, oh! si, yo te amaba solamente, como tú no puedes figurarte, pero ahora te amo mucho mas y tus palabras me han enseñado á apreciarte—¡ No hablemos mas de eso, Clara mia! tú eras huérfana y has debido sufrir mucho y perdona— si, asi te quiero yo asi tambien te quiere mi buena y santa madre; ella y todos mis hermanos y amigos procuraremos hacerte olvidar tus pasados sinsabores, no omitiendo nada que pueda amenizar tu vida. Mi madre reemplazará, á la tuya que Dios—tenga en su santa gloria, y creeme, Clara mia, si alguna vez, en la vida de los hombres, puede ser sustituida una madre, sin alteracion sensible acendrado afecto—de prevenciones maternales, será en el caso presente. Tú no la conoces á mi madre, pero yo te lo digo y debes creerme á mi: es buena como el sentimiento que la palabra espresa y viendo que tú me haces feliz, por bondad y por gratitud, todos los tesoros de ternura que vierte sobre mi, los prodigaré igualmente para tí. Antes de presentarse á ella, quiero prevenirla—es preciso, pues sin su consentimiento espreso no me atrevería á llevarte á su presencia—voy á dejarte en la casa á que pronto llegaremos, en el seno y bajo la proteccion de la familia de un amigo, en quien tengo entera confianza, como puedes suponerlo, cuando allí te dejo—es que se deja una hermosa y valiosa perla, en manos de un lapidario desconocido? Es una pobre gente y su mucho mérito resalta por eso mismo. No tendrás repugnancia en quedarte allí?

De ninguna manera. Vd. me comunica su confianza. Por lo demás, yo me dejaré conducir por Vd. ahora y siempre lo mismo.

Bien está, y yo no exigiré de tí nunca nada, que pueda desmentir mi adoracion. Ahora, entendámonos, Claro; yo soy tu hermano, tu amigo, tu amante y no quiero entre nosotros tratamientos capaces de hacer huir las espansiones,—me has comprendido?

—Sí, te comprendo, amigo mio—*estás* satisfecho ya?

Algo pasó entre los dos, que pertenece á los misterios en que la juventud se apresura á iniciarse; luego á que fin hacerla ruborizar con su revelacion? Es el rubor de la inocencia, es cierto, pero si lo provocamos con frecuencia, es permitido temer, que llegue á palidecer, y son demasiado bellos sus colores para que nos permitamos semejante sacrilegio. Juventud, gozad—gozad amantes—pero procurad gozar de manera que podais ruborizaros siempre!

El rubor no es otra cosa mas que la manifestacion de la inocencia—una falta se puede cometer sin haber renunciado á ella, porque la conciencia de la falta, hará ruborizar á la inocencia—pero dos faltas, no—pero tres. . . . la infamia reside ahí y la infamia—lo que es esa—esa no se ruboriza, no—la infamia es la abyeccion—es la degradacion—es la corrupcion—es el fango social, en el cual para no mancharse es indispensable no cometer la primer falta—conservar la inocencia en toda su pureza. Sin eso, el amor pierde todo su atractivo—es muy susceptible el amor!

Ya sabemos quienes interpretarán y esplicarán las parábolas de nuestro sistema. Los que no comprendan muy bien pasen por alto y asi concluirán mas pronto, con el fastidio de nuestra lectura. De todas maneras, nos serán deudores de las lecciones que hayan podido tomar en nuestra *escuela práctica de aburrimiento*.

Para los enamorados. Los enamorados se encuentran facilmente en la naturaleza, nada mas sencillo, puesto que en ella reside el amor, es su agente de reproduccion asi como el temor á la muerte es su agente de conservacion, pues sin él, las especies se destruirian unas á otras y los hombres entre sí.

Para los enamorados escribimos nosotros, todo cuanto en las aventuras se refiera al amor y si acaso hay algo de abstraccion

en nuestro modo de tratar la materia, no nos detenemos á dar esplicaciones, porque esa fraccion del cuerpo social, que constituye gran mayoria—que diablos, todos se enamoran en él—no hay nadie que escape á la influencia maravillosa de la gracia y la hermosura de que tan pródiga fué, alma naturaleza para las americanas (á que ningun americano, hombre, ni menos muger, nos moteja ahora haber traído al terreno á la naturaleza). Nadie que escape á esa influencia de tan suave predominio—ni el sábio, ni el loco—ni el valiente, ni el pobre de espíritu, mas que á él pertenezca el reino de los cielos—ni la exelsa inteligencia, ni el palurdo—ni los veinte y cinco años de Irene, ni el medio siglo y algo mas, del narrador de sus aventuras. Deciamos pues, que no dabamos esplicaciones sobre los puntos oscuros en materia de amor, porque los enamorados, especialmente, del *sexo aquel*, harian á la esplicacion, un mimo de compasion.

En obsequio á esos mimos, renunciarnos á escribir la prosecucion del coloquio de nuestros amantes peregrinos, que cual dos Urracas parleras—decimos esto por imitacion al fabulista Samaniego, no porque hayamos jamás, oído hablar á una Urraca—que cual Urracas parleras, no dejarán de picotear y gorgear melodías, durante todo el camino. Esa música inefable, es conocida ya. No moduló Echeverria, algunos de esos acentos, en su armoniosa Lira?

El que haya divagado á la hora del medio dia, en la estacion de las calores por las praderas argentinas, desnudas de sombra porque la naturaleza ha querido dejar al arte el mérito de engalanarlas; habiéndole facilitado todo para simplificar sus tareas—terrenos graciosamente ondulados—fecundidad prodigiosa—cielo hermoso—aires puros—agua por dó quier. Reunios Americanos! marcad el paso de la libertad, por dó quier flamearon sus estandartes! No basta decir: somos libres! es necesario levantar monumentos que lo acrediten.

El que haya divagado á la hora del medio dia, en la estacion de los calores, por las praderas argentinas, sabe cuan fatigosa peregrinacion es esa, pero nuestros amantes no se, apercibian de ello y esa hora seria, cuando entraron en el rádío de las praderas, de cuya circunsferencia, marcada por el ojo de águila del

gaucho, era centro la poblacion de Bruno el campeador y en el mismo instante, un negro que se hallaba á horcajadas sobre el caballete del rancho que servia de cocina; remendando, con paja nueva, una averia ocasionada por el tiempo y el pampero, señaló á Bruno que le servia de peon de mano tirándole los mazos de paja y la guasquilla, la presencia de los viageros en el campo.

—Y vienen del desierto, tio Andres? preguntó Bruno.

—Si señor, de ese rumbo vienen.

Bruno, en ademan habitual de reflexion, se rascó la oreja, diciendo como si hablase consigo mismo: Indios no pueden ser... serán cautivos escapados de alguna tolderia?

Al hacer esta última suposición se dirigió al ombú y subió al *mangrullu* (vigia) que en la cúspide de él habia construido; en cuanto tendió la vista al horizonte en la direccion que el negro techador le indicaba exclamó:

—Por todos los *diasques*, aquellos son los parejeros del amigo Irene—Juana, gritó á su muger despues de un momento de atenta observacion, Juana, alégrate hermanita, ahí viene tu pesadilla—me debés unas albricias—poné la caldera al fuego, porque ha de venir *ganoso de verdear* y apartá un poquito el azador. Cuerpo de Cristo! que andaria haciendo por las afueras? No hay quien lo haga estarse quieto.

Juana ejecutó las indicaciones de *su hombre* y salió de la cocina suspendiendo su tupida y larga cabellera y arrollándola en forma de rodete, que aseguró con una orquilla de madera.

—No viene solo Juana—bendito sea el señor de la Bienandanza! apuesto á que andubo por los toldos y se alzó en ancas alguna china—maldito lo que le habia de costar—bonito es el hombre para andarse parando en *contemplaciones*.

La cabalgata se acercaba rápidamente porque Irene habia tomado el galope.

Juana en su calidad de muger, no quitaba el ojo del bulto que á la espalda del ginete se veia y apesar de la distancia luego le analizó como pudiera hacerlo otro cualquiera que tuviese á su servicio un anteojo de larga vista.

—Que estas diciendo de china hombre? aquella es tan cristiana como yo.

Es cierto Juana, ahora lo estoy viendo—mire el gaucho tronera, donde habrá cazado esa paloma—nunca le oí decir—y por Dios que lo estrañaba—que tuviese deseos de *emparentar* con nadie. Pero este hombre es el diablo—cuando se le ponen en el *majin* algunas cosas no se anda con *entre parentésis*, y vá derecho á la idea y si hay un zanjón por medio, le atraca las *lloronas* al piñgo á riesgo de desnuncarse y ni mira para atrás siquiera. Así ha de haber sucedido Juana, vió por esos mundos de Dios á esa guapa—le cayó en gracia y ya se lo dijo también y ya los dos se entendieron, la alzó en ancas del paregero y punteó para lo de Bruno—ya sabe el gaucho lo que hace. . . . Y no ha de ser cualquier basura Juana, por que él es mozo de gusto y malaya, si ni mira las desastradas. Te la recomiendo mucho Juana, porque la muger que mi amigo aprecia, también la hemos de apreciar nosotros—no te parece Juana? ó sos de otro parecer.

Hacemos aquí la observación de que no damos más que una idea del lenguaje del gaucho americano, porque no somos capaces de reproducirle en toda la pureza de su dialéctica y aun que lo fuéramos, tampoco lo haríamos pues solo seríamos inteligibles para determinadas personas; esto es, para aquellas que hayan tenido ocasión de estudiar sus afinidades. Si acaso se presenta la reflexión de que el gaucho en ciudad se hace entender muy bien, diremos que es porque no usa el dialecto familiar entre sus relaciones íntimas. Proseguimos:

Juana no contestó á la interpelación de su marido, pues ya los viajeros entraban en el trillado que circunda á las poblaciones de campo—trillado que siendo producido por la costumbre de atar caballos y tambeas á la intermediación del zangeado, es una necesidad para aislar las poblaciones de las terribles quemazones que asolan la campaña cuando los pajonales y el pasto se secan demasiado en la estación de los calores.

Irene sugetó sus caballos bajo la sombra del ombú que al exterior del zangeado estaba y esperó, porque no hay confianza que autorice á un individuo que no sea de la familia, para echar pié á tierra sin haber sido invitado.

El hacer alto á cierta distancia y esperar una civil invitación

para apearse, viene á ser, como tocar el llamador de la puerta ó anunciarse de alguna manera en el zaguan de las casas de ciudad, y asi como en ellas, seria mal recibido todo estraño que se introdujese sin los requisitos de usanza, en la campaña tambien, si algun forastero faltase á esa formalidad que hemos indicado, es seguro, que sin decirle nada, perjudicaria á su recepcion considerándolo por ello, como individuo de *mala crianza*, esto es cuando no lo tomasen por hombre de mala intencion; encuyo caso, el dueño de la casa y á falta de él, su muger, colocarian tras de la puerta *el trabuco naranjero* cargado con cortados hasta la boca, para ponérselo en el pecho al primer ademan sospechoso que se observase en él, diciéndole al mismo tiempo: *Es hombre muerto Vd.—y mas cuenta le tiene retirarse; dando gracias á las ánimas benditas, que no le meta en el pecho los tacos del trabuco. Si, vayase nomas, aquí no queremos pícaros.*

Cuando contamos lo que antecede, no suponemos, relatamos lo que hemos presenciado muchos años ha, en la campaña del Estado Oreintal. En una pobre casa, sin nombre, nos hallabamos algo enfermos y en cama. Un dia que el dueño de la casa habia ido á proveerse á un pueblo inmediato (el Durazno) entró en el cuarto en que nos hallabamos la muger, diciéndonos: Señor Dios mio—está en la cocina un hombre, que yo creo que es un *malevo*—pero por Cristo! si viene con mala intencion, le voy á meter *el resuello para adentro*—lucido lo voy á poner. Vd. no se mueva Señor, nos dijo, viendo que queriamos levantarnos—puede que yo me engañe y luego, ahora verá—no se le haga que por que soy mujer, asi nomas me voy á dejar. No le entendimos la conclusion de la frase. Se dirijió á uno de los ángulos del aposento y tomó una de esas armas de fuego de cañon de bronce y boca en forma de campana, á que los paisanos llaman *trabuco naranjero*—reconoció la cazoleta y satisfecha de su exámen, lo puso atras de la puerta diciéndonos. Ahora me siento aquí, á ver lo que hace ese mugriento. Algunos momentos despues, se presentó en la puerta un hombre cuya traza y fisonomía, era por demas sospechosa y tanto, que nos hizo arma las pistolas debajo del poncho con que estabamos cubiertos. Al golpe de los muelles, la muger nos hizo señas de

permanecer quietos y con varonil aplomo, tomó el trabuco poniendo su amenazadora boca en el pecho del bandido que retrocedió asustado. Al ademán, se siguieron las palabras que antes hemos escrito. El hombre quiso balbucear excusas pero la muger le interrumpió diciéndole: *No quiero sus disculpas, vayase y no vuelva á poner los pies en mi casa, porque si se encuentra con el hombre no se vá con las costillas sanas. Si, bonito lo iba á poner.* El hombre se fué y aunque hubiera sido el mismo Cid, tambien hubiera obedecido á la intimacion; tan imperativo era el aire de la paisana americana y tan amenazadora su actitud con el trabuco en las manos.

Intercalando en nuestras *aventuras* ese cuento al caso, hemos presentado á nuestros lectores un ejemplo mas—otra afirmacion de nuestro modo de pensar, sobre el verdadero carácter del paisanage americano, amenguado por la ignorancia; por la superficialidad de observadores que se creyeron autorizados para formar juicio, porque pasaron veinte y cuatro horas en alguna de nuestras campañas y en ese tiempo, vieron á un gaucho recostado á la puerta de su rancho—y por otras, que sin remontar al oríjen, juzgaron sobre las disparadas en maza de la caballeria no queriendo chocar, con otras mazas de su misma raza. Aquí hemos de añadir—sabiendo lo que decimos—que esas mismas mazas, comunicándoles el espíritu, no hay tropas de caballeria capaces de resistir á su empuge.

El carácter de Bruno y su amistad por Irene, no transiguan con la etiqueta que dió oríjen á la anterior digresion, asi es, que se acercó gritando :

—Porque no pide permiso—vea el gaucho volánton! A ver si se apea y baja á esa niña que debe venir cansada.

—Buenos dias amigo Bruno, como está la familia toda.

—Oh! déjese de buenos dias y de familia. Estoy con rabia por Cristo! Buenos dias—vaya, ya que se empeña y déjese caer prontito. Pancho! veni ligerito—acomodale el caballo al amigo Irene. Amigo, viene á tiempo—voto al chápиро! Buenos dias moza, pase para adelante. Que sol, vírgen santísima!

Todo esto lo decia el exelente paisano con rara volubilidad

y con ademanes y acento que completaban la espresion de satisfaccion que se leia en sus ojos, al recibir á su amigo y compañera.

En tanto que los dos amigos se apretaban cordialmente sus poderosas diestras, capaces una y otra de sujetar á un toro por las astas y se detenian un rato con los parejeros, que Bruno peinó con sus manos, cual pudiera hacerlo con una rasqueta sin dejar de pasarles el lomo de su daga, por dó quier tenian una manchita de barro, Juana su mujer se apoderó de la jóven huérfana, ni mas, ni menos que si fuera su propia hija, ausente de mucho tiempo.

—Veni, pobrecita mia! veni, vámos para adentro. Como estarás de cansada y que calor, Dios mio, que calor—á que horas, se pusieron en camino? vienen de muy lejos? Quitate ese pañuelo, pobrecita mia. Como te llamas?—Clara? Ah! no podia ser de otro modo—á una linda personita como esta, un lindo nombre. Yo no sé porqué, pero ya te quiero mucho

Las gracias y belleza de la jóven, le habian conquistado ya la simpatia de la buena Juana. Con fisonomias tozcas y varoniles efecto de las intemperies que arrostran y de las ocupaciones á que se entregan, todas las mugeres del paisanage americano, se parecen por sus arranques de bondad y caridad, al modelo que presentamos en Juana la muger de Bruno el campeador, á quien este, vivamente prendado de ella, se complacia en armarle pleito, unicamente por el gusto que experimentaba en cuestionar con ella.

Luego que hubo quitado á Clara todo lo que podia incomodarla y haberla lavado ella misma como si fuera un chiquito incapaz de hacer uso de sus manos, la enjugó y la besó cariñosamente llevándola luego abrazada hasta la cocina, donde ya estaban instalados los amigos *pegándole al cimarron*.

Bruno quiso dar un mate á Clara pero su mujer se opuso diciéndole :

—Salí con tu mate amargo—tomen Vds. no mas—nosotras vamos á tomar dulce—venga mi hija, sientese aqui, á mi lado. Clara se sentó y los mates se cruzaron, en medio de la zambra que Bruno armaba.

Después del mate fué la comida, formando rueda todos al derredor del azador en la cual tomó su asiento, 'tio Andres el techador—media docena de gatos, maullaban dulcemente, rozándose á las piernas y dispuestos á saborear los resíduos del enorme y succulento azado que figuraba en el centro—los perros tambien asistian echados en diversas posturas á respetuosa distancia—el caporal ó perro mas anciano y práctico, algo afuera de la puerta, siempre vijilante á todo rumor extraño.

Cuando el negro tiró su primer tajada, manifestando en el relampaguear de sus ojos, el goce que en ello experimentaba. Habeis observado eso lectores? En los negros los instintos animales adquieren mas desarrollo que el que se observa en los hombres de mas privilegiada raza. No vayais, por esto que decimos á equivocarnos sobre el grado de aprecio que concedamos á esa raza—la cremos capaz de la mas sublime abnegacion—de las mas nobles inclinaciones que por falta de cultura no resplandecen. Recorramos nuestra historia—la historia de la gloria de nuestros padres en la sacrosanta lucha de la independencia. En esas páginas de oro no figura la raza africana? Nó? Pues nos atrevemos á decir que ella, mereció mencion honorable y á todo evento, vamos á consagrarle aquí, un débil recuerdo que acredite la gloria inmarcesible que en la mas justificada de las luchas se supo conquistar, no sin derramar su sangre á torrentes—ved. Ellos se consumian, sometidos á la mas abyecta de las condiciones y al grito eléctrico de la Libertad, pasaron sin transicion, á formar los batallones que á la voz de San Martin, escalaron la encumbrada barrera de los Andes y siguieron por dó quier, al mas grande de los héroes de nuestra independencia. Sí, fué con la heroica cooperacion que la raza africana prestó al gauchage americano, que San Martin llegó á apoderarse del estandarte que trajo Pizarro á la conquista del nuevo mundo!

Preguntad á los manes de todos los guerreros esclarecidos que ilustraron las armas de la revolucion, ellos os contestarán:

—Sí, de las erupciones crecientes del volcan revolucionario se desprendia un fluido eléctrico que se comunicó al paisanage americano y á los hombres de raza africana que corrieron á las

armas, se formaron, se educaron, é instintivamente aspiraron el espíritu de cuerpo que constituye la fuerza moral del soldado y que los hizo invencibles, comunicándoles el heroísmo y la perseverancia. Las fatigas—los contrastes—el martirio, robustecieron la fé de esos hombres; que abandonando sus pacíficas ó humildes tareas, pasaron á competir esforzados, con los héroes, para dar la libertad á un mundo. En mas de un campo de batalla, dominados por el irresistible impulso que comunica la conciencia del deber, fijaron la victoria allí, donde la victoria era un problema, por cuya solucion se hacian prodigios. Ellos transpusieron entusiastas las nevadas crestas de la Cordillera—concepcion de guerra inspirada al génio de San Martin, por el génio de la libertad. Ellos contribuyeron á dar al Cerrito en cuyas faldas se desplegaron las tiendas del ejército libertador de Montevideo, el nombre significativo de *la victoria* y allí, como en los desfiladeras de los Andes, como en las costas del Pacífico conservaron hasta la muerte, la sublime abnegacion del soldado que combate por la gloria!

—En los combates, cuando la metralla lanzada por los cañones del despotismo abria claros en las falanges de ébano de los hombres de raza africana, un grito partia, arrancado por el sentimiento del deber. ¡LA PATRIA PRIMERO! un movimiento de flanco se percibia en las filas y los claros se cerraban. Un relámpago uniforme se seguia y las bayonetas se inclinaban. Otra exclamacion atronadora el aire hendia: ¡PASO DE VENCEDORES! y la victoria coronaba ese ardimiento!

Asi hablarian los manes de aquellos grandes Capitanes—guerreros ilustres—patriotas esclarecidos—espíritus justicieros!

La revolución los emancipó á los hombres negros de una condicion peor que la de los brutos de carga y ellos pagaron su deuda á la revolucion haciendo flamear sus estandartes en el templo de la gloria. Era una lucha noble y digna aquella, que se quizo designar como la rebelion de los hijos, contra la madre patria—es falso—no era una lucha de pueblo á pueblo—era la lucha de la libertad, procurando sustraerse á las garras del despotismo y tan es cierto eso, que entre las huestes americanas, no faltaban españoles—y tan es cierto eso, que en el corazon

de la España misma se experimentaban convulsiones populares, producidas por una misma causa y de idénticas tendencias. Los estandartes que adornan las bóvedas de nuestros templos, no simbolizan á la España, sino al despotismo de que ella era víctima, lo mismo que la América. Ni las garras del león—ni las almenas de castilla, figuraban en las lecciones, que conducian á la gloria, á las huestes de Pelayo.

Españoles! Nosotros pertenecemos á vuestra raza y cuando hemos abierto la historia de las naciones, hemos visto registradas en muchas de sus pájinas, espléndidas epopeyas, de que la España fué teatro y actores los españoles. . . . hemos cerrado el libro de oro, enorgulleciéndonos de nuestro origen!

Estas nuestras *aventuras* van, asi, un poco como si dijéramos: á *salto de mata*—adagio escocés que espresa bastante bien la idea—es falta de plan—es falta de método, en los que reside el arte y hemos de decir, si por ventura, no lo hemos dicho ya, que no somos artistas y corra la bola y adelante y tomemos las aventuras en el punto que las suspendimos, haciendo antes una breve observacion, por lo que pudiera importar.

Hemos dicho que las *aventuras* van á salto de mata y no ha sido bien dicho—en lo que se refiere á las *Aventuras de un centauro de la américa meridional*, seguimos el hilo de la tradicion. A lo que se puede aplicar felizmente el adagio ese, que hemos dicho que es escocés, por que Walter Scott lo atribuye á sus compatriotas, es, á los entreveros y no puede ser de otra manera—ya veis—cuando hicimos mencion de la concurrencia heróica que prestó á nuestros padres *el elemento africano*,—espresion de uno de los grandes americanos que figuran hoy en la escena pública. Cuando hicimos esa mencion, fué por que nos encontramos con un individuo de su raza, en la hacienda de Bruno el campeador, en el momento que cortaba una soberbia tajada de jugoso azado de vaca y el relampaguear de sus ojos sensuales, nos hizo fijar en él.

Si se nos hubiese pasado inapercibido ese incidente, es indudable que hubiese llamado nuestra atencion, hácia tio Andres el techador, la siguiente salida de Bruno:

—Este *tizon del infierno*, amigo Irene, que estaba encarama-

do en el caballete del rancho, fué el primerito que los divisó. Mirá Juana como relumbra la *geta* del negro con la grasa—parecen dos *sabaipés*. Pobre tío Andres—te debo una cuarta de caña, viejo, por las albricias. Bien *aiga* el negro lindo! vea amigo Irene como le relumbra el ojo, lo que oyó hablar de cañacontá con ella viejito, por que mi patrona ha de tener por ahí, por algún recobeco, alguna bejiga llena, para convidar á los amigos que les gusta *empinar el codo*. A mi me la esconde mi china, por que dice, que luego me pongo muy majadero y que no la dejo dormiren *tuititita* la noche. Vea pues, amigo Irene—de lo que se queja. . . .

—Calláte, pues embrollon! No le crea señor Irene, á él no le gusta la caña, y cuando toma alguna vez, luegoito se enferma de la cabeza y tengo que andarle poniendo defensivos de vinagre y almidon.

—Es cierto, puch! al diablo la caña. Solo para los negros es buena, por que los alegra y los hace bailar el malambo, acordándose de los candombes de allá de su tierra, donde dicen que se comen unos á otros vaya un gusto negro! Tío Andres, es cierto eso?

—Mentira!

El laconismo del negro, nos gusta á nosotros narradores, y no hemos de pasar, sin observar que en esa palabra *Mentira* se encierra mas verdad de lo que los hombres se figuran. Para justificar atroces procedimientos se inventaron fábulas, atrocemente calumniosas. Si, calumniosas, sustentamos la palabra—hemos sido exesivamente curiosos, sin parecerlo no por hipocrecia, Dios nos libre de ella hemos sido exesivamente curiosos, y observadores—hemos conocido individuos negros de tribus varias—hemos preguntado sobre la supuesta antropofagia—muy frecuentemente nuestra pregunta ha sido contestada con un gesto de horror. Esto no quiere decir, que rechazemos absolutamente las afirmaciones sobre la existencia de tribus capaces de conducirse á esos exesos degradantes para la raza humana—pero en todo lo que sobre eso se ha dicho y escrito ha habido evidentemente una exageracion calculada—lo mismo en su referencia á los africanos que á los americanos de raza indí-

gena. Jamás hemos conocido á un indio y hemos conocido muchas variedades—que haya conocido á otro que le haya transmitido noticias de la tal odiosa costumbre. De esas investigaciones personales cuyos resultados autorizan á la duda, surgió un dia, una reflexion que nos hizo llevar la vista intelectual á las épocas tenebrosas de la historia europea penetramos en las grandes mazas de bárbaros, sin Dios, ni fé, ni ley, que hacian lejanas escursiones en busca de alimento mas que otra cosa alguna—prueba incontestable que el hambre los apremiaba y bien, no encontramos un solo hecho, que autorice á sospechar á la especie, instintos capaces de degradarla en el órden de la creacion. Homenaje á la verdad.

Despues del azado vino el puchero, somos pasionistas por esa costumbre gauchi-americana, asi, en las condiciones que señalamos—es muy prosaico eso?—es posible—adelante. Despues del azado, vino el puchero en un gran plato de lata—carne y caldo, todo junto. Bruno era pobre y no podia costear el rumbo de mesa tendida con manteles y accesorios correspondientes ni le gustaba tampoco. Decia que lo que mas le gustaba y le hacia mejor estómago—lo decia él y lo acreditaba su formidable planta—era un *churrasco* en las brazas, tomando á dedo y trinchado con los dientes.

Al decir esto—agregamos á las *aventuras* este palabreo de incidente que parte del corazon del narrador. Al escribir las últimas palabras del párrafo anterior, vimos iluminarse la faz de un hombre con fugaz sonrisa—es uno de esos hombres, sobre los cuales tenemos tal opinion que por conquistar su amistad, llegaríamos á inmortalizarnos á pesar de nuestros débiles medios y aun por eso mismo. Nuestros lectores quizás le conozcan, quizás nó—hablamos del espíritu, no de la materia; lo que es esta y las superficiales todos la conocen y todos—ó la mayor parte—ó muchos, se han engañado lastimosamente. Para no tener en jaque á nuestros lectores, les diremos que es, ese general que fué proclamado tal, en el campo de batalla de Pavon, no por el general en gefe, que se rehusó á ello, por razones puramente personales, cuya delicadeza respetamos, sino por el ejército, cuya opinion imprime mas lustre, que la mas

honorífica mención de un parte oficial, dictado por bien instruida é imparcial autoridad superior. Y sabeis porque nos acordamos del brillante general, con tan humilde motivo, como el dicho de Bruno sobre el churrasco? Porque á él le oímos varias veces en el vivir hacer alegres comentarios sobre el churrasco y modo de comerle para apreciarle mejor. No vayáis á creer por eso, que es superficial—hum! no tiene un pelo de eso. Dedicado este recuerdo á ese hombre, á quien no necesitamos nombrar, para que la imaginación de nuestros lectores se contraiga á investigar la verdad que nuestras palabras encierran, —proseguimos:

Después de comer las gentes en cuya sociedad nos encontramos, pusieron á discusión el asunto de la interesante jóven huérfana que Irene habia arrancado á la horfandad y á la violencia, que tantas veces la horfandad dejó impugne. Pronto se entendieron y arreglaron. Bruno lo facilitaba todo y respondia de todo.

Cuernos del diablo! decia Yo quisiera ver que emprendiendo alguna cosa de concierto con mi aparceró, no nos saliese á pedir de boca. Bueno, ya basta de hablar de asuntos sérios, voto á Crispo! á mi no me gustan las cosas serias—Vd. hableme de campeadas—gauchadas, voleadas y trezadas, si me quiere ver contento. Pero bueno, ya no hay que decir—Vd. vayase y dejeme la chica aquí; quien sabe no le hago una trastada á Juana y me alzo á la chica en ancas y me hago perdiz con ella.

Aquí Juana le tiró un rebencazo á su marido, pero este que lo esperaba, se hizo gato y se tendió; enderezándose luego y agarrando á tío Andres por los brazos, se hizo un broquel de su cuerpo gritando al mismo tiempo:

—Perdóname hermanita, ya no te vuelvo á ofender vea pues, amigo Irene, esta muger que me quiere castigar hagala que se esté quieta.

Luego soltando al negro, á quien hizo dar mil traspiez en sus chuscos ademanes para escapar al rebenque de que Juana estaba armada, añadió:

—Llevese mi *entrepelao* amigo Irene, que se me vá poniendo

panzon de tanto estar ocioso, á ver si me lo adelgaza. En el potrero de Santos Paez deja los parejeros y allí toma otro caballo para remuda del mio y con los dos, puede ir remando muy bien—por lo que es el *entrepelao*, no le ha de faltar de aquí hasta su pago y el amigo Santos Paez, no le ha de dar tampoco, ningun *sotreta*. Bueno—no hablemos mas de eso, que diablo! siempre en la misma cosa—Juana—vé pues una botella y dale á tío Andrés la caña, que tengo ganas de oirlo lenguetear en inglés. Ah negro! pero si es *cumpa*—ya se me hace que lo veo, andarse trastravillando y cuando quiere encender el pito, agarra un tizon apagado creyendo que tiene fuego y ahí nomas en el fogon, *clava el aspa y se vuelve oவில்lo*.....

En la alborada del siguiente dia, Irene dió á su Clara el abrazo de despedida, que nos inclinamos á creerle fué devuelto con interés, però ni una lágrima soltó—eso de lágrimas, sollozos y desconuelos, es de usanza entre.....pero las sencillas gentes del campo, si acaso lloran será á escondidas ó cuando la verdad amarga de la situacion arranca tambien, lágrimas verdaderas—lágrimas que hacen llorar.

Algunas horas despues, estaba el gaucho Irene tomando mate en lo del gaucho Santos Paez y defendiéndose como Dios le ayudaba y con la sonrisa en el lábio, de una camorra que le habia armado toda la familia de su amigo, el cual se habia reservado su puesto en la vanguardia. La causa de toda esa zambra, se vá á revelar en la siguiente discusion.

—Dejalo hombre, decia la mujer al marido, ño Bruno y ña Juana tendrán mas méritos para él, por eso han sido los preferidos—vea pues—aquí no le habiamos de hacer agazajo ni se la habiamos de cuidar.... Tome pues el mate, gaucho matrero.... mire que me dá rábia.... asi son Vds. los hombres.

A estas frases incoherentes y otras muchas, dichas con una entonacion en la cual reside la fuerza de su oratoria, Irene contestaba:

—No crea señora que yo lo haya hecho por preferencia. Vd. me acusa de ingrato, sin querer escuchar mi *descarte*. Oigame primero señora y si no le doy entera satisfaccion.....

—Le doy un garrotazo tras de la oreja.

—Bueno señora, haga lo que guste. Vea: en cuanto saqué á Clara de la casa en que la tenían, pensé en Vds. y se la hubiera traído sin duda. . . .

—Vea por Cristo, el hombre—está urdiendo mentiras—si se le conoce en la cara—pero pierde su gramática por que ya es muy conocido en la cancha.

—No hermanito, no crea—no son mentiras—cierto como que aquel perro se rasca el codillo—vea pues, habia sido guitarreo el perro. . . .

—Pero vea si es *liendre*—deje nomas el perro y diga lo que iba á decir.

—No, formal señora sabe porqué no la traje derechito á su casa, por que hice la refleccion, que Vds. tiene en su casa dos niñas, tambien y quien sabe, puede que no le pareciese bien, asi nomas, de sopeton. . . . consulte su corazon. Ahí tiene por qué no la traje. Ahora si; cuando vuelva, se la voy á traer para que la conozca y espero que por esto que ha pasado, no me la ha de querer mal.

—Y que culpa tiene la pobre—traigala nomas y hasta que no la vea, no tiene que contar con que yo le muestre los dientes—Vd. es un embrollon, como son todos Vds. los hombres y nos tienen en menos á nosotras las mujeres—pero no se afija que ya me las pagará. . . . Tome el mate, que estaba por no darle.

—Vaya, dijo Santos Paez mediando—ya está bueno Petrona—dejalo al pobre—reconciliate con él, que anda en pasos perdidos y nada de estrañar tiene, que se le haya descompuesto un poco la mollera. Yo tambien cuando andaba en esas andanzas por culpa tuya, no daba con la armada del lazo—perdonálo Petrona.

—Y quién le dice nada—él nomas se está haciendo el mesteroso, cuando yo soy la agraviada. Bueno—á todo pecado misericordia—cuando traiga la niña nos arreglaremos—gaucho perdido—sobornador—y vea la pobre, irse á fijar en él—yo le hubiese echado un jarro de agua para quitarle la calentura.

Esta salida de la paisana provocó la risa de Santos Paez que se comunicó á todos como un contagio; porque á la verdad, to.

da la discusion por la pantomima y las variadas inflexiones de la acentuacion, era de un cómico de inimitable chuscada. Es preciso haber presenciado escenas idénticas, para poder juzgar de su salero.

Ahora bien—entremos en cuentas. No aceptamos que se ponga en duda el carácter de ese procedimiento, pero como de él parece resaltar que la religion de la moral, base del orden social, deba resistirse, vamos á procurar justificarlo. La familia de Bruno recibió en su seno á la huérfana y la familia de Santos Paez se manifestó dispuesta á recibirla, sin saber las circunstancias que habian autorizado su escapada de la casa del Juez, primero: porque en una campaña donde las poblaciones están á muchas leguas de distancia unas de otras no se puede rechazar al que pide la hospitalidad, con pretesto ninguno, sin infringir las leyes de la caridad cristiana—no teniendo la pretension de pasar por ortodoxos, repetimos—sin infringir las leyes, de la caridad humana segundo: por que Irene, era respetado al extremo, de creerlo incapaz de ninguna accion indigna; lo que es, la esencia del respecto humano: ergo, trayendo él á Clara ó viniendo Clara bajo su proteccion, ni remotamente hubieran imaginado hacer una cosa de dudosa probidad, recibéndola con todo el cariño y deferencia que se hubiesen lisonjeado de manifestar á una de sus hermanas.

Conocidas las circunstancias, que justificaban plenamente el proceder de la jóven, solo un idiota ó un malvado, habrian podido cerrarle la puerta de su casa—todo hombre tiene el deber, impuesto por la ley natural y el derecho que le concede la dignidad humana, que del cumplimiento de aquel deber surge, de declararse protector de la horfandad y de la inocencia oprimida. Si hay quien pretenda, que esto no es moral, en toda la fuerza de la expresion, le contestamos con anticipacion, que es un solemne majadero.

Estamos seguros que no caerá bien el epíteto á ninguno de nuestros lectores y que aceptarán nuestro modo de apreciar el incidente—es justicia. Ya hemos puesto de manifiesto tres rasgos prominentes del carácter del paisanage americano que recomiendan. Sus costumbres—*hospitalidad—caridad—probidad*

quereis mas? Seguid la narracion de las aventuras. En cuanto á nosotros tenemos suficiente: *hospitalidad-caridad*; reasumid, tendreis *misericordia--probidad*; traducid, tendreis--*justicia*. Alli, donde ván de consuno la justicia y la misericordia, resplandece la religion del alma.

L'univers est un temple vú Siége l'éternel,
Lá, chaques homme a Songrés, veut bâtir un autel:
Usages, intérêts, cultes, lois, tout differe
Qu'on soit juste il Suffit, le reste est arbitraire.

Ya lo veis, nos inspiramos en doctrinas revolucionarias, subversivas que merecieron ser fulminadas, ellas y sus apóstoles, por los rayos del Vaticano; pero los rayos del Vaticano no alcanzaron á tanta distancia y estallaron en el espacio y hoy, no hieren ya, ni á los humildes, desde que la revolucion de las ideas proclamó la soberania de la razon, arrancando á los hombres de las garras de la supersticion y el fanatismo--Gloria á Voltaire! Honor á Rousseau!

Volvemos á la hacienda de Santos Paez y nos sentamos á su hogar para tomar informes de cómo terminaron las cosas entre sus miradores y el héroe de las *aventuras*. La risa es un exelente intermediario. Solo la voz de Irene se usa alli, que explicaba á sus amigos, el misterio de esa nueva faz de su vida: misterio que para él tenia todos los colores del prisma, menos los tintes sombríos.

Yo la encontré al paso, les dijo, y una irresistible atraccion nos condujo el uno hácia el otro. No la hubiera sacado de casa de sus padres, como estoy cierto que ústedes me hacen la justicia de creerlo, pero ella no los tiene; es una gran desgracia, que yo me comprometí á remediar. Tampoco tiene, segun me ha dicho, tutores naturales. Su infortunio la arrojó á esa casa, sin que pueda decir cómo vino á ella, pues no ha habido una sola persona que haya procurado instruirla de su pasado. En esa casa la destinaban á oficios serviles, pero de algun tiempo atrás su condicion habia mejorado. Ella atribuye eso á buenos oficios de la señora de la casa, pero yo estoy cierto que fué el bellaco del Juez que empezó á mirarla con atencion, gustando

de ella y habiéndoselo manifestado con insistencia. Por esto, comprenden vds. que la niña estaba en su derecho al aceptar un protector y que era un deber suyo, abandonar la casa, antes de ser causa de fatales desavenencias en el seno de una familia esponiéndose también á ser víctima de brutales pretensiones. En otras circunstancias, hubiera procedido como corresponde, insinuándome con las gentes que la tenían para obtenerla por medios legales; pero allí, estoy seguro que presentándome con semejantes pretensiones--ese conservador del órden público que queria violarlo en su propia casa, hubiera querido echarme la garra y . . . vd. comprende amigo: hubiera habido sangre--el negocio se hubiera complicado y solo Dios sabe en lo que hubiera venido á parar. Todo bien considerado, no creo haber obrado en mérgua del respeto debido á la sociedad y menos, aun á la propiedad--á no ser, que la propiedad se explique por la violencia. Pardiez! no veo cómo hubiese podido proceder de otra manera--la niña queria venirse conmigo, aun antes de habérselo propuesto yo--ella es libre--la proteccion de la ley no la alcanza, á una criatura como ella, que se halla en poder de un infame, revestido con un carácter público--ante el cual, la ley es una paradoja, siempre que se oponga á sus miserables instintos. Qué hubiera vd. hecho en mi lugar, amigo Santos Paez? Hubiera vd. sofocado las inspiraciones de su alma, reveladoras del principio que combate al mal, dejando abandonada á la inocente é interesante criatura, espuesta á ser arrojada por la violencia en brazos de la degradacion y de la infamia? Diga vd.

La palabra de Irene, ejercia una poderosa influencia en el ánimo generoso de su amigo. Erguida la cabeza--revestida la fisonomia de una espresion indefinible de firmeza, exclamó:

--Con tódos los diablos! me parece que estoy oyendo hablar al arcángel! Pero no le hace--qué me está preguntando ahí, si yo hubiese hecho lo mismo? pues ya lo creo, por Cristo! y sino, me hubiera muerto despues de vergüenza, teniéndome por un miserable que habia sacrificado todo lo que el hombre debe adorar--todo lo que tiene derecho á todas las protecciones--

la virtud, la inocencia, la horfandad, á pueriles consideraciones y temores, indignas de un hombre que tenga consideracion y conciencia. Pues se le preguntan esas cosas á Santos Paez! *Si otro me lo preguntára, vive Dios, que le matára!* Si, amigo Irene, no tenga duda, yo hubiera hecho lo mismo y . . . por el Cristo crucificado! Si le quieren quitar la chica, vamos á sublevar el gauchaje y á *poner á pacto* al diablo! Vamos tomando mate y *el que venga atrás que arree*, que no hay pesares aqui, sino motivos de alegría, y si pesares hubiera, á la espalda los pesares, que hombres somos, gauchos y americanos. Petrona, alcázame la viuda, que quiero echar un trago para celebrar la fiesta. -vivan las muchachas que se dejan robar por un gauchito americano! Ahora, cuénteme por donde fué á sujetar los parejeros cuando se ausentó y las noticias que ha recojido. Ya sabe cuanto me gusta escuchar sus narraciones, porque no hay *plumario* que le ponga el pié adelante. Vamos, empiece que estoy ganoso y Petrona no digo nada, de balde está frunciendo el hocico para aparentar otra cosa.

—Anduve por el Rosario de Santa Fé—curioseando por supuesto, porque nada tenia que hacer por aquel lado. Como un mes me dejé andar por aquella provincia, para que aprovecharan mis caballos sus buenos pastos, porque la seca no se siente por allá.

—Déle guasca, amigo Irene, y no se corte—Velay le alcanza el mate Petrona. Ya me parece que lo veo entrar en el artículo de las carreras—cuénteme lo que pasó y no deje nada por decir. Velay le alcanza el cigarro encendido Petrona—anda por hacerlo compadre, ya se pasó la entripada. Han de haber lucido los parejeros, vaya pues, desembuche.

—No se equivoca amigo, y á causa de eso y de mi buena estrella en las jugadas, ya los Santafecinos me andaban mirando por debajo el ala. Les gané tres carreras y en la última casi nos enredamos—la suerte que se cruzó en la disputa, un mocito de muy buenas razones y les habló á los paisanos de lo lindo. El hombre tenia opinion y luegoito los hizo entrar en razones. Si hubiese muchos hombres como ese, no habíamos de

andar siempre de contrapunto santafecinos y porteños, que al fin todos somos de un mismo origen y dá compasion amigo, que hombres cuyos intereses son unos mismos, que hablan un mismo idioma, que derramaron su sangre juntos, lidiando por una misma causa, se crean pueblos distintos, porque hay un arroyito por medio, un arroyito que dá calor, una zanja aperas buena, para proteger un rancho; de este lado somos porteños, del otro, santafecinos y *mate que Dios perdona*. Pero si somos infelices; cualquier pícaro nos mete cizaña y ya nos hacemos de cuenta que hay motivos para aborrecernos. La cosa viene de arriba, sus generales siempre andan de contrapunto con los nuestros, porque dicen que los quieren gobernar y nosotros los pobres gauchos que nada tenemos que ver en esas cosas, nos creemos obligados á tomar cartas en la jugada. Por las provincias de mas allá, parece que anduviese el diablo suelto, como siempre, *ataje por vida suya* y matándose como perros cimarrones. Proclamas: no hay para que decir. Se podría alfombrar la provincia, desde la costa del Paraná, hasta el *Huaminí* y la sierra de la *Ventana* y sobraria para mas allá, y en todas ellas, unas blancas y otras rosadas, celestes y coloradas, la prosa es siempre una misma. En esos papelones que tienen con la boca abierta á los sonsos, ha de veer vd. por fuerza, letras gordas y muy negras, que sin saber leer, ya sabe lo que dicen. Veá, aquí traigo una que agarré para envolver un naco de tabaco, vé estos listoncitos negros que vá entreverado con toda la demás historia, pues ahí ha de decir: *Conciudadanos—Patria—Libertad—Muerte á los traidores—abajo los tiranos* y otras por el estilo, que seria nunca acabar, y advierta que lo mismo dicen las de un bando, que las del bando contrario y tanto, que parece que fuera uno mismo el amanuence. Vaya vd. á entender á quien le ha de dar el crédito.

Suspendió un momento su diatriba y luego prosiguió, con creciente exaltacion y timbre heróico.

—Vd. comprende bien, que yo no puedo darle noticias detalladas y exactas de los sucesos, pero lo que hay en plata, es que nadie se entiende; que para nosotros los habitantes de la

campana, no hay gobierno, puesto que no sentimos su accion protectora y solo se acuerdan de nosotros para hacernos degollar unos á otros, sin saber el por qué; dejando desguarnecida la frontera y á la disposicion de los indios, los valiosos intereses que encierra en sí y lo que es peor todavia, nuestras familias, que van á llorar en la abyeccion del cautiverio, infortunios sin igual. Esos titulados gobiernos cuya *administracion* es un sarcasmo lanzado al pueblo que allá en la ciudad capital se suceden unos á otros, sin que el *pueblo soberano*, como ellos le llaman, tenga la menor intervencion, á no ser como instrumento, en lo que menos piensan, es en organizar y solo invocan los sagrados nombres de Patria y Libertad, para cohonestar los atentados con que los insultan y escarnecen. Hablan de *sufragio universal*, cuando están maquinando para estraviar la opinion, en lugar de ilustrarla para uniformarla y por su medio, poder crear y consolidar, un órden de cosas cualquiera. . . . Por la memoria de mi padre, repito el juramento que ya hice en presencia de mi buena madre, de hacerme matar, antes que doblegarme á servir á ninguno de los principios que por allá se debaten!

Mi padre recibió una muerte gloriosa, en uno de los hechos de armas de la guerra de la independencia, peleando al lado de los esforzados campeones de nuestra nacionalidad—lucha santa, en la cual si necesario fuera, me lanzaria yo sin titubear y sin que fuera necesario que nadie me empujára. Mi padre, cumplió con un deber de alta significacion, pero cumpliendo con esos deberes, es que se adquieren los derechos, y mi anciana madre por consiguiente, se halla en las condiciones que la razon, el buen sentido y todas las leyes del mundo, por imprevisoras que ellas puedan ser, señalan, como acreedora á una proteccion especial, por parte de la autoridad en ejercicio, si esa autoridad tiene dignidad. Y bien, lejos de eso, mal haya la consideracion que se le guarda, puesto que se le quiere quitar el único hijo que puede servir de báculo á su ancianidad. Pero todas esas ambiciones que pugnan por sobreponerse—ambiciones tan absurdas como injustificadas, no piensan en esas

miserias. Ese carácter lleva, la acción gubernativa de casi todas las supuestas administraciones que se han sucedido después y aun antes, de que nuestro ser político, fuese un hecho, proclamado por la victoria.

Hay algo de ultraismo en ese modo de juzgar á los gobiernos de la infancia nacional? Hay algo de exageracion en nuestro héroe, al apreciar de esa manera, no, la marcha de los sucesos, sino á los hombres á quienes la impetuosidad de la corriente arremolinaba? ¡Pardiez! el pueblo creía haber conquistado la libertad y las crisis se sucedían en la república y convalescencia no había, pues apenas pasaba una crisis, cuando ya se formaban nuevos proyectos para sojuzgarla y el pueblo era la víctima espiatoria de todas aquellas monstruosas anomalías. No se aspiraba al poder con miras honoríficas, sino como medio de apoderarse del fruto de las victorias, con que los héroes engalanaron á la república.

En tanto que nosotros prestábamos nuestra afirmación á Irene, él se reposaba y cuando hubimos terminado prosiguió:

—Cuando pienso . . . pero no, hoy ya no—hoy solo pienso en ser feliz, amigo Santos Paez—en beber á grandes sorbos en la copa de las felicidades, que entreveo y me causan vértigos. Decía pues, que antes de ahora, cuando consideraba que me veía fraqueado como una béstia dañina, porque un día me negué á la intimación de ceñir el sable y empuñar la lanza para ir á enterrarla en pechos americanos, quizás de algun deudo ó amigo que alto aprecio me mereciera, por la voluntad de alguno en quien no reconocía ningun derecho para imponérmela, sin darme razones claras que el interés general así lo exigía, tentaciones me daban de ir á sublevar las hordas salvajes; ponerme á su frente y conducir las á clavar sus lanzas á la vista de ese pueblo grande donde se representan tantas farsas con carátula de revoluciones sociales. Si, tentaciones he tenido y si no las he puesto en práctica, no ha sido por desconfianza del éxito de la empresa—contaba con los indios, diciéndoles cuatro palabras en reserva; pero he retrocedido ante la majestad de la patria, desconfiando de mis propias fuerzas para sustentarla. Hoy, me

parece entrever al hombre fuerte que reúne en silencio los elementos que deben servir á la realizacion de un plan, cuyo alcance no puede ser otro que el de poner al órden á todos los saltimbanquis de la política de círculos. Ese hombre, vd. lo conoce amigo Santos Paez—ese hombre es D. Juan Manuel de Rosas—tiene fortuna—inviste carácter de alta gerarquía militar—es de una actividad que revela al hombre de aspiraciones, porque cuando el caso lo exige, como en 1820, la despliega con admirable energía. Pues bien, ese hombre cuyo prestigio vá en creciente, me hace sospechar, como he dicho, que tiene un plan formado, que elabora con método sus primeros procedimientos—ya lo hemos visto en la época citada, y por consiguiente que tiene todas las probabilidades del triunfo. Si, realizándolo, establece un sistema de verdad, de reposo y de buena fé, la gratitud de los pueblos lo encumbrará y quemará inciensos á su gloria—pero si se estravia en su marcha y en lugar de seguir recto por la senda del patriota, pretende escalar las murallas que la libertad opone al despotismo—que vea bien lo que hace, porque el terrible anatema de los pueblos, le espera al final de su carrera.

Toda esa tirada de Irene habia sido escuchada con religiosa atencion por su amigo, inteligencia inculta, pero no por eso menos comprensible é impresionable. Cuando el orador dejó de hablar exclamó:

—Vive Dios! amigo, que ha hablado como pudiera hacerlo Salomon. Si todos nosotros, pobres gauchos ignorantes, á quienes se les busca para hacerlos matar, pero no para enseñarlos á leer, supiésemos pensar y hablar como vd., otro gallo nos cantára—no nos habian de *trasquilar* como á majadas de capones. Pero dejando eso á un lado, que no somos mujeres para estar lloriqueando pesares, le diré que tambien yo habia pensado alguna vez—no siempre, qué diablos, yo no me ocupo sino de lo que me interesa y pueda interesar á mis amigos. Si señor, tambien yo habia pensado en ese Rosas que vd. dice, como un hombre capaz de hacer algo de provecho. Lo conozco—pues no lo he de conocer, si tambien yo fuí de los que anduvimos en

la *patriada* del tigre D. Martin Rodriguez. Lo conozco amigo — es *terne viejo donde quiera y mozo sin presuncion y gaucho* no hay para que decir, mas gaucho que nosotros—y sabe que por ese lado nos conviene. . . . Asi es, que si algun dia levanta el poncho, el gauchaje lo sigue y de mi, sé decir, que no ha de ser preciso que me llame dos veces—me gustan los hombres que no anden mirando atrás cuando se ofrece un empeño.

Las mujeres llamaron á nuestros amigos á comer y una vez reunidos, la conversacion tomó el carácter chusco-espiritual, esclusivo de las alegres reuniones de los paisanos americanos. Dejémoslos pues, un momento entregados á su locuaz franca-chela y divaguemos algo, sobre una. . . . cualquier cosa.

Que no somos artista, ni como narrador, ni como romancista, no se habrá escapado ya, á la penetracion del lector, y por eso —y sin por eso, confesamos, no por humildad, sino con la sencillez algo pretenciosa y altiva del demócrata, que somos novelles en la materia, á pesar del medio siglo y algo mas, que aspiramos el oxígeno que contiene el aire de la América. Porque habeis de saber lector, que la cuna del que esto escribe, fué alumbrada por la aurora de la libertad. Hein! es un timbre ese?

Os hemos dicho que *divagaríamos* y no nos desmentiremos. Arrancamos valientemente las últimas palabras que dieron cuerpo á una idea fugaz. Alguno dirá: *son incoherentes las tales aventuras* y bien, asi son las *aventuras* y los escritos de, á *ventura*.

A falta de timbres conquistados, adornaremos á nuestro blason, con ese que indicamos y que tuvo su origen en la naturaleza de las cosas—estamos en el disparador y no nos hemos de detener tan fácilmente; á falta de ocasion, la traemos de los cabellos.

Condenados al olvido—el *olvido* es la muerte moral, lectores, es la tumba del alma, asi como la muerte, es la tumba del cuerpo—esta figura no es nuestra, lectores, pero no podemos decir, dónde, ni cómo, ni cuándo nos cayó en gracia y se salvó del naufragio donde tantas cosas se perdieron. Oh crítica! mojad

vuestra pluma y dejadla correr sobre un papel cualquiera—pero no, la crítica no desciende—la tierra no ejerce atracción sobre ella, es como el humo, sube en espirales y vá á impregnar con sus perfumes suaves y apetecibles ó bien ácres y de efectos infernales, las altas regiones de la esfera social. El incienso de la crítica, pues, de embriaguez dulce ó amarga, no está reservado para los náufragos, sino para los hábiles, los inteligentes pilotos, que arrostraron impávidos las tempestades, é hicieron pasar sus barcas por entre los escollos adonde el huracán la arrastró. Nosotros no, salimos del puerto, *viento en popa y mar bonanza*—largamos todo trapo, pero á la primer virazón perdimos rumbo y nos dejamos arrastrar por la vorágine. Luego después, nuestra barca desmantelada flotó á merced de los elementos. Entonces, pudimos aplicarnos los siguientes hermosos versos de un hijo de la Italia, que vimos recitar un día, á un ministro, que pertenece todavía al mundo de los vivos, en circunstancias que se hallaba encargado de la dirección de la nave del Estado, engolfada en procelosa mar:

Vo solcando un mar crudele
Senza sarte é senza vele,
Fremí l'onda il ciel s'imbruma,
Cresce il vento é manca l'arte
E il voler della fortuna
Son costretto á seguitare.
Infelice in questo stato,
Son da tutti abbandonato;
Me consola l'innocenza
Che mi porta á naufragare.

No sabemos cómo salir del laberinto en que nos hemos metido—no es nuestro ánimo escribir nuestra vida—por lo demás ya está escrita—no es nuestro ánimo escribir nuestra vida—la humanidad lloraria y no queremos hacer llorar á la humanidad con los detalles de un naufragio, capaz de exitar sobre humano dolor. Esas cosas están reservadas por alma-naturaleza, para organizaciones dotadas de potencia, bastante á resistir sus embates.

No es nuestro ánimo tampoco, proseguir la narracion de las *aventuras*, despues de tan corta divagacion. Estamos de mal humor, provocado por el plañir de los recuerdos personales y sobre alguno lo hemos de desahogar.

La América puede entrar en lucha con la Europa? Es muy débil, se dirá; dejad que se robustezca. Es en la lucha que se robustecen los atletas —es en la molicie, donde sus fuerzas se enervan. Sabeis en qué consiste la ventaja de un pigmeo en lucha con un gigante? en el efecto moral de su osadia, que destruye la potencia física de su antagonista. Roma débil, sojuzgó al mundo. Roma fuerte, sucumbió al amago, de la mas humilde fraccion de sus esclavos. Débil, se lanzó á la palestra y en incesante lucha adquirió su potencia irresistible. Fuerte, se adormeció en la molicie y las fuerzas del coloso se enervaron y cuando quiso alzarse, no pudo sustentar su cabeza gigantesca.

Lanzarse á la palestra y tocar con su lanza el escudo del débil adalid—idea es esa, que no entra en la mente americana—hay méngua—hay vilipendio en esa idea. Hay gloria en perspectiva, aun sucumbiendo, cuando se traba la lucha cuerpo á cuerpo con el fuerte, y un pecho americano asi lo entiende. Quiroga; habeis oido las mentas lectores? El brigadier general D. Facundo Quiroga, el tigre de los Llanos—la víctima de la tablada —como gusteis—no juzgamos, relatamos. Quiroga, oyó las relaciones fabulosas que sobre el gaucho Irene circulaban en su tiempo y dicen que cual otro caballero andante, celoso de aquella nombradía, buscó al *Centauro*, le encontró y le invitó por pura cortesia á probar su vista, su destreza y el temple de su alma—se entendieron—se deslizaron de sus caballos, el cojinillo al brazo izquierdo—el acero brillando en la atrevida diestra y la lucha empezó y los campeones eran de fuerzas iguales, y sus ojos despedian centellas y sus cuerpos se tendian —se plegaban y se erguian amenazando de la tierra desprenderse. El combate duró media hora y la sangre enrogecia la arena en un círculo de dos varas de diámetro, marcado con el flamenco y la lucha se suspendió, se hicieron el saludo de cor-

tesia, montaron á caballo y cada uno en su rumbo se alejó *la cara sin un rasguño*.

Tanto rebramar—tanta prosodia—parece anunciar un cataclismo. Qué irá el narrador á fulminar? No es nada americano—el parto de los montes, ya vereis. Imprimimos relumbrones de oropel, á falta de oro puro, ya vereis.

Dijimos antes, que no éramos artistas y por consiguiente nuestra pluma, si bien fué cincelada por el arte, en suplemento artístico á la de ála de cisne, con que Napoleon firmó la confederacion del Rin, no es dirigida por el arte, que embellece las fantasias. Si tuviéramos á nuestra disposicion ese poderoso auxiliar, usaríamos del privilegio que los grandes maestros se conceden, para hacer de una palabra el argumento de un libro y matizaríamos nuestra narracion y la engrosaríamos para formar con ella una obra de literatura que apenas cupiese en ocho volúmenes, como los de una edicion que hemos leído de *Los miserables*; tomando por modelo á su autor é introduciendo digresiones cacofónicas, capaces de espantar al buen sentido—el arte suple á todo.

Parécenos que oimos el grito de anatema! lanzado en conclamitacion literaria y nada extraño que ello tendria—los grandes artistas, ejercen influencia sobre todos los prosélitos del arte. El grito de anatema, sin embargo, no nos haria cantar la palinodia y sustentaríamos nuestra frase, *digresiones cacofónicas*—ella nos fué dictada por la impresion que nos dejó la descripcion del pilluelo de Paris. Al destemplado martilleo que la descripcion produce al oido, dejamos caer el libro fatigados y exclamando: el arte no está aquí, luego, qué es lo que produce el efecto? El fabulista—creemos que Samaniego—nos sopló al oido:

..... llene un volúmen,
De disparates, un autor famoso
Y sino lo alabaren, que me emplumen.

Nada diremos de las descripciones, de la batalla de Waterloo y constitucion de los conventos, traídas con tan pobres motivos, al terreno del drama, siempre por el privilegio del arte

que se *supone* al servicio de los grandes maestros. En esas digresiones, hay valentía de insustancialidades—hay usurpaciones al buen sentido que no dejan nada que decir. Sobre la digresión dedicada á la descripción del pilluelo, si Samaniego no se hubiese mezclado, nos estenderíamos un poco, á riesgo de ingresar en las filas de los críticos adocenados—que constituyen la gran mayoría—pretendiendo criticar, lo que no pudimos comprender.

Es cosa singular, *por demás*, que un americano haya descargado su mal humor, sobre una víctima de sus ideas liberales; pero no, no es sobre el ardiente defensor de las libertades patrias. Es sobre el libro ese, de que tratábamos. Perdónennos Victor Hugo y sus admiradores, en el album de sus inscripciones, que la posteridad engrosará hasta el fin de los siglos, se reflejó nuestro pensamiento, leyendo los inmortales dramas del *Hernani* y de *Rtú-Blas*, el astro en ascension en medio los esplendores de una aurora y uno de sus rayos debilitado por la bruma, ocultándose en las catacumbas.

Basta de divagaciones y volvamos á nuestra idea.

Volvamos á nuestra idea! Es que hay alguna chispa oculta en medio de esas tinieblas? La narracion de las *aventuras*, [piensa el lector] ya el narrador lo ha dicho y lo desempeña, *cosi, cosi*--pero; y lo demás? Hay una idea lector, que vá á revelarse aqui. Bah! todo se reduce á poner de manifiesto que con los restos de una barca, se puede construir una barquilla y cuando se haya lanzado al *Plata* con su coqueta *latina*, ser saludada su arfada, desde la playa *Argentina*.

Basta de divagaciones y volvamos á nuestra idea. Pardiez! es lo que procuramos hace un buen rato, pero no podemos salvar la valla que nos opone.... Esperad un momento, lector complaciente.... Figuraos alguna cosa.... asi.... semejante al suplicio de Tántalo.... estais? pues tal es, la agonía que experimentamos por no poder salvar la valla que nos opone la ignorancia del arte.

Una inspiracion! el arte al nombrarle, nos comunicó y podemos esclamar con el geómetra de Siracusa ¡Eureka!

Para probar que hemos encontrado el medio de salvar aquella valla de que hablábamos, entramos en materia, que á las *Aventuras del Centauro* se refiere.

Ya era tiempo, la paciencia de los lectores, puesta á prueba tantas veces, estaba quizás, á punto de sucumbir y nuestro libro en peligro de pasar, por una ofensa despreciativa, semejante á la que inferimos al panegírico del *gamin* de París, escrito por Victor Hugo, como para poner de manifiesto, á lo que puede conducirse el génio, cuando quiera hollar, los lauros del buen sentido.

Decíamos pues, que entrábamos en materia que á nuestra narracion se refiere y entramos—el aplomo y la osadia no nos faltan—no poco se burlan de las reglas, la osadia y el aplomo! Luego, hay otra cosa que nos alienta y es el deseo de provocar la crítica, sea elogiando, sea deprimiendo. Si elogia—la opinion dice: *mucho lo habrá merecido*. Si deprime—la misma observa: *algo de bueno debe encerrar ese libro—cuando la crítica se ejercita en él,*

Los historiadores, los narradores, los escritores de fantasia etc., cuando introducen un personaje en la escena que describen, tienen cuidado de bautizarlo, si no está bautizado ya, y nosotros, menguados noveles narradores, hemos empezado nuestro drama haciendo figurar una familia, sin darla á conocer á nuestros lectores, y apenas si dimos un nombre al protagonista del drama; pero vamos á corregir esa imperfeccion, introduciendo al lector en el recinto de un rancho bastante espacioso, muy aseado y poco alumbrado, como lo son generalmente esas humildes habitaciones—donde se halla reunida la familia á que pertenecia Irene.

Como se vé, si carecemos del arte, la lógica no nos falta y por medio de sus razonamientos, procuramos enlazar nuestras etereogéneas *aventuras*.

Transportemos nuestro espíritu á la época, encerrada en la segunda década del siglo diez y nueve—toda entra en las atribuciones del escritor que quiere adornar á la historia con los atractivos de la fábula. Entremos en la habitacion pajisa que

hemos indicado, revistiéndonos de la portentosa facultad que la supersticion atribuia al jóven matrero, que alli vió la luz primera. Cuidado con pisar á *Capitan*, que alli en el centro de la pieza, arrollado y durmiendo está. No piseis tampoco la cola al gato, porque vá á lanzar un mahullido que vá á comunicar la alarma á la familia. Empecemos por curiosear el mueblaje. Mirad, en el ángulo de la derecha y en el fondo de la habitacion, está una inmensa cama con cortinaje que sirvió de dosel nupcial y bajo cuyos pliegues se oyeron los primeros vagidos de Irene y de cuatro embriones mas y . . . no hay y que se tenga--no inventemos--la tradicion fijó ese guarismo--la *cuja* del lecho y los *pillares* son de jacarandá torneada, con un óvalo en el centro aquella, vacío de madera, relleno de paja de trigo con funda de cotin ú otra tela--que al fin, qué se nos dá? --el todo, al gusto del renacimiento; ó lo que es lo mismo, al gusto de la época de Maquiavelo y Francisco primero--ó lo que es lo mismo, al gusto de la época del descubrimiento de la América--preciosa adquisicion para un anticuario, que todavia debe subsistir. Prosigamos--somos curiosos--toda la vida lo hemos sido sin aparentarlo--mostremos la hilacha ahora. A los piés de la cama y arrimada á la pared, de paja embarrada ó espartillo, una caja de la misma madera que la cama y de capacidad bastante para poder servir de arca de Noé, reduciendo á las especies á su menor expresion--ved, los tableros y tapa de esa enorme caja, cuan plagados de esculturas están, que hacen honor al artesano, ó mas bien, artista que las modeló y á los instrumentos de que se sirvió--no inventariemos su interior, verdadero receptáculo de antiguallas, de plata alguna, etéreas todas, por la forma y la materia y todas, impreso el sello de la marcha de los siglos--tres generaciones--cuatro--qué sabemos? manosearon, contemplaron todas esas sarandajas, que el area en su seno encierra--pasemos. Al derredor de las paredes de cuya composicion no nos preocupamos mas, una docena incompleta de sillones de baqueta, tambien algunos de ellos incompletos, de la misma era que los muebles ya indicados, á juzgar por su material y la estravagancia de su forma; pues el

arco del respaldo, á dos varas y algo mas de altura se elevaba, yendo á descansar en la solera. El respaldo y el asiento, son en su oposicion, un geroglífico de sarcasmo, arrojado al buen sentido, pues este (el asiento) solo á un pié se eleva del piso de la habitacion. En otro ángulo, una gran mesa, llamada de pié de cabra; tambien de jacarandá con dos cajones y embutida con listoncitos de box que constituian no su gusto, sino el gusto de su época--que acreditaban, no la era del buen gusto, sino la admirable paciencia y medios de ejecucion del artefacto, de cuyas manos, tal maravilla enfadosa salió. Sobre esa mesa de pesantez inamovible, la fé en el cristianismo, un altar habia erigido--el crucificado en el centro, con corona de espinas naturales y flanqueado por dos efigies de la vírgen bajo bombas de cristal, adornadas, una y otra, con mil joyeles costosos. Mas adelante, tocando á la piaña del sagrado madero, en que la imágen del Cristo está enclavada, un *niño Dios* en su cunita, con entreabierto y pulido cortinaje color de rosa salpicado de lentejuelas, orlado de galoncillos y flecos de oro--el todo recubierto por una primorosa cámara de cristal, al derredor de la cual, en calculado desórden figuraban, variedad de adoradores de madera, piedra ó metal, y los mil avalorios y las mil chucherias de que se compone, lo que se llama un *Nacimiento*. La pared, partiendo de la mesa para arriba, entapizada de estampas del catálogo de los canonizados de ambos sexos, colocadas segun el órden de su categoria, como la entienden los doctores en la materia, ó la piedad de los devotos que su devocion consagran--todas estas estampas formando la córte están, de la imágen adorada, que en la cruz clavada está.

Ehemos la última ojeada lector, para concluir nuestra inspeccion. Un grande espejo fijado á la pared en la parte mas espectable--antiquísima cornucópia cuya luna, á penas si reproduce los objetos, desazogada por el tiempo que ella está. Decididamente, la casa de Campoamor donde nos encontramos, contó entre sus antepasados gentes acomodadas cuyas reliquias, lujosas otro tiempo, se conservan; quién sabe, si remontásemos al origen ó tronco de su árbol geneálico, no nos encon-

trásemos con alguno de los atrevidos aventureros que al nuevo mundo, de las costas españolas se lanzaron, en busca de la gloria ó la fortuna. Nada de estrañar sería, Irene es un vástago renuevo, que haria honor á un ascendiente de capa y espada, aunque brillase espuela de oro en su calzado— aunque hubiese sido, caballero veinticuatro de xerés de la frontera.

Item mas—seguimos el inventario—algunos bancos simétricamente colocados en los claros y un silloncito de brazos y muelle asiento, que á la cabecera y á un lado de la cama estaba, teniendo al pié por alfombra la piel del leon de los pajonales, que el pujante brazo de Irene venció y que su amor filial allí tendió.

Llenado ese requisito indispensable de poner al corriente á los lectores de los menores incidentes locales del círculo májico en que se procura cautivar su atencion, bien sea, para que *ate cabos*—bien, por lujo de imaginacion descriptiva. Lleno ese requisito, por cuyo procedimiento se llena el vacio de las concepciones y se las hace figurar como obras maestras de inteligencia soberana—lleno ese requisito empalagoso, que no omite á veces, ni el número de la puerta en cuya casa entró misterioso personaje, ni los mas frívolos detalles del traje del lacayo que á recibirle salió—lleno ese requisito, que á falta de ideas.... pasamos á ocuparnos de nuestra escena considerada bajo un punto de vista mas noble:

En esa habitacion cuyo interior hemos descripto, con pluma mazorrall, pero no por eso menos ingénua, se halla reunida toda la familia y vamos á dar una idea de su composicion. La madre—Maria Diana de Campoamor, mujer fuerte y capaz de una agilidad que á primera vista no se creyera, apesar de su medio siglo y algo mas (como el narrador)—fisonomia, algo severa; en ese momento templada un tanto, por ese, no sé qué, de la madre en medio de sus hijos. Esto es pálido. Quereis formaros una idea, por vos mismo lector, idea, que no podemos reproducir, ó por imposibilidad real, ó por nulidad inherente á nuestro ser? Quereis formaros una idea de la espresion que procuramos retratar? Contraed vuestras facultades morales y representaos,

cuánto hizo vuestra madre por dulcificar vuestros pesares ó dolores, por amenizar vuestra existencia, por adquirir un derecho á vuestra ternura—representaos, cuánto mas se halla dispuesta á hacer y no os equivoqueis en el cálculo, pues se halla dispuesta á todo, con sublime é inimitable abnegacion—estais? pues todo eso estaba escrito en la fisonomia de Maria Diana, viuda de Campoamor, dejando vagar su mirada por su prole reunida alli.

Elena, jóven de veinticuatro años, viuda la pobrecita como su madre y como ella, algo varonil en su talante—rasgos pronunciados—carácter lleno de franqueza y de lealtad, la simpática, no esperaba mas que su vista para pronunciarse.

Maria: veinte primaveras; linda y alegre criatura—riendo siempre y cantando y haciendo constantemente travesuras á su madre, con el santo objeto de hacerla reir y distraerla de los pesares que por su Irene la atormentaban. En aquellos tiempos se decia, que esta interesante jóven, tenia sus secretillos—donde está el mal? las jóvenes como esa, merecen ser felices y encontrar luego, quien sepa apreciarlas y adorarlas.

Dos varoncitos mas, completaban la nidada. Pedro, el mayor, á penas tenia doce años y Claudio, ocho—uno y otro, eran el peonaje de la hacienda. A ellos estaba encomendado el repunte de las vaquitas al rodeo y la recojida de las mansas al corral—la majada, los perros ovejeros—ellos mismos, la traian al redil.

Las mujeres americanas de la campaña, trabajan mucho y crian á sus hijos muchas de ellas, un disparate de tiempo, pues hemos conocido á una, de nombre Polonia, cuyos hijos viven actualmente, que trabajaba tanto como dos hombres y daba de mamar al menor de sus hijos, cuando ya el muchacho montaba á caballo y hacia todas las diligencias de la casa. La señora, Maria de Campoamor era una de esas mujeres, y quizás esto esplica la diferencia de edad que se nota con mucha frecuencia, en las familias de la campaña—algo de eso hemos oido decir y lo participamos, aconsejando que para mas informes se investiguen los arcanos de la ciencia.

Todos guardaban silencio—las mujeres ocupadas en atares de su sexo—Claudio, tirándole la cola al gato y Pedro de pié recostado al marco de la puerta de entrada. En el centro del cuarto, como ya dijimos al principio, estaba echado un enorme y viejo perro en actitud de acecho, los cuartos traceros replegados, las manos tendidas adelante y sobre ellas el hocico que por momentos se agitaba fiebrosamente. Este era el perro querido de Irene y por eso tenia el privilegio de echarse allí. Nunca lo llevaba en sus correrias fuera del campo de la hacienda, porque era un vigilante y terrible guardian de la familia, pues su sola cara, surcada de cicatrices que otros perros en su juventud le hicieron, bastaban para poner en respeto al mismo Caco y su gruñir semejante al rumor de lejano terremoto y su ladrar lento y cavernoso, mal haya la confianza que inspiraban al merodeador nocturno, que por acaso ó de intencion á la hacienda se acercára.

El dia declinaba ya, cuando la jóven Maria, bella de emocion, á punta tal, que debió hacer sonreir á toda la córte celestial, exclamó de improviso:

—Albricias, madre!

—Qué decis, Maria, estás loca?

—Irene está cerca de aqui!

La señora recibió una fuerte conmocion que apenas se percibió—aunque quizás la niña con su inocente anuncio, habia realizado un presentimiento que el corazon de la madre impresionaba. Tómese como se quiera, algo de eso hemos visto, ante lo cual, la duda, era un contrasentido—ó mas bien era, el escepticismo de un idiota, incapaz de comprender, la maravillosa lucidez de las facultades de una madre.

—Por qué decis eso, niña? Dios lo quiera y la vírgen santísima! Hablas por boca de ángel, Maria?

—No vé á *Capitan*, señora, cómo está moviendo la cola y aullando despacito?

Todas las miradas se fijaron en el perro, que dormia como hemos dicho, con la cabeza descansando sobre las manos y parecia sometido á una alucinacion ó pesadilla, pues por mo-

mentos se quejaba débilmente, entreabria los ojos, dilataba y contraía la nariz como el perro que busca ansioso la pista de un objeto, barriendo al mismo tiempo con la cola, el piso del aposento. De súbito se puso en pié, como por efecto de una impulsión galvánica y pareció prestar atención. Luego se dirigió á la puerta y consultó á las auras con esa potencia nasal, que percibe en ellas, misteriosas emanaciones—dió vuelta en ademán de prevenir á la familia, á quien hizo una indicación mas significativa con cierto murmullo gutural, comprendido de ella como pudiera serlo una palabra humana, y partió lanzando ladridos, cuyo timbre era también conocido, como indicio cierto de alegría loca.

Cómo no se ha de querer, apreciar y distinguir, esa especialidad de los seres irracionales, que parece protestar, apelando de la sentencia que así los clasificó, manifestando participar de las alegrías y sinsabores de la raza privilegiada que utilizó sus instintos! No es una fábula, no, los perros rien y lloran, cuando sus amos lloran ó rien—y digan lo que dijeren, nosotros decimos eso y por sabido lo decimos.

Toda la familia se precipitó á la puerta—los muchachos corrieron al palenque á montar en sus petizos y siguieron la dirección que llevaba el inteligente ó interesante animal, que corría, no husmeando el rastro, pues no había rastro allí, sino husmeando las auras, que algo debían comunicar de perceptible, á su organización canina.

Maravillosa facultad es esa, que en el perro se llama instinto, pero que es mucho mas desarrollada ó susceptible de educación, que en las demás especies, haciendo una excepción justa y honorable en favor del caballo, por temor de que algun abogado de su especie, nos entable una demanda en su reclamo—parece brugería y no poco estrañamos que el *santo tribunal de la inquisición*, que siglos enteros se pretendió hacer pasar por institución religiosa y salvadora y que aun hoy en día, hay quien escribiendo teología, guarda sobre él un respetuoso silencio, creyendo que no hacerlo, sería atacar la integridad del dogma asentado por la revelación—dogma, que la razón combate, pero

que respetamos como santificado por la fé. Y no poco estrañamos, repetimos, que ese *santo* tribunal, no procurase purificar la raza canina, asi como intentó purificar la raza humana por la accion espeditiva de los *autos de fé*. Jamás el *espíritu de las tinieblas*, comunicó á ninguno de sus individuos, esa lucidez de inesplicable alcance de algunos individuos de aquella raza.

Fuego de Dios! estar dormido un perro, en el interior de un cuarto y sentir la proximidad de un hombre objeto de su afecion, ausente mucho tiempo hacia y hallándose todavia á una legua de distancia! Dá que cavilar!

Como lo acabamos de decir, asi nos lo comunicó la tradicion y nadita nos sorprendió, testigos presenciales que fuimos en cierta ocasion de un caso idéntico, si cabe, mas sorprendente aun. Lo relataríamos, si no_ estuviéramos persuadidos de su inutilidad, por muchas razones; entre las cuales campea en primera fila, la muy concluyente que vamos á enunciar: Si nuestros lectores no creen el caso del perro de Irene, tampoco crearian el que citáramos en su apoyo, por mas que la lealtad del narrador y la fidelidad de la raza lo garanticen.

A propósito de *fidelidad*, hemos de citar un hecho muy notable, que puede ser garantido por una afirmacion muy respetable, pues existe un viejo veterano, americano y oriental, de esa familia de bravos que Oribe por nombre lleva, que tenemos razones para creer, que el hecho presenció. Transportemos el recuerdo sobre un campo de batalla—el general nos hizo observar un perro que en tristísima actitud, al lado de un muerto estaba—al acercarnos el perro se alejó; pero volvió á ocupar su puesto luego que nos retiramos. Como todos los demás, el cadáver fué enterrado; el perro presenció la operacion, mirando desde corta distancia y luego cuando la gente se alejó se echó sobre la tierra removida que cubria los restos del que fué—se procuró con caricias y alicientes, sacar al perro de alli y no se pudo conseguir—huia y volvia á ocupar su puesto, como el símbolo encarnado de la fidelidad, alli quedó. Bullian pensamientos en esa índole irracional?

Irene está en medio de su familia alborozada, rodeando con

él un brazo—la cintura de su madre y cambiando con ella y con todos los demás, palabras cariñosas.

Está pálido el *Centaurio* y el ojo de la madre, llevó la alarma á su pecho.

—Estás herido....!

—No es nada, señora, interrumpió Irene, no se asuste—voy á decirle—voy á mostrarle lo que tengo, es poca cosa—es una miseria, que no merece la pena.

Irene tenia una lijera herida de lanza en un costado, que fué inmediatamente curada por su madre, con aplicaciones simples, cuyas virtudes le eran conocidas; luego, esplicó la causa de la herida.

Salió de casa de Santos Paez acompañado por él y por su consejo, para no ser observados se hicieron algo afuera—en la tarde del segundo día se encontraron con un grupo de indios ladrones de la tribu de los *chehuelchos* que se hallaba acampada á la márgen del *Gualichú*, (el Diablo) que llevaba arreando en precipitada fuga un gran trozo de yeguada. Nuestros amigos, comprendieron que era un golpe de mano de *malones* y tomaron su resolucion, cual la tomaban los gauchos en aquella época, en casos idénticos. Los indios eran sobre veinte, pero el valor, la pericia y la estrategia de los gauchos americanos, no contaba con el número. Con solo dirigirse una mirada, se entendieron, se lanzaron y cruzaron la yeguada arisca dando gritos y revoloteando sus sabanillas por sobre la cabeza. Aquello fué como un remolino vertiginoso que se rompió por fin en fracciones, que partieron á escape en todas direcciones. El furor y la sorpresa de los indios no es para contada, su procedimiento si. Se agruparon en pelotones y se vinieron dando alaridos que es preciso oír, para formarse una idea de lo que puede el pecho de un salvaje. Los *chehuelchos* eran bravos, hasta morir en la demanda, pero alli, daban con quien los superaba, en valor y en buen sentido. Los héroes de la jornada, empezaron á huir campo afuera sin precipitar sus caballos, procurando solamente, mantenerlos fuera del alcance de las boleadoras de los indios que las lanzaban en la carrera

y en la carrera misma las alzaban del campo con la punta de las lanzas unos, y otros tendiéndose sobre el costado del caballo y recojiéndolas con la mano. Irene y Santos Paez huían, como el *Horacio romano*, ante los tres *curiacios campeones* de la ciudad de *Alba*. El primer indio que se adelantó á sus compañeros, fué víctima de Irene, que haciendo girar su caballo sobre los garrones, se le vino encima con la lijereza de una flecha; desvió de un golpe el hierro de la lanza del salvaje y se le puso al costado, cuerpo á cuerpo y luego hizo girar otra vez al pingo pasando al otro lado y reuniéndose á su amigo en menos tiempo, del que hemos empleado en relatarlo. El indio habia sido cruzado de flanco á flanco, por la terrible daga del *Centauro*—se echó sobre el caballo y se abrazó del pescuezo— luego, la vida se escapó en un último aliento sin gemido y el cuerpo se desplomó á tierra.

Otro de los indios, tuvo la imprudencia de imitar á la víctima. *Este me toca á mi!* exclamó Santos Paez y si bien lo dijo, mejor lo hizo.

Los *chewelchos*, comprendieron con quien se las habian, pero eran hombres esos, que no reconocian superioridad en enemigo alguno, ni victoria sobre el esfuerzo *chewelcho*, que no atribuyeran al acaso. Siete de ellos fueron sucesivamente víctimas de su orgullosa creencia, y lo hubiesen sido todos, sino hubiesen temido quedarse á pié, en tan desesperada persecucion. Se resignaron y la abandonaron dirigiéndose á sus toderias, no sin hacer promesas á su manera, al espíritu de las venganzas. Entre los hombres de la naturaleza, la primera virtud, es hacer el sacrificio de su vida en áras de esa pasion, condenada vanamente por los apóstoles del cristianismo.

Esa terrible raza de indios, fué necesario esterminarla y el que estas líneas escribe, asistió á su total estincion, mandando una compañía del regimiento núm. 6 de caballeria de línea, en la costa de ese mismo arroyo Gualichú que antes citamos—serian como doscientos indios de pelea, todos murieron con las armas en la mano, en encarnizado combate—ninguno de ellos quiso rendirse, ni aun cuando ya se hallaba impotente por sus

heridas. Viven hombres que asistieron á esa terrible ejecucion, dolorosa, pero indispensable. Poco tiempo despues se fundó el pueblo del *Azul* á sesenta leguas al Sud de Buenos Aires, bajo la advocacion de San Serapio mártir; segun nos informamos, por alusion á los padecimientos porque tuvieron que pasar sus primeros pobladores—el nombre de *Azul*, lo debe al calor aparente de las ondas del arroyo que pasa á su inmediacion.

Ya que la narracion de las *aventuras*, nos hizo fijar la vista intelectual en las tribus aborígenes de la América, no hemos de dejar pasar la ocasion, sin tratar un poco el asunto. Hemos dicho que la destruccion de los *chehuelchos* fué impuesta por la necesidad y nada es mas cierto que eso. Es preciso remontar á la época y considerar á qué exeso de insolencia se conducian, en sus depredaciones y violencias. Siempre en pié de guerra. Siempre asechando el momento oportuno de llevar la desolacion y el esterminio, por do quier sus hordas se lanzaban—eran hechos conocidos, reproducidos hoy mismo en sus invasiones casi periódicas, por otras tribus de no mas recomendables costumbres que aquellos, matan á los hombres, roban las haciendas, cautivan las familias, pegan fuego á las poblaciones, como un elocuente testimonio de su ódio insano—sin embargo, lo que era una necesidad cuando los indios de armas llevar, eran ocho veces mas numerosos que hoy en dia—cuando la nacion argentina, no estando constituida aun, eran exesivamente débiles las partes convencionales de su ser político, seria injustificable que se reprodujese, con el carácter atroz que lleva en sí, la estincion de una raza con que alma-naturaleza potente y soberana, pobló las vastas soledades de la América. Un gobierno fuerte, y mas que fuerte ilustrado, no debe conducirse á actos á que la gloria de su existencia no se halle vinculada. Hágase ver á los indios el poderío de la nacion, como contraste de la debilidad de sus desunidas tribus. Hágaseles sentir los beneficios de la civilizacion, haciéndoles partícipes de ellos. Hágaseles impresionar de las consecuencias forzosas de una resistencia impotente, á entrar en las vias de órden reclamadas por la diguidad y prosperidad de todas las partes de la vida

americana. Pónganse en juego, por último, todos los medios que la razón y el buen sentido dicten, para sojuzgar á los salvajes á sus leyes. Procediendo así, es imposible, que no se arribe á un resultado satisfactorio—es imposible que ese problema no sea resuelto de una manera digna de la humanidad, digna de la civilización y de la libertad, digna del auge impreso á la nación argentina por los varones fuertes, á quienes la providencia de los pueblos encargó de sus destinos!

Obtenido ese resultado, para lo cual, insistimos, no deben omitirse sacrificios en aras de la humanidad á que debe rendir culto homenaje un gran pueblo en la infancia de su existencia política—obtenido ese resultado,—entre la estimación de los *chehuelchos* y la sujeción á las leyes impuestas por la razón, de las tribus *chilenas, pampas, ranqueles*, y otras, diseminadas por el gran *Chaco*, estaba marcada la marcha del progreso de 1832 á 1864,—alzado un espléndido monumento á la magestad de la idea y conquistado el timbre mas glorioso con que se pudieran orlar los blasones del escudo de armas de la revolución!

Los indios tienen derechos naturales que no se pueden desconocer. Es noble proceder, reconocer al débil sus derechos y reclamar del fuerte, con frente erguida, la sumisión á la soberanía de los nuestros. Dicen que la índole indígena es indomable—no es tan negro el diablo, como lo pintan—los hay sumisos y contraidos á tareas rurales y el arte mismo, no les es desconocido. En la expedición al desierto de 1856 á 57 á que concurrimos de aficionados, observamos entre las tolderías de *Calfucurá* una, que tenía en su interior todos los útiles del laboratorio de un platero y sabido es, que mil objetos industriales, son confeccionados por ellos y sus mujeres. Para concluir sobre este asunto, diremos: Que si se nos presentase la ocasión de volver entre las tribus indígenas, como misioneros de paz, tendríamos gusto en aprovecharla y nada en este mundo de Dios, nos forzaria, á ingresar en las filas de una expedición terminadora.

Todos los grandes hombres, verdaderamente dignos de renombre, aspiraron á merecer el juicio favorable de la posteridad.

dad y no escalaron el templo de la inmortalidad sino con esa idea, y solo la corriente de los sucesos á que no hay dique que resista, los arrastró despues á figurar en escenas donde su gloria se eclipsó. Entre nosotros mismos lo hemos presenciado; ciudadanos muy notables se vieron envueltos por los acontecimientos, conducidos á situaciones de muy dudoso carácter; entre ellos, el Brigadier General D. Manuel Oribe; los contemporáneos cargaron á él y á los que en su caso se encontraron, con los destrozos de la invasion—es un error, que la posteridad se encargará de demostrar—él fué arrollado como todos, y cual valiente atleta, presentó su frente al peligro para remediar en lo posible los males que á la patria aquejaban.

Pero, nos desviamos de nuestro pensamiento, aunque felicitándonos de haber escrito lo que antecede, que es, un sincero homenaje de admiracion al hombre público que en su vida, no omitió sacrificio por conquistar el aprecio de los buenos ciudadanos y volvió mártir de sus convicciones. Volvemos á nuestro tema.

Nos transportamos otra vez al teatro de las *aventuras*. Ahora, hablamos de frente á los regeneradores que allí se esfuerzan por levantar el templo de la *Concordia*; es preciso que á ese recinto augusto, concurren los representantes de las tribus aborígenes. Si eso no sucede asi, por error, por desaliento, por convicciones de otro género que las que conducen nuestra pluma, hé aquí lo que sucederá al través de los tiempos:

La posteridad investigará los arcanos del pasado y preguntará: “Donde está la raza de hombres con que la soberanía de “la creacion pobló la América?” La historia contestará: “Fueron esterminados. Por quién? Primero, por el despotismo y el “fanatismo: despues, por la libertad que marchó sobre sus huellas. Ah! la libertad marchó sobre las huellas del despotismo? “La libertad se encargó de concluir la obra sacrílega de esterminacion, empeza la por el despotismo y el fanatismo? Miente “la historia! La libertad no pudo ser á tal punto inconsecuente, con el principio que la proclamó y rodeó de esplendores “sus estandartes! Tal catástrofe humana, no pudo ser la obra

“de la libertad, sino de hipócritas que se adornaron con sus blasones—miente la historia! ó los hombres han mentido á la historia, lo mismo que renegaron del principio salvador de humanidad, que el principio de la libertad encierra en sí!

“La posteridad lanza su anatema y condena al opróbio la memoria de esos hombres! Búsquese un vástago de esa raza estinta—edúquesele—colóquesele en el sólio con todos los atributos de los Incas! Alcese un monumento á los manes de esa raza esterminada cobardemente por los que se proclamaron regeneradores, en el momento que procedieron con el mas sacrílego desconocimiento de los derechos de la humanidad, á destruir en gérmen la regeneracion americana! Interróguese á los sepúlcros, sobre cuáles son los que pertenecen á todos los que tomaron parte en esos horribles atentados contra naturaleza—remuévanse esas cenizas y arrójense al pampero para que las disperse! Quémese en las playas públicas por la mano del ejecutor de las sentencias legales, todo documento que dé indicio de la existencia transitoria de tales hombres, por la escena pública! máchese su memoria en todos los actos públicos! cóse! vótese á la execracion á todo el que ostente un nombre que de alguna manera haya figurado en aquel execrable crimen!”

Se dirá quizás que estas son alucinaciones—fantasmagorias del narrador? Todos los cargos hechos al antiguo régimen por la revolucion francesa, puestos en balanza, no equilibrarian su peso. Por lo demás, nosotros, si somos muy débiles para tratar de transmitir nuestras convicciones sobre un asunto que reputamos de la mas seria responsabilidad, no lo somos tanto, que temamos alzar nuestra voz, bien alto, para estigmatizar todo pensamiento que proclame la estincion de los indígenas, por hechos, ó palabras.

Cuando nuestros amigos Irene y Santos Paez se vieron libres de la persecucion que tan cara habia costado á los perseguidores, volvieron á seguir su derrotero hácia el *pago de la Magdalena*, Irene menos feliz que su amigo, no pudo *sacarle el cuerpo* á la lanza del tercero de sus antagonistas y fué levemente

herido en un costado, pero eso no le impidió en lo mas mínimo regocijarse de la empresa, en que solo, él, con un amigo, habia hecho lo que la autoridad local no pudo hacer como generalmente sucede. La yeguada, precisamente rumbo para sus querencias, quizás, yendo á enjugar las lágrimas de alguna pobre familia, que ya la contaba por perdida. La noticia del suceso luego se esparció. Esas cosas no pasan desapercibidas en la campaña—no faltarian talvez algunos *bomberos* que de lejos presenciaban la escena de la persecucion y sus resultados. Luego, Santos Paez separándose de su amigo para regresar á su hogar, contó por los ranchos el suceso, atribuyendo á aquel, todo el mérito de la empresa, que como sucede siempre, adquiria proporciones fabulosas, á proporcion que su relacion pasaba de boca en boca y tanto, que tres dias despues del suceso, era del dominio público en la campaña del Sud, que Irene, el gaucho matrero, solo, habia batido á la india la *chehuelche*, matándoles muchos hombres y quitándoles un inmenso *arreo* que llevaba; hecho que borraba muchas culpas á la vez, y que robustecia el crédito del gaucho—pero lo que servia para arrancar los aplausos de la opinion, producia un efecto contrario entre los funcionarios encargados de velar por los intereses de la cosa pública y la innoble y la infausta pasion de los celos de ese género, agravaban los cargos que al héroe perseguian. Ya veremos mas tarde, que ese timbre que le realizaba en la opinion popular, de nada le hubiera servido, sin la intervencion de un protector que miraba la cosa bajo un punto de vista muy distinto, de aquel bajo el cual se presentaba á la susceptible personalidad de la autoridad civil. No imaginamos—narramos—compilamos las tradiciones.

Ya fueron descriptas por plumas maestras, con fuego y vivacidad, las escenas de familia, idénticas á la que se representaba en casa de Irene, al regreso de este y curacion inteligente de su herida; por eso, no fatigaremos la atencion del lector con su detalle, que seria pálido, comparado con el brillante colorido, con que pinceles soberanos ya lo hicieron y luego, á qué fin, cuál es aquel de nuestros lectores que no sepa algo de eso como actor

—que no sepa algo de eso, por la revelacion del númen poético de las descripciones?

Ya las efusiones espontáneas que rompieron la monotonia de la vida campestre en la hacienda, dicha de Campoamor, cedian á pensamientos mas reflexivos y la señora oia, en la actitud de un pensamiento personificado, todo un poema de aventuras, recitado por el lábio querido del hijo, no en metro heróico, pero sí en prosa poética de inimitable transcripcion.

Si amor es Dios, es razon muy buena, que un Dios sea elo- cuente. Aqui parodiamos á Cervantes, el cantor del *Manchego*, para hacer gala de erudicion. Chocará talvez, al ilustrado lector, que de la poesia háyamos hecho prosa—la observacion es justa y encargamos al númen de Cervantes, de arreglarlo al gusto del observador.

Es un solemne majadero, todo aquel que pretende Vivir en este mundo sin ser duende.

Nada mas cierto—quién dijo eso? lo ignoramos, pero debió ser alguno de esos infatigables y perseverantes exploradores de todas las vias que conducen al corazon humano. Si, es cierto eso,—nosotros le tenemos ese duende—en este momento, se ajita y se desvive—piensa y recapacita y estravia nuestro juicio, por imprimir al disparar de nuestra pluma, el mérito de la originalidad. No queremos rutina—no queremos reglas—no queremos sujecion al arte que ignoramos. Queremos una produccion mista—única en su especie, débilmente ahilada en sus partes, por la lójica. Una produccion en fin, que haga decir: *Nuevo mundo, nuevo género.* Esto dicho, atribúyense al *duende*, todos los procedimientos.

La parte mas luminosa del poema recitado por Irene—la que á su Clara y al amor se referia, fué analizada y discutida con conciencia libre de las trabas que la constitucion refinada del cuerpo so.....

—Traémela, dijo por fin la madre. Pobrecita! donde está el mal? El señor es el protector de los desamparados y él, nos ha elejido á nosotros para ejecutar, ese su santo designio. Traé-nosla—la huérfana que una familia ampara y prohija, trae la

felicidad al seno de esa familia--si no fuese así, hágase la voluntad del Señor, que no deja nunca una buena acción sin recompensa.

--Si, traémosla Irene, dijeron las hermanas, tú verás como la vamos á querer y no hay mucha gracia en eso, cuando ella es tan buena, por lo que tú nos has contado. Yo quisiera que ya estuviese aquí, añadió Maria, con eso me ayuda á hacerla rabiar á madre, y así me desquito yo de todas sus majaderias.

Esto decia la niña *bella y buena*, peinando á su madre, y al mismo tiempo que acariciaba su frente, con sus rosados y frescos lábios.

Irene contaba con todas esas demostraciones de interés, manifestadas á la intencion de su Clara; pero el corazon humano no se sacia jamás de los écos que interpretan plácidamente sus sensaciones y era lisonjeado por ellas, mas aun que lo hubiera sido, por todas las armonias de un coro celestial. Cuando el amor se inocula en el ser racional, todo cuanto con él se relaciona, segun sus tendencias, es á su vista, *sagrado, profano, voluptuoso ó abominable*.

Algunas horas solamente dedicó Irene á su familia, pues ella misma y en especialidad su madre, le hicieron montar á caballo para ir á buscar á Clara.

--Cuanto mas pronto vayas, mas pronto estarás de vuelta y la niña--quien sabe, puede estar cuidadosa; es preciso evitar todo lo que pueda contrariarla ó entristecerla. El pobre ángel! bastante ha sufrido ya.

Como Irene no deseaba otra cosa que lo que de él exigia la familia, pronto se halló en camino, marchando con mas celeridad de la que acostumbraba usar, en su vida errante. No hay como las heridas causadas por las flechas del hijo de la esposa de *Vulcano*, el Dios del yunque y el martillo, para hacer al hombre inconsecuente con sus costumbres. El amor! son tan poderosos sus efectos, que os hemos de contar un cuento, para daros de ello, una lijera idea--os sonreis juventud? No aspiráramos á nada menos. Oid el cuento, que es peregrino.

Diz que el sábio Salomon, poseia la ciencia infusa--pues, ya

sabeis—el conocimiento que Dios dá á sus elejidos, sobre materias ignoradas del resto de los séres. Salomon entre las especialidades de su ciencia, contaba con la muy singular, de conocer y aun hablar, el lenguaje de las aves. Un dia, pues, que se paseaba á inmediaciones de su templo—ya sabeis—el templo de Salomon—se puso á reir inmoderadamente—una risa inestinguible era aquella, pero al fin, pudo felizmente dominarla, porque á no haber sido asi, ya comprendeis,—la risa ahogaba al sábio;—desde aquel entonces, cuentan que los sábios no quisieron ya permitirse esos arranques pèligrosos, tan contrarios á la majestad de su sabiduría—*risum*....!

Pero no interrumpamos—prosigamos el cuento sobre el sábio Salomon—habrá majaderia semejante! Muy bien dicho—proseguimos: Luego que Salomon hubo dominado su risa, que muy bien pudo, sino ahogarlo, haberlo hecho pasar por un insensato,—luego que hubo dominado su risa, repetimos, un su amigo que á su lado estaba, le preguntó de qué se reia.

--Pues no me he de reir, hombre—habla Salomon—si el caso no es para menos—aqui Salomon se apretó los hijares, para contener la risa próxima á reventar otra vez, y luego continuó:

--Veis aquellos dos chingolitos--supongamos que eran *chingolitos*, que tanto dá. Veis aquellos dos chingolitos que sobre la bóveda del templo, en coloquio amoroso están? Pues hace un momento que á la hembra, el machito gorgeando amores la decia: *Si me prometes ser mi amante y en tu amor, firme y constante, el templo pulverizo en un instante.*

Qué decis del cuento? No era prodigiosa la fatuidad que el amor inspiraba al chingolito? y creedlo, si la preciosa hembra lo hubiera exigido como arras de su amor, el mísero chingolito se pone á la faena--hubiera sucumbido en la empresa probablemente, sino viene en su auxilio su amorosa; porque el amor verdadero, lleva la abnegacion hasta la muerte--ya os daremos la prueba de ello, si por ventura no teneis suficiente, con tantas pruebas como los antiguos romancistas nos transmitieron, en las relaciones de los amartelados caballeros, héroes de sus romances. Las hermosas de aquellos tiempos sabian apreciarse,

é imponian duras condiciones á los pretendientes, al goce esclusivo de sus encantos. Una exigia como prueba de rendimiento digno de premio, que su caballero no hablase, hasta que su voluntad soberana, no anulase la prohibicion, y el caballero enmudecia y los años corrian, y el caballero aprendia á comunicarse por señas con la perfeccion de un *sordo-mudo*, y la condena subsistia. Otra exigia, que su caballero no gozase de la luz del dia, ni del ténue crepúsculo de la noche, y el caballero se hacia poner una venda de bruñido acero, para que la luz del sol no transparentase sus párpados. Otra... seria largo de contar. Bastará que os diga, que caballero y español hubo, que tuvo que sufrir un *¡mentis!* sin matar al insolente y sin morir sobre el golpe, porque su dama le habia prohibido, aceptar querrela alguna, hasta que ella le hubiese concedido el anhelado premio de su sumision.

Qué os parece lectores y lectoras, del heroismo del amor aquel? Pues no creais que es cuento, que asi pasó, con supresiones apenas dignas de mencion. Hoy las hermosas damas, no son, ni con mucho, tan exigentes. Por qué habrán variado de sistema? Benditas ellas sean! pues todo bien considerado, á duras pruebas someterian, á la voltaria juventud americana.

Pero dejemos esas cuestiones--hoy en dia hay quien las trate con mas derecho que el nuestro y luego, con mas entusiasmo... lo que es este, no nos falta. No importa, viejo calavera, dirija vd. la pluma hácia el objeto. Obedecemos--estamos al servicio de la juventud.

Tendemos la vista y divisamos: héle allá que vá, braceando las praderas, un arrogante alazan, crin flotante y airoso ademan: caballero en él, vá nuestro héroe, engolfado en el laberinto erótico de sus pensamientos. Construia un templo y dentro de él, brillante tabernáculo para colocar á su Clara y rendirle, incesante culto homenaje de adoracion. . . .

• Quel esprit ne but la campagne?

Qué ne fait des chateaux en Espagne?

Phicrocole, Pirrus, la laitière, en fin tous,

Autant les sages que les foux.

No recordamos cual escritor aventajado escribió: que era *propiedad* del génio, toda idea luminosa--toda frase espiritual, razonable y exacta,--toda emanacion del buen sentido--y que como tal *propiedad suya*, podia tomarla donde quiera que la encontrase. A nosotros que tal leímos, nos impresionó vivamente, la exactitud del raciocinio que con este motivo, el escritor desenvolvía, y dijimos á nuestra conciencia: hé aquí que se nos ha señalado un medio cómodo de revestirnos con los atributos del génio, garantidos por la autoridad del génio. Como ya debeis suponerlo, adoptamos el procedimiento--citando alguna vez y pasando al largo con disimulado silencio las mas veces.

Esto que aquí decimos, lo encontrareis talvez, algo fuera de lugar, pero qué le hace eso--eso se llama ser consecuente, pues no pocas veces, habeis debido hacer la misma observacion en el curso de la narracion, y os vamos á dar la explicacion que nos parece la mas propia, sino para haceros maravillas de nuestra lójica, al menos, procurando haceros conformar con ella.

Vivimos aislados en la sociedad y queriendo entablar relaciones con la ilustrada juventud que bulle en ella--pues, con vosotros--tomamos la pluma y empezamos llamando vuestra atencion con un dístico arrancado al teatro de Voltaire. Luego hicimos nuestra *entrada en escena* del modo que nos pareció mas propio para despertar la curiosidad--luego empezamos contando las *aventuras* que forman el núcleo de nuestro sistema de comunicacion con vosotros. Ahora bien, como no se puede contar siempre en las relaciones de la vida familiar, ni de la vida social--como hay mil incidentes que distraen la atencion dirigiéndola, ya hácia la eclíptica, ya hácia las regiones polares--unas veces á las graves cuestiones de alto interés social y otras al nido de la gallina clueca que sacando pollitos está. Unas veces. . . mas á qué proseguir una cosa tan sabida; de que á mas, vamos dando un modelo en las *aventuras*. Como, no se puede contar siempre, porque eso seria insoportable por mas interés que la narracion ofreciese; queriendo imitar en lo posible las iteraciones á que están sujetas las conversaciones, por emer-

gencias mas ó menos sérias de la vida, las suspendemos con, ó sin oportunidad: pero como queremos conservar siempre cierta hilacion entre las interrupciones y las *aventuras*, entre nuestro pensamiento y el vuestro, ocurrimos á la lójica y á vosotros os toca decir, si hemos sido felices ó menguados en su aplicacion.

Es la lójica la que nos trajo al terreno en que vamos caminando. Terminamos los pensares prismáticos de Irene con la moralidad de la fábula de Lafontaine, aplicada con mucha oportunidad por el privilegio del génio de que hicimos mencion en seguida. Luego os probamos que era *consecuencia* de procedimiento lo que *quizás* vosotros encontrabais fuera de lugar. Luego, os manifestamos que nuestro principal objeto al escribir esto y todo lo que ya vá escrito, es palabrear con vosotros. Felices! si en ése palabreo, alguna vez os hacemos sonreír. Estais satisfechos? Sí? Nos felicitamos de ello. No? Haced la reflexion, que las inspiraciones de seis decadas, no pueden ostentar la brillantez y armonia de las inspiraciones de cinco lustros. Dejamos pasar la época arrastrando un enorme sable que para nada nos sirvió, á no ser, para hacernos olvidar de que americanos éramos. Algo nos sonrió la fortuna en aquel entonces, pero no tardó en variar la ingrata inconsecuente y pudimos esclamar con Espronceda:

Del bien perdido, al cabo qué nos queda?

Solo pena, dolor y pesadumbre;

Pensar que en él, fortuna ha de estar queda,

Antes dejára el sol de darnos lumbre!

Variemos de tema. Al númen de los vates corresponde analizar y juzgar los versos del autor del *Diablo mundo*—nosotros, á pesar de la aplicacion que de ellos hemos hecho, porque á la mente nos ocurrieron, los apreciamos débilmente.

Ahora lectores, volvemos á las aventuras y no habeis perdido nada por haberlas suspendido, pues mientras conversábamos de otras cosas, sino de un interés palpitante, al menos del interés que en la variedad reside, Irene marchaba á su objeto, sin incidentes dignos de mencion, y ahora vamos á encontrarle en agradable situacion.

Como contraste, nada mas notable que la animacion que se observaba en la hacienda de las *islas del tordillo*, dó moraba la familia de Campoamor; pues largo tiempo hacia que escenas semejantes, no se reproducian alli. Cuál era la causa qué tal mudanza habia efectuado? Una de las que mas atractivo imprimen á las situaciones. Un individuo mas, entraba á sentarse en su hogar, reuniendo en sí, las condiciones prestigiosas de juventud, gracia y de belleza—de bondad y de horfandad. Esto es decir, que Clara, la hermosa huérfana estaba alli.

Si, alli estaba la interesante soberana del corazon del Centauro de la América meridional. La noche antes una cabalgata se habia detenido al pié del ombú que daba sombra al palenque, que al exterior del sanjeado estaba. A las amenazadoras demostraciones de los perros de la hacienda, un cuasi imperceptible silvido bastó para transformar en arranques de locuaz contento.

Santos Paez, Petrona su mujer y Bruno el campeador formaban escolta á la feliz pareja, y la alegria estalló. La huérfana de las praderas fué recibida en el seno de una familia admirablemente prevenida y dispuesta á prodigarle todos los cariños que pudieran hacer olvidar su horfandad.

Desde luego comprendió ella toda la estension del cambio que se habia efectuado en su vida y cual naturaleza privilegiada que ella era, se dispuso á gozar, conquistando el derecho por la práctica de todas las virtudes. Su madre—la madre de su Irene, la recibió en sus brazos—la sentó en su regazo—prestó atencion celosa á sus confidencias, y . . . fuerza es decirlo, con un corazon—corazon de madre, dispuesto de antemano, á la absolucion de todo pecadillo, á que las pérfidas insinuaciones de Irene la hubiesen conducido. Corazon de madre, alma-naturaleza, nada es mas sublime que eso, hasta en sus aparentes imperfecciones; ó mejor dicho, hasta en la aparente imperfeccion de su providencia que siempre resplandece por la justicia ó la misericordia. Da. Maria de Campoamor, aprobó y bendijo los procederes de su hija adoptiva, porque asegurando la felicidad de su hijo, en nada inferian agravio á la moral, de que es

un elocuente testimonio, la conclusion espiritual que sigue: Oida la confesion, levantó su vista hácia el altar que sobre la mesa estaba y dijo con uncion:

—Aquel lo vé todo, hija mia, y su santísima madre tambien y si has podido cometer alguna falta, él te perdonará y volverá á tu alma la pureza de su inocencia—implora su proteccion y hazte digna de merecerla obedeciendo á las inspiraciones del bien y resistiendo á las tentaciones del mal. Bajo esos auspicios, jamás tu conciencia te impedirá gozar de los beneficios de la vida y goza hija mia, pues tus alegrías se han de reflejar en el corazon de tu madre.

Esto dicho, la besó en la frente, repitiéndole: *yo soy tu madre.*

Todo era en la hacienda, movimiento y animacion, y alegría y preparativos para celebrar la bienvenida de los amigos. Aquello era un torbellino, un vá y ven que daba vértigo— algo parecido á lo que en mayor escala imaginó Cervantes para las *bodas de camacho*, en que debia figurar por accidente, *el nunca bien ponderado caballero de la triste figura.*

El horno, pequeño volcan artificial—permítasenos la comparacion; algo mas atrevidas que esas, eran las que el númen del cantor de la Iliada se permitia. El horno, pequeño volcan artificial, que parecia estinguído desde que la hora de las tribulaciones habia sonado para la familia, con la persecucion sistemada hecha al primogénito, de cuyo cráter no siempre sale lava y vapores asfixiantes, sino perfumes exitantes, acariciadores del órgano exigente de los gastrónomos, daba señales inequívocas de su existencia activa, arrojando torbellinos de llama envuelta en humo que se lanzaba al espacio á buscar el elemento de su composicion, en densas espirales que rarificándose, escapaban á la investigacion del naturalista observador. Bajo el secular ombú de colgantes brazos, en cuya cúspide el niño Claudio de vigilia estaba, se balanceaba colgada por las trace-ras patas, abierta y estaqueada, una ternera con cuero, escojida por Irene entre las mas gordas del rodeo de las tamberas. Algunas mujeres de ademan desembarazado, brazos desnudos,

bronceados por el sol de América y el soplo del pampero, que mas parecian brazos de atletas que de mujeres, desplumaban diestramente patos y gallinas, que muriendo, evitaron el diente de los zorros ó las garras y pico agudo, corbo y fuerte de las aves de rapiña. Luego despues de limpias, eran colgadas bajo la ramada, formando apéndice á dos capones de *grasa* y *pella* que alli oscilaban, á impulso de las auras, reemplazantes del movimiento contínuo de la vida.

En la cocina, de interior ennegrecido por el humo condensado, llamado olin, se sentia el ruido asaz mohino del mortero en que dos ágiles negras, de motosa cabellera, cútis de ébano, gruesos y rogizos lábios y esmaltada dentadura, trituraban el maiz para la sabrosa y alimenticia mazamorra, que debia servirse á los postres, sazónada con azúcar, leche y su puntita de canela, refinamientos americanos, agregados á aquella costumbre de origen africano.

Allá en otro cuarto de la poblacion, sobre una larga y ancha mesa circuida por las señoras, se veian enormes pasteles ribeteados y flordelizados con recortes de harina candial—tortas de la misma, que una de ellas, habria podido figurar, como emblema de abundancia y otras gollerias, cubierto el todo por albos lienzos, esperando el momento oportuno en que debian pasar por el último procedimiento de su confección.

En los patios que son para los bípedos emplumados, del género masculino, que se distinguen por la cisnera del casco, dentada escorrecencia coralina, llamados *gallos*, lo que los haréms para los sultanes y otros prohijados por Vénus afrodita, con arrogante catadura y órgano estridente cantaban aquellos á competencia, sin darse jamás por *convencidos*, como hauló de hacer los payadores que aspiren á nombradía; en tanto que una docena de perros—quizás mas, de cruzadas razas, con cola algunos y otros, dichos rabones, *por la razon de la sinrazon*, sobre-exitados por el contento general, se gozaban en él á su manera; ladrando de alegria, retozando, haciendo cabriolas y gambetas, revolcándose agrupados, asustando á las gallinas y levantando no poca polvadera. Hasta el gato, habitualmente

tan pacífico, con sus humos de hermitaño encubriendo sus malas mañas, parecía declinar de su gravedad, con la cola enarbolada, lanzando maullidos terciopelados y rozando por todas partes su sedosa piel, que suele aplicarse á veces para servir de talego y tambien, como suplemento, de botas, dichas de gato.

En tanto que todo esto se veía y se sentía. En tanto que las mujeres en la faena, charlando y cantando andaban, y Clara y Maria abrazadas por la cintura, en nada se mezclaban, por dar gusto á una indicacion de la amorosa madre; los hombres á la sombra del ombú mateaban, sirviendo el niño Pedro de amanuense al mate, y mateando, contábanse sus caravanas—sus trabajos en las yerras y capadas—sus carreras y jugadas—sus pérdidas y encarchadas. Alternaban, disertando sobre caballos y manadas entabladas—rodeos y hacienda alzada—majadas y volteadas y trasquiladas, y no pocas baladronadas. La palabra pasaba de boca en boca con inflexiones diversas y enérgicas interjecciones—la pantomima la acompañaba y la revestia de espresion absoluta y por intérvalos, una tirada de Bruno, arrancaba estrepitosa carcajada. Por momentos, los flamencos, cual el compás de Arquímedes buscando la cuadratura del círculo, diseñaban en la tierra las marcas de diversas propiedades, ó bien la marca de un flete cualquiera, digno de su atencion. Asi entretenidos en pláticas del género gauchi-americano, esperaban nuestros amigos la palabra de órden, que la hora del medio dia marcada por el sol, anunciaba próxima á dejarse oír. Por fin....

Cuando ya todo estuvo *listo* y la grande mesa tendida con manteles, sirviéndole de corola algunos platos, sin orilla algunos y fuentes tales de cosido, que habrian alegrado á los Titanes—y algunos frascos de lo bueno, aunque algo vinagrillo y el albo pan casero, con ausencia total de los cubiertos. Cuando todo estuvo *listo* decimos—una indicacion de la señora hizo esclamar á Bruno:

¡Atencion! pido señores,
Para poderme espresar;

La comida! y los amores
A Bruno lo hacen pensar.

Ninguna cosa mejor, se nos podia anunciar, contestó Irene. Vamos señores, los pesares á la espalda—olvido completo del tiempo que fué—francachela y á destajo y á mover las carretillas con donaire. Al aire los flamencos! cuyos resplandores tantas veces hicieron enmudecer á la insolencia y volcar la anca á mas de cuatro servidores de la cosa pública. Hoy, el servicio de los tales, silenciosos y obedientes instrumentos del corazon del gaucho americano, que si supo su independecia conquistar, mejor sabe hacerla respetar, vá á ser mas pacífico y sobre todo permitido. *Las justicias*, hasta hoy, nada han tenido que decir contra esa inocente ocupacion, á que ellas se entregan, siempre que el caso lo pida. En esta parte, la equidad de *las justioias* es ejemplar. . . . como el evangélio.

Terminada esta peroracion de Irene, que en todo mezclaba á *las justicias*, porque le tenian con *sangre en el ojo*—Y preciso es convenir, en que *las justicias* de aquellos tiempos de revueltas, debian distinguirse muy frecuéntemente por procedimientos reprobados por la justicia, como mal inherente á las conflagraciones por que pasaban las nacientes repúblicas; porque aun hoy en dia, en que las cosas van tomando un carácter mas conforme con el respeto debido á la personalidad humana, considerada bajo el punto de vista mas noble, de su esencia moral, se vé algo de eso y nos permitimos indicarlo al paso, como un testimonio de que no pasa desapercibido á la vista intelectual del pueblo. Si, del pueblo, que á veces—no siempre— castiga como Dios, sin palo ni piedra, los agravios inferidos á la soberania de sus derechos, en la ofensa hecha á sus individuos.

Decíamos que terminada la peroracion joco-séria de Irene, todos los habitantes de la hacienda, incluso los perros y el gato sibarita, entraron en ejercicio mandibular, funcionando alli la materia, de manera que habria hecho honor al mismo Sancho Panza, de quien cuenta Cervantes, que tenia una propension muy pronunciada hácia ese ejercicio, que con no poco salero le afeaba D. Quijote, pues el manchego, era mas apegado

á los éstasis contemplativos, lo que desde luego se podia afirmar, en presencia de su escualida y angulosa catadura. Ingenioso y travieso por demás, era el génio de Cervantes; pero adonde hubiera sido apreciada su concepcion romancesca, considerada por el lado de la *chuscada*, es entre nuestros gauchos americanos si supieran leer, ó lo que es lo mismo, si los gobiernos hubiesen procurado enseñarlos á leer, con tanto ahinco como procuraron enseñarlos á evolucionar con *figuras de contradanza*, como decia el General D. Facundo Quiroga que lo habia batido en la tablada de Córdoba, el General D. José Maria Paz.

Si señor, los gauchos americanos hubieran reido grandemente de las hazañas del famoso hidalgo D. Quijote de la Mancha y no poco de las camándulas de su escudero Sancho Panza y se nos ocurre, que no se necesitaba mas que el tal libro, para estimular á los embriones de gaucho á olvidar momentáneamente sus boleadoras de tabas y deletrear su abecedario, con tal—y en esto reside el punto de la dificultad—que se les diera por maestros á hombres de conciencia, prévio exámen; pues hemos observado á uno de esos pretendidos maestros de primeras letras, en un pueblo de la campaña de Buenos Aires—nombramos á ese pueblo, para que sus laboriosos habitantes, presten su irrefragable testimonio á la aseveracion de nuestras palabras. Hemos observado á uno de esos pretendidos maestros en el pueblo del Azul, que se servia de sus discípulos para labrar y cultivar una huerta bastante espaciosa que tenia, y los muchachos, que con tal de no estar sentados en los bancos y tener contento al maestro, se hubieran prestado á toda otra exigencia, aun mas pesada, guardaban silencio sobre el caso á sus familias y aprendian el oficio, ilustrado por Cincinato y Malesherbe, pero sin esperanza de llegar como ellos, á ilustrar el pais por la probidad y el honor con que resplandecieron sus virtudes.

En la educacion del pueblo, reside el paladion de las libertades públicas y no en otra cosa alguna; por mas que la figura de que usamos, sirva tambien para revestir causas y efectos,

que harian morir de risa al socarron de Sancho Panza. El dia que no haya un solo individuo del pueblo que no sepa leer... ah! bah! preguntad á M. de Voltaire—él ya murió, pero dejó su palabra escrita.

Por qué Voltaire y no Rousseau? Por qué Rousseau y no la razon? Preguntad á la razon; esa no ha muerto, puesto que vive en vosotros, americanos, y la prueba que de ello teneis, es que aplaudis á esta conclusion de nuestra miscelánea. Nosotros sabemos de un escritor nuestro, que contrajo alguna vez á tratar esta importante materia, su bien cortada pluma —buscad la encarnacion de nuestra alusion en las altas regiones del órden social, en alguna de las subdivisiones de la república argentina y la encontrareis—que si llegase á leer esté nuestro *aparte*, sobre la educacion del paisanaje—esclamará, sin trepidar: *hé aqui, lo único bueno, que en su narracion ha escrito el narrador.*

No Sarmiento—lo hemos nombrado, por indiscrecion de nuestra pluma, pero no hay crimen en ello. No, permitidnos que no séamos de vuestra opinion, pues tenemos la mas alta idea, del fin que se propone, el escritor que á vos os nombró. Quereis que os diga lo que se obtiene con que el pueblo sepa leer? Tener un pueblo ilustrado, me direis. Si, pero la consecuencia? Decid, Sarmiento; la consecuencia? Pardiez! Vedia, la consecuencia será, el derrumbe de los frágiles muros del localismo, minados por el punto de menor resistencia. Viva el sanjuanino! que las auras le sean propicias!

El localismo! el espíritu local! Mientras esta imbécil frase, se pronuncie entre los americanos, podrá servir de símbolo de su ignorancia y del corto alcance de sus facultades intelectuales.

Dejamos á nuestros amigos en agradable situacion y en la misma los encontramos á nuestro pesar, pues no nos gusta presenciar esas escenas como mero espectador, como se entiende, estar ahí, contemplando una mesa cargada de humeantes pasteles confeccionados por las manos de nuestras paisanas americanas que son primorosas para el caso—no leer esto al-

guna de ellas, para que lisonjeada, nos envíe en retribucion, el obsequio de un pastel! Estar contemplando aquello, repetimos, y no poder gozar de la pichincha; pues no seria nada el martirio! Ya lo veis, el paganismo lo imaginó como inventado por los Dioses, para el castigo de un sacrilegio.

Mas, qué remedio! fuerza es que contemplemos la reunion. Excepto Irene que dejaba deslizar su palabra incisiva y nerviosa, salpicada de tal ó cual pulla espiritual: respetuosa ó cariñosa, cuando á su madre, ó á Clara ó sus hermanos era dirigida; mordaz cuando eran los policianos, blanco de ellas—sátirica cuando á sus amigos aludia, todos guardaron silencio, hasta el momento que no se hizo esperar, en que los vapores del *tintillo* hubieron sobre-exitado á Santos Paez y Bruno el campeador.

Entonces Bruno levantando el vaso *dijo echando un taco, voto al Dios Baco!* Pues me gusta la idea! Sabe en lo que estaba pensando, señora? en ir todos de rondon, á presentarnos al gefe de las milicias—contarle todito lo que ha pasado, entre el amigo Irene y las policias—contarle la trenzada con los *che-huelchos* de los otros dias—por Cristo! no me quisiera acordar—cuando me pongo á considerar, que el triste Bruno no se halló en la danza, no sé como no me doy. . . . contra un colchon y me hago ovillo! Qué le parece señora, de aquella letra.

Sabe que dice bien Bruno, contestó la señora, las *mentas* que hacen los gauchos de él, me hacen pensar que debe ser un hombre bueno y quién sabe no nos tomára en consideracion; pero Irene no podia irse á meter en la trampa él mismo, era eso un arriesgon, como irse á poner en las astas de un toro bravo.

Y como á ese tambien, se le podia sacar el cuerpo, dijo Santos Paez. No lo creo al hombre, capaz de una tal traicion, pues no está en sus intereses, el proceder de esa manera, y á mas yo sé que le gustan los gauchos atrevidos y desprecia á los collo nes y de mi sé decir, que estoy conforme con él. Nada se pierde con hacer la prueba—esto es decir que encuentro de mi gusto lo que el *carlon* le hizo decir al amigo Bruno, y vaya un taco á su salud, y montemos á caballo y vámonos derechito á

la comandancia, y si nos quieren hacer alguna jugarreta, les haremos sangrar la jeta.

Aquí intervino Petrona, diciéndole á su marido:

—Vaya, calláte, gaucho viejo baladron—ya te vas poniendo pesado y mas cuenta te tenia irte á ganar la cama, antes que sea preciso llevarte codo con codo. No les haga caso, señora, estos dos cuando se achispan, todito el campo se les hace orégano y una mujer sola basta para hacerlos errar la puerta. Pues vaya un empeño, ir ahora á ver al coronel. Sosegáte, si no quieres que te ande con el bulto.

Todos se echaron á reir con el enojo ficticio de Petrona y las empinadas de vaso se siguieron.

—Vaya para el estribo, dijo por último Bruno. Hasta vértete Cristo mio! y se levantó de la mesa un si es no es, viendo doble, allí donde uno solo se veía.

Escepto los niños, que quedaron á sus anchas para vijilar el campo é impedir un golpe de mano de la fuerza pública y la señora Da. Maria que tambien quedó para vijilar á los niños, á quien en esa circunstancia no concedia entera confianza—escepto esos, decíamos, todos los demás dormian la siesta á pienza tendida, las mujeres en las habitaciones; los hombres bajo la ramada en camas tendidas con las caronas, jergas y demás de las monturas, algunos momentos despues de la comida.

La siesta es una costumbre española que tuvo su origen en el principio higiénico encerrado en este refran: *La comida reposada y la cena paseada*. Al principio, el precepto solo aconsejaba no agitarse mucho despues de comer, ni echarse á dormir en seguida de haber cenado, como contrario uno y uno á reglas sanitarias, pero fué degenerando despues, esa costumbre de dormir una larga siesta despues de la comida y pasear y fandanguear lo mas posible, despues de cenar.

En el largo catálogo de refranes ó adágios españoles, se halla encerrado todo un sistema de filosofia, moral, economía, higie-ne, etc. etc. etc. . . . que se remonta á los mas remotos tiempos y que es muy digno de estudio por su admirable precision y buen sentido. Muchas obras voluminosas hemos leído que no valen

uno solo de esos refranes, á no ser en el sentido de proporcionar tarea á las imprentas y llevar la relajacion á las costumbres.

La siesta pone generalmente á los que la duermen de un humor algo tético, pero este malestar del ánimo no resiste á la menor tentativa para espulsarlo, é inmediatamente es reemplazado por el bienestar que se sigue á la cumplida satisfaccion de las necesidades naturales. Bruno era uno de esos hombres en quien los efectos inmediatos de la siesta ejercen mas pronunciada influencia y bastaba verle la cara, cuyos ojos tenian mucha analogía con los de un leon al despertar, para comprender cuán peligroso seria disgustarle en ese momento. El buen paisano se levantaba algo gruñon bajo la ramada donde la siesta habia dormido, y como sabia el remedio para dominar lo agreste de su índole en tales casas, empezó á murmurar consigo mismo:

—Vamos, Bruno, mi viejo, poné tu osamenta de punta—cuándo llegará el dia que esté blanqueando su hueseria! Dichoso Caracalá que andas por esas montañas comiendo caballos muertos. . . . no te ofendan mis palabras! Amigo Irene, levántese, pues aparcerero, mire que ya veo á las mujeres andarse arremolinando y el mate ha de entrar en danza. Santos Paez, levántate hermanito—todavía estás medio mamado? La punta, del maneador! qué tranca hermano tomástes y Bruno no digo nada—me voy á zambullir en la tina á ver si se me ván los vapores—bien aiga el vinazo!

Despues de las abluciones algo exageradas de los hombres se reunieron á las mujeres y empezó á circular el mate, dulce para los mas y para los demás *cimarron*; servido en calabacitas con guarniciones de plata y bombillas del mismo metal y la pista lejos de entibiarse se animaba mas y mas, *punteando* la guitarra Bruno, que á mas de ser campeador y muy diestro domador, era afamado en pagar y tambien en cantar por cifra, *tristes*, de rigor y ausencia y tambien *coplas* de amor.

Entre las familias, de las cuales, como Dios nos ayuda, vamos haciendo figurar una, un dia de fiesta no es completo sino

es seguido de una noche de fiesta. Al principio parece al observador, que las distancias á que se hallan entre sí las poblaciones deben dificultar las reuniones, pero estas desaparecen ante la buena voluntad que el deseo despierta, transportados rápidamente, deseo y voluntad, por esas locomotivas de quienes madama de Staël decia, que parecian pensamientos encarnados. Ya en la corriente del día, Pedro y Claudio en sus petizos, hicieron comisiones misteriosas á determinadas poblaciones, porque habia motivos serios para contar con la discrecion de sus moradores. En esas comisiones, sospechamos, viejos prácticos que somos, que habia reservas, *muy reservadas*, por cuenta de la viudita Elena y de la traviesa Maria, que chispeaba de contento con la perspectiva de un éxito completo, garantido por su juventud y su belleza. Estas son sospechas naturales, que tomaron cuerpo, en razon de ciertos cuchicheos con Clara, que á esta hacian sonreir y restregar las manos de satisfaccion, indudablemente por algun paralelo que su mente enamorada hacia. Pero ya sabemos quien sacará inducciones, comparables á revelaciones, de los tales cuchicheos, que no pocas veces nos hicieron esperar y desesperar, fluctuando entre la esperanza y las calabazas—asi son ellas—las pérdidas! juegan con el corazon de los hombres, como antes jugaron con sus muñecas, arrollándolas y cubriéndolas de caricias un momento antes de condenarlas á terribles penitencias.

A mas de aquellas comisiones de los chicos de que hablamos, que tenian por punto de partida, propósito deliberado de completar la fiesta, y por punto de mira, mostrar á las comadres la rica joya conquistada por Irene. A mas de esas comisiones, repetimos, que debian reclutar adoradores de Terp-sicor, no faltan rondadores nocturnos que salen de sus guaridas á caza de aventuras amorosas ó de otro cualquier carácter, aunque no sea mas que para tener que contar al día siguiente en las horas de solaz y al calor del hogar ó sombra del ombú. Estos tales, son de olfato largo y husmean lejos-lejos, las emanaciones que se desprenden de los focos de alegría. Cuando ya están seguros de no ser mistificados por el instinto que jamás

les engañó, usando del privilegio que acuerda el título de buena vecindad, dan direccion á su caballo y van á sujetarle á discreta distancia del punto de su atraccion. Una vez allí—prévias las fórmulas consagradas de que ya otra vez hemos hecho mencion y que nos guardamos muy bien de repetir por enfadosas que ellas son—prévias esas fórmulas, sin las cuales la etiqueta no transije, adquieren el derecho de tomar parte en la *zambra y locura que el alma procura, con ansia gozar*—derecho, de que no hay ejemplo, que decline un gaucho en los fustos del fandango al rasguitar de la guitarra—al contrario, se apresuran á ocupar su rango, al principio en las diversas actitudes del génio de la observacion, luego animándose como por un procedimiento galvánico de lento efecto, á los acentos del instrumento, de que Bruno algo achispado para completar el día, saca acordes electrizantes, gritando con voz tonante:

—Vamos, caballeros! Bruno el campeador quiere ver ese donaire—háganle lucir su habilidad! Por Cristo! se están haciendo los lindos? A ver esas piernas de teru-teru qué tal lo hacen! Yo creo—Dios me perdone y la vírgen de los desamparados! que están esperando á que las muchachas los vayan á sacar á ellos. Amigo Irene—Santos Paez, hermanito—dénmeles á esos peleles una leccion de contra . . . danza!

Luego soltó una estrepitosa carcajada, como arrancada al pecho de un cíclope, y acompañando su voz con la guitarra, rugió:

—*No te ofendan mis palabras, dichoso Caracalá!*

No ha visto lo que es bueno, el que no ha visto al homónimo de Bruno el campeador con la guitarra en la mano y achispado. Decimos *homónimo*, no por la identidad del nombre, sino como *payador*; en este sentido, se comprende que nos referimos á todos los *payadores* del cuño antiguo. Hecha esta explicacion en áras de la claridad á que rinden culto los palurdos, proseguimos.

La noche pasó, sin que nada turbase la alegría del baile—el nombre solo de Irene, bastaba para tener á raya á los pen-

dencieros, mucho mas, yendo escoltado por los no menos formidables de Santos Paez y Bruno el campeador.

En la alborada—al íris, sucedieron los negros celajes precursores de la tempestad: pero no nos alarmemos, puede que todo ello pase, como tormenta de verano—grande aparato de poco efecto.

Un individuo se presentó en la hacienda pidiendo hablar con Irene y rehusando aceptar la invitacion de apearse, que le fué dirigida. Dieron aviso á Irene que sin hacer caso de las observaciones que se le hicieron, requirió su flamenco y salió solo, pidiendo á sus amigos que no le acompañasen. Clara.... solo Clara le siguió—otro que se hubiera atrevido, la vista del *Centauro* le hubiera transformado en estatua—pero el amor es ciego.

Al exterior de la tranquera que cerraba la entrada del sanjeado, un jinete esperaba inmóvil y dijo al acercársele Irene:

—La traicion es despreciada aunque agrade la traicion. Entre gauchos americanos no hay traidores, oígame con atencion. El gefe de las milicias del Sud ha recibido la denuncia del rapto de una niña, agregándole mil otras circunstancias agravantes que hacen aparecer á vd. como un individuo muy peligroso. Se sabe ó se presume que vd. está en su casa y en consecuencia la orden ha sido dada para arrestarle, recomendando la mayor reserva para asegurar el éxito.

Irene meditó un momento, observando la figura y los menores movimientos del solícito madrugador, y luego le preguntó:

Y vd. qué es—cómo sabe esa resolucion del gefe de las milicias, siendo así que vd. mismo dice, que se ha procedido con la mayor reserva. Porque, vd. comprende, añadió, que para que pueda aprovecharme de su aviso, es forzoso que esté seguro de su veracidad y de que no es una armada que se me tiende.

El desconocido, con el acento firme é inequívoco del hombre de bien, en el acto de desempeñar una mision loable, contestó:

--Vd. tiene muchos amigos que no conoce, y yo, tengo la pretension de ser uno de ellos, aunque sin hacer alarde—me hallaba presente cuando se hizo la denuncia y se dió la orden en

mi presencia, sin duda porque no sospechaban el interés que tomaba en el asunto. Podría decirse que en mi acción hay abuso de confianza—no tal; yo no reclamaba esa confianza y nada me encadenaba á respetarla. Al contrario, no habiendo dado este paso, hubiera creído traicionar mis sentimientos y he venido, creyendo hacerle un bien, sin perjudicar á nadie, pues ya lo conocemos y el mismo jefe de las milicias tiene buenos informes de vd. por boca de los gauchos. Ahí tiene. Mi nombre es Manuel Cuello. Soy hombre de bien—ó al menos creo serlo. Soy hombre de bien, cual debe serlo y lo es, todo sanjuanino. Soy amigo de vd. porque, como le he dicho, conozco un poco de su historia. Ahora, si quiere creerme, eso es cosa suya y no me pida otros informes, porque no tengo otros que darle. A Dios, no los espere en la casa, porque van á venir muchos, armados hasta los dientes y no pueden tardar. Yo sé que el coronel, allá para sus adentros, lo aprecia á vd. pero cuando se trata del servicio, es hombre *amargo* y le dijo al oficial estas palabras: *Si puede, agárrelo vivo y no le haga mal, pero si se resiste, mátelo.* Dicho esto, el sanjuanino saludando con el ademán, partió á escape.

Entonces, Clara que á dos pasos atrás de Irene, silenciosa y atenta estaba, se adelantó y le abrazó diciéndole:

—Ese hombre dice la verdad, mi amigo;—pronto, á caballo ó estamos perdidos todos.

Irene la estrechó fuertemente, besándola amoroso y procurando animar á la pobrecita que creía ver ya, terribles cosas; pero ella insistía:

—Si, si, mi amigo; Clara es tuya y tú eres mio, pero es preciso conservarnos á la vida y á la libertad, porque sin esto último, la muerte sería un beneficio del cielo. A caballo, mi amigo, un momento de indecision, es mas que una imprudencia, es cuasi un crimen.

—Es cierto, dijo Bruno que con Santos Paez se habian acercado, luego que el forastero se hubo ido, y que por las palabras de Clara, comprendieron que se trataba de un peligro inminente.

--Si, amigo, añadió Santos Paez, montemos á caballo los tres y aunque vengan todas las milicias del mundo, les hemos de dar que hacer.

Ya toda la familia alarmada estaba allí y la señora habia hecho sacar los caballos que toda la noche permanecieron ensillados.

Irene inclinó la cerviz para recibir la bendicion materna, sin la cual, todos los peligros del mundo, hubieran sido impotentes para hacerle montar á caballo, y despues de ese acto de sumision de mas noble carácter, sin disputa, que el del Clovis el grande, quinto rey de Francia, cuando se humilló ante el obispo de Reims San Remi, para recibir el bautismo bajo la fórmula siguiente: *Inclina la cabeza orgulloso cicambro, adora lo que has quemado, y quema lo que has adorado.* Despues de ese acto de sumision, en cuyo fondo hay mas orgullo que humildad, puesto que se reconoce por una sublime potestad á aquella en cuyo seno recibimos la existencia. Saltó á caballo y partió, acompañado de sus amigos que temiendo una celada, iban dispuestos á sacrificarse en su defensa, con el mas soberano desprecio de las consecuencias. Son hombres los gauchos americanos, cuando la afecion ú otro sentimiento noble los impulsa!

Dejemos un momento á los tres amigos que se van perdiendo de vista allá entre el crepúsculo de la aurora, seguros de que si se encuentran con la fuerza pública, ellos sabrán salir del paso con lucimiento, y por Dios, que mas cuenta les tenia á los de la milicia encontrarse con tres tigres.

Para entretener el tiempo hasta que volvamos á ocuparnos de ellos, moralicemos un poco, sobre esa costumbre piadosa de la bendicion á que acabamos de ver someterse á Irene con todo el fuego de su voluntad--costumbre cuyo alcance no ha sido comprendido por las generaciones que van sustrayéndose á ellos, tanto y tan bien, que ya cuasi ha desaparecido totalmente, por un ridículo y absurdo prurito de emancipacion, del dominio bienhechor del ángel tutelar de la vida humana.

“Yo, tu madre; invoco al ser de infinita bondad para que en “tu ausencia, haga reemplazar mis solícitos desvelos, por ins-

“piraciones de tu esencia, haciéndote regresar con la frente erguida, por el legítimo orgullo resultante del cumplimiento de los deberes”. Esta es la traducción de las palabras: *Dios te haga bueno.*

A este acto—al cumplimiento imprescindible de este acto, se halla encadenada una sumisión moral, que ejerce misteriosa influencia en la educación del niño, cuyos efectos se manifiestan más tarde en el ciudadano. A un procedimiento idéntico, de práctica en la educación de los niños espartanos, debían sus madres, ejercer sobre ellos autoridad suficiente en la edad viril, para, cuando la gloria de la patria lo exigiese, poder decirles al entregarles el *escudo: vuelve sobre de él, ó con él!—vuelve, muerto ó con honor!*

Nuestras damas americanas que son susceptibles de todos los heroísmos—no en las luchas civiles, en las cuales las hemos visto enmudecer para sofocar al sacrilego entusiasmo de los partidarios de opuestos principios—haciendo uso también de la influencia, cuyo origen no era otro, que la reproducción sistemada de la *bendición*; cuando adornaban á sus hijos con el glorioso distintivo de la nacionalidad en perspectiva—nos referimos á la lucha de la emancipación—también les decían: “Devolvédmele tal, que merezca el culto de la consagración al recuerdo. Prefiero llorar sobre una tumba tan gloriosa como querida, antes que ver mi escarapela ajada—no por el uso, sino por el deshonor—por el deshonor! que imprime la infamia á todo aquello, que las manos tocan, á todo aquello, que “el pensamiento anhela!”

Hoy en día, que no se habitúa á los niños á contar con la bendición de sus madres, en sus buenos hechos y que los jóvenes se guardarían muy bien de solicitarla, por un ridículo sentimiento de vergüenza, las madres se crearán bastante influyentes para comunicar á sus hijos el sentimiento de los deberes heroicos? Pesa sobre nuestro ánimo la duda y de veras que á fuer de exaltado americano, quisiéramos verla satisfactoriamente resuelta. En la vida de las naciones, son frecuentes las ocasiones, en que las matronas pueden representar hermo-

esos papeles. En la vida social—lo que es esa—sus esplendores ó sus degradacions, siempre serán la obra del espíritu que las matronas le comuniquen—y no puede haber sociedad modelo, allí donde las madres no ejerzan soberana influencia sobre sus hijos. Hé aquí el espíritu de la bendicion. Si una preocupacion pueril, combate la fórmula de la bendicion, adóptese una fórmula heroica; los resultados serán los mismos. El célebre Franklin, invocó la bendicion de Voltaire sobre la cabeza de su hijo querido—el filósofo de Ferney estendió su mano sobre aquella cabeza inocente y pronunció en inglés: *God and liberty!* Dios y la libertad!

Franklin solicitando la bendicion de un grande hombre para su hijo. Voltaire accediendo á la solicitud del ilustre americano. Ambos apóstoles de la libertad, resolvian un problema de moral, y de la solucion inteligente de esos problemas, depende la majestad de la sociedad.

Parécenos oir el apóstrofe de la sociedad entera, lanzándonos el célebre dicho de Apeles: *Ne sutor ultra crepidum!* Si, ya vamos—vamos á ocuparnos de la narracion de las *aventuras*. Qué queréis, consideramos al respeto debido á las madres, como el núcleo de todos los respetos sociales—á la ternura de los ciudadanos hácia esa hermosa parte del cuerpo social, como el móvil todo-poderoso de las virtudes que puedan hacer resplandecer, la sublime belleza de su constitucion! De ahí, nuestras observaciones; débiles quizás, pero dictadas de un sentimiento muy distinto de aquel, motejado por el gran maestro de la pintura.

Si, ya vamos á ocuparnos de las *aventuras*, pero antes, oh sociedad! permitidnos consagrar esa hoja de oro con que la conviccion coronó nuestros pensares á la memoria adorada de la que *fué*—á la memoria de aquella en cuyo regazo aprendimos á amar, para recompensar caricias inagotables de variedad y de artificio angelical, de inmaculada pureza—á la memoria de aquella que consagró su vida. . . su vida toda entera! á gozar con nuestras alegrías, á hacernos sobrellevar con resignacion evangélica nuestras contrariedades y dolores—á la memoria de

aquella que, mártir sublime de abnegacion, no manifestó jamás las amarguras de que la hicimos víctima y muriendo, nos dejó su espíritu inmortal, á cuya inspiracion obedecemos, cuando asi, con alma ardiente, señalamos el ideal, transformándole en principio absoluto, del cual depende la dignificacion social!

La madre, americanos! quereis ser nobles? quereis ser heróicos? quereis ser sublime? quereis rendir culto al buen sentido? quereis obedecer á las inspiraciones de alma-naturaleza, que despues de haber prodigado sus beneficios recibe en recompensa los despojos para renovar aquellos? Construid á la madre un tabernáculo en vuestros pensamientos, para adorarla alli. En vuestras prosperidades—en vuestras adversidades, elevad vuestro espíritu hácia ese ideal de vuestra piedad, y recojeos en el recuerdo,—sabeis lo que encontrareis en él?—la felicidad—y si la felicidad no,—la paz del alma. Decidlo asi á vuestros hijos—llevad la persuacion á su alma y tendreis ciudadanos modelo, por hijos—consecuencia: el perfeccionamiento social, aspiración de la naturaleza humana!

Luego que nuestros amigos hubieron salido campo á fuera, no viendo, ni sintiendo nada que justificase sus sospechas de celada, Santos Paez y Bruno se volvieron á la hacienda á tranquilizar á la familia. Toda ella estaba en oracion ante las imágenes, emblemas de la fé, á quienes invocaban con cándida uncion, para que alejáran de Irene el peligro que le amenazaba, para lo cual él ponía de su parte los medios prácticos, en sumision al precepto: *Ayúdate, que Dios te ayudará.* Asi concluyó la fiesta de recepcion de la horfandad, en el seno de una familia cristiana.

Como lo habia anunciado el sanjuanino Manuel Cuello, cuyo nombre tenemos gusto en volver á consignar en nuestra narracion, por simpatía á los hijos de esa provincia—bah! el narrador se quiere hacer un mérito para con los sanjuaninos, pero su pluma que es algo traviesa, observa que eso mismo diria, tratándose de las otras subdivisiones de las provincias unidas del Rio de la Plata. Repetimos, porque una cosa no destruye la otra,—por simpatía á los hijos de esa provincia que un dia no

muy distante, sufrió uno de esos contrastes cuyo doloroso efecto, no hay palabra que pueda reproducir, ni prevision humana que pueda evitar, en el caos de las conturbaciones de nuestra existencia política, indispensable para precipitar la era de las prosperidades, pues como dicen los orientales en su pintoresco estilo: la adversidad es como las lluvias que caen del cielo, frías, molestas al hombre y á todos los séres, pero esas mismas lluvias, fertilizan despues la tierra y hacen producir al dátíl, la rosa y la granada. Como lo habia dicho Manuel Cuello, la casa de la familia Campoamor fué invadida por tropa armada, antes que el sol hubiese asomado su rutilante faz en el Oriente.

Llamamos la atencion sobre el último inciso del párrafo anterior—hein! no está revelándose en él, el procedimiento del génio, al cual dijimos que adoptábamos por la conveniencia que á ello invita?

La casa de la familia de Campoamor— no lleveis á mal nuestras repeticiones, cuasi indispensables en nuestro sistema— fué invadida por tropa armada de la fuerza pública, y practicado el registro de estilo en esos casos, en que para nada se tiene en cuenta la prevencion de la ley, que establece que la casa del ciudadano es un asilo inviolable.

Cómo es, que un funcionario encargado de velar por la ejecucion de las prescripciones de la ley, se permite violar su espíritu? Es posible castigar al infractor, cuando se le dá el ejemplo de la infraccion; ó cuando se imita su procedimiento? Estas reflexiones sueltas, sin referirse á casos, van rectas, á los casos en que puedan ser mas aplicables. Por honor de la América, ya quisiéramos que no se presentasen jamás, pues á ello está vinculado el respeto á las instituciones, sin el cual, no hay orden, no hay estabilidad, puesto que no hay garantías.

La señora anciana presenció el registro de su casa con la calma, que en su inutilidad tenia origen—luego dijo á los milicianos con sorna:

—No, no, es inútil—el pájaro volvió á tomar su vuelo—esto debia darle á vd. que pensar, no les parece paisanos? siempre inútilmente!

El oficial que mandaba la *partida* se dirigió civilmente á la señora y la dijo con franqueza y bonhomía.

—Señora, vd. no tiene mucho porque aflijirse. . . .

—Y ya vé vd. que no me aflijo, señor oficial, interrumpió la anciana.

—Y hace vd. muy bien, señora—mis instrucciones son, proceder con firmeza en el desempeño de mi comisión, pero guardando todas las consideraciones debidas á la desgracia que sean compatibles con la dignidad de la justicia. El coronel, mi gefe, es un amigo de sus paisanos y sabe apreciar á los hombres de valor, que por una causa cualquiera, se hayan extraviado algun tanto en sus relaciones con las autoridades civiles.

Estas palabras del oficial aquel, revelan á uno de los *ciñueleros*, del hombre que en aquellos tiempos procuraba *sujetar á rodeo á la hacienda alzada*; esta frase sin embargo, no le pertenece; se la oímos á un bravo general que ya no existe, en los momentos en que se esforzaba por reunir los grupos dispersos de su gente, algunas horas despues de una derrota *como no se ha visto*.

El oficial era *pájaro*, luego no mas á fuerza de parola se hizo lugar con la familia, y ya estaba mateando con la francachela de un antiguo conocido. Cuando hubo dado algunos momentos á esta agradable ocupacion y cambiado sus chuscadas con todos y mas especialmente con la jóven Maria, se dirigió á la señora y le dijo en tono amistoso:

Ahora, señora, vamos á llevar á estos hombres y á la joven-cita Clara á la presencia del coronel, pero por eso, no corren ningun riesgo, yo respondo de todo. Esto se hace por pura fórmula y vd. verá que todo se ha de arreglar, y en caso necesario, puede contar conmigo, que tambien he de echar mis *tientitos*. Estos policianos son el diablo, siempre andan enredados en pleitos con los paisanos.

La señora le dió gracias por sus buenas disposiciones y le recomendó con encarecimiento el cuidado de su hija adoptiva. Asi pasaron las cosas y luego se despidió el oficial, llevándose á la jóven, á Santos Paez y á Bruno el campeador.

Durante la cruzada que tenian que hacer hasta la *comandancia*, el oficial instruyó á sus prisioneros sobre el modo mejor de conducirse, para lisonjear al gefe y predisponer su ánimo á la indulgencia por las faltas de Irene.

— Es preciso convenir en que el amigo Irene les ha apretado un poco demás las clavijas á los policianos, pero qué Cristo, á todo pecado, misericordia—somos hombres y por lo tanto, es puestos á cometer faltas, y si bien es cierto, que el Coronel Rosas no le perdonaria las faltas esas á algun perdulario que las hubiese cometido, tambien lo es, que está muy dispuesto á perdonárselas á un valiente que no hay peligro que lo haga cejar, cuando se trata de hacer algo bueno. En la topada con los *chehuelchos*, añadió dirigiéndose á Santos Paez, vd. y él, han hecho una cosa que los recomienda para con el gefe y para con todos los gauchos, y si bien en otras *topadas*, la cosa no fué tan limpia, por eso de decir que era en desconocimiento de las autoridades, váyase lo uno por lo otro, y lo *pasado, pisado*.

Ya están nuestros amigos en presencia del Coronel D. Juan Manuel de Rosas y vamos á diseñar lo que allí pasó, cual pudiera un pintor que no tuviese su modelo al frente. La tradicion nos presentó una imágen cuya semejanza con el original, no garantimos, y si pecamos por embellecerlo ó afearlo, será puro efecto de nuestra imaginacion, sin sujecion, ni remotamente, á influencias estrañas. Para la gloria de los historiadores—para la majestad de la historia, convendria el uso de un escalpelo mas inteligente, pero igualmente desprecupado.

Nuestros amigos entraron á la sala de audiencia y despues de cambiar los saludos de estilo con el gefe, fueron invitados á sentarse con un timbre de voz que revelaba al hombre habituado al mando, pero que en manera alguna desmentia la cultura de sus modales. Luego les dijo:

—Segun me han informado, vds. son muy amigos del hombre que nos ocupa y vinieron á su casa con él, acompañando á esta jóven que es la que ha dado lugar á una queja de muy grave carácter, como son todas las que pesan sobre él, de largo tiempo atrás. He examinado con reflexion todos los incidentes

en pró y en contra de ese bravo, y sin tratar de justificar lo que estos tienen de muy reprobados, me hallo muy dispuesto á atribuir á los tiempos y á nuestra defectuosa organizacion una gran parte de su peso y á disminuir la gravedad de la otra, por las circunstancias atenuantes que militan en su favor. Reasumamos—yo soy hombre muy positivo y no trato de redactar un curso de procedimientos judiciales. Vds. creen que ese jóven, echando un velo sobre su pasado, se conducirá en lo sucesivo cual corresponde á un buen paisano, amante de su patria?

Santos Paez y Bruno se apresuraron á contestar afirmativamente.

—Yo pienso lo mismo, pues estoy persuadido que todo el mal viene de una tropelia que se quiso cometer con ese mozo y él fué mal aconsejado no procurando defender su derecho por medios legales. Luego, como he dicho á vds., he procurado instruirme bien, antes de tomar una resolucion impuesta por el deber de mi posicion, y por mas extraño que parezca que yo, el juez natural en este caso, me constituya en defensor, al hacerlo, me dejo llevar por la inspiracion de mi conciencia en presencia de informes muy contradictorios, por parte de las autoridades civiles, de graves agravios inferidos al órden social; —por parte del paisanaje que representa la opinion de la campaña, de probidad y honradez y de servicios importantes, como el que prestó hace poco en compañía de vd. paisano Santos Paez, castigando á una banda de indios ladrones y quitándoles el arreo que conducian y volvió á poder de sus dueños. Permítame que le estreche otra vez la mano felicitándole—añadió levantándose y dirigiéndose á Santos Paez como por un raptó de entusiasmo; hombres capaces de una empresa como esa, no pueden sacrificarse á cargos viejos en que todos tenemos nuestra parte de culpa. Por lo que hace á esta niña, dijo encarándose con Clara, estoy dispuesto á oír lo que tenga que decirme en justificacion de ese jóven en cuyo lugar quisiera encontrar-me yo, por lo que se relaciona con ella.

Clara, dominada por la profunda vista del futuro dictador, esplicó ruborosa y tímidamente, la situacion en que se encon-

traba cuando tomó la resolución de seguir al hombre que le ofrecía su afecto y protección. Sin olvidar la circunstancia—allá dicha de una manera encapotada—de hallarse espuesta á ser víctima de violencias infames y por el hecho, llegar á ser la causa inocente de turbulencias en el seno de una familia bajo cuyo amparo habia pasado su infancia, y animándose con este recuerdo, agregó: que ella era libre de disponer de sí misma y que en la actualidad, ningun poder humano la forzaria á volver á la casa de donde habia salido, ni menos á abandonar al hombre á quien se habia dado.

Rosas prestó sostenida atención al descarte de la jóven, estereotipando en sus lábios una sonrisa de benevolencia y estudiando en sus menores detalles aquella naturaleza rica, aunque inculta y por eso mismo, en todo el atractivo de la inocencia. Cuando la jóven dejó de hablar, reconoció el derecho que la asistió en su procedimiento de abandonar la casa donde se crió; —fulminó algunas centellas contra los miserables que no reparan en medios, por reprobados que ellos sean, para satisfacer su impudencia. Luego, cambiando repentinamente de táctica, la dirigió algunas bromas sobre su elejido, sin ultrapasarse los límites prescriptos por el bien parecer,—la felicitó por el tacto que habia manifestado en su eleccion, pues segun le habian dicho, Irene era un arrogante jóven, lo cual, unido á su valor, inteligencia y honradez, constituian el ideal de la perfeccion humana. Despues se dirigió de improviso á los dos amigos y les dijo:

. —Traiganme vds. al gauchito, quiero hablar con él. Díganle de mi parte, que la garantia de su seguridad, reposa en la confianza con que se preste á mi invitacion—á esas confianzas, se corresponde con honor y nadie hasta ahora, que yo sepa, ha dudado del mio.

Concluyó por poner á todos en libertad con palabras de aprecio y protección, diciendo á Bruno por despedida:

—Paisano gauchito, cuénteme en el número de sus amigos—me han dicho que á vd. lo apellidan el *campeador*, algun dia le he de apostar á cual *campea* mejor.

—Para qué hemos de andar de contrapunto, señor, contestó Bruno que jamás se cortaba, cuando podemos campear de compañía. Cuando se le ofrezca alguna *volteada* de animales, *sean del pelo que fueren*, el amigo Irene conoce la senda que lleva derecho al puesto de Bruno en el partido del Monte. Con que ya vé, señor, con solo haber hablado un ratito con usía, ya he quedado su cautivo, cómo será despues?

—Bueno, contestó Rosas riendo, ya me acordaré de su compromiso y vd. tambien, cuando se le ofrezca, acuérdesese que tiene aquí un paisano y amigo que desea servirlo, como á todos— para eso somos hijos de una misma madre—la patria.

Decir que tal era la táctica de D. Juan Manuel de Rosas en sus primeros ensayos para absorver el aura popular, no podemos afirmarlo, pero sí, que tal proceder, lo hemos observado en otros hombres que se sirvieron de ese elemento, como medio de accion para escalar el poder—por lo demás, hemos oido decir, que él tambien le usaba con los gauchos escojidos, tratando á la baqueta á la turba, como medio escelente para crear se prosélitos.

Algo hubo de intrigarlo la especie de segunda vista de Bruno, revelada en la frase socarrona: *sean del pelo que fueren* y eso mismo le afirmó en el ánimo hecho que tenia, de conquistar la sumision del hombre que tales amigos tenia.

Por lo que hace á los gauchos, salieron *prendados* de la entrevista, y cuando se juntaron con Irene, pues ya sabian donde lo habian de encontrar, rumbearon para la hacienda, platicando alegremente y pugnando por levantar el velo del porvenir. No hay que estrañarse de esto, pues los sacudimientos que siguieron al volcan de la revolucion, predispusieron los ánimos á creer siempre en nuevas erupciones y de ahí la desconfianza que comunicando cierta lucidez á los espíritus, les hacia ver la causa antes que los efectos se hubiesen manifestado.

—A mí me ha dicho, observó Bruno, que algun dia me ha de apostar á cual campea mejor. Por los cuernos de mandinga! estoy seguro que ha de ser él, porque yo campeo animales y él se me figura que tiene en el magin, el proyecto de campear

hombres. Ya le largué un chaguarazo sobre eso y se hizo el desentendido. Hombre es ese á mi modo de ver, que *ya está de vuelta, cuando nosotros recién vamos*. No importa, si trata de acoger á los revoltosos, puede contar con la esperiencia, los caballos y el facon de Bruno el campeador, que los tiene á su servicio. Esto será segun y conforme se conduzca en el negocio de mi amigo Irene—si sale como lo esperamos, por los *cuernos de la luna* lo voy á poner con todito el gauchaje de mi relacion.

En estas disposiciones llegaron nuestros amigos y la venturosa Clara á la hacienda de Campoamor, donde—inútil es decirlo—fueron recibidos con demostraciones de alborozo que no habrian satisfecho á un ciudadano, pero indudablemente mas pronunciadas de lo que se estila entre paisanos, acostumbrados á dominar sus sensaciones, al extremo de parecer poco sensible.

Luego que la buena madre de Irene se instruyó del estado de las cosas, la paz bajó de lleno á su alma. La pobre señora estaba poco habituada á gozar de ese bien inestimable en todas las situaciones de la vida, pero siempre contó con que la justicia del Dios de las misericordias se manifestaria algun dia, despues de las pruebas á que sometia á su resignacion cristiana, y no se olvidó de rendir su accion de gracias, por ese triunfo de la inocencia de su hijo.

Como se vá á abrir una nueva era en la vida del *Centauro de la América meridional*, cerraremos aqui este segundo cuadro de nuestra narracion y nos reposaremos para evocar los recuerdos y en ellos inspirarnos. Esto es decir, lectores de nuestras divagaciones salpicadas de hechos y de algunas verdades por hacer prácticas; esto es decir, que no deis entero crédito á lo que en el tercer cuadro de las aventuras os referiremos, pues la fé absoluta, es incompatible con la sinceridad de la historia; ni mas, ni menos, que la fé absoluta, es incompatible con la magestuosa sencillez de la religion. Sabemos que hay entre vosotros, quienes para nada necesitan de la prevenccion; pero no es para esos, en cuyo número vos quizás contais, para quien la hacemos, sino para las cándidas creencias, á quienes no llevamos la intencion de mistificar.

Deus ex machina!

III.

Si nuestra pluma obedeciese á la inspiracion de alguno de esos hombres que al cruzar por el escenario de la revolucion, van dejando un brillante rastro de luz tras sí, la introduccion de este tercer cuadro rebozaria de interés, pues va á figurar en ella la entrevista del gaucho Irene, nuestro héroe, con el hombre que durante dos decadas tuvo en su mano la balanza en que se pesaban los destinos de la América.

Ese es un modo de decir—modo de decir, que no dice nada, profundizando la cosa que se quiere espresar. Nosotros, al menos, por mucho que la historia exalte á los hombres—por mucho que se hayan distinguido por la grandeza y dignidad que hayan impreso, á su paso por la vida de las naciones; no les concedemos el poder de fijar sus destinos. Son estos, los que se sirven de las naturalezas privilegiadas para hacerlas servir á sus planes; y vive Dios! que no es poca gloria la que alcanzaron, aquellos que merecieron ser elejidos; y cuando aparezca alguno de ellos, que no olvide jamás, que solo es un instrumento providencial, ese, no será ya un *grande hombre*, será, simplemente un *semi-Dios*.

Tampoco no son los hombres los que adoptan tal ó cual sis-

tema, luminoso y próspero, ó bien tenebroso y adverso, por el solo poder de su esencia humana, pues ese poder se estrellaría: aquel, contra los malos instintos—este, contra la razon. No, no es eso; los hombres no pueden nada por sí mismos en esas materias—ellos obedecen á un poder ignoto á cuya influencia no pueden escapar; y los pueblos se someten, porque tampoco pueden escapar á la misma poderosa, irresistible influencia, hasta el dia prefijado en el libro del destino.

Vulgarmentese cree que un hombre, por el solo poder de su génio ó de su voluntad, puede dominar á un gran pueblo y hacerlo pasar por las horcas caudinas de la humillacion ó elevarlo al pináculo de las grandezas humanas. Error es ese, en el cual la justicia y la misericordia no trascienden y que á la larga, ellas, que son hijas de la luz, se encargarán de desvanecer en las páginas de la historia, escritas por historiadores más iluminados, de lo que lo fueron los historiadores del pasado.

Estátuas—altares—templos á los hombres que figuraron en las épocas florecientes. Execracion y estigma para aquellos que cruzaron como un flajelo, dejando dolorosos recuerdos de su tránsito!

Error! error deplorable! Aquellos, no necesitan de geroglíficos que atestigüen su gloria, cuando la gloria estuvo encarnada en ellos y por do quier sus destellos resplandecen!

Estos,—execracion y estigma para ellos! Conmiseracion, americanos! pues ellos fueron las primeras víctimas, sacrificadas á vuestro porvenir!

Me direis que hubo fenómenos—verdaderos mónstruos, que se regocijaron en las calamidades públicas é hicieron de ellas un escarnio? Miserables, dignos de compasion, americanos! pues ellos fueron los elejidos, para hacer sentir á los pueblos que el destino quiere beneficiar, los deplorables efectos de sus extravíos!

Pasadas las épocas de pruebas, los goces á que los pueblos se entregan, mas embriagadores, en razon de la anterior abstinencia de ellos, despiertan sus iustintos generosos y acuden en romería estrepitosa al templo de sus glorias á incensar á los at-

letas que los ayudaron á conquistarlas! todo lo demás se olvida y en ello, reside el castigo mayor que puede imponer un pueblo al que ultrajó á su desgracia!

El olvido! sabeis que todos esos hombres aspiran á la inmortalidad? Sabeis que sus procedimientos por temerarios que ellos sean, encuentran justificacion en el extravio de su razon martirizada? Sabeis que si hay horrores y sangre y proscripcion, lo atribuyen á las oposiciones que tienen que destruir para establecer un sistema, que segun sus vistas, dará por resultado la prosperidad y el engrandecimiento? Y despues de cargar con la odiosidad de todos sus procederes, se encuentran al final, con que otros vienen, se ápoderan de sus trabajos preparatorios, para sobre ellos elevar el edificio de su propia grandeza que es rodeado de todas las prosperidades, cuando á ellos se les lanza el anatema del olvido. . . . !!

Dos dias despues del acontecimiento que contamos al terminar el segundo cuadro de nuestras aventuras, Irene detenia su caballo en el palenque exterior de la poblacion, residencia habitual del gefe de las milicias, al sud de la campaña de Buenos Aires—ignoramos si era ya comandante general de campaña. Se nombró y pidió ser admitido á presencia del gefe.

Un oficial fué á pedir la *vénia* y regresó diciendo á Irene que le siguiese—este obedeció y marchó sobre sus pasos, con la arrogancia con que pudiera hacerlo un triunfador romano, al subir al capitólio á dar gracias á Júpiter Capitolino, por la gloria con que habia coronado sus empresas.

Fué introducido en una habitacion donde le recibió de pié el coronel D. Juan Manuel de Rosas; ya célebre por la activa cooperacion que prestó á la reinstalacion del brigadier general D. Martin Rodriguez en el gobierno de que lo habia separado una sedicion, en la noche del 5 de Octubre de 1820, terminando la anarquia escandalosa de que fué teatro Buenos Aires en la corriente de ese año.

Rosas hizo sentar al gaicho observándole con encubierta curiosidad exitada por su caballeresca nombradía y hechos osados, en desconocimiento de las autoridades civiles. Pidió.

mate y preguntó despues á Irene, con perfecto disimulo, qué era lo que le proporcionaba el honor de su visita.

—No es precisamente una visita, señor Coronel; al presentarme aqui, he usado del privilegio de los invitados.

Rosas pareció meditar un momento y luego dijo con despejo y algo de altanería:

—La verdad es, que ya lo habia olvidado y sin embargo, no puedo explicármelo, porque á los hombres de la reputacion de vd. no pueden olvidarlo sin que de ello se resienta el buen servicio, los encargados de velar por el mantenimiento del orden público.

Irene no pestañeó á esta salida inesperada y guardó silencio, mirando fijamente á su antagonista, que por su parte, espiaba el menor indicio que de turbacion pudiera dar. Rosas siguió:

—Pesan graves cargos sobre vd. de mucho tiempo atrás, por violencias inauditas ejercidas contra los agentes de la autoridad civil, á que todos debemos respeto y sumision. Hasta hoy, yo no he querido tomar cartas en este negocio, porque lo consideraba extraño á mis atribuciones. . . .

—Y el señor Coronel ha variado de modo de pensar? interrumpió Irene.

El coronel irguió la cabeza, su lábio inferior espresó el desden y pregunto:

--Vd. interroga, señor?

--Y si el señor coronel, contestó Irene con firmeza, á mi interrogacion, hubiese contestado afirmativamente, yo, Irene Campoamor, le habria objetado que disentíamos sensiblemente en ese punto, pues no siendo militar, ni pensando serlo jamás, no veo cómo el señor coronel, pueda mezclarse en las cosas de mi vida, revistiéndose asi, de las atribuciones que él mismo reconoce que son del resorte de la autoridad civil.

Diablo! dijo para sí Rosas; este gaucho me huele á legulego. Veremos si al final no se desmiente.

--Si, señor, es cierto, son del resorte civil los asuntos de vd., pero nuestra posicion nos impone el deber de prestar mano fuerte, á esa entidad, siempre que el caso lo exija ó que ella lo

reclame. Ahora bien, vd. vá á ser puesto á la disposicion de esa autoridad, para los procedimientos ulteriores. Ya vó vd. que respetamos las instituciones, mucho mas de lo que vd. las ha respetado hasta el dia.

Al decir esto, Rosas dió un silvido, é inmediatamente un piquete de fuerza armada, se formó en fila delante de la puerta del cuarto y un oficial entró, saludando al gafe con la espada que en la mano traia.

Irene se puso en pié, pálido de indignacion y despidiendo centellas por los ojos y dirigiéndose á Rosas, le dijo con acento varonil de una firmeza dominadora:

—Procediendo asi, nunca ha de hacer nada bueno, ni para su gloria personal, ni para la gloria del Estado. La justicia no se distingue por esas maquinaciones miserables y rastreas. Vd. es un infame! dé órden que me hagan fuego, no me rindo!

Al decir esto, llevó con disimulo la mano á la cintura buscando la empuñadura de su acero y permaneció en esa actitud sin desenvainarlo.

En este momento, entró el asistente con el mate,—todo habia sido preparado de antemano. Rosas dijo al oficial en voz alta:

—Haga vd. retirar esa gente—ya no es necesario su servicio.

El oficial se retiró é hizo desfilas sus hombres, sin dar el mas leve indicio de estrañeza.

Entonces Rosas tomó el mate de mano del asistente y lo presentó á Irene diciéndole:

—No amigo, no soy infame—soy artista. Tengo una mision que cumplir y estudio á los hombres que me han de ayudar en la empresa. Dispéñeme que lo haya hecho servir de modelo y séamos amigos en lo sucesivo. He querido juzgar por mí mismo á qué punto era justificada la reputacion que vd. goza, y le aseguro á vd. que si vd. no se hubiese exedido en varonil energia, habria tenido un verdadero sentimiento, pero nunca le habria privado de su libertad. Ahora, si vd. se ha ofendido, pon-

ga las condiciones, paisano, bajo las cuales acceda á olvidarse de esto y yo suscribo á ellas.

Con todo otro gauchó, el artificio de Rosas le habria dado el resultado que él se prometia, pero en la índole franca aunque algo arisca de Irene, produjo un efecto contrario. Pensó que el que se permitia tales estratagemas, no manifestaba un respeto muy exaltado por los hombres y se dijo á sí mismo: si la ocasion se me presenta, yo he de procurar conocerlo á él, por medios idénticos á los que tan mal resultado le han dado.

No obstante esta predisposicion del ánimo del gauchó, tomó la mano que Rosas le tendia y contestó con civilidad:

—Todo bien considerado, señor, no me desagrade que vd. me haya apreciado por sí mismo. Sin embargo, no es á mi, al que toca poner condiciones—yo soy el matrero; qué es lo que tengo que hacer para poder dejar de serlo?

—Retirarse á su casa y vivir confiado en que nadie le inquietará. Yo me encargo de arreglar sus asuntos con la autoridad civil y no hablemos mas de esas cosas.

Dicho esto, Rosas cambió sus baterias para llegar al conocimiento de los grados de inteligencia de su protegido y no poco se sorprendió cuando le oyó hablar con precision de estilo y elevacion de ideas.

Desde luego él, hombre de génio que reunia en sí todas las condiciones del caudillo y no pocas del hombre de Estado, comprendió todo el provecho que podia sacar de tal gauchó y se espresó con él, como pudiera hacerlo un protector ardiente de los intereses y derechos del paisanaje, desconocidos, decia, por los hombres que ensangrentaban los trofeos de la revolucion.

Luego habló de mejoras administrativas en la campaña, que pusieran coto á los abusos de los funcionarios civiles; haciendo estensivos los beneficios de la ley á todos los súbditos del Estado, por humilde que fuese su condicion.

Sabiendo que Irene habia andado por la provincia de Santa Fé, le preguntó que cómo lo habian tratado los paisanos por allá y á la contestacion de Irene, de que no habia tenido que

felicitarse mucho por las manifestaciones de que habia sido objeto, contestó Rosas:

Si, paisano, espíritu local—pero ese espíritu local, es la obra de las maquinaciones de los malos, que sustentándolo, como consecuencia forzosa, sustentan la division que abre la valla á la conquista de la iniquidad. Hemos de trabajar paisano, para hacer desaparecer todo eso y asi, asegurar un imperio permanente á la libertad.

Asi se espresaba y tales eran las ideas que bullian entonces en la mente del hombre que llegó á ser la figura mas saliente del cuadro de la revolucion. No se dirá que ese, no fué traido á la escena por la mano del destino. Hasta tuvo sus profetas que pronosticaron su aparicion, sino por inspiracion divina, por conjeturas de los hombres pensadores—de los hombres de larga vista, que muy bien pudieran ser dotados de esas condiciones por miras ignoradas hasta que no se ponen de manifiesto. Entre esos profetas, para convencer á los escépticos, citaremos uno:

Allá en el hervidero de los escándalos de que 1820 vió cerrarse la era, por la mano misma de D. Juan Manuel de Rosas, el general D. Manuel de Sarratea exclamaba: *Ha de venir el de la vara larga y nos ha de poner en orden.*

Y vino el de la vara larga, solamente, que tenia la mision de cargar la mano y no era hombre que se anduviese con paliativos. Cuando á fuer de hábil pero insensible médico, comprendió que era necesario amputar las partes gangrenadas que amenazaban inficionar el cuerpo social, cortó—hé ahí todo.

Y vino el de la vara larga—un motin lo hizo prestar un servicio eminente el 5 de Octubre de 1820, y lo hemos de reconocer á despecho de todas las prevenciones, por que es justicia, *dar al César, lo que es del César.*

Otro motin militar, le volvió á arrancar á sus tareas públicas ó privadas y corrió á llenar los altos deberes del ciudadano y del soldado: sostener la autoridad constituida. Nada sabemos de positivo, porque hemos vivido fuera de la esfera en que pudimos haber adquirido el conocimiento exacto, pero

como intuición, creemos que el general Rosas estaba de acuerdo con el espíritu de las ideas que hicieron estallar el movimiento del 1.º de Diciembre de 1828.

Desaprobó altamente los medios y al hacerlo, procedió con dignamente, y creemos no aventurar nada, diciendo, que si desde un principio, él se hubiese hallado al frente de los sucesos, dándoles dirección inteligente, hubiese disuelto los elementos sobre que se apoyaba el movimiento militar. La acción de Navarro y acontecimientos subsiguientes, lo echaron á perder todo. . . .

Luego después, se colocó sobre el pedestal que había escalado con su genio, ostentando sobre él, las proporciones de un gigante. En seguida, los zapadores del destino empezaron á minar el terreno sobre el cual el pedestal reposaba y el 3 de Febrero de 1852, el coloso se derrumbó al fragor de la metralla, hundiéndose entre torrentes de sangre! . . .

Hacemos alto. Nos hemos dejado arrastrar por recuerdos que no pertenecen á las *aventuras* sino á la historia, y los historiadores no querrán que nos invistamos con sus atribuciones —es justo— *al César, lo que es del César.*

Cuando Rosas creyó haber penetrado y asegurándose de su hombre, le propuso que montasen á caballo y fuesen á ginetear un poco por el campo. Esta era su pasión favorita, siempre que se lo permitían sus funciones de carácter más serio, y ningún jinete le ganó, en los atrevidos ejercicios de la equitación. No poco le sirvió esto, para hacerle considerar por el paisanaje, como hombre superior, á la vez que servía para encubrir otras condiciones de más elevada esfera, que si hubiesen trascendido, indudablemente hubieran producido mal efecto y privádonos quizá de un vigoroso atleta, en las luchas de la diplomacia internacional.

Si satisfecho quedó Rosas del valor y de la inteligencia de Irene, mucho más lo quedó de su destreza en los diversos ejercicios á cuya prueba lo sometió, dándole él mismo el ejemplo. Aunque él daba á esto una muy mediana importancia, aparentaba lo contrario, así es que elogiaba siempre á todo el que

se distinguia y en esta ocasion, no se manifestó avaro de encómios y hasta llegó á decir á Irene y á otros que con ellos estaban, que habia reconocido á su maestro.

Cuando hubieron dado un buen rato á estos entretenimientos, regresaron á la casa, y Rosas despidió á Irene manifestándole su pesar de que atenciones imprescindibles no le permitiesen concederle mas tiempo.

—Vaya vd. tranquilo á su casa, añadió, trabaje por uniformar los pareceres entre los paisanos—estimúelos con el ejemplo y el precepto á que propendan de consuno al mantenimiento del órden, y no tema que nadie en lo sucesivo vaya á pisotear sus derechos de hombre libre.

Parécenos haberlo dicho ya al final del cuadro anterior y no obstante repetimos, que no podemos afirmar que las cosas pasasen, tal cual las vamos relatando, entre Rosas é Irene—entre un hombre de fortuna, rango militar elevado y mucha popularidad, y un pobre gaucho que se hallaba bajo la accion de la justicia, sin mas recomendacion que la de su valor y alguna inteligencia. Nuestros recuerdos son débiles y á mas de eso, los datos sobre que escribimos nos fueron suministrados por autoridad, un si es no es, sospechosa de inventiva.

Sin embargo, como los caudillos tuvieron siempre el buen sentido de recojer como medio de accion el sentimiento dominante en el corazon del pueblo y utilizarle para la consecucion de sus proyectos, cuyo triunfo era seguro con tal elemento por auxiliar, es de suponer que Rosas—aunque estamos muy lejos de colocarlo en el rango de los caudillos—es de suponer, decimos, que al tener su entrevista, descubriendo en Irene un gaucho á propósito para servir de instrumento á sus planes, por las condiciones de valor é inteligencia que le adornaban—condiciones, que él, mas que otro alguno, sabia que ejercian una influencia fascinadora sobre el espíritu del paisanaje—procurase conquistarlo, para hacer de él, uno de los satélites de su astro en ascencion.

Irene regresaba al hogar, donde tantos goces sin zozobra le esperaban; parecia que su espíritu debiera hallarse inclinado

al agradecimiento hácia el hombre que le proporcionaba esa inmensa satisfaccion, constituyéndose en protector de su ventura. La bella imágen de Clara iba ahí, á su frente, guiándole hácia el original—no le decia ella nada, con su sonrisa seductora, en favor del protector de esa ventura?

Algo de eso debía cruzar por la mente de nuestro héroe y él no era ingrato; al contrario, le causaba horror esa defectuosa y degradante tendencia que sorprende y domina al espíritu humano, cuando no sabe combatirla á tiempo y estirpar sus gérmenes abominables. No, él no era ingrato, pero no sentia en su pecho, nada que le dijese: Rosas te hace un servicio, al que debes estar agradecido. Si indagamos la causa de esto, la encontraremos en la esperiencia que practicó en su persona. De ahí arrancaba todo. Lo que hubiese lisonjeado á un hombre vulgar que hubiese salido victorioso de la prueba, le habia herido á él, naturaleza distinguida, que no comprendia que se hiciese uso de artificios peligrosos para llegar al conocimiento de lo bueno. Otra preocupacion ahogaba en él todo sentimiento, de tendencias benévolas, y esa era hija de la reflexion, que le demostraba que Rosas habia abusado de la superioridad de su posicion. A esto se agregaba, que él juzgaba que todas las atenciones usadas por Rosas despues de la prueba, no eran mas que añagazas para seducirle. Estos pesares martirizando su conciencia, trató de sacudirlos exclamando en alta voz:

—Si por agradecimiento se entiende, estar pronto á rendir todo servicio honorable que se reclame de mí, no hay riesgo que deje de acudir, con alma, vida y corazon y lo mismo hiciera, con la persona que mas indiferente me fuera. Esto diciendo, puso su caballo al gran galope y su pensamiento en su Clara, con exclusion de toda otra imágen.

Toda la familia y sus amigos le esperaban bajo del ombú, donde se agruparon luego que le divisaron y se llenaron de alborozo con lo acaecido en su entrevista, y el incidente se celebró como un fausto acontecimiento de recordacion lisonjera, en el cual Rosas debia figurar como la providencia de la familia y

de la campaña entera, segun lo cantó Bruno acompañándose de la guitarra.

Al dia siguiente Irene fué llamado á la comisaria del distrito y prevenido que todo procelimiento contra él por causas anteriores se habia suspendido por el servicio prestado al pais con el castigo de los *chewelchos*, de lo cual se habia hecho mencion honorable á la autoridad superior.

De regreso á su casa Irene, ya no pensó mas que en su Clara á quien acariciaban á competenciá, tanto y tambien, que si esas demostraciones de afecto, no tomasen luego una espresion mas moderada, llegarían á hacerse insoportables. La señora queria tenerla sentada en sus regazo como á un chiquito y no se cansaba de repetirle:

—Tú has venido á traer la felicidad á nuestra casa, hija mia. El Dios bendito mismo por la intervencion de su santísima madre á quien tanto he implorado, te puso á la vista de mi Irene el dia que te encontró. Dios te bendiga, Clara, yo soy tu madre. Y luego la abrazaba, la besaba y la estrujaba.

La pobre niña no acostumbrada á ser objeto de una preferente atención y mucho menos de tales cariñosas demostraciones, no cabía en sí de contenta y se creía impotente para corresponder, dando una felicidad igual á la que experimentaba. La inocente se equivocaba, pues Irene solo, le pagaba ó debia pagarle, con no despreciables intereses. No es así, juventud?

Como hemos dicho, Irene, libre ya de alarma, se entregaba á los divarios tan dulces que el amor encendía—Consultó con sus amigos sobre la construccion de una hermita digna de la Santa que pensaba adorar en ella—Les mostró un cinto con cien onzas de oro que les habia ganado á los Santafecinos en las carreras y jugadas, y les dijo que las iba á gastar con la misma prontitud y tan buena voluntad como la que habia empleado en ganarlas — que no esperaba mas que la ocasion, y que la ocasion ya habia llegado.

En consecuencia de los proyectos que bullian en el cerebro enamorado del *centauro*, hizo á Bruno una relacion muy detallada de las menores circunstancias de su encuentro con Clara y

el compromiso que habia contraido con el chico intermediario que tambien y lealmente habia desempeñado su comision, y despues que le hubo puesto al corriente de todo, añadió:

—Cuento con que vd. me desempeñará por ese lado—Yo no quiero ir por allá porque me han de mirar con mal ojo—nunca he podido soportar con resignacion eso, y pudieran volverse á complicar las cosas, y por el presente, no me divertiria mucho la vida del matrero—Con que es cosa arreglada; vd. se va á encargar de eso —tengo pronto el petizo y el tirador que ofrecí al niño; cuando vd. piense retirarse, se los lleva—Ahora, vea si tiene objecion que hacer.

—Qué objecion ni qué par de chinelas, contestó el campeador—Háblele á Bruno *gramáticas*, cuando se trata de hacer un servicio á un amigo y no siendo ese sevicio tal que mal haga, si merece gastarse palabras en solicitarlo. Si, señor; con mil amores, amigo Irene, me gusta pagar las deudas de mi amigo como las mias propias, y lo que se ofrece es deuda y la suya es mas sagrada que otra cualquiera—Pues no es nada una moza como azúcar que vd. ganó con la negociacion—Eso no se alarga á pagar nunca—Si, póngale precio—Por Cristo si vd. se hubiese olvidado de pagar esa deuda y las mentas hubieran llegado á la punta de la oreja de Bruno el campeador, le hacia la cruz como al diablo mismo—Y el pobre muchacho de tan buena voluntad—tan bien que hizo la comision—bien aiga el muchacho lindo!—Yo tambien le he de dar uua propina, quién sabe si algun dia... A Juana, si me oyera, pobres orejas mias—No, bromas á un lado, no es bueno jugar con estas cosas y repito que las deudas contraidas por el niño son sagradas.

—Es cierto amigo, lo que vd. dice, contestó Irene acariciando las mejillas de su Clara, que incrustada á su cuerpo estaba cual pudiera la madre selva de aromáticos perfumes al árbol á quien envuelve con sus vástagos flexibles—es cierto, esto no se paga nunca—tampoco yo no trato de pagarla á ella, si no á ella misma, bien asegurado de su identidad por el testimonio de todos mi sentidos.

Alcáncenme la guitarra! tronó Bruno con voz que habria

envidiado el gigante Briareo á quien las leyendas cuentan, que al nacer pidió agua y su voz fué repercutida por los écos de los polos. Alcáncenme la guitarra para cantar los amores del matrero. . . . A donde diablos aprendió todas esas letanias? Ha estado en la Salamanca, amigo? Pero adonde tenés la cabeza Bruno? Con solo mirar á Clara puede un hombre convencer, que es capaz de hacer hablar música, á los chachás en las lagunas.

—Mírenlo al viejo como se entusiasma, dijo la jóven Maria. Tome la guitarra y cantemos: Aprendé flores de mí.

Lo que vá de ayer á hoy.

Que ayer maravilla fuí

Y hoy sombras de mí no soy.

Ya se metió la embustera. Ah! pero el lábio miente, lo que el corazon desmiente. Bien quisiera la niña conquistar á Bruno, pero Bruno está prendido á un ganchito y el ganchito á un hilito que por allá tienen la punta, por el partido del Monte.

Mirá Clara, el viejo alabancioso. Si fuera yo la que tuviese el hilito que él dice, qué tiempo que le hubiese prendido fuego. Vaya, cante y déjese de tanta historia.

Bruno tomó la guitarra y se puso á pagar zahiriendo á Maria en cada cuarteta, que era contestada por un gracioso mimo de la niña que hizo cambiar al payador de asunto, prosiguiendo sobre este tema:

Por estar mirando Maria

El mimo de tu palmito,

El payador pagaria

Hasta quedarse marchito.

No recordamos mas. Si fuéramos de fuerza inventaríamos pero el número de la poesia nos negó siempre y tenazmente sus inspiraciones. Nuestros payadores americanos no son muy escrupulosos que digamos; con tal que la cosa vaya *concertada* como ellos dicen, están seguros de ser aplaudidos por un auditorio cuya complacencia es de admirable latitud.

Despues que Irene hubo comprado los materiales necesarios

para la construccion de su nido de amores y dado sus instrucciones á un afamado arquitecto de esa especialidad de la infancia del arte, que se conserva en nuestras campañas como religion á las tradiciones, tomó sus providencias para hacer un viaje á la capital en compañía de su Clara, bajo el pretesto de hacerle ver la ciudad que ella no conocia sino por relaciones exageradas muy propias para exitar el deseo. Esto era lo que Irene alegaba, pero nosotros que conocemos la causa que le hacia llevar á Clara y que no tenemos por que hacer un misterio de ella, hemos de decir aunqus se nos motege de indiscretos, que llevaba Clara porque era su sueño dorado viajar con ella, pero tampoco sin ella habria viajado.

Si algunas de nuestras lectores,

Avec une innocence a nulle autre pareille,

.....
nos pidiese la esplicacion del sentido de nuestra embrollada fraselogia, nos contentariamos con decirle, que la tendria, cuando se encontrase en las condiciones de Clara. La curiosa niña, no perderia nada con esperar, para obtener la solucion de lo que es para ella un problema. Si, como lo estamos viendo desde aqui, es jóven y bella la preguntona, tiene forzamente que pasar por aquellas condiciones, y nosotros, dando la esplicacion que ella quisiera, la robaríamos una gran parte del atractivo que en ellos debe encontrar.

Allá vá la feliz pareja en un pingo escarceador, que buscando el trayecto vá, que separa á Buenos Aires de las islas del Tordillo. Complemento de la dicha es ese andar!—Irene, veinte y cinco años, plenitud de vida y fuerza viril, elevacion en la idea corazon de Alcides, llevando á la grupa de su caballo á Clara, jóven encantadora, que un dia fué la imágen de sus ensueños y que en este momento jugaba con los rizos de su cabellera, murmurándole al oido, no sabemos qué palabras mágicas que comunica á su espíritu una turbacion indefinible.

Qué dice la juventud americana de esa situacion? Hay algo mas allá, mas noble, mas venturoso, mas digno de la creacion? Puede dominar al espíritu humano otra pasion, que como la

que ejerse un imperio absoluto sobre nuestros héroes, se halle dispuesta á engalanarse con todos los atributos de lo bello?—Hablamos del amor feliz—el amor desgraciado ó mata ó conduce á todos los excesos á las naturalezas ardientes, que es en las que se desarrolla con mas vehemencia—Feliz, las exalta hasta la gloria—Infeliz, las conduce á la picota, al suicidio, á la demencia.

Pero, á qué nos hemos dejado influenciar por esta reflexion impertinente, hasta el extremo de espresarla aquí? no estamos bien inspirados á fé de narradores—volvamos á nuestros interesantes viageros y no los perdamos de vista, por un prurito hartó necio. Cuando se trata de amores, echarla de moralista!

Os hacíamos juventud, una pregunta enfadosa: atribuida á un mal momento y no contesteis á ella—ya pasamos, razon por la cual, sabemos á qué atenernos, juventud americana, que tenéis el amor en gérmen, pronto á fecundizarse al calor de una mirada—No ha hecho movimiento aun ese precioso gérmen? Esperad, un solo momento basta y se espande y crece y se desarrolla. Prestemos atencion á los enamorados que arrullando amores allá se van.

--Cuando estemos en Buenos Aires, Clara, ya tú no me pertenecerás por entero—hay muchas cosas que te van á distraer allí.

—A distraerme de tí, mi amigo? Si tal creyera, no entraria, tendria miedo Irene, por que, sabes tú lo que eso seria? distraerme de la felicidad,—y tengo sed ardiente de ella—Pero, cuál es el alcance de tu observacion?

—El mismo que tú acabas de espresar—tengo sed de tí y no sé por que, pero me parece que en la gran ciudad vá á disminuir su caudal el manantial de mi ventura—Hay egoismo en eso, Clara?

—El dia que tú dejes de ser egoista en ese sentido, tu Clara se percibirá de ello por revelacion, y por revelacion tambien, siento aquí, en este corazon que es tuyo todo entero, que ningun dolor humano, podrá sobrepujar al que le cause la herida que de esa impresion reciba—No, no ceses nunca de ser egoista por lo que á tu Clara concierne, pues la matarás.

—Oiga mi oído siempre acento como esos, Clara mía, y Buenos Aires ó el desierto, serán para mi casinos de armonía. Habla mi Clara; habla y mírame, hay en tu voz y en tu mirada, todo un mundo de alegrías; hay promesas, hay mas que eso, hay realidades, ante las cuales la duda se anega, en un mar de felicidades.

Tú eres un gran maestro, mi Irene—Si, un gran maestro, puesto que hablas de armonías y felicidades, en un idioma, del cual se desprenden unas y otras, á raudales. Habla, mi amigo, habla, que tu Clara, no siempre oyó la pobrecita, tales melodías celestiales.

Suspenderemos este duo, que los enamorados se encargarán de continuar con inflexiones mas gratas á su oído, y daremos cuenta de un incidente que, en obsequio de la verdad, no es comun en nuestras campañas, pero que suele presentar un desagradable espectáculo al transeunte. Bandoleros? No, no hay de ese género en la América, el viajero puede cruzar por dó quier, con su caballo ricamente enjaezado, y con tal que no se deje ganar al *paro* los jaeces, es seguro que volverá con ellos á su casa.—No, no bandoleros, es simplemente de un mendigo que tratamos; no como aquel que nos cuenta *Lesage* en su popular novela de *Gil Blas de Santillana*, que pidió á este su héroe aventurero, la bolsa ó la vida con las palabras y el acento de la plegaria en nombre de Dios, al mismo tiempo que le encaraba su fusil; no, no de esa especie, sino simplemente un mendigo mendicante.

Gorgeando amores se iban nuestros amantes, tanto y tan bien que su espíritu se habia transportado á los espacios dó el idealismo mora. Qué extraño, pues, que no hubieran visto acercarse al individuo de que á ocuparnos vamos? No, no le vieron y los disculpamos con todo el poder de nuestra voluntad. No le vieron, pero un cierto acento plañidero los arrancó á su éstasis divino. Entonces las ardientes pupilas se sustrajeron momentáneamente al magnetismo que las fascinaba y veladas por emoción sublime descendieron á la tierra.

Un estremecimiento á penas perceptible recorrió el ser im-

presionable de la bella niña cuyos ojos cautivaron al *Centauro*. Frente á ellos á muy corta distancia, se habia detenido un ginete haraposo, montado en un caballo que servia de pendiente á su figura. No entraremos en detalles repugnantes.

*Era un mendigo de atezada faz,
Gravados, ay, sobre la cálva frente,
Los ondos surcos del dolor tenaz!*

Todo lo espresó el malogrado Berro, en esos sencillos y sentimentales versos; qué mas podríamos añadir, que al alma religiosa conmoviese mas?

El mendigo tendia su mano octogenaria; Clara metió su mano en uno de los bolsillos del tirador de Irene y sacó una onza de oro, dándosela á este, que la pasó al anciano, diciéndole:

—Mucho mas que eso estamos dispuestos á hacer por usted, mi padre. Si usted quiere y puede, á la vuelta lo buscaremos, lo llevaremos á nuestra casa y ya no tendrá que mendigar mas.

—Seria pesada carga para usted, por lo demas tengo familia y á ella pertenece de derecho, el cerrar los ojos al mendigo, cuando Dios sea servido llamarlo á sí. Somos muy pobres, y aunque la caridad se manifiesta sin esfuerzo, lo bastante para que no carezcamos de lo necesario, las necesidades de los pobres son muy limitadas; hoy, la dádiva de usted va á comunicar á las gentes de mi rancho, una alegria loca. Dios los bendecirá, como las bendice el pobre, tanto por la satisfaccion que á mi proporcionan, cuanto por la que se deja ver que ustedes experimentan, santificando así la oblacion.

Esto dicho, el pobre anciano saludó y se fué, dejando á nuestros amantes no poco lisongeados de una conclusion que habria hecho sonreir de placer á un coro de ángeles, por el goce que de las perfecciones de la creacion, á raudales se desprende.

Por qué las instituciones republicanas de la América, dejan acaso, la mision de hacer brillar esas perfecciones? Por qué en las campañas suelen encontrarse mendigos octogenarios espuestos á todos los percances de las intemperies? Son raros los casos, es cierto, pero mas bello seria que nunca se presentasen. La humanidad considerada individualmente, no es menos acree-

dora á la atencion de la beneficencia pública organizada, por hallarse fuera de la vista de sus agentes. La beneficencia debe ser como las lluvias fecundizantes de los gérmenes, debe caer allí donde sea necesaria. La mansion en hospicios no puede convenir á los séres acostumbrados á gozar del aire puro y delicioso de la libertad; pero la beneficencia puede penetrar en sus humildes habitaciones—qué no puede ella cuando no se practica solo por ostentacion?

Ya que estamos en el terreno de las humanidades que se esteriliza por falta del rocío de la beneficencia, no le hemos de abandonar sin dejar caer en él una simiente que pudiera germinar, si los jardines del vergel social llegan á apercibirse de ella.

En nuestras capitales se ostentan hospitales bastante bien tenidos, bajo las designaciones de *caridad*, *beneficencia*, ú otras; por qué esos establecimientos que dignifican á la sociedad bajo cuyos auspicios se elevaron, no tienen sucursales en los pueblos de campaña? La caridad y la beneficencia necesitan que las vengan á buscar á ellas los menesterosos ó los desvalidos, ó son ellas las que deben buscarlos y ampararlos por dó quier que sus dolores giman?

Los americanos y mas que ellos, las americanas, no desperdiciaron jamás la ocasion que se les presentó, de poner de manifesto los tesoros de caridad evangélica que su pecho encierra. Un inmenso gemido de sobre-humano dolor, partió de las ruinas de la infeliz Mendoza, lanzado por los desgraciados que sobrevivieron á esa catástrofe, conmovedora hasta la demencia! Un sacudimiento eléctrico, espontáneo, contestó á aquel clamor, y de todas partes, de todas, las manifestaciones de conmiseracion, fueron á aliviar en lo posible tantas desgracias, ocasionadas en un instante, por un accidente de la naturaleza física.

Presentamos un hecho tan elocuente, que por sí solo basta á probar que con una direccion inteligente, las miserias y los dolores ignorados, serian completamente estraños á la América. Gloria á la América!

Mientras nosotros palabreamos de esos paisajes que dejamos diseñados para que la nueva generacion les dé brillante colorido, si los cree dignos de ocupar sus pinceles, nuestro interesante—nos esforzamos por hacerlo parecer tal; la imaginacion entusiasta de nuestros lectores, suplirá la debilidad de nuestras imágenes;—nuestro interesante grupo avanzó terreno y ahora los encontramos encajonados entre los cercados de añejos tunales, que distinguian los arrabales ó estramuros, del Buenos Aires de aquel entonces, que nosotros alcanzamos á observar y que reducian lo que podia llamarse la ciudad, dándole mucha latitud á la palabra y al espacio; por el sud, hasta la residencia ó templo de San Roque; por el oeste, hasta espaldas del templo de San Nicolás; por el Norte, hasta la línea de las Monjas Catalinas. Habia calles que se estendian algo mas, y muchas otras, al contrario, los tunales invadian, protegiendo con sus ramales caprichosos y poco cariñosos al tacto, vetustos pero fructíferos bosques de variedad de especies. De día, no carecia de atractivo aquello, pero de noche, húm! preferimos la iluminacion á gaz, los terrenos nivelados, las calles empedradas, flanqueadas de bellos y elegantes edificios, que han suplantado á las tunas con superioridad artística.

Nuestros amigos van, envueltos en el polvo que los cascos de su caballo aventan y aun pueden considerarse felices, de no hacer su entrada en tiempos de lluvias, porque entonces su caballo hubiera tenido que bracear entre fangales sin término, á veces á *bola-pié*, donde el que se aventuraba, podia salir sin duda, pero no, sin su correspondiente capa de fango, mas ó menos líquido, mas ó menos espeso, desde la copa del sombrero abajo, en progresion creciente.

Felizmente, pues, no era la estacion de los barriales; la hija de las praderas habria sentido su corazon oprimido y de seguro una impresion muy desagradable, la hubiese predispuesto á ver con mal ojo á la ciudad, que dentro de aquel lago de fango se encerraba. Pero al contrario, todo le parecia alegre, todo le causaba maravilla, y cuanto mas avanzaban, mas oprimia su brazo mórvido la cintura de su amado, creyendo perderle

con el vértigo simple, que apoderándose de sus sentidos, por grados iba.

Irene gozaba con la cándida sorpresa de la jóven, que daba á su fisonomía un encanto irresistible, y la decia:

—No ves, Clara, no te lo habia prevenido? ya no soy yo, el objeto de tu preocupacion, y sino estuviéramos tan adelantados, volvia grupa á la ciudad, para reinar yo solo—pérfida ciudad que me quiere robar mi dueño!

—Qué estás diciendo, mi amigo? esto me causa maravilla, pero no embelezo. Me parece que no respiro bien aquí. Es sin duda bien hermoso todo esto; pero el aire falta, mi amigo. Yo viviria gozosa donde quiera que tú estuvieses; pero en tu casita de las islas, con tu interesante familia, respiraria con mas libertad.

—Esa opresion que parece sentir, á la vez que gozas con el espectáculo nuevo que la ciudad te presenta, es una impresion pasagera; lo mismo me sucedió á mi la primer vez que vine aquí y mucho peor aun; nada me cautivaba, todo lo veia con mal ojo, y si de mi hubiera dependido, habria vuelto á salir inmediatamente; pero venia con mi madre y mis hermanas. Sin embargo, al dia siguiente, la mala impresion cedió el lugar á una curiosidad creciente durante dos ó tres dias, hasta que el recuerdo de los campos, empezó á tomar la iniciativa y triunfó, haciéndome insoportable la permanencia en la ciudad, y volví á ganar el campo, con una satisfaccion indecible. Satisfaccion, Clara querida, que cuando la esperitemos juntos dentro de tres ó cuatro dias, hará delirar nuestros amores, más aun, si eso posible fuera, de lo que deliran ya.

Mas todavia, queria Irene? No lo creais lectores, el que delira es el viejo narrador. *Se le hace bueno*: dijera Bruno el campear, si de la cosa pudiera ser impuesto—un viejo tratando de esas materias no se para jamás.—Nosotros deteniéndonos en obsequio de las *aventuras*, presentaremos una escepcion de la regla, que quizá no tiene, ni pretérito ni futuro.

Volvamos á los jóvenes amantes que han enmudecido, perdidos ya entre el tumulto de la ciudad dó la libertad tomó su

asiento. De esa ciudad donde se trabajó constantemente en medio del fragor de los combates y del polvo de las contiendas civiles, por levantar un templo á la *Concordia*, para lo cual obreros infatigables de todas las subdivisiones de la república de Mayo procuraban reunir los materiales, que eran luego dispersados por los huracanes resultantes del choque de las pasiones. De esa ciudad donde hoy, la perseverancia y la inteligencia oponiendo un dique inespugnable á los malos instintos, recogen laboriosamente aquellos materiales dispersos, para darles dignísima aplicacion.

Concurrid americanos todos! vosotros los descendientes de aquellos esforzados varones que se engalanaron un dia, con el honroso título de CIUDADANOS DE LAS PROVINCIAS UNIDAS DEL RIO DE LA PLATA; título conquistado en los campos de batalla regados con su sangre!

Concurrid á la construccion y consolidacion de ese monumento y rendid en su recinto augusto, culto homenaje á la concordia, y tendreis en él el paladion de vuestras libertades, de vuestra independencia y de vuestro honor.

Tened presente, americanos, que para obtener ese resultado de espléndido porvenir, es que se escribió con sangre, la historia de los inmensos sacrificios hechos en holocausto al derecho humano y á la gloria!

Concurrid con fé á la construccion del templo de la Concordia, que dará un golpe de muerte al mezquino espíritu de localismo, sustentará el esplendor de la patria y realizará los altos destinos de esta porcion privilegiada de la herencia humana! . .

Aqui se nos ocurre, que algunos de nuestros lectores, metódico en sus ideas, se preguntará qué relacion tienen esas expansiones, intelectuales remontándose á las altas regiones de la esfera social, con las frívolas correrias de un gaucho matrero, á quien presentamos enamorado como un amartelado caballero de la edad media? A eso contestaremos, que es un solemne majadero el narrador en no haber previsto que podia provocar una observacion de tanta magnitud.

Es cierto; es una majaderia, pero, á todo pecado misericordia

y adelante, y entremos en el Buenos Aires de . . . 1820 á 1830. En esa década, lector, no podreis determinar el año, nosotros no nos hallamos mas adelantados, pero, qué le hace eso? la historia, oh! á la historia se puede exigir la determinacion precisa de las épocas, pero á las aventuras transmitidas por tradiciones lejanas, conservadas en el recuerdo, basta que las encerremos en un período de tiempo, sin fijar día y hora á los incidentes. Solo si, os diremos, que hacia mucho tiempo que Irene Campoamor se burlaba de las policias de campaña, y no creais que era él solo; habia otros muchos que campeaban por sus respetos; y hoy en día (1864) creis que no los hay? Si tal es vuestra creencia, os equivocais. Hay matreros—una especialidad de contrabandistas de frontera que trafican con lo suyo y con lo ageno—ni tan escrupulosos, ni tan atrevidos como Irene. Este no tomaba la propiedad particular, pero á título de represalias, siempre que podia disponia de la hacienda del Estado que se hallaba al servicio de la policia de los departamentos; ya os lo habemos dicho; arrebatava los caballos, lo cual le daba dos resultados: dejarlos á pié y por consiguiente en la imposibilidad de perseguirlo por el momento, y medios para resarcir los perjuicios que le originaba la persecucion; esto, amen del prestigio de que lo rodeaba el atrevimiento de tales empresas. Otros que él, en grande escala, se valieron de medios infinitamente mas reprobados para proporcionarse recursos en empresas criminales, que hasta llegaron á obtener honores y distinciones. Los matreros de hoy en día no llevan las cosas al extremo que las llevaba Irene, no porque les falte corazon, le tienen tan bien templado como aquel, pero á mas de que no es ni con mucho tan fácil como en la época de Irene, habérselas con las policias, se puede especular de noche con menos riesgo y mas provecho.

Estos son males, y si fueran solos!—inherentes á las divisiones que van á desaparecer por medio de la union, en la cual los indígenas van á contar por algo, si sobre ello, se consulta al buen sentido—Para la constitucion de las naciones, se abatieron las murallas que la subdivieron, y allí donde fué teatro de repugnantes y sangrientos dramas, florecen hoy pueblos

ilustrados á la sombra de instituciones dignas de los pueblos y de los hombres que lo componen. La América tiene forzosamente que imitar aquellos grandes y elocuentes modelos, siu pena de pasar por la conquista de la iniquidad.

Dunque, ora é il tempo da ritrarre il coilo dal giogo antico
E squarciare il velo che é stato avvolto in torno all'occhio nostro.

Si, el yugo antiguo fué trozado en Tucuman, el Cerrito, Maypú, Chacabuco, Junin, Ayacucho, etc. etc.; pero de sus trozos se hicieron teas de discordia, que solo serán apagadas cuando el génio de la revolucion descorra el velo que oculta á los americanos las magnificencias de su porvenir.

Entremos en Buenos Aires, busquemos á los pasajeros que no irán poco espantadizos, al verse en aquel laberinto de anchos senderos, flanqueados de murallas á pique, foco de movimiento y de bullicio. Ah! pero volvemos á la machaca, el Buenos Aires de aquel entonces no era el Buenos Aires de 1864. A muy corta distancia de la plaza de la Victoria, en cuyo centro se eleva la ridícula pirámide de Mayo, formando contraste con la magestuosa arquitectura del templo que á su frente descuellas: pirámide que mal haya el escrúpulo que tendríamos al verla supplantar por la estatua del *gran capitán* americano, cuyo génio inmortalizó el paso de los Andes; en el pedestal de la cual, haríamos incrustar con oro vírgen, estraido de los flancos de esa misma cadena de montañas, el dístico que Arriaza escribió al pié del retrato de un guerrero amigo suyo.....

Qué estás mirando?—El númen de la gloria.

Qué le pides?—La muerte ó la victoria.

..... asociando asi una gloria literaria española del siglo diez y ocho á una gloria bélica americana del siglo diez y nueve. Nos gustan esas aproximaciones, tanto mas, cuanto que es bello agregar á los esplendores de la libertad, los raros destellos de luz que surcan las tinieblas del despotismo.

Ibamos diciendo que á muy corta distancia de la plaza de la Victoria del Buenos Aires de la segunda década del siglo diez y nueve, estaban: *el hueco del penitente, el sanjon de las ánimas,*

la esquina de los ladrones, el puente del peligro, y á la altura de estos sitios de nombres poco alicientes, para los ánimos timoratos, estaban los suburbios de la ciudad, mas alarmantes aun, despues de ponerse el sol, con sus muros de tunas aspillerados y sus casillitas ó nichos de ánimas, conmemorativos de otros tantos actos de violencia, coronados por la muerte. La ciudad es chica, pues, lo que nos proporciona la ventaja de encontrar fácilmente á los parejeros apareadores, arrogantes conductores de la ninfa de las praderas y del vencedor del leon de los jales.

Hélos alli que se detienen á la puerta de una casa de humilde apariencia en la calle de . . . de . . . al diablo la nomenclatura; las victorias de la independencia lo echaron á perder todo—En lugar de los canónicos nombres de otro tiempo—del tiempo que recorreremos con la imaginacion—hoy solo se ven pala bras que hacen fruncir el hocico y arrugar el entrecejo á los hipócritas, santurrones y gasmoños que lagrimean despues al recuerdo de nuestros padres, fanatismo y despotismo—Hagamos justicia á la época, no hay de ese género ya—quién sabe; pudiera haber quedado algun resto y por si ó por no, le enviamos esa andanada.

Qué significa toda esa nomenclatura de moderna data? El Cerrito, Tucuman, Junin, Ituzaingó, Chacabuco, Sarandí, las Piedras, qué quiere decir todo eso?

--Es la historia de la Gloria, americanos; gravada en mármol.

--La historia de la gloria?

--Sí—y quereis creer que se preconiza el absurdo de invocar un principio, que se pretende autorizar ó profanar esa gloria dividiéndola?

--Dividir la gloria!

--Comprendeis la enormidad del contrasentido? Comprendeis cómo esa aberracion moral, puede llevar las tinieblas al espíritu? Dividir la gloria, para conquistar la soberanía y la independencia, cuando es en la unidad de esa gloria que reside la independencia y la soberanía? Cuando fraccionarla, reta

cearla, reducirla á girones, es lo mismo que arrojar sus despojos á los piés del conquistador?

—Sois un soñador sublime.

—Soñadores son, no sublimes sino insensatos, los que pretenden dividir las joyas de la corona de gloria tejida por la revolucion. Por ventura, nos hemos sustraído á la tutela de nuestra madre, para entregarnos á la dominacion de los estranos? No comprendéis que ese infausto proyecto de division, tiene que luchar contra terribles resistencias? No os habeis convencido aun, con tres décadas de combates fratricidas, que la razon de Estado no puede ceder á exigencias personales?

Pensar que semejante proyecto—de imposible cumplimiento!—pueda llegarse á realizar, es un crimen de lesa patria! Es un pensamiento que degrada al ciudadano por fugaz que á su imaginacion se presente!

Antes que tal humillacion sufrir, es exelsa virtud—es inmaculado heroismo, en volver á la Patria en inmenso sudario empapado en la sangre de sus hijos!!

Habria gloria en sucumbir así—gloria inmarcesible! Se muere con gloria siempre que se muere por sus convicciones.

Habria degradacion é infamia en sucumbir á la conquista, que seria la consecuencia de la division!

La Patria conquistada! Cuál es el americano que quisiera hacerse solidario de semejante sacrilegio? y sin embargo, ese es el porvenir que presenta la division.

Dejad vagar vuestro pensamiento por la América—hacedle detener sobre las márgenes del magnífico golfo mejicano—Ved una república sofocada bajo la planta insolente del conquistador—Fué la division insensata de sus hijos, lo que la condujo á esa humillacion.

No hay que hacerse ilusiones; ese es el porvenir que nos espera si no rendimos culto á la razon, que en el templo de la concordia tiene su altar.

Es cierto que allá en dias aciagos, la intriga y la cábala lograron fraccionar á la patria por hecho transitorio—pero de derecho—pero moralmente, jamás fué dividida, ni pudiera ser

lo tampoco, porque la razon de Estado, omnipotente, se opone á ello.

Hemos visto á la patria morir de nostalgia al ver mancillado su esplendor—Hemos visto despues á ilustres americanos sustentarla en pujante esfuerzo y hacerla renacer á la vida y á la esperanza—y ya la vemos tambien alzarse majestuosa, pres-tándose graciosa á ser embellecida con espléndidas galas.

Sí—y si tendemos la vista del pensamiento al porvenir, podemos contemplar ese mirage de fantástico esplendor, resultante de la union, de la regeneracion, de la consolidacion.

Las ciencias, las bellas artes, la industria, desarrollada bajo todas las formas reales existentes y bajo todas las formas ideales del progreso, explotando los inestinguibles tesoros que prodiga naturaleza encerró en el fecundo seno de la América!

Cuántas maravillas, cuántos prodigios de concepcion, haciendo resaltar la magestad de sus dilatados, caudalosos y pintorezcos rios, que fecundizan ese rico seno henchido de esperanzas!

Cuánta animacion, vida y alegría, imprimirá á su fisonomía de vírgen naturaleza, la civilizacion y el progreso resultante de la union!

Vemos al vapor surcando las líquidas llanuras de los rios y canales y cruzando tuneles gigantescos, abiertos al comercio en la encumbrada barrera de los Andes!

Vemos á la electricidad circunscribiendo los espacios á la esfera del pensamiento, balanceándose sobre los rios y canales—dilatándose por los tuneles y envolviendo á la América en mil hilos conductores de la palabra, transmitiendo instantáneamente las ideas, desde el istmo de Panamá hasta la tierra del fuego!

Es dulce, es entusiasta, ver por entre el prisma de la imaginacion todas las invenciones del Siglo, trazando en el mundo de Colon, la marcha triunfante de la idea!

Qué es lo que se necesita para ver realizados en su mayor parte todos esos enblemas de la prosperidad? La union. La concurrencia de las fuerzas, vivas, inteligentes. La abstraccion completa de toda idea que no concuerde con la gloria de la patria y de sus hombres. La abominacion de todo pensamiento

que tienda á la desmembracion que tarde ó temprano y sin que poder humano lo resista, será la muerte de nuestra nacionalidad—la degradacion de nuestro cuerpo social—la infamia de los hijos de la revolucion que no supieron apreciar y conservar la rica herencia que sus padres conquistaron á fuerza de tantos sacrificios.

Combatimos aqui las ideas subversivas, porque á fuer de patriotas y de hombre de esperiencia consumada, las combatiéramos, ni mas ni menos, que como el cristianismo ó mas bien, la supersticion, combatia al diablo en todos los actos de la vida humana con el signo de la redencion. Por lo demas, estamos persuadidos que nuestro palabreo, no ha de influir en lo mas mínimo en los destinos de la América, ni en las resoluciones de los hombres, que han de obedecer á otras influencias, á las cuales no se puede ni argumentar ni resistir. *Deus ex machina!*

Irene descendia con su Clara á la puerta de una casa de humilde aperiencia al exterior, pero que no carecia de comodidades interiores, tanto para él y su cuca chica, como para los beneméritos parejeros. Como esa casa eran casi todas las del Buenos Aires antiguo, y por lo que respecta á las comodidades interiores, lo es aun el Buenos Aires del dia; resultado muy ventajoso, obtenido por el sistema de las manzanas de ciento y cincuenta varas laterales. Sistema que no se observa en los pueblos de campaña, no sabemos por qué razon, y no es seguramente, ni por falta de espacio para dar á las manzanas mas amplitud, ni consultando las conveniencias domiciliarias. Si fuéramos encargados de marcar la traza de un pueblo, sin andarnos con consultas ni exámenes que peinarían canas, daríamos á las manzanas ciento cincuenta varas laterales ó lo que es lo mismo, veinte y dos mil quinientas varas de área ó superficie. Tenemos tan á pecho esto, como si nos hallásemos en el caso de elegir entre una casa de cien varas de fondo y otra de ciento cincuenta en igualdad de proporciones por lo demas, lo que todavia es una concesion á favor de las cien varas, pues bien podíamos exigir el aumento de frente con relacion al fondo. El diablo es el tal narrador, ha

hecho en su libro un embolismo de materias etereogénas. No lo lleveis á mal, lectores, pues no pensamos escribir otro y aprovechamos la ocasion que este nos proporciona.

La casa á cuya puerta Irene y su Clara descendian, era conocida del primero, por ser donde residia una antigua conocida de su madre, que acostumbraba hospedar á la familia y á él en sus viages á la ciudad—En cuanto á Clara, ya lo hemos dicho, era la primera vez de su vida que veia una ciudad ó un pueblo cualquiera, teniendo antes, una muy imperfecta idea de esas susurrantes colmenas humanas: asi es que la pobrecita inocente estaba no poco maravillada y algo inquieta.

Esa primer impresion es muy natural y no la hemos de llamar *guaza* por ello, ni decir nada tampoco, á no ser para repetir la frase vulgar: *á todo se acostumbra uno*—Es cierto, lo mismo á la actividad que al reposo—lo mismo á la independenciam, de accion, que á la sujecion absoluta—testigo, entre muchos, el célebre *Latude*, que al decir de las historietas, estubo catorce años en un calabozo de la Bastilla, aherrrojado y sujeto al muro por una cadena—Quino era Latude, pero bajo el antiguo-régimen, los ejemplos de ese género no escaseaban. La revolucion ya hizo justicia—algunos inocentes fueron confundidos con los culpables, pero la sangre de esas víctimas, nunca pudo manchar á la revolucion, sino á las causas que la provocaron: el fanatismo y el despotismo; los males vienen de ellos, á ellos los males van.

Cuando Irene llamó á la puerta de la casa, á falta de pica-
porte con la argolla del rebenque, se oyó en el interior una voz que asi decia:

—Rita—llaman á la puerta, negrita; corre á ver quién es.

Una negrita jóven, accesorio humano indispensable á las familias de aquella época, abrió la puerta—Irene entró saludándola con una caricia, como hubiera podido hacerlo con un perro; no porque él despreciase á los negros, sino porque era mén-gua—y es, mal grado la libertad que en gran parte les debemos, manifestarse atento y civil con ellos, sin tener en cuenta que los autorizamos, no á usar de represalias ostensiblemente—son

demasiado débiles para ello, pero en reserva. . . . El hombre blanco se llama á si mismo, modestamente; el ser perfecto de la creacion, pero en lo que menos piensa, es en modelar sus procedimientos por los del Creador, que en la naturaleza entera, le ha escrito leyes irresistibles de elocuencia y de verdad, resúmen, sabiduria.

Irene entró llevando de la mano á su bella criada, y dirigiéndose á una viejesita que sentada y tomando mate, bajo de un emparrado estaba.

—Quién es? dijo la buena señora levantándose y mirando con profunda intencion á los visitantes.

—Un amigo, señora—un amigo viejo que viene á pedirle hospedaje para sí, su compañera y sus caballos, si es posible.

Al decir esto, Irene estaba al lado de la anciana que le tenia agarrado de un brazo y le miraba empinándose sobre la punta de los pies, con la mas peregrina preocupacion.

Ave Maria purísima! dijo por fin; muchacho! bendito sea Dios! es para no creerlo: trae sillas negrita; válgame Dios!

La exelente anciana plegó sus miembros cayendo sobre su sillita sostenida por Irene.—Dominada por una emociion cuyo precio no conoce el que no la haya experimentado, ó al menos presenciado con corazon de hombre, tenia el rostro bañado en esas lágrimas que hacen llorar y Clara tambien lloraba, habiendo caido de rodillas delante de la anciana.

Esto duró un momento y el pecho de la anciana se dilató y sin decir palabra abrazó á Clara y la besó repetidas veces. Luego se levantó diciendo: á este hombron para abrazarlo, ne. cesitaria mandar traer una escalera. Sentáte hijo, sentáte—ya no esperaba volverte á ver, habiendo pasado tantos años; pero qué guapo estás, sino fuera por la costumõre antigua que no se pierde asi no mas, no me atreveria á tutearte, Y esta preciosa niña, quién es? Hablá hombre, que pareces un mudo.

—Es mi muger, señora, para servir á Dios y á usted.

—Y yo te digo que es un ángel á quien es preciso servir y no exigir servicio. Es tu muger? qué bella y qué buena es, procura merecerla hijo—Dios te la conserve.

—Pero señora, y usted cómo sabe que es buena?

La anciana se llevó la mano al pecho diciendo:

—Vaya una dificultad, solo los hombres preguntan eso, y no la has visto llorar con mis lágrimas? Venga para acá mi hijá, arrime su silla; es linda como una imagen. Y tu madre, Irene y toda la familia? Desembuchá hombre, que estás ahí que parece asonsado. Quién sabe cómo estará el mate que está trayendo esta negrita, está á tu gusto, Clarita? Tú tomas dulce? Si, dulce, quién toma amargo? eso está bueno allá para los camiluchos. Pero vamos á ver Irene, tienes que empezar desde el dia que estuvieron ustedes aqui, la última vez.

Señora, voy á hacer lo posible por satisfacer á usted pero antes.....

Pero antes quieres acomodar tus caballos. Eso es, estos gauchos no piensan mas que en sus caballos. Bueno pero no, es razonable pobres animales, tambien son criaturas de Dios.—Hacerlos entrar y que tio Juan vaya á comprarles pasto.

Al decir esto la anciana sacó de la ancha faltriquera de su vestido, un bolsillo de punto de cadeneta, por entre cuyas mallas, se veian brillar algunos de los últimos restos de las monedas, con la efigie de *Carlos IV* ó *Fernando VII*, que no habian sido enteramente suplantadas todavia por el papel moneda de crédito decreciente, con la inestabilidad de nuestras cosas.

Irene quiso opouerse á que la señora. diera para el pasto, diciendo que teuia necesidad de hacer cambiar una onza de oro.

—Una onza? dijo la anciana. Vaya, este está loco; por un medio no se manda cambiar una onza y por un medio, dan tanto pasto, que no lo comen tus caballos en veinte y cuatro horas.

Irene tuvo que reconocer la exactitud de la observacion, pues era cierto que en aquella época una carrada de pasto cuando muy caro, valia un peso duro y doce reales una vaca gorda con cuero y astas, ó lo que es lo mismo en pié—Esto decimos por incidente—Que se hizo de aquella baratura? Ah! es que la carestía, es el sistema mas significativo de la prospe-

ridad; aumentan los consumidores—aumentan los capitales—
aumenta el precio de los productos—esto es lógico.

Después que Irene hubo acomodado á su caballo convenientemente, bajo un galpon techo de paja que en el fondo de la casa habia, volvió bajo el emparrado donde la señora, en coloquios con su Clara estaba.

—Ya te desocupastes? No es poca suerte—Sentáte aquí al fresco y dame relacion de todo, martelon, que es necesario es tarte arrancando las palabras.

Irene, quiso que no quiso, tuvo que contar toda una historia, no poco interrumpida por las exclamaciones de la señora é invocaciones ortodógicas á cual mas peregrina, parte integrante de la elocuencia de aquellos tiempos de melancólico recuerdo.

A prueba puso la buena anciana, la paciencia del gaucho altanero, que viendo que la sesion se hacia interminable, se levantó diciendo:

—Voy á dar una vuelta por la ciudad, señora, y le dejo á Clara—Tengo que hacer algunas comisiones que deseo desempeñar hoy mismo.

--Bueno, andá no mas—Dejála á Clarita—ella y yo nos hemos de entender pronto. No te vayas á perder.

--No hay cuidado, señora—todavía me acuerdo.

Clara acompañó á su amigo hasta la puerta, diciéndole cuando se alejó:

--Te espero prontito.

Habeis visto á un gaucho jóven, alto, delgado, ondeante cabellera, frente espaciosa y ojos rasgados, llevando su cabeza en altivo ademan, cubierta á lo jaque por sombrero gacho; chaquetilla andaluza, chiripá cruzado á lo entre-riano, sobrepuesto en la cintura, por bordado tirador frangeado de seda y guarnecido de monedas de cordoncillo y cruzado por la daga de empuñadura y vaina de plata cincelada; calzoncillo de fleco y un palmo de cribo como un encage, cayendo sobre la bota de potro con delantal blanco que ajusta un pié que envidiaría un dandy? Habeis visto á ese gaucho montado en un hermoso caballo que solo lleva por cubierta una linda jerga pampa?

Le habeis visto? decid, no es una arrogante figura de jinete esa? Hay en las actitudes estudiadas algo que se pueda comparar con esa elegancia natural?

Os hemos presentado un modelo de nuestro héroe cruzando por la plaza de la Victoria, que entonces no estaba vedada al transeunte ecuestre. Cuando se acercó á la pirámide se detuvo y la contempló un momento en silencio; luego la dirigió el siguiente apóstrofe:

Ahí estás tú, escuálido geroglífico de una idea —Qué es lo que vas á transmitir á las generaciones futuras; los esplendores que de esa idea se desprendieron, á los fúnebres resplandores del volcan que amenazaron en tinieblas envolverla?

Y aparte de eso, qué pensará la posteridad de la riqueza de concepcion y de medios del pueblo que te elevó? No vas mas bien á atestiguar el ningún fervor patriótico que á tu construcción presidió? No éres mas bien el símbolo de la miseria que alumbraron los albores de la libertad?

Lo cierto es, que tu vista inclina mas bien el ánimo á la tristeza ó á la indiferencia, que á los arranques de entusiasmo que inspiran los recuerdos de una magnífica y espléndida epopeya, por las causas que abrieron su escenario y por su cumplido y brillante desenlace.

A Dios, tu vista de tal manera me impresiona de la muerte, que con gusto veria mezclar los materiales de tu composición, con los que sirviesen á la construcción de una rotunda destinada á recibir los restos preciosos de los héroes, que en su vida, impidieron tu derrumbe.

Tal dijo Irene y pasó y recorrió diversos negocios en el desempeño de diversas comisiones de que le encargaron su familia y sus amigos, y luego—preciso es decirlo!—al lado de su amante Clara volvió y á la puerta de calle, esperándole la encontró.

—Ya estoy aquí, mi Clara bella, dijo saltando del caballo á la vereda.

—Es una felicidad, contestó la niña con un mimo de reconvenccion. Tú me decias en el camino, que yo no te iba á perte-

necer exclusivamente en Buenos Aires, y éras tú el que no me ibas á pertenecer á mí—Mucho has tardado.

—Sí, mi Clara, es cierto—pero crees tú que no lo he sentido yo? Era preciso—no queria fatigarte sin necesidad, haciéndote recorrer cinco ó seis casas desconocidas ó poco menos, á que tenia que ir por recomendacion de mi madre y de mis amigos. Ahora ya estoy desocupado y no nos separaremos mas. Y la señora, has simpatizado con ella?

—Mucho, es una excelente anciana. En ella, vuestra madre supo hacer una distincion acertada; no se puede exigir mas prevencion y amabilidad.

—Me alegro que la aprecies así, porque mi madre hace gran caso de ella. Es un poco preguntona de mas, la señora, pero eso mismo, es una prueba de su bondad y del interés que por nosotros manifiesta. Entremos.

Haremos gracia á nuestros lectores de los detalles subsiguientes, por lo que resta del dia y de la noche primera que en Buenos Aires con su Clara, Irene pasó. Ellos como nosotros, deben pensar que la pasó, lo mejor que pasarse puede, *en el mejor de los mundos posibles*.

Temprano, bien temprano se levantaron los jóvenes en la mañana del siguiente dia, pues convenido habian, el ir á oír misa á las Monjas Catalinas, iglesia que á corta distancia de allí se alzaba. Era temprano, pues ya la señora anciana dueña de la casa, de descote bajo el emparrado estaba, dando las convenientes órdenes para la policía interior, á media docena de negros de ambos sexos y edades varias que repartiéndose la tarea entre sí, nada, ó quasi nada, que hacer tenian. Decimos esto, que puede graduarse de exageradamente frívolo, únicamente para tener el pretesto de observar que bajo el régimen colonial y despues de la emancipacion, las mas de las familias, tenian en el interior de sus casas, muchos individuos de raza africana, mas bien por espíritu de caridad, que para servirse de ellos; pues casa habia y entre ellas, la de los padres del narrador, donde un sirviente habria bastado, y llegó á contar

una docena, que como es consiguiente pasaban la vida, entregados á tareas propias, de mero entretenimiento.

Los jóvenes se acercaron á saludar á la señora, que les dijo:

—Mucho han madrugado vds. Dios los bendiga. Van á misa, pero antes es permitido tomar un mate; hay tiempo, no han llamado mas que una vez y la iglesia está muy cerca. Siéntense. Rita, despacháte con el mate.

Luego la buena anciana hizo sentar á Clara bien cerca de ella, le arregló el tocado, la besó y acarició como pudiera una madre cariñosa, diciendo al mismo tiempo á Irene:

—Este bribon, cómo iria á dar con esta perla. Pues ya es nada, el primor de la criatura y decir que toda esta riqueza va á perderse allá entre los camiluchos. Quedáte aquí, Clara, y dejálo que se vaya solo ese martagon.

Irene contestaba algunas bromas, diciendo por último:

—Bueno señora, yo á todo me conformo; si Clara quiere quedarse. . . . yo estoy pronto á dejarla.

—Mentís, embustero. . . . no le creas, Clarita. . . . este es un bandido, como son todos ellos los gauchos; pero bandido y todo, bien sabe el camandulero la joya que se ha apropiado, sabe Dios cómo, y no la solitaria, no; yo seria la primera, si eso posible fuera, que le tendria y trataria, como á un perdido mentecato. Pero no hay miedo que eso suceda.

Aquí iba la anciana con su amable cháchara, cuando el melancólico tañido de una campana anunció á los fieles que el sacerdote revestido con sobre-pelliz y estola, estaba pronto á empezar el sacrificio de la misa, á que Clara é Irene debian asistir.

—Pronto, dijo la anciana, ahora sí que no hay que detenerse mas. Tenme presente en tus preces, Clara; le doy mucha importancia á eso, porque es imposible que no sean recogidas por los ángeles y depositadas al pié del trono del Altísimo, Soberano Señor del Universo.

Dicho esto, dió su bendicion á la humilde y bella jóven, y la empujó suavemente hácia la puerta.

A pesar de la sorpresa de Clara cuando se vió dentro de la

nave sagrada, que para ella era, de una magnitud y magnificencia sin igual, oyeron su misa con unción, pues para la inocente jóven, un acto religioso, no admitia distracciones ni aun mentales. Es á eso que consideramos como una religion digna de la veneracion y del respeto humano.

Suspendemos un momento la narracion, para daros cuenta de un incidente local, bajo cuya impresion estamos, instigándonos de tal manera, que solo despues de comunicarlo nos hallaremos en estado de proseguir las *aventuras*—es de grande interés, prestadnos atencion.

A la una de la mañana de dia en que estamos—16 de Febrero de 1864—se repitió el incidente escénico que veinte y un años antes, á la misma hora y dia, tuvo en zozobranete ansiedad á la fraccion americana, que al recinto de Montevideo dá vida y esplendor. El efecto no fué, ni con mucho, tan pronunciado ni uniforme. La causa se explica así: el programa del espectáculo representado por primera vez bajo las mismas decoraciones, amenazaba á la libertad en sus últimos atrinchamientos y abria una era de desolacion y ruina; hoy, *vice-versa*, anuncia un fastuoso y anhelado desenlace del inmenso drama de tan variadas peripecias y complicada intriga, á que dieron origen los estravíos de nuestra infancia política; estravíos, muchos de ellos, honorables, por la buena fé que á ellos impulsaba, aunque deplorables por la ignorancia absoluta de la razon de Estado, que á la profanacion de un principio soberano conducia.

Hemos dicho que hoy, esos últimos fragores de la gran batalla, anuncian el desenlace—un desenlace cual conviene al esplendor de la idea que hizo estallar el volcan de la revolucion. Al explicarnos así, profetizamos, consultando conjunciones morales de inequívoco cumplimiento. Los vuelos de la razon han hecho inmensos progresos y con su benéfica influencia las heridas de la Patria van ó cicatrizarse y á sus pasados males, van á substituirse inmensos bienes, porque *regeneracion*, es equivalente á *prosperidad, engrandecimiento, torrentes de luz y coros de armonía!*

Volvamos al templo dó las monjas Catalinas consagran su vida á la oracion, con ignorancia ó desconocimiento impío de la idea del Dios creador de los mundos, á la vez que aislándose de la sociedad, la defraudan de sus derechos, y encerrando en el cláustro sus virtudes, las dejan florecer ignoradas, cuando debieron utilizarlas y edificar á la sociedad con ellas. La gracia no está, en ser invulnerable, amparado con la égida de la Minerva antigua; lo que es bello y sublime es triunfar de los malos instintos á la faz de la sociedad, por el solo poder de los buenos. Un convento dó se asilan vírgenes, protegido por formidables murallas, es el geroglífico mas inmoral que el espíritu humano pueda imaginar.

Llegamos al átrio del templo en momentos que, terminado el sacrificio de la misa, los creyentes se retiran, despidiendo cierto aroma de uncion mas ó menos trascendente. De allí, del átrio, se opera una dispersion, que á vista de pájaro forma una cruz Griega: negra, en ciertos días de duelo que los cristianos visten, y de variados matices en todo el resto del año. Nosotros seguiremos el brazo de esa cruz, no muy regular en proporciones, que conduce á la casa donde nuestros amantes se hospedan. Entremos con ellos y pongamos atencion á lo que la buena señora les dice:

—Ya oiste tu misa, Clara, hija mia? Qué te ha parecido la iglesia? es muy hermosa, es verdad?

—Y tanto, señora, me ha parecido, que tuve que hacerme violencia, para no manifestar mi sorpresa con un grito. Yo habia oido hablar á las gentes del campo de todas esas bellezas, pero la idea que por sus relaciones me habia formado, era tan débil que solo se puede comparar á la diferencia que hay, entre un pobre oratorio de campaña y esa magnificencia que acabo de presenciar.

—Pues hija mia, tienes que ver mucho mejor, pues si los oratorios esos que dices, no se pueden comparar á la iglesia de las Catalinas, tampoco esta resiste la comparacion con la Catedral, ni por lo que hace al templo, ni á los ornamentos, y hay tambien otras iglesias mas hermosas y mas ricas. Tú las verás;

visítalas todas, y órad en todas querida mia; eso hace bien. Ahora, vamos á almorzar; llamálo al gauchazo que ya se ha ido allá con los caballos: no piensa en otra cosa.

Despues que nuestros amigos almorzaron salieron á recorrer la ciudad con no poca satisfaccion de Clara, y si cabe, mas aun de Irene que se gozaba en las cándidas manifestaciones de admiracion de su hermosa amiga. Y se comprende fácilmente que la vista de una ciudad, por pequeña que sea, para quien nunca ha penetrado en ella, ni aun vístola de lejos, debe provocar una lujosa ostentacion de sensaciones en una alma impresionable que se espresa por un lábio peregrino, voluptuoso por su forma y su frescura, rico por su sencillo espiritualismo.

Todo la maravillaba á la hija de las praderas: las tiendas, los talleres, los jardines de variadas flores que contribuian al adorno de los patios y acreditaban el gusto de la época, sostenian su embelezo. Pero donde su entusiasmo adquiria proporciones exageradas hasta las lágrimas, era en el recinto de los templos. Allí enmudecia y caía postrada en exaltacion de adoracion tan profunda y sincera, como si se hubiese visto transportada al centro de la aureola luminosa con que la poesia del cristianismo rodeó al trono del Altísimo. Para arrancarla á su alucinacion religiosa, era necesaria la intervencion de Irene, que haciéndose violencia, dominado él mismo por estrañas sensaciones en presencia de aquella inocencia que parecia la encarnacion de un ángel en toda su pureza—haciéndose violencia, repetimos, la advertia que tenian muchas cosas mas que ver.

Cuando Irene juzgó que la jóven, no acostumbrada á esas exploraciones, debia hallarse fatigada, la hizo entrar en uno de esos macizos coches, que despues de haber arrastrado, convenientemente escoltados, á los antiguos vireyes, oidores del real consejo de Indias y otras categorías del antiguo régimen, pasaron á la humilde condicion de coches de alquiler; de los cuales, por un descuido del que estas cosas va narrando, se quemó uno que le servia de dormitorio, pocos dias despues de *Pavon*, incendio del cual se escapó de formar parte con el combustible de sus huesos y pellejo — el narrador no tiene otra co-

sa—por aquello que dicen: *no hay hombre lerdo para el fuego.*

Cuando Clara se vió cómodamente sentada en los cojines que en el asiento de honor estaban y el vehículo empezó á rodar por el colchon de polvo que de pavimento servia en los tiempos secos, á las calles de Buenos Aires, no pudo menos de esclamar:

—Mi amigo, tu Clara va de prodigio en prodigio; jamás hubiera imaginado ella, que se podia viajar con tal comodidad.

—No es verdad? contestó Irene; mi madre y mis hermanas dijeron lo mismo, la primer vez que montaron en otro igual á este. A mí tampoco me parece mal, pero prefiero mi caballo; aquí se me dormirian las piernas y tendrían que sacarme en andas. Felizmente no estamos léjos.

No estaban léjos en efecto; no habia *léjos* en el Buenos Aires de entonces. Lo que es, en el de 1864, varia de especie; en este, hay *léjos* y . . . maravilla de transposicion! en la ciudad va habiendo *léjos*, cuando en su vastísima campaña, va desapareciendo: los rieles van reduciendo las distancias á su menor espresion. Llor, himnos á la marcha del carro espléndido del progreso! Ovaciones, víctores entusiastas á los regeneradores que lo impulsaron!

Esa noche, Clara en brazos de su amigo, le decia. . . . Oh! narrador, es un poco fuerte, esa tu revelacion, para una historia, y no lo es menos, el aplomo con que pretendes estar impuesto en los misterios con que el amor se encubre.

Un poco de paciencia, señores; no me acrimineis antes de haber oido mis argumentos justificativos. Hemos dicho antes de ahora: *recorred las aventuras* y encontrareis en ellas garantida la verdad de lo que aquí repetimos. Hemos dicho antes que tomaríamos de la corona de flores con que la fábula hace resaltar sus gracias, las que nos pareciesen mas bellas y de mas esquisito aroma, para perfumar nuestras páginas. Practicamos la teoría: qué teneis que objetar á ello? Luego, creéis que el aplomo de los historiadores, está basado en los hechos? Conversacion; no fueron ellos contemporáneos de la historia que escribieron, y si lo fueron, desconfiad de la historia que á la

posteridad transmitieron. Para formar la historia se consultan... dejémonos de eso, no se os han escapado los procedimientos que tan bien espresó, Francisco Maria Arouet de Voltaire, con este solo verso:

Et voilà justement comme on écrit l'histoire!

Entre las cosas que nuestros jóvenes se dijeron esa noche, cuando á solas se encontraron, vamos á revelar una partecita perteneciente á las impresiones del día—no mucho, no—conviene ser discreto.

A su Irene, Clara le decia:

—Qué templos, mi amigo, qué templos—cuánta riqueza—cuánta preciosidad de lujo y arte—Cuánta imagen de cuyas formas y belleza yo no tenia una idea, y del conjunto, cuánta magestad resalta! Al salir de allí yo me creia purificada por el contacto de la divinidad misma y sentia en mí, sensaciones, que no habia experimentado jamás. En este momento que te hablo, paréceme que vivo en un mundo nuevo, desconocido para mí, antes que el Dios bendito me pusiese bajo tu proteccion. Oh, amigo mio! soy feliz y lo seré, siempre que pueda contribuir á tu felicidad. Soy tuya, tuya toda, en la vida y en la muerte! ¡bendito seas!

—Oh! si, mi Clara, bendito sea en realidad, siempre que tu precioso lábio asi lo espese, y si alguna vez se agitara, para murmurar á mi oido alguna queja de mi mismo, me creeria el mas miserable de los hombres. No hay potencia alguna, fuera de tí misma, que pueda forzar á mi voluntad á alterar este propósito, hecho en aras del amor mas acendrado, de la mas justificada adoracion. Tú eres mia Clara, y lo serás en la vida y en la muerte; tu lábio puro lo dice y mi corazon lo siente. Eres bella y buena, óres una bendicion, una corona de gloria para tu Irene y su familia.

—Yo quiero que eso repitas. Quiero ser bella para tí, muy bella para tí; quiero ser buena, muy buena para merecer las bondades, que todos me prodigan despues que te conocí. Quiero oir siempre á tu madre que me diga *tú eres mi hija*... Cuántos tesoros de ternura se abrigan en aquel pecio de madre;

todas las madres deben de ser así; yo no conocí á la mía! exclamó la inocente sollozando.

No te afijas, mi Clara; nosotros reemplazaremos esa pérdida.

No, mi amigo, no son lágrimas de aficcion, puesto que me hacen bien. La siento aquí, que el recuerdo de una madre, nunca puede causar mala impresion.....

Los dias que los jóvenes permanecieron en la ciudad, fueron empleados en pasear y paseando, en hacer la pacotilla de las mil cosas que en la situacion de nuestros amantes se colectan, cuando hay cien onzas de oro destinadas al objeto. La buena señora en cuya casa estaban, puso al servicio de ellos su voluntad y su esperiencia para hacer compras acertadas. En los objetos destinados á Clara especialmente, ella era la que lo elegia, inspeccionaba y regateaba.

Hacemos gracia á nuestros lectores de los detalles de todas aquellas compras y si se empeñan en entrar en ellos, no tienen mas que consultar á su imaginacion—estamos seguros que ella los instruirá—Les diremos solamente, que en los nombres de la lista de Irene figuraban en primer lugar su madre—luego despues, su *preciosa*, sus hermanas y hermanitos, sus amigos etc. etc. y cuando ya el cinto se halló, solo con una reserva calculada, para hacer frente á toda emergencia, como por ejemplo: alguna carrera ó jugada de interés, empezaron á preparar su regreso á las islas del Tordillo, que eran el ideal de Irene, á quien la ciudad, con sus templos que tan vivamente habian impresionado á Clara, no le parecia una morada muy atractiva.

La anciana queriendo detenerlo algunos dias mas, puso en prensa su inventiva—y obtuvo algunas concesiones que no se podian negar á su solicitud casi maternal. Un dia los llevó á pasear á una bella quinta de una amiga suya.

Hizo traer un coche y se metió en él con Clara—Irene declaró que por nada en el mundo lo harian entrar en un coche formando él el tercero, y en consecuencia, las acompañó montado en uno de sus caballos, sistema de locomocion que preferia

á todo otro alguno y que indudablemente habria preferido, á los trenes conducidos por el vapor.

Clara habia pasado su vida en las praderas, de fertilidad y riqueza ignorada, como inesplotadas por la industria; naturaleza bella y atractiva hasta el entusiasmo, en muchos dias de determinadas estaciones; pero agreste y destemplada en mucha parte del año, á causa de su desnudez—Habia gozado de las novedades que una ciudad presenta al visitante novel, y estasiándose en sus templos; pero no conocia en todos sus detalles, esas benéficas y acariciadoras impresiones, que al ser fisico conmueven y al ser moral inundan, al contemplar la naturaleza cultivada, que parece decir al hombre: *pedídmе conveniencias y os colmaré de prodigios.*

No habia la bella jóven gozado de eso aun — el paisanage americano desprecia la agricultura porque en su infancia, no se le hicieron conocer sus inapreciables ventajas, y sus ideas fueron tenazmente dirigidas á otro objeto. Se ha dicho: qué cosa no ha dicho y sostenido la ignorancia!—Se ha dicho que esa incuria, esa indolencia, que parece manifestarse por el desapego al cultivo de la tierra, es inherente á su organismo—vulgarmente, que son haraganes—Decir tonteras, es infinitamente mas fácil, que decir cosas que al pensamiento la luz lleven—No sabemos atribuir á otra cosa que á la tontera, el juicio formado de los gauchos; eligiendo para ello, sus momentos de solaz y de indolente abandono, que no prueban otra cosa, que la altivez de su naturaleza inculta.

Por qué no se formó juicio de ellos, cuando se les vió en los trabajos activos y violentos del rodeo? Por qué no, cuando las volteadas? Por qué no, cuando las largas y penosas campañas de la revolucion y sus ramificaciones? No hay que dar pruebas, en esas diversas consagraciones, de perseverancia y valentia en el trabajo?—Es fácil decirlo, recostado en muelle sofá, paladeando una copa de Malvasía y saboreando una pechuga de mar-tineta en jaletina!

Clara aspiró todo un dia voluptuosamente, la frescura perfumada de que está impregnada la atmósfera que rodea á una

hermosa quinta de poblados árboles y variadas flores, é hizo una coleccion de semillas y plantas, para transportar á la hacienda de las islas del Tordillo, enclavadas en el pago de la Magdalena—Quisiéramos que en el curso de las *aventuras*, se nos presentase la ocasion de participar á nuestros lectores, la agradable noticia de que germinaron y se aclimataron allá, semillas y plantitas;—con anticipacion, casi nos atrevemos á afirmar, que puestas por la preciosa niña, un ángel iria á regarlas y á hacerlas florecer, tan convencidos estamos que á la juventud y á la belleza todo le sale bien—Esto decimos, porque, á mas que por sabido lo tenemos, como vamos siguiendo los pasos á Clara, mucho mas que los del héroe de las *aventuras*, observamos que por donde quiera que iba, era recibida, con no dudosas manifestaciones de simpatia, y de ello tenemos una prueba reciente en la quinta á que la hemos acompañado, donde todos los moradores á porfia, la prodigaron solícitas atenciones.

No vayan á creer por eso, que esto nos causa extrañeza—La juventud y la belleza! somos adoradores de ella y tanto mas sinceramente lo decimos, cuanto que estamos muy distantes de esperanza en retribucion de apreciaciones—Retribucion de apreciaciones! Seria falsísima consecuencia; no lo estais viendo? No? Vamos á auxiliar la debilidad de vuestra vista, con la facultad présbita de la nuestra—Hablamos de la vista del pensamiento á que vamos á darle cuerpo aquí: La juventud... la belleza es un accesorio, no despreciable por cierto, pero es un accesorio—La juventud, reboza en generosidad—La vegez, se desborda en camándulas—La juventud, rie—la vegez, gruñe—La juventud, canta—la vegez, resonga—La juventud.....

Qué torpes estamos hoy; vamos diciendo cosas, que ninguna necesidad habia—vamos á exitar contra nuestro libro, la reprobacion del grave concurso á cuyos aplausos aspiramos.... Bah! todos los miembros de su composicion tienen conciencia y aunque el lábio de los mas rebeldes, no preste su afirmacion respetable á nuestras verdades, ella les dice interiormente: *Nécios! aplaudid, es el único medio que teneis de haceros disimular, la juventud pasada—No veis que el narrador no desperdicia la ocasion?*

Al dia siguiente de este paseo campestre que tan gratas impresiones á Clara prodigó, Irene la hizo dar un paseo por el Plata en un botecillo pescador, pero no le dió el resultado que se prometia—la jóven se mareó y á él casi le sucedió otro tanto—por consiguiente, pronto volvieron á descender á la playa, en cuyo cesped sentados, se reposaron hasta que á Clara el mareo pasó.

—Hoy no hemos sido felices; no, mi amiga? la dijo el jóven.

—Hoy y siempre—No son esas causas, las que pueden turbar mi felicidad—Un mal estar pasajero, de muy ingrato efecto, contestó la jóven haciendo un mimo adorable; pero ya pasó y no pienso mas en ello; sin embargo, por gusto, no volveré á entrar en un bote.

—Ni yo tampoco—prefiero mis caballos al bote, como al coche los prefiero—ese es nuestro elemento y por cierto que es el mas propio, á nuestro modo de ser. Mañana ensillaremos nuestros dos parejeros, Clara, é iremos lo mas ligero posible á contar á nuestra familia todas nuestras caravanas; no poco se reirá Maria del chasco que nos ha pegado el bote; y yo que creia que habia de ser muy divertido!

—Vámonos, mi amigo, que ya se vá haciendo tarde.

—Si, vámonos; es preciso que le dediquemos estos últimos momentos á esa buena señora, á quien de veras, siento dejar. Si yo pudiera llevarla, cuánto gusto tendria mi madre en verla.

—Si, y qué excelente compañía nos haría; pero eso no es posible, porque la señora tiene su casa y familia que atender.

Así platicando en el camino, regresaron los jóvenes á su morada, donde los dejaremos reposarse, haciendo nosotros otro tanto, hasta que en la alborada de mañana volvamos á proseguir estas amenas aventuras.

Casi no se durmió en aquella casa en la noche precedente. generalmente sucede otro tanto, á todos los que proyectan paseo ó viage, en que por algo entra el amor, y este niño, por todas partes se encuentra! Cosas de criatura; ya es sabido cuan inquietos y traviesos son los niños. Aquí el amor se presenta

ba bajo todas sus formas—primero, el amor propiamente dicho, que iba á sembrar de rosas y jazmines todo el trayecto de Buenos Aires á la Magdalena—luego, el amor á la madre: augusto amor, que por sí solo, basta á dignificar las razas—el amor fraternal, que es una consecuencia del anterior y que se descuida, dejándole extinguir por falta de cultivo—por último, el amor al país, al hogar doméstico, que suele pronunciarse de tal manera, que cuando no se satisface, engendra la mas santa de las enfermedades, que apoderándose del espíritu y martirizándolo, deseca la materia y mata. Cuando hemos designado á la nostalgia, como la mas santa de las enfermedades, se sobre-entiende que aludimos á la causa que la produce. Hace treinta y cuatro años que vimos morir á un jóven portugués por esa causa y nos dejó una impresion tan profunda de tristeza, que aun no se ha borrado del todo y que en este momento que lo recordamos, se vá manifestando en nuestras páginas.

No es nuestro ánimo trasmitir á nuestros lectores, las impresiones que sobre él influyen y nos esforzamos por dominarlas, y triunfamos. Si siempre hubiéramos dispuesto de tal potencia de voluntad, *otro gallo nos cantára*.

Velando el sueño de Clara, Irene estaba, atisbando el riélar del astro de plácidos fulgores, que en la noche al caminante sirve, de faro que le alumbre su sendero. El amor, á los hombres vuelve niños y á los niños les roba los juguetes de la infancia. Entre las cosas que Irene habia comprado sin andarse con consultas, figuraba una silla de montar que á su Clara destinaba. En su época y en la campaña no se usaba de la tal montura, pero Irene habia visto una y apreciado sus ventajas en cierta ocasion que ginetearo, á una bella y valiente jóven encontró. En uno de sus paseos por la ciudad, acertó á pasar por una talabarteria inglesa, á cuya puerta servian de cimera dos tableros formando ángulo recto, en cada uno de los cuales una silla de montar pintada estaba. Nuestro hombre era algo artista y una ojeada le bastó, para conocer el objeto que el tal mamarracho de pintura figuraba. Luego entró con el aplomo y

desenfado que al instinto del artesano aguza, hasta hacerle ver la ganancia que la presencia del visitante le promete. El jóven puso la mano sobre una de las monturas enastadas que al mos, trador servian de adorno. Al ademan, el artesano británico de casquete y delantal que ultra mostrador estaba, pronunció con voz metálica:

—Hay mejores.

Irene dirigió la vista á la vidriera que el dedo del hombre le indicaba é hizo con la cabeza un ademan de atraccion.

El inteligente isleño no precisó mas; abrió la vidriera, tomó una bella silla y la presentó en silencio. Irene la observó un momento y luego encarándose al inglés le preguntó:

—Hay mejores?

—Nó mejores, nó.

—Cómo se llama?

El inglés puso sobre la silla un freno con riendas, una baticola, un pretal, un mandil que desplegó, la funda de la silla y un látigo y dijo:

—Treinta fuertes.

Irene dió vuelta el tirador, tomó dos onzas de uno de sus bolsillos y las pasó al inglés que devolvió el excedente, sin hacer mas que una muda demostracion de cortesía.— Luego volvió á poner la mano sobre la silla mirando al inglés.

—Un mozo? dijo éste: y como si tuviese la facultad de adivinacion, levantó una cortinilla interior y llamó.

Un mozo se presentó con su casquete en la mano y á una intimacion muda ó poco menos, se echó al brazo la silla y accesorios y siguió á Irene que se retiró saludando. Esto es lo que se llama, conocer el precio del tiempo y no consumirlo en palabras.

La silla de montar, pues, era lo que á Irene, mas que otra cosa alguna tenia desvelado. Quería ver á su Clara cabalgando en ella; pues le habia chocado la gracia y gentileza de la jóven que otro dia, en esa actitud habia encontrado, y estaba seguro que Clara, con sus bellísimas formas y arrojada gineta

como buena paisana americana que era, no se habia de presentar menos interesante, montada en su silla inglesa.

En cuanto asomó la luna salió con furtivo paso y preparó los caballos. Luego volvió á entrar é hizo una caricia á Clara, que la hizo despertar sonriente y bella, como un pensamiento de felicidad y de ventura.

Un momento despues, todos los habitantes de aquella sencilla casa estaban en movimiento. Rita cebando mate; la señora y Clara acomodando los efectos comprados, que Irene colocaba cuidadosamente en un carrito tirado por dos mulas, que debia conducirlos, guiado por uno de los negros que el oficio de cartero desde antes entendia.

Todo pronto ya, la separacion se efectuó con gran sentimiento de la exelente anciana, que hubiera querido prolongar indefinidamente en su casa, la permanencia de los jóvenes.

Ellos tambien en un principio partieron impresionados con el sentimiento manifestado por la anciana, pero esa impresion no resistió á la travesura de la juventud y del amor que todo lo presenta color de rosa, y á la perspectiva del alborozo de su familia cuando los viera llegar.

Clara iba en su silla mas ufana, graciosa y seductora, que cuanto pudiera decirse, y tanto, que ejercia una verdadera fascinacion, no solo sobre las pupilas de Irene, sino sobre todos los transeuntes y vecinos de su tránsito, que no dejaban de mirarla, hasta que dejaban de verla.

Así, alegres y juguetones, llegaron á su morada donde—es casi inútil el decirlo—los esperaban con impaciencia fundada en la afeccion mas tierna y tambien un poco—en nada perjudica, á lo uno lo otro—y tambien un poco, en la curiosidad exitada por el deseo de ver las compras que Irene y su compañera hicieran.

La poblacion se habia aumentado con un lindo rancho nuevito dividido en dos secciones y ya arreglado interiormente, por los cuidados de la familia, para recibir á la venturosa pareja.

Es cosa buena de disfrutar, amados lectores míos, especial-

mente para corazones jóvenes, un rancho nuevecito y una ave-cilla canora como la linda Clara—Para apreciar su mérito, en condiciones reunidas, para nada se necesita de una pasión exaltada; cómo lo será pues, cuando ella preside á la cosa?—Hein! qué decís, bribones?—Pero dejemonos de sonseras y chuscadas, que por mas que sean de alguna oportunidad, son ajenas de un grave narrador que cuenta medio siglo y algo mas—Habráse visto vegestorio!

Ya los tenemos instalados en su nueva habitacion desple-gando á la vista, que chispea de contento, de las jóvenes y de los muchachos, las telas y otros avíos y no pocas chucherías, que de los fardos y cajones que contenian la pacotilla se iban estrayendo—El mate hacia la ronda y reían y picóteaban y contaba Clara á su madre—á la madre de su Irene, las diver-sas sensaciones que en la gran ciudad la agitaron, sin olvidar-se de los templos, de las tiendas y talleres—el paseo á la quinta de que dimos cuenta y el malhadado ensayo náutico—Qué cosa no contó?—las jóvenes acaso olvidan algo?—Suelen á veces algo no contar, pero esas son reservas y en manera algu-na distracciones—Olvidarse! Sí, contad con eso—lo que ellas olvidan de contar, es justito, lo que mas fuertemente las preo-cupa—Felizmente en el caso de Clara, no habia nada de eso, porque lo que ella á su madre no contaba, eran cosas que las madres ya lo saben.

Todo se acaba en esta vida....

Es falso, todo se reproduce al contrario—La historia abraza una era de sesenta siglos, que tuvo por escenario al mundo en-tero y por actores y espectadores á millares de generaciones que vieron siempre reproducirse á la naturaleza, entre variadas decoraciones.

Todo se acaba en esta vida! vaya una peregrina conclusion vulgar, traída por el narrador á las páginas de las aventuras—Lo que no hay de cierto es, que la naturaleza no encontró otro medio para sostener el interés que la creacion inspira, que las oposiciones—Para obtenerlas en su esencia moral, se valió de los dos grandes principios, *el bien y el mal*—y en su esencia

física, de las trasposiciones de las sombras á la luz, del frío; al calor, de la degeneracion de los cuerpos á su regeneracion, de la muerte de los séres decrepitos, á la vida de los séres rozagantes—Esos dos grandes principios del bien y el mal, que tienen su punto de partida en la materia y su punto de mira en el espíritu, rigen en grande escala al universo y se deja sentir su influencia en los menores incidentes físicos ó naturales, de su composicion.

A esas transmutaciones debemos nuestros goces, pues para apreciarlos debidamente, para gozar los goces, fuerza es, resentir el mal por causa íntima ó por causa de impresion.

A pesar de eso que dejamos dicho, creemos columbrar allá en las profundidades de la materia, que el mal no existe en la naturaleza, puesto que el sol, fuente de todos los bienes, lo vemos y lo sentimos, en tanto que la razon, no nos indica el elemento de oposicion—Entiendes Fábio, lo que voy diciendo? —Tóma si lo entiendo!—Mientes Fábio, pues yo que lo digo, no lo entiendo.

Irene y Clara vieron reproducirse sus dias de ventura. Sobre todo ella, la inocente víctima de los percances de la suertena naturaleza privilegiada, desconocida, que habia visto correr su existencia, considerando á las cosas y á los hombres por el lado feo de la vida humana—ella gozaba con la plenitud ansiosa de goces, de sus facultades.

A Irene sin embargo, cuando hubo dado algun tiempo á esa vida, empezaron á inquietarlo las visiones atractivas de la vida nómada, á que su espíritu aventurero estaba acostumbrado. Raptos de melancolía le asaltaron, mas dominadores, á proporcion que mas empeño ponía en combatirlos. Al fin un dia dijo á Clara:

—Vámonos á pasear al desierto, amiga mia; quiero estar contigo en algunos de los sitios que cuando era matrero frecuentaba.

Clara no tenía otra voluntad que la del hombre á quien era deudora de su felicidad, y se contentó con decirle:

—Qué necesitamos llevar?

Irene viéndola tan decidida como bella, la contestó riendo y acariciándola:

—Lo que puedan contener unas maletas, Clara mia; mas, no nos serviría sinó de estorbo—las ropas muy precisas, avíos para el mate y fuego, es cuanto precisamos; en el desierto encontraremos lo demás.

Participaron su proyecto á la madre de Irene, y aunque á ella es de suponer que no le pareciese muy cuerda la locura, se contentó con ponerles condiciones de tiempo y luego los bendijo.

Vencido este obstáculo con mas facilidad de lo que Irene imaginaba, emprendieron su escursión al dia siguiente con sus inseparables parejeros, ensillado el uno y el otro suelto. Ambos jóvenes habian convenido en ir agrupados sobre el uno.

Primero visitaron las poblaciones de los buenos amigos que les conocemos, con gran satisfaccion de ellos y sus familias y luego se lanzaron al desierto tan parleros y contentos como si fuesen á concurrir á una fiesta. Y no lo estrañemos mucho, por que hay atractivos allí, desconocidos á los que no cultivaron relaciones con alma-naturaleza, y allí donde uno de nuestros ciudadanos se moriria falto de recursos, un gaucho los encuentra, buscándolos en ameno entretenimiento—No andamos acertados en insistir en esto, puesto que hemos descripto ya; uno de los eclipses de Irene, cuando era traqueado por las policías.

A ese mismo punto donde estableció su vivac cuando la descripción hicimos, dirige su caballo ahora; pero cuando hubo llegado al salado en vano le buscó, con pueril preocupacion. —La naturaleza habia borrado todo vestigio de su estancia allí—Las cenizas de su hogar, fueron dispersadas mucho tiempo hacia, por las lluvias y el pampero—los peludos y las viscachas, cuando él se fué; se llevaron arrastrando á sus viveros, los huesos de los animales que á su sustento sirvieron—la grama renaciente de tiempo atrás borró la senda, que del fogon al rio conducia—En vano Clara investigó, no pudo hallar reliquia alguna, pero al fin, qué le importaba? el amor de Irene

pareció redoblar de intensidad allí, como para desquitarse de aquella melancólica soledad pasada, en que tantas veces, despierto, en su imagen habia soñado—No era eso, una compensacion bastante? vive Dios! no disvariemos.

Disvariar!—No es una blasfemia, decir que hablar del amor es disvariar? y mas blasfemia aun el escribirlo? Apelamos á la juventud para quien estas cosas escribimos—Hay pasion que se pueda comparar, á la pasion que el amor despierta? Cuáles son los atributos, por los cuales se manifiesta? Voluptuosidad, —energia—ambicion— desprecio del peligro—generosidad—No eso jóvenes?—decid!—No es así como se manifiesta el amor, tal cual lo comprendemos y lo esplicamos aquí, inspirándonos en el amor de Irene por su Clara, de Clara por su Irene?

La naturaleza fecunda en expedientes para hacer sensibles sus beneficios, á los ardientes calores del estío, indispensables para madurar los frutos que la tierra engendra, sustituye, por los bellísimos plácidos dias del otoño, que facilitan y amenizan las cocechas—Esta era la estacion elegida por los jóvenes para su peregrina escursion—Recorrieron juntos, á pié ó á caballo, todos los sitios visitados antes por Irene—Este habló de dar caza á un leon, pero Clara, desde las primeras palabras tse reveló y el jóven se resignó.

Ellos encontraron medio—cómo lo harian?—para no hastiarse de soledad en quince dias y en una muy magnífica alborada se digeron: *vamos?* y decirlo y ponerlo á la práctica fué todo uno; así se varian los goces para hacerlos siempre renacientes...

Era una de esas alboradas, que en las praderas, reproducen las auroras boreales cuyas descripciones, ya quisiéramos reproqueir con tan aproximada perfeccion y brillantés de imágenes—En cuanto á las auroras, las de las regiones polares pueden ser mas refulgentes, pero no mas plácidas—pueden impresionar mas la vista del observador y elevar su espíritu con mas intensidad á la investigacion de lo infinito, pero no inundar todos sus sentidos, como los voluptuosas, embriagadores perfumes pue de las praderas se desprenden, impregnando la atmósfera

en deleites, que se aspiran con mas profusion, en esas espléndidas alboradas de las cuales van disfrutando en este instante nuestros jóvenes—Tampoco los sentidos de ellos, escaparon á esas influencias—y cómo escapar, ellos, cuyo amor no precisaba de estímulos para manifestarse con ardor?

Cuando llegaron á lo de Bruno, ya la familia reunida bajo el ombú, impaciente los esperaba, así es que cuanto estuvieron al alcance de la voz, ya el campéador les gritó:

—Qué vienen en procesion? acodíllelo á ese sotreta que ya se va haciendo viejo y no va sirviendo sino para rastrear el cuero—acodíllelo al saino, aparcero, y hágalo rayar con la anca—no vé que le tiene cuenta, porque así la chica donosa lo apreta contra su pecho?—Por Cristo! con qué necesidad? demasiado. . . chit! . . . calláte Bruno, no seas safado—Esto que digo, añadió dirigiéndose á su muger, es para que vos no tengás que decírmelo.

Luego se dirigió á los jóvenes, les dió los *buenos días* en tono grave y mesurado y prosiguió hablando con estrépito.

—Quiere creer, amigo Irene. . . Voto al chápiro! . . . Vamos para adentro. Le iba á decir: quiere creer que esta mañana, me estaba bailando un ojo y le dije á mi patrona: cuánto querés apostar Juana, á que el gaucho y la donosa se nos aparecen hoy?—Por supuesto, me dijo ella, si él viene, ha de venir ella también.—No tengás duda, Juana; cuándo larga á la *consabida*; se le ha pegado como un sabaipé;—y sabe lo que hizo mi patrona, amigo?—ahí está ella presente que no me dejará mentir:—me atracó un guanton y me dijo: calláte, qué se te importa, hace bien en pegársele, para eso que yo no puedo decir otro tanto, porque vos te has vuelto petaca. Qué le parece, aparcero?

—Pero si este hombre es, que no hay con que darle, contestó Juana. Pero ya sos muy conocido en la cancha, embrollon.

—Es cierto, dice bien Juana, soy un embrollon; pero lo que ella quisiera, era que la embrollase y la descompusiese siempre. Pero dejemos eso, esta Juana siempre me anda armando pleitos, aparcero. Si es bellaca! Y qué anduvo haciendo, ¡amigo, tantos días por las afueras del desierto? Y creía que ya

se habria vuelto para sus pagos y deveras le agradezco que no se haya ido, sin venir primero á visitar á su amigo viejo, Bruno el campeador. Ya me estaba aburriendo—esta Juana no me divierte, siempre me está intrigando aunque yo no le diga nada—Vea cómo le está hablando en secreto á su niña; qué le estará contando? No le crea nada la niña donosa si le está hablando de Bruno, porque siempre se está quejando, pero es... de harta. Y cómo le ha ido amigo, por las pampas; no hay rastro de malones por esos campos?

—Nada amigo, ni un solo indio hemos topado. Ellos han andado trabajando por afuera lejos, lejos, en volteadas, porque la avestruzada se ha recostado mucho á estos lados y anda muy sobre sí; lo mismo digo de los venados, hay muchos á este lado del Salado, pero ariscos, que cuando ven un ginete, de lejos no mas puntean.

—La ocasion es buena para formarles cerco, dijo Bruno, y desde mañana temprano voy á procurar reunir á los gauchos del pago. Hace tiempo que no hacemos una reunion y estoy cierto que cuanto les diga dos palabras en concierto con la guitarra en la mano, les voy á parar rodeo. Si vd. fuera de la partida, amigo Irene, la fiesta seria completa.

—En otros proyectos ando. Voy á llevar á mi Clara y luego no mas regreso á palabrear con vd. y el amigo Santos Paez. Si se siente bueno despues de la volteada, vaya arreglando sus carchas para una expedicion lejana, que si nos sopla el buen viento, nos ha de dar mas provecho que las plumas de avestruz y los cueros de venado.

—Ya me ha dicho mas de lo necesario; cuente conmigo y con el buen viento, y si este nos es contrario, ya sabemos los tres ganar el barlovento, como dicen los gauchos costaneros de la mar. Valiente inconveniente! desde chiquitos al pampero se lo buscamos, cuando el polvo del rodeo, mugiendo en torbellinos alza. Adonde enderecemos los tres, no hay viento contrario que valga. Cuente conmigo y vamos tomando mate.

A í en pláticas los dos amigos, intercaladas de las incesan-

tes pullas de Bruno á su muger, pasaron hasta la hora de recogerse.

Al dia siguiente otra estacion hicieron los viajeros en casa de Santos Paez, el cual no se manifestó menos dispuesto que Bruno á formar trío en la expedicion proyectada por Irene, sin decir ni el punto á donde iban, ni el objeto que los conducia, y sin ser requerido por él; como tampoco lo habia sido por Bruno; tal confianza en el proponente tenian. Irene se contentó con decir á su amigo:

—Puede que en la gauchada topemos con algunas carreras y no seria malo, que vd. llevase su moro: en qué disposicion se encuentra?

—El hombre ó el animal? dijo Santos Paez en tono de zumba. Si es el hombre, ya se lo ha dicho, y el moro, *parejo que dá temor!* Está el animal amigo, que puesto en el camino, el pampero no lo alcanzaria al tercio el cuerpo. Si entendemos en carreras nos vamos á divertir.

—Yo tambien tengo un potrillo que á penas le asoma el colmillo, que dá esperanzas de bueno; lo he vareado varias veces y mas engreido lo siento siempre y esto con una apariencia, que ha de ser gaucho y mas que gaucho el que le conozca ser fuerte—esto es, lo que me hace llevarlo, porque van á caer ciegos en la armada, si la ocasion se presenta, y los vamos á dejar águilas de livianos.

—Para cuándo piensa estar por acá? observó Santos Paez.

—Quince dias á mas tardar—Antes quiero hacer una visita al gefe de las milicias y llevarle un caballo que le voy á ofrecer á nombre de mi madre, que cree que le debemos hacer una manifestacion de gratitud, y aunque aqui para entre los dos, yo no soy de la misma opinion, por hacerle el gusto á ella, haré eso y mucho mas—Le digo á vd. que no soy de la misma opinion, porque veo el asunto de la proteccion, bajo otro punto de vista de lo que mi buena madre lo considera—Al fin puede que no sean mas que aprensiones mias—allá lo veremos.

Irene, dicen las tradiciones, siempre alimentó esas preveniciones contra el general Rosas y no hacia nada por prevenirlos

ánimos á su favor, aunque sobre eso, tampoco combatia disposiciones opuestas á las suyas y dejaba que cada cual siguiese sus propios impulsos---Rosas, que tenia agentes en todas partes, tendiendo la red en que todos debian ser envueltos, probablemente fué impuesto de esta conducta de su protegido y eso influyó quizás---son suposiciones---para que sus relaciones de buena inteligencia se estrellasen y del choque, naturalmente el mas débil debia resentirse.

Como estamos seguros que al leer el nombre de Rosas algunos de nuestros lectores, van á prestar mas sostenida y profunda atencion á nuestro lenguaje, para combatirle ó aplaudirle, reservada ú ostensiblemente, hacemos aqui la prevencion, que no llevamos la intencion ni de abrir juicio al hombre de Estado, ni entrometernos en su vida privada, pues todo eso es extraño á las *aventuras*, y si hubiésemos podido evitar el que su nombre figurase en nuestras páginas, nos hubiéramos felicitado de ello---Los hombres cuyos nombres pertenecen á la historia, alli deben ser juzgados; fuera de ella, todos los juicios ó los son favorables sin medida ó dictados por la malevolencia, y en uno y otro caso, su peso específico es casi nulo.

Quince dias despues, como lo habia dicho Irene, ya estaba reunido el trio de gauchos valentones en casa de Santos Paez, y ya estaba de acuerdo en rumboear para Santa-Fé, en cuya provincia, segun anuncios trasmitidos por la fama, se preparaban carreras afamadas á inmediaciones del Rosario, donde debia jugarse mucho dinero, en pró ó en contra de dos parejas de crédito, amen de otras carreras entre caballos de camino de menor celebridad. La irresolucion, no era el flaco de aquellos hombres y se largaron á probar fortuna y á dar pábulo á sus inclinaciones.

Era cierto---la fama, contra su costumbre, no habia exajerado nada---Hubo carreras y jugadas subsiguientes, de aquellas, indispensables aprendices---En los ranchos, á la sombra de las ramadas, sobre el mostrador de las pulperias, por doquier, las carpetas no escaseaban con sus bancas mas ó menos fuertes y codiciadas: donde páro y monte se tallaba, mientras los paya

dores con la guitarra en la mano, á competencia departian en metromania concertada.

Allí en las bancas, á una carta se ponía, oro, prendas, vacas y caballos y tropas de carretas, con boyadas, yugos, cuartas, coyundas y picanas, y también campos y poblaciones á una carta se jugaba—A los jugadores de crédito, la palabra sola bastaba; el tallador daba vuelta y se descartaba—Los jugadores de crédito, ni á la cara miraban, solo el timbre de su voz bastaba; pero el vulgo, el objeto presentaba, diciendo á la vez, el precio que le fijaba y reservándose el derecho de retirar la prenda, si la suerte le soplabá.

Tampoco faltaban canchas, donde á la taba, suerte ó c. . . se jugaba, y no se las tenga en menos, porque mas de cuatro, al juego de la taba se encarecharon.

El naciente pueblo del Rosario, que los derechos diferenciales, en ciudad comercial trocaron, era un foco de atracción, cuya influente acción se estendía, desde las márgenes del Plata, hasta las faldas de los Andes. Hacia él convergía, una romería bulliciosa de tropillas y ginetes encarchados y locuaces, de los cuales, los mas de ellos, á sus hogares se volvían, asaz mohinos y malparados en su equipo, amen de algun *chirio* que en alguna disputa hubiesen agenciado en cambio de sus perdidas prendas y economías, que tantas privaciones les costaron.

Las disputas . . . no escaseaban, y en pendencias y trezadas se trocaban. Por *quítame estas pajas*, se armaba una, á la cual otras seguían, como si la cosa de por sí, fuera muy divertida, ó contagiosa fuera—Los flamencos al aire libre relumbraban y los *viajes* se cruzaban, de tajo y de puñalada, de revés y de entorchada.

•Grupo de peleadores hubo allí, según lo dijo la fama, del mas fantástico mirage—Sin la sangre que el suelo del combate humedecía y la ropa de los combatientes enrojecía, habríase podido creer, que aquello, una estravagante danza de guerreros era; el ojo alerta, la sabanilla al brazo y los movimientos tan rápidos, como pudieran serlo los de tigres y panteras en lucha desesperada y no se crea por eso, que la mortandad debía ser

consiguiente—los mas de esos *pinches* solo entraban en danza por *lucirse* y cuando lanzaban un *viaje*, prevenian al contrario para que hiciese el quite ó la tendida oportuna—á mas de eso, la agilidad para evitar los golpes, es sorprendente—No obstante, el juego era de peligrosas consecuencias, porque algunos jugaban sério y tenazmente.

Luego el curandero—siempre hubo alguno de ese grémio, en las jaranas de los hijos de la revolucion—Esto decimos, porque atribuimos á las luchas de la independencia los instintos bélicos que tan fácilmente se despertaban, por aquellos tiempos, en las reuniones del paisanage—Luego el curandero, que no dejó de concurrir á esas reuniones, seguro que no le ha de faltar en qué ejercitar y utilizar su arte científico, se encarga de reparar, con maravilloso estoicismo, los desastres, mas ó menos largos ó profundos de la piel y de las carnes, y el que la operacion presenciase, podria observar, que mal grado lo áspero y tosco del procedimiento, ni durante él, ni antes, ni despues, se manifiesta el dolor, ni por el mas leve gemido, ni por el mas imperceptible gesto—son varones fuertes, esos gauchos!—Cuando mas, en las peregrinas disertaciones que al combate suceden, algun herido deplorará algun accidente imprevisto que le impidió el golpe evitar—Todo lo que los preocupa, es que se les pueda *tildar de maturrangos* por no haber sabido atajarse—De la herida se les dá un bledo—aun mas—la consideran como un timbre que acredite su valor, cosa que tienen á pechos, por mas que valientes sean.

Tal vez algun descreido que lea, esa nuestra anterior aseveracion, se dirá que no la acreditan mucho las disparadas de Cepeda y de Pavon; pero nosotros, narradores, que sabemos á ciencia cierta, cuál es el origen de esas disparadas, mantenemos nuestro empeño, sin entrar en esplicaciones, contentándonos con observar que los disparadores en los encuentros citados, pertenecen á la misma raza que los que combatieron en Sarandí y el Palmar en los campos de la banda Oriental del Plata—Podríamos llamar su atencion á los campos de batalla de la Independencia, pero con qué objeto, cuando hay un monu-

mento de alta significacion, que acredita el ardimiento de los sustentadores?

Volvamos al Rosario de Santa Fé: En aquel entonces á que nos referimos en nuestra narracion—1828 corre á su fin—no era como hoy en día, una pequeña pero linda ciudad, próspera por el comercio—solo algunas poblaciones pagizas, marcaban la feliz eleccion del local que hoy ocupa—Creemos, sin afirmarlo no obstante—en materia de estadística no somos mas aventajados que en otra cosa alguna—creemos sin afirmar, que fué el general D. Estanislao Lopez el que fijó aquel local, ó al menos propendió á su desarrollo primitivo—Entre las figuras que se destacan del fondo nebuloso del gran cuadro de la revolucion, no es la menos espectable la del General D. Estanislao Lopez y nosotros, narradores de aventuras, desprendiéndonos ante las áras patrias de todo pensamiento que no concuerde con su gloria, consignamos aquí, este débil recuerdo á su memoria.

Decíamos pues, que en la época que recorremos siguiendo los pasos de Irene y sus amigos, el Rosario solo era un plantel de lo que hoy es una bella ciudad, pero plantel y todo, disfrutaba de una grande animacion aunque momentánea, por la numerosa concurrencia que afluyó al estrepitoso resonar del clarín de la fama anunciando sus carreras.

Nuestros amigos no permanecieron ociosos allí, ni ellos ni sus caballos, ni sus *alfajóres*—A esta última circunstancia debió Santos Paez una linda *majada* que le surcó el rostro con un costuron que debia distinguirle todo el resto de su vida, y esto, segun él afirmaba, por haber tropezado en una taba, cuyo accidente le impidió el tenderse á tiempo—y esto agregamos nosotros, por cuestion que él no habia promovido, ni se la habian suscitado á él.—Pero qué le hacia eso? cuando se trataba nada menos que de ofensa hecha á su amigo Irene, por otro gaucho pendenciero en gesto inequívoco, ó sea equívoco, que para el punto todo es lo mismo: basta figurárselo y . . . mano al *alfajor* y . . . *atajáte m . . . ! ahora vas á aprender á conocer lo que es rigor de hombre! Oh! Oh!—Si!—Abrí el oj o! Pará este viaje concé!—Y si no lo entendés, para qué ta*

metes! Ah! cimbra! Allá vá un revés! cada intergeccion de estas corresponde á un quite, un *envio*, á una tendida ó un golpe maestro.

El *gesto* ofensor de Irene—porque entiéndase bien que fué un gesto, el origen de la bataola en que el rostro de Santos Paez fué surcado por el acero de uno de los contendentes—Un gesto! y para qué se precisa mas?—Pudo el tal gesto ser accidental sin asomo de intencion, pero el medio de reconocerlo así, cuando una vez ha sido interpelado el malhadado gesticulante? El medio de dar una esplicacion satisfactoria, sin pasar por recalcitrante á impulsos del temor que inspira la pupila ardiente del interpelante?

El gesto ofensor de Irene dió por resultado tres tajos, una puñalada y una docena de rasguños, quedando las sabanillas de tal manera cribadas, que en caso necesario, pudieran muy bien servir de cernidores de melones ú otras frutas de la familia de las cucurbitareas.

Los antiguos Griegos y Romanos y otros pueblos de la antigüedad, y en tiempos mas cereanos, encerrados en la era del Señor, los paladines, combatian cuerpo á cuerpo con la daga, la clava ó jabalina, el acha de combate ó cachiporra—combatian cuerpo á cuerpo á no dudarle, pero protegidos por el broquel y cubierto el cuerpo por la cota de mallas, casco, viscera, brazaletes y escarcelas de bruñido acero—Los gauchos americanos combaten á cuerpo gentil, con la daga en diestra, la sabanilla en la siniesta y en la pupila el rasgo—En ese equipo de combate si se ofrece la ocasion, tampoco esquivan al toro á campo raso, ni al tigre, ni al leon de los pajonales; y estamos persuadidos, que si el diablo mismo se les presentase con malas intenciones, como su fama les induciria á creer, al diablo mismo, con uñas, pata hendida, rabo y cuernos, las peras á cuarta le pondrian, haciéndole volcar el anca y tocar soleta con desgraciada y ridicula andadura.

Esta última trenzada dió lugar á la dispersion de las reuniones—La autoridad local creyó que era llegado el caso de intervenir, pues el tiempo iba pasando, en que al gauchage se le

dejaba *florearse*, en las plazas públicas y en las calles, con gran círculo de espectadores, para estimular en él los instintos bélicos—sin eso—sin esa intervención, también habría tenido lugar la dispersión, porque los *taures* que ya la colecta hicieran, el poncho ya ~~estaban~~ alzando rumbo para sus *lares*.

Nuestros amigos imitaron ese procedimiento, con tanto más gusto cuanto que ya el tirador les pesaba—Santos Paez con la cara cubierta iba, por el aparato, que la mano de hábil curandero, puso sobre su herida, y Bruno que con todo motivo colocaba su palabra, exclamó con órgano estentóreo:

—Por la verraga del diablo! Amigo Irene, Santos Paez nos sacó la oreja—bien se deja ver que es más veterano que nosotros, pues ganó más en la gauchada—El lleva una prenda que lo ha de acompañar en vida y *para mayor abundamiento*, lo ha de seguir hasta *el otro barrio*—No le hace, no se la envidio, porque al fin y al cabo somos amigos y prefiero que sea él y no yo el ganancioso—Virgen Cristo! que chirlo lindo!

—Maldito lo que se me dá del tajo, contestó Santos Paez en tono gangoso, llevo el riñon bien cubierto—Bien aiga la gauchada de provecho! Aquí hay con que consolar á mi Petrona. añadió dando vuelta y golpeando el tirador.

—*Aquí hay con que consolar á mi Petrona*, repitió Bruno, remedando chistosamente el ganguear de su amigo—A Santos Paez! p. . . pero si está caron! el ojo que por gracia le dejaron apenas se le ve, allá en las profundidades—Pero eso es nada—cuando ña Petrona lo vea, entonces va á ser lo más lindo—ahí te quiero ver trabuco! y lo peor es que yo voy á ser el culpante sin haberme metido en nada, como el amigo Irene puede atestiguar si quiere; pues yo me metí en la danza procurando reconciliarlos y luego me cargaron y tuve que defenderme; por más señas que al primero que topé, sin quererlo, la mitad de la oreja le bajé!

—Ya lo ví, dijo Irene, p. . . pero qué lince! ese era el causante de toda aquella barahúnda.

—Vaya! pues entonces no me pesa—que se haga coser el giron y no quedará reyuno—Pero el amigo Santos Paez! pobre . . .

sino lo puedo mirar sin acordarme de ña Petrona y de la cara que va á poner---sabe lo que ha de hacer amigo, muéstremele pronto las amarillas y déselas á guardar, verá cómo cambia de gramática y se vuelve pura zalameria; porque las mugeres en tratándose de moneda, *son como toda mala vida!* A mi patrona ya me parece que la veo, con la mano sobre los ojos para poder divisar mejor, si el tirador de su Bruno, va flaco ó barrigoncito---El diablo son las mugeres!---Pero no... las pobres... bien que nos cuidan! sino fuera por la Juana, Bruno el campeador se hacia hermitaño!---Y el gaucho Irene qué dice? cómo le fué en las jugadas? Yo siempre saqué tajada, sin contar aquel pingo rabicano que llevo para mi Juana, pues me han ponderado que es mancito como un sueño y propio para andar mugere-. Me hicieron proposiciones si me queria deshacer de él, pero, ni pensarlo era bueno, pues ya lo habia destinado.

Irene para contestar á Bruno, llevó la mano á su tirador diciendo:

---Aquí llevo con qué adornar mi relicario.

---Su relicario es su Clara, observó Bruno---y á fé que no lo merece! En la vida de Dios que es bueno, me topé con una cara de ángel rogando á Dios, como la de aquella niña---Dios se la conserve, amigo Irene, porque si se hace querer por linda, todavia mas se hace querer por buena---A bien que vd. debe saberlo---por mucho que ganase un hombre en una jugada, nunca alcanzaria á igualar, lo que vd. ganó el dia que la encontró---Digo bien ó digo mal! vea si me quiere retrucar! Y viva la Patria y Bruno el campeador, que tan lindamente se espresó!

---Dicé bien el boca de olas! murmuró Santos Paez; con la ganancia y la trezada en que tanto gambeteó, se le ha abierto el entendimiento y lo luce por la honra.

---No es verdad? y ya que la honra me citó, he de meter una trova que un payador me cantó---Es la honra para el fuerte, que la muerte despreció, y la ley de su... flamenco, soberana proclamó!

---Bien, Bruno, dale guasca.

—Bruno está acostumbrado, á oírse decir así.....

Eso y muchas cosas mas de variedad amena, dijo el lábio parlante de los gauchos, de regreso á sus paternos lares, y nosotros continuamos el relato, á riesgo de fatigar los oídos acostumbrados á las afinidades del lenguaje que cultura aclama, si el formidable estallido de una bomba, no lo hubiese hecho enmudecer y al trio desbandar, tomando cada cual rumbo distinto, recto á los puntos de mira marcados por Clara, Petrona y Juana.

Tenemos el sensible pesar de decir á nuestros lectores, que termina aqui el tercer cuadro de nuestras aventuras y vamos á parafrasear el cuarto y último, sin esperanzas de poderlo desempeñar mejor, de lo que hasta ahora lo hemos hecho, con esfuerzos de voluntad en su obsequio, que á falta de mérito intrínseco reclaman un sufragio, que no siempre los grandes hombres, á merecer alcanzaron.

Finis coronat opus.

III.

Digimos al finalizar el tercer cuadro de las *aventuras de un centauro de la América meridional*, que el estallido de una bomba, hizo enmudecer y desbandar al trio parlante de los gauchos Irene, Santos Paez y Bruno el campeador.

Grave cosa debió ser esa, cuando tal efecto produjo en el ánimo poco espantadizo de aquellos hombres. Grave y tanto americanos, era, que hasta la época en que escribimos se sienten las consecuencias.

Desde los últimos meses de 1820 una fuerza poderosa neutralizó los esfuerzos de la hidra anárquica; pero imprudentemente, se aflojaron los resortes que la comprimian, justito en el momento, que un procedimiento sensillísimo iba á sofocarla para siempre. Libre el formidable reptil desplegó sus anillos y amenazó á la América con sus flamígeros dardos. El Hércules que antes la domó se lanzó á su encuentro y la lucha empezó; lucha terrible en que Hidra y Hércules debían sucumbir y sucumbieron!.....

El movimiento militar del 1.º de Diciembre de 1828, protesta armada contra una paz inícuca, basada en la ignominia de

